



**VNiVERSiDAD
D SALAMANCA**

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Programa de Doctorado: Psicología

**LA PERVERSIÓN SEXUAL:
PSICOANÁLISIS Y FILOSOFÍA**

Doctoranda: Alejandra Lin-Ku

Director de la tesis: Dr. Francisco Javier de Santiago Herrero

Codirectora de la tesis: Dra. Cristina Jenaro Río

Salamanca, junio de 2016

ÍNDICE DE CONTENIDOS.

ÍNDICE DE TABLAS	p. 13
-------------------------	--------------

ÍNDICE DE FIGURAS	p. 19
--------------------------	--------------

AGRADECIMIENTOS	p. 23
------------------------	--------------

RESUMEN	p. 25
----------------	--------------

PRESENTACIÓN

- **Introducción** ----- p. 27
- **Justificación de la investigación**
 - **Justificación clínica**----- p. 30
 - **Justificación científico-académica**----- p. 33
 - **Justificación socio-histórica** ----- p. 33
 - **Justificación educativo-preventiva** ----- p. 35
- **Metodología**
 - **Hipótesis de trabajo**----- p. 36
 - **Objetivos** ----- p. 37
 - **Descripción del proceso de investigación** ----- p. 38
 - **Limitaciones metodológicas**----- p. 43
 - **Justificación del paradigma y la metodología:**
 - **Estudio bibliométrico de la productividad científica sobre el tema de la perversión en bases de datos internacionales**
 - **Introducción** ----- p. 43
 - **Desarrollo histórico de los conceptos de perversión y parafilia**----- p. 49

- Procedimiento y resultados----- p. 59
 - ✓ Cantidad de productividad científica --- p. 60
 - ✓ Período de productividad científica ----- p. 65
 - ✓ Factor de impacto de las revistas de psicoanálisis
----- p. 72
- Otros índices bibliométricos ----- p. 80
- Conclusiones ----- p. 82
- Estudio bibliométrico de la productividad científica sobre el tema de la perversión en bases de datos españolas
 - Introducción ----- p. 84
 - Procedimiento y resultados----- p. 85
 - ✓ Cantidad de productividad científica --- p. 85
 - ✓ Período de productividad científica ----- p. 89
 - ✓ Factor de impacto de las revistas de psicoanálisis
-----p. 100
 - Otros índices bibliométricos -----p. 102
 - Conclusiones -----p. 104
- Comparativa entre ambos estudios bibliométricos-----p. 105

CAPÍTULO I: EL EROTISMO

- 1.1. Erotismo y muerte-----p. 107
- 1.2. Erotismo y belleza -----p. 110
- 1.3. Erotismo y sacralidad p. 112
- 1.4. Deseo y falta -----p. 113
- 1.5. Prohibición y transgresión -----p. 117

CAPÍTULO II: EL PENSAMIENTO DE SADE

2.1. Un discurso racional de lo irracional -----	p. 123
2.2. Evolución del pensamiento sadiano -----	p. 126
2.3. De una religión del mal al ateísmo íntegro -----	p. 130
2.4. Nihilismo moral -----	p. 132
2.5. Poder y crimen-----	p. 135
2.6. Destrucción y negación -----	p. 137
2.7. Sodomía -----	p. 140
2.8. La doctrina de la apatía-----	p. 142

CAPÍTULO III: LA PERVERSIÓN SEXUAL

3.1. La perspectiva médico-legal-----	p. 147
3.2. La perspectiva de la psiquiatría clásica	
3.2.1. Antecedentes -----	p. 149
3.2.2. Krafft-Ebing -----	p. 150
3.3. La perspectiva empirista	
3.3.1. Manuales diagnósticos: DSM y CIE -----	p. 155
3.3.2. Personalidad sádica y personalidad autodestructiva -----	p. 158
3.3.3. Parafilias o trastornos de la inclinación sexual -----	p. 160
3.3.4. Epidemiología -----	p. 164
3.3.5. Etiología	
3.3.5.1. Factores biológicos -----	p. 165
3.3.5.2. Factores psicológicos-----	p. 166
3.3.6. Evaluación y tratamiento-----	p. 167
3.4. La perspectiva psicoanalítica	

3.4.1. Sigmund Freud

3.4.1.1. Freud y su estudio sobre la perversión-----p. 169

3.4.1.2. La perversión como parte del desarrollo sexual normal-p. 170

3.4.1.3. Clasificación de las perversiones -----p. 177

3.4.1.4. La génesis de la perversión -----p. 178

3.4.1.5. La renegación y la escisión del yo-----p. 180

3.4.1.6. El fetichismo-----p. 187

3.4.1.7. La pulsión de muerte -----p. 190

3.4.2. Wilhelm Stekel -----p. 194

3.4.2.1. El fetichismo

3.4.2.1.1. El fetichismo auténtico-----p. 195

3.4.2.1.2. Como ficción -----p. 196

3.4.2.1.3. Como infantilismo psicosexual -----p. 197

3.4.2.1.4. Como obsesión -----p. 198

3.4.2.1.5. Como religión -----p. 199

3.4.2.2. El sadismo y el masoquismo

3.4.2.2.1. Como los dos extremos de la bipolaridad -----p. 200

3.4.2.2.2. Como infantilismo psicosexual y obsesión -----p. 202

3.4.2.2.3. Como ficción -----p. 204

3.4.2.2.4. Como religión -----p. 206

3.4.3. Jacques Lacan

3.4.3.1. La problemática fálica-----p. 207

3.4.3.2. El punto de anclaje-----p. 210

3.4.3.3. El fetiche y la escisión-----p. 211

3.4.3.4. Factores inductores -----p. 213

3.4.3.5. Desafío y transgresión-----	p. 218
3.4.3.6. El contrato y el ritual -----	p. 222
3.4.3.7. El intercambio de roles-----	p. 224
3.4.3.8. El secreto y el tercero cómplice-----	p. 225
3.4.4. Joyce McDougall	
3.4.4.1. La compulsión-----	p. 227
3.4.4.2. La constelación familiar-----	p. 229
3.4.4.3. La retractación-----	p. 231
3.4.4.4. El fetichismo-----	p. 232
3.4.4.5. El secreto y la escena perversa -----	p. 233
3.4.4.6. El desafío-----	p. 236
3.4.4.7. El espectador-----	p. 237
3.4.4.8. Las neosexualidades -----	p. 238
3.4.4.9. Perversión versus sublimación -----	p. 239
3.4.5. Otros autores	
3.4.5.1. Robert Stoller-----	p. 243
3.4.5.2. Franco de Masi -----	p. 244
3.4.5.3. Otto Kernberg -----	p. 245
3.4.5.4. Estela Welldon -----	p. 248

CAPÍTULO IV: LOS LÍMITES DE LA PERVERSIÓN

4.1. Perversión sexual y perversión moral -----	p. 251
4.2. Perversión y neurosis -----	p. 252
4.3. Perversión y psicosis-----	p. 256
4.4. Perversión y psicopatía-----	p. 260

CAPÍTULO V: SADISMO Y MASOQUISMO

5.1. Sadismo y masoquismo como representantes de la perversión-----	p. 267
5.2. La cuestión de la complementariedad-----	p. 268
5.3. Sade versus Masoch	
5.3.1. Procedencia terminológica-----	p. 275
5.3.2. Obscenidad versus decencia-----	p. 277
5.3.3. Luces y sombras versus claroscuros-----	p. 281
5.3.4. Institución versus contrato-----	p. 282
5.3.5. Padre versus madre -----	p. 283
5.3.6. Dos fantasías perversas-----	p. 287
5.3.7. Contra la ley -----	p. 289
5.3.8. Androginia versus hermafroditismo-----	p. 290
5.3.9. Denegación y fetiche -----	p. 291
5.3.10. Superyó sádico versus yo masoquista-----	p. 293
5.3.11. Eros y Tánatos -----	p. 295
5.3.12. No complementariedad-----	p. 296

CAPÍTULO VI: LA PERVERSIÓN EN LA MUJER

6.1. La controversia de la perversión en la mujer-----	p. 301
6.2. La madre perversa-----	p. 310
6.3. La mujer fetichizada -----	p. 317
6.4. El masoquismo femenino -----	p. 322

CAPÍTULO VII: LA PERVERSIÓN MÁS ALLÁ DE LO SEXUAL

7.1. Perversión, deseo y poder-----	p. 325
7.2. El sadomasoquismo como fenómeno social-----	p. 334

7.3. El fetichismo como fenómeno social-----	p. 336
7.3.1. Definición y origen etimológico -----	p. 336
7.3.2. En la teoría de Karl Marx -----	p. 337
7.3.3. En el arte y la literatura-----	p. 338
7.4. La perversión moral	
7.4.1. El perverso narcisista -----	p. 341
7.4.2. Narcisismo y perversión -----	p. 342
7.4.3. La personalidad del perverso moral -----	p. 345
7.4.4. El actuar perverso -----	p. 347
7.4.4.1. La seducción perversa -----	p. 348
7.4.4.2. La violencia perversa -----	p. 350
7.4.5. La perversión moral en la familia: el maltrato infantil-----	p. 351
7.4.6. La perversión moral en el trabajo: el acoso laboral -----	p. 353
7.4.7. La perversión moral en la pareja: el maltrato conyugal -----	p. 354
7.4.8. La víctima en la perversión moral -----	p. 355
DISCUSIÓN -----	p. 359
CONCLUSIONES-----	p. 363
PERSPECTIVAS FUTURAS DE INVESTIGACIÓN -----	p. 371
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS -----	p. 373

ÍNDICE DE TABLAS.

Tabla 1. Tesauro de PsycINFO para el término “perversion” -----	p. 47
Tabla 2. Tesauro de Psychology & Behavioral Sciences Collection para el término “perversion”-----	p. 47
Tabla 3. Tesauro de MEDLINE para el término “paraphilias”-----	p. 47
Tabla 4. Número de publicaciones según cada base de datos a partir del término “paraphilias” -----	p. 60
Tabla 5. Número de publicaciones según cada base de datos a partir del término “paraphilic disorders” -----	p. 62
Tabla 6. Número de publicaciones según cada base de datos a partir del término “perversion”-----	p. 63
Tabla 7. Número total de publicaciones según el término empleado-----	p. 64
Tabla 8. Número total de publicaciones arbitradas según el término empleado -----	p. 65
Tabla 9. Producción científica por décadas a partir del término “paraphilias” -----	p. 66
Tabla 10. Producción científica por décadas a partir del término “paraphilic disorders” -----	p. 67
Tabla 11. Producción científica por décadas a partir del término “perversion” -----	p. 68

Tabla 12. Producción científica por décadas a partir de “paraphilias”, “parahilic disorders” y “perversión” -----	p. 70
Tabla 13. Búsqueda en el JCR de las revistas de psicoanálisis con publicaciones a partir de “paraphilias”, “parahilic disorders” y “perversion” -----	p. 73
Tabla 14. Criterios de factor de impacto en revistas de psicoanálisis según el JCR -----	p. 74
Tabla 15. Artículos sobre “paraphilias”, “parahilic disorders” y “perversion” en revistas de psicoanálisis indizadas según el JCR -----	p. 75
Tabla 16. Búsqueda en el SJR de las revistas de psicoanálisis con publicaciones a partir de “paraphilias”, “parahilic disorders” y “perversion” -----	p. 76
Tabla 17. Criterios de factor de impacto en revistas de psicoanálisis según el SJR -----	p. 77
Tabla 18. Artículos sobre “paraphilias”, “parahilic disorders” y “perversion” en revistas de psicoanálisis indizadas según el SJR -----	p. 78
Tabla 19. Artículos sobre “paraphilias”, “parahilic disorders” o “perversion” en revistas de psicoanálisis -----	p. 79
Tabla 20. Idiomas de las publicaciones según el término empleado -----	p. 81
Tabla 21. Tipos de publicaciones según el término empleado -----	p. 81
Tabla 22. Número de publicaciones según cada base de datos a partir de los términos “parafilia” y “parafilias” -----	p. 86

Tabla 23. Número de publicaciones según cada base de datos a partir de los términos “trastorno parafilico” y “trastornos parafilicos” ----- p. 87

Tabla 24. Número de publicaciones según cada base de datos a partir de los términos “perversión” y “perversiones”----- p. 88

Tabla 25. Producción científica por año a partir del término “parafilia” ----- p. 89

Tabla 26. Producción científica por año a partir del término “parafilias”----- p. 91

Tabla 27. Producción científica por año a partir del término “trastorno parafilico” ----- p. 92

Tabla 28 .Producción científica por año a partir del término “trastornos parafilicos” ----- p. 94

Tabla 29. Producción científica por año a partir del término “perversión”----- p. 95

Tabla 30. Producción científica por año a partir del término “perversiones” -- p. 97

Tabla 31. Producción científica por año a partir de “parafilia”, “parafilias”, “trastorno parafilico”, trastornos parafilicos”, “perversión” y “perversiones” ----- p. 99

Tabla 32. Búsqueda en SJR, CIRC, CARHUS y LATINDEX de las revistas de psicoanálisis con publicaciones a partir de “parafilia”, “parafilias”, “trastorno parafilico”, “trastornos parafilicos”, “perversión” y “perversiones” -----p. 101

Tabla 33. Literatura científica psicoanalítica y su medio de publicación -----p. 102

Tabla 34. Idiomas de las publicaciones según el término empleado -----p. 102

Tabla 35. Tipos de publicaciones según el término empleado -----p. 103

Tabla 36. Parafilias especificadas en el DSM-----p. 161

Tabla 37. Clasificación de las parafilias en el DSM y la CIE -----	p. 163
Tabla 38. Obras principales de Freud para el estudio de la perversión-----	p. 170
Tabla 39. Clasificación de las perversiones según Freud (1905)-----	p. 178
Tabla 40. Fases del origen de la perversión según Freud en <i>Pegan a un niño</i> (1919) -----	p. 180
Tabla 41. La perversión desde la teoría pulsional de Freud-----	p. 190
Tabla 42. Semejanzas entre perversión y sublimación según McDougall (1978) -----	p. 243
Tabla 43. Diferencias entre perversión y sublimación según McDougall (1978) -----	p. 243
Tabla 44. Clasificación de los trastornos del carácter según Kernberg (1977) -----	p. 247
Tabla 45. Puntos clave para una valoración psicodinámica de la perversión según Welldon (2014)-----	p. 249
Tabla 46. Semejanzas entre perversión sexual y perversión moral -----	p. 252
Tabla 47. Diferencias entre perversión sexual y perversión moral -----	p. 252
Tabla 48. Diferencias entre perversión y neurosis -----	p. 256
Tabla 49. Semejanzas entre perversión y psicosis-----	p. 260
Tabla 50. Diferencias entre perversión y psicosis -----	p. 260
Tabla 51. Semejanzas entre perversión y psicopatía -----	p. 265

Tabla 52. Diferencias entre perversión y psicopatía -----	p. 265
Tabla 53. Semejanzas entre sadismo y masoquismo según Deleuze (1967) --	p. 298
Tabla 54. Diferencias entre sadismo y masoquismo según Deleuze (1967)---	p. 299
Tabla 55. La perversión femenina -----	p. 307
Tabla 56. Personalidad del perverso moral según Hirigoyen (1998) -----	p. 347
Tabla 57. El actuar del perverso moral según Hirigoyen (1998)-----	p. 351
Tabla 58. La víctima del perverso moral según Hirigoyen (1998)-----	p. 357
Tabla 59. Características de la perversión según Freud y Lacan-----	p. 359
Tabla 60. Semejanzas en el planteamiento sobre el sadismo y el masoquismo entre el psicoanálisis y Deleuze-----	p. 360
Tabla 61. Diferencias en el planteamiento sobre el sadismo y el masoquismo entre el psicoanálisis y Deleuze-----	p. 360
Tabla 62. Diferencias entre perversión masculina y perversión femenina según Welldon (2014)-----	p. 361
Tabla 63. Criterios descriptivos de la perversión sexual -----	p. 369

ÍNDICE DE FIGURAS.

Figura 1. Cuadro sinóptico de los principales autores para el estudio de la perversión
----- p. 42

Figura 2. Número de publicaciones según cada base de datos a partir del término
“paraphilias” ----- p. 61

Figura 3. Número de publicaciones según cada base de datos a partir del término
“paraphilic disorders” ----- p. 62

Figura 4. Número de publicaciones según cada base de datos a partir del término
“perversion”----- p. 63

Figura 5. Número total de publicaciones según el término empleado----- p. 64

Figura 6. Número total de publicaciones arbitradas según el término empleado
----- p. 65

Figura 7. Producción científica por décadas a partir del término “paraphilias” p. 66

Figura 8. Producción científica por décadas a partir del término “paraphilic disorders”
----- p. 67

Figura 9. Producción científica por décadas a partir del término “perversion” p. 69

Figura 10. Producción científica según el término empleado ----- p. 71

Figura 11. Artículos sobre “paraphilias”, “parahilic disorders” y “perversion” en revistas
de psicoanálisis indizadas según el JCR ----- p. 75

Figura 12. Artículos sobre “paraphilias”, “parahilic disorders” y “perversion” en revistas
de psicoanálisis indizadas según el SJR ----- p. 79

Figura 13. Artículos sobre “paraphilias”, “parahilic disorders” y “perversion” en revistas de psicoanálisis ----- p. 80

Figura 14. Idiomas de las publicaciones según el término empleado ----- p. 81

Figura 15. Tipos de publicaciones según el término empleado ----- p. 82

Figura 16. Número de publicaciones según cada base de datos a partir de los términos “parafilia” y “parafilias” ----- p. 86

Figura 17. Número de publicaciones según cada base de datos a partir de los términos “trastorno parafilico” y “trastornos parafilicos” ----- p. 87

Figura 18. Número de publicaciones según cada base de datos a partir de los términos “perversión” y “perversiones” ----- p. 88

Figura 19. Producción científica por año a partir del término “parafilia” ----- p. 90

Figura 20. Producción científica por año a partir del término “parafilias” ----- p. 92

Figura 21. Producción científica por año a partir del término “trastorno parafilico” ----- p. 93

Figura 22. Producción científica por año a partir del término “trastornos parafilicos” ----- p. 94

Figura 23. Producción científica por año a partir del término “perversión” ---- p. 96

Figura 24. Producción científica por año a partir del término “perversiones” - p. 98

Figura 25. Producción científica por año a partir de “parafilia”, “parafilias”, “trastorno parafilico”, trastornos parafilicos”, “perversión” y “perversiones” -----p. 100

Figura 26. Idiomas de las publicaciones según el término empleado -----p. 103

Figura 27. Tipos de publicaciones según el término empleado -----p. 104

Figura 28 .Representación de los trastornos de personalidad del DSM-III-R con respecto al modelo evolutivo de Millon -----p. 159

Figura 29. Agrupamiento de los prototipos de personalidad de Millon-----p. 159

Figura 30. Movimiento circular interno de la perversión según Welldon (2014)
-----p. 249

Figura 31. Áreas de la conducta y patologías mentales asociadas según Bleger ----
-----p. 261

Figura 32. Perversión femenina contra el propio cuerpo y contra el propio bebé según Welldon (2014)-----p. 308

AGRADECIMIENTOS.

A Francisco Javier de Santiago Herrero, mi director de tesis, mentor y amigo, por servirme de inspiración a lo largo de todos estos años. Sin ti no me hubiera enamorado del psicoanálisis ni hubiera encontrado mi vocación y gran pasión. Sin ti hoy no sería quien soy. Te lo agradeceré eternamente.

A Roberto Rodríguez Carrasco, mi pareja y compañero de vida, por tu tiempo y tu apoyo incondicional. Sin el equilibrio y la paz que me proporcionas el camino hubiera sido terriblemente más difícil. Es un regalo tenerte a mi lado. Ahora y siempre.

A Ernesto Valle Pavón, mi mejor amigo, casi un hermano, por tu infinita confianza en mis posibilidades. Una porción importante de mi evolución como psicoanalista se lo debo a nuestros diálogos, siempre insuficientes, siempre inacabados, siempre apasionantes.

A Cristina Jenaro Río, mi codirectora, por estar ahí en todo momento.

A María Monfragüe García Mateos, por tu generosidad y atención.

A mi madre, porque sin ti todo, absolutamente todo, sería imposible.

A todas mis compañeras de la Asociación Psicoanalítica Kairós, por un recorrido en común, por todos los momentos compartidos.

Y, en general, gracias a todas aquellas personas que habéis contribuido a que esta tesis doctoral sea una realidad.

RESUMEN.

El objetivo final de esta tesis doctoral es ofrecer un estudio profundo y sistemático acerca de la perversión. Para ello se ha adoptado fundamentalmente un enfoque psicoanalítico, y secundariamente filosófico, pues el erotismo y su expresión patológica, la perversión, se extiende a toda la realidad humana y como tal pueden hallarse más respuestas (y nuevas preguntas) en la conjunción entre varios campos del saber.

En pocas palabras, se trata de un estudio acerca de la perversión a través del diálogo entre psicoanálisis, filosofía y otras ciencias humanas.

PALABRAS CLAVE.

erotismo, sexualidad, perversión, parafilia, desviación sexual, sadismo, masoquismo, fetichismo, Sade, Sacher-Masoch, psicoanálisis, filosofía, estudio bibliométrico

ABSTRACT.

The ultimate goal of this thesis is to provide a systematic and in-depth study concerning perversion. This has been primarily adopted from a psychoanalytic approach and, secondarily, a philosophic approach since eroticism and its pathological expression, perversion, extend to all human reality and as such more answers (and more questions) can be found in the connection between various fields of knowledge. In the fewest possible words, this thesis is the study of perversion through the dialogue between psychoanalysis, philosophy and other social sciences.

KEYWORDS.

eroticism, sexuality, perversion, paraphilia, sexual deviation, sadism, masochism, fetishism, Sade, Sacher-Masoch, psychoanalysis, philosophy, bibliometric study

PRESENTACIÓN.

INTRODUCCIÓN.

La perversión ha sido siempre un tema que suscita enorme interés y a la par mucho rechazo. No existe demasiada literatura científica dedicada a ella, y la que hay se encuentra diseminada entre autores, enfoques y tiempos, destacando la contribución del psicoanálisis, que sin duda es la escuela que más ha investigado y escrito sobre esta cuestión (Roudinesco, 2009).

En los inicios del psicoanálisis todos los estudios y propuestas de tratamientos se centraban casi exclusivamente en el campo de las neurosis. Las psicosis, siempre muy llamativas para los clínicos, no tardaron también en encontrar su lugar entre los analistas con autores como Abraham (1924), Klein (1946) y Federn (1952). En cambio, la perversión ha despertado un menor interés, quizá por el reducido número de personas con esta patología que acuden a consulta, además del tabú ya mencionado (Etchegoyen, 2009). Asimismo, los pocos autores que se han adentrado en este tema muchas veces ni siquiera consiguen definir y explicar cuestiones básicas como qué es una perversión, qué la caracteriza y cómo se origina; y, por supuesto, no todos los planteamientos apuntan en la misma dirección. Posiblemente, si se concibiera la perversión como un “campo” y no como una estructura, muchas de estas diferencias teóricas perderían su antagonismo (Chazaud, 1976). Sea como fuere, el terreno de la perversión es como poco conflictivo, pero parece sensato tomar como punto de partida los presupuestos clásicos.

Por supuesto, como en toda investigación psicodinámica es necesario detenerse primeramente en el trabajo de Sigmund Freud. El estudio de la perversión, aunque de menor peso, es una constante en su obra, marcando *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905) el inicio de un gran recorrido que tuvo continuidad a través de otros muchos profesionales, cuyas publicaciones han sido también desmenuzadas en esta tesis.

Tampoco debe haber estudio sobre la perversión sin un acercamiento al pensamiento del marqués de Sade, máximo exponente de la perversión, no tanto en el nivel práctico, sino en el teórico, pues Sade llevó la depravación (dentro y fuera del terreno sexual) más allá de la conducta y lo convirtió en un sistema: un legado moral (Blanchot, 1990). Destacar este detalle tiene su importancia, pues el nombre de Sade se asocia generalmente, sobre todo en los coloquios banales, a una forma de actuar y pocas veces al pensamiento que la sustenta, a pesar de que lo que ha llegado hasta nosotros de él es

predominantemente lo segundo. Muchos son los mitos que rodean a este personaje, tantos que su vida y su persona se desdibujan entre medias verdades y mentiras. Lo único palpable que poseemos de él es su herencia literaria, o lo que es lo mismo, su pensamiento y reflexión, tal vez porque tampoco tuvo apenas momentos para llevar sus palabras al acto en sus casi treinta años de confinamiento.

(...) esta singular invención nació de la soledad de un calabozo. En realidad, la conciencia clara y distinta, renovada sin fin y repetida, de lo que fundamenta el impulso erótico necesitó, para formarse, de la condición inhumana de un prisionero. Libre, Sade habría podido saciar la pasión que le apremiaba, pero la prisión le retiró los medios para lograrlo. (Bataille, 2000, p. 176)

Queda para la fantasía de cada quien imaginar qué hubiera sido del marqués de Sade, de sus obras y sus aventuras sin sus largas décadas de aislamiento.

Obligado a renunciar a sus pasos al acto y constreñido a no practicar sino un furioso onanismo, sufriendo de hemorroides, un principio de obesidad y una pérdida constante de vista, aprovechó, empero, su encierro para adquirir, en el secreto de una confrontación violenta consigo mismo, la mayor de las libertades, la única a la que pudo aspirar: la libertad de decirlo todo, y por lo tanto de escribirlo todo. En el curso de esta prueba iniciática, marcada por una larga serie de recriminaciones hacia los demás, pasó de la abyección a la sublimación, de la barbarie pulsional a la elaboración de una retórica de la sexualidad. En resumen, pasó del estatus de perverso sexual al de teórico de las perversiones humanas. (Roudinesco, 2009, p. 69)

Del otro lado se encuentra Leopold von Sacher-Masoch, que elevó la sumisión a la categoría de arte a través de sus novelas. Y es que la perversión, al igual que todo trastorno en general, nace en el ámbito social y judicial ante la necesidad de juzgar ciertos comportamientos considerados como desviados. Así pues, muchos desórdenes mentales son denominados e investigados a partir de su inserción dentro de los extremos de la campana de Gauss. A partir de este modo de entender la psicopatología muchos

profesionales clínicos se han centrado en exceso en la sintomatología, dejando al sujeto de lado y teorizando cada vez más apartados de la práctica clínica y más preocupados a su vez de encajar a las personas en sus hipótesis. Es menester también volver a la realidad humana con toda su complejidad, prestar menos atención a la perversión y más a los perversos, en otras palabras, volver a la literatura de Sade y de Sacher-Masoch. No debemos olvidar que nadie puede enseñarnos más acerca de la realidad perversa que el propio perverso que la vivencia.

En esta línea, el interés no se encuentra tanto en valorar el grado de normalidad de las diversas conductas perversas y mucho menos en hacer juicios condenatorios, sino comprender al sujeto perverso, sádico o masoquista, en su totalidad. Que sus actos y pensamientos se salgan de la lógica del hombre medio no tiene por qué conducirlos necesariamente a ser tachados como sujetos anómalos y enfermos. Así, a partir de la literatura de Sade por un lado y de Masoch por el otro se estudiarán las particularidades, las similitudes y las diferencias entre sadismo y masoquismo y se planteará cómo la entidad sadomasoquista no parece posible tal como lo plantea el psicoanálisis freudiano.

Puesto que el juicio clínico está repleto de prejuicios, hay que volver a empezar todo por un punto situado fuera de la clínica, el punto literario, desde donde fueron nombradas las perversiones. No es casual que el nombre de dos escritores sirva aquí de designador; es posible que la crítica (en el sentido literario) y la clínica (en el sentido médico) estén decididas a entablar nuevas relaciones donde la una enseñe a la otra, y recíprocamente. (Deleuze, 2008, p. 16)

Por otra parte, estudiar la perversión es estudiar una parte oculta de la naturaleza humana, lo cual incomoda a más de uno. No es tanto el placer egoísta que los perversos se permiten o sus formas de alcanzarlo lo que tanto molesta, sino que son la representación viva de que el espíritu no es puro de nacimiento.

El perverso es aquí el que clama que el rey va desnudo, que la catedral es de piedra, que el coloso es de arcilla. El que *filosofa* sobre que no hay forma si no es de una materia, que nos muestra en su prístina naturaleza. De ahí que hiera nuestro narcisismo, al que muestra

que no es más que una transformación erótica, reduplicada (tras la dialéctica del deseo) del *pesar* ligado a nuestras adaptaciones. De un “pesar” regresivo que solo nos permitimos en el sueño por cuanto es considerado insensato e inconsecuente; y en furtivos “preliminares”, por cuanto serán ahogados en la ortodoxia del final y en la amnesia que le sigue. (Chazaud, 1976, pp. 130-131)

Esta tesis doctoral es, por tanto, también una investigación acerca del erotismo, ya que la perversión no es más que su expresión más patológica, o si se prefiere, más exagerada o extrema. Es también un intento de enriquecer la teoría psicoanalítica con el aporte de la filosofía, pues aunque, como cabe esperar, existen puntos de desacuerdo que dificultan aún más el entendimiento, la confluencia de ambos campos del saber abre posibles respuestas y nuevas miras. En esta ocasión la atención se ha centrado mayormente en la visión psicoanalítica, aunque se han realizado las alusiones necesarias a la filosofía para reflejar similitudes, discrepancias y otros detalles de interés, de igual forma que, en menor medida, a otras disciplinas y ciencias humanas. Tal como fueron articuladas las teorías psicológicas en torno al legado psicoanalítico, las indagaciones filosóficas tienen como eje central la reflexión de varios de los pensadores más relevantes del siglo XX respecto a la temática en cuestión: George Bataille, Pierre Klossowski, Maurice Blanchot, Gilles Deleuze y Michel Foucault, fundamentalmente.

El objetivo es dar luz al ámbito menos explorado y poco delimitado de la perversión, dentro y fuera del campo estrictamente sexual, rescatando la aportación de diferentes autores y perspectivas, todo ello teniendo presentes los cambios sociales, morales e históricos. Este estudio es, en suma, un contacto entre la clínica y la literatura, entre el psicoanálisis y la filosofía, entorno al controvertido concepto de perversión.

JUSTIFICACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN.

JUSTIFICACIÓN CLÍNICA.

La perversión nunca ha sido un tema muy investigado, al menos en comparación con otros desórdenes mentales (Chazaud, 1976). No aparecía siquiera en el índice alfabético de la obra *Psychiatrie Clinique* de Paul Guiraud (1956), y en la *Manuale di psichiatria* de Ey, Bernard y Brisset (1989) las perversiones sexuales se localizan en el capítulo

dedicado al desequilibrio, entre las toxicomanías y la locura moral. “Sus referencias son las de la degeneración (juicio peyorativo), antisociabilidad (juicio valorativo), impulsividad, excentricidad, inmoralidad... En una palabra, son simplemente consideradas como facetas del vicio” (Chazaud, 1976, pp. 18-19).

Así pues, la información que existe acerca de los sujetos perversos es escasa y a menudo contradictoria o confusa (Julien, 2012). Varias son las dificultades que los investigadores se han encontrado, entre ellas su baja presencia en las consultas y la heterogeneidad en sus formas de expresión, además de su cercanía e incluso solapamiento con otros trastornos (Dor, 2009). La poca demanda clínica realizada por este colectivo puede deberse, tal como decía Etchegoyen (2009), a que “el acto perverso tiene la estructura de un síntoma, especial porque es egosintónico y plancentero pero síntoma al fin” (p. 220). De todos modos, hay que recordar que aunque en la clínica se trata poco con los perversos, no puede decirse lo mismo sobre la perversión, que como rasgo se manifiesta por doquier; la perversión es una constante en las consultas y es responsabilidad del clínico estudiarla y conocerla a fondo.

Es necesario, entonces, formular y desarrollar referentes más estables que den cuenta de la etiología y de los mecanismos implicados en la sexualidad perversa. Conocer las características propias de estos sujetos ayudará a encauzar mejor la terapia y a aplicar un método de trabajo específico. “La perversión posee individualidad clínica y configura un tipo especial de transferencia” (Ibíd., p. 220).

Para ello hay que evitar el reduccionismo organicista intentando dar una visión más global del ser humano. “Durante largos años los descubrimientos biológicos nos han causado tanta satisfacción que nos hemos olvidado por completo que el hombre también tiene alma” (Stekel, 1952a, p. 31). Y lo cierto es que la investigación por parte de médicos y psicólogos empiristas tampoco ha aportado datos concluyentes, hecho constatable en las sucesivas versiones de los manuales diagnósticos.

Las clasificaciones psicopatológicas siguen centrando el interés de investigadores y clínicos, habiendo absorbido importantes esfuerzos y recursos, aunque con resultados todavía insatisfactorios. Una clasificación presenta grandes ventajas, como son facilitar la organización de los datos en conceptos significativos, siendo éste un requisito necesario para el desarrollo de una ciencia, y favorecer la comunicación científica y la organización

de la literatura y documentación. No obstante, se han señalado también diversos inconvenientes a estas clasificaciones, entre los que se mencionan su posible efecto iatrogénico o de estigmatización social, problemas metodológicos relativos a la fiabilidad, validez y su utilidad a la hora de aportar información sobre la etiología, el pronóstico o el tratamiento de un determinado trastorno. (Belloch, Sandín y Ramos, 2008, p. 114)

Resulta paradójico que el lenguaje psicoanalítico fue muy pronto eliminado del manual diagnóstico de la Asociación Americana de Psiquiatría (concretamente en el DSM-III (1980) cuando la mayoría de investigaciones y publicaciones surgen precisamente del enfoque psicodinámico. “Por lo que respecta a la perversión, en cuanto denominación, estructura y vocablo, solo ha sido estudiada por los psicoanalistas” (Roudinesco, 2009, p. 9). Y es que con el tiempo “la enseñanza de la psiquiatría clásica se ha transformado así, lamentablemente, en una mera técnica y una huidiza práctica clínica de la atención de las enfermedades mentales, a las que se ha terminado por sustraer toda brizna de subjetividad” (Álvarez et al., 2004, p. 734). Sea como fuere, nunca es un error volver a las bases de la investigación.

No es necesario comparar el camino de la ciencia con las transformaciones de una ciudad en la cual los edificios desvencijados son impiadosamente demolidos para dar lugar a nuevas construcciones; es preferible compararlo con la evolución continua de las especies zoológicas, que se desarrollan sin pausa y terminan siendo irreconocibles ante la mirada de la gente común, aunque un ojo ejercitado siempre encuentre en ellas las huellas del trabajo precedente de los siglos transcurridos. Por lo tanto, no es necesario creer que las teorías pasadas de moda sean estériles y vanas. (Poincaré, citado en De Masi, 2004, p. 73)

En pocas palabras, se torna necesario ahondar y comprender la perversión desde el psicoanálisis para poder establecer estrategias adecuadas de prevención, intervención y gestión de recursos.

JUSTIFICACIÓN CIENTÍFICO-ACADÉMICA.

La menor atención prestada a la perversión se ha traducido en menor cantidad de estudios realizados. Además de escaso, gran parte del material se encuentra esparcido entre compendios de temática variada, obras agotadas y artículos introductorios. Todo ello supone una dificultad añadida para el investigador que desea profundizar y para los profesionales que deseen formarse sobre esta cuestión.

Es importante entonces reunir, ordenar y consolidar la bibliografía existente para poder encaminar mejor las nuevas líneas de investigación y establecer mejores planes de formación.

JUSTIFICACIÓN SOCIO-HISTÓRICA.

Muchos son los cambios socio-históricos acaecidos desde tiempos de Freud hasta la actualidad, los cuales repercuten en la manera en la que debe ser abordada la realidad humana en general, y la realidad clínica en particular. Esto se debe a que los cambios sociales e históricos van ligados a modificaciones en las costumbres y en los ideales morales, y éstos a su vez a un cambio en lo que se entiende por normal. Así pues, debemos revisar el concepto de “normalidad”, inevitablemente unido a la norma estadística. Muchos actos que hoy en día se consideran normales hace un siglo podrían haber sido tachados como inapropiados o enfermizos, o incluso al revés, pues muchas patologías no existen, al menos socialmente, hasta que alguien las señala y las designa con un nombre.

Entre estos cambios socio-históricos podríamos destacar el movimiento feminista mediante el cual la mujer ha ido obteniendo cada vez más poder en la sociedad. Solo por mencionar una de las consecuencias directas, la incorporación de la mujer al trabajo ha favorecido mayor igualdad entre los sexos y una nueva estructuración familiar. En una cultura en la cual los diferentes roles pueden ser repartidos casi indistintamente entre hombres y mujeres, la voz de la mujer ha ido cobrando cada vez mayor importancia, en ocasiones incluso desplazando la del varón.

También, la mayor libertad sexual (la censura y la coerción continúan jugando, aunque bajo formas más sutiles). “A medida que la represión sexual social disminuye, el sujeto se encuentra cada vez más confrontado a sus propias elecciones y eso también

produce síntomas que ya no se pueden achacar a la sociedad” (Lafuente, 2010). No nos referimos únicamente a lo concerniente al acto sexual en sí, como puede ser la aceptación de las relaciones sexuales prematrimoniales o la libre elección de pareja, sino también a cuestiones como la moda y la publicidad. A modo de ejemplo señalar que la desnudez y la provocación erótica no portan el velo de censura en los medios de comunicación como en otros tiempos. En este tema han influido especialmente iconos de la música y del cine.

No hay que ignorar tampoco el avance tecnológico, el cual ha propiciado el deseo de inmediatez. Parece como si la sociedad ya no pudiera esperar en ninguna de las esferas de la vida, incluida la salud mental. Son muchas las personas, profesionales sanitarios incluidos, que buscan curas milagrosas y depositan casi fe ciega en los psicofármacos. Parece incluso que el deseo de inmediatez afecta también a niños y adolescentes, quienes cada vez más pronto se inician en prácticas sexuales y consumo de sustancias en busca de una supuesta adultez precoz. Como apunta Bauman (2015): “Querer ser feliz todos los días es una enfermedad”.

Por otra parte, se le otorga una creciente importancia a lo superficial. Vivimos en la época del culto al cuerpo y de la veneración del objeto, de acumular y coleccionar un sinnúmero de cosas inútiles, de sobrevalorar la belleza estética frente a otras cualidades más relevantes.

Por último, no olvidarnos, por supuesto, de la continuidad entre normalidad y patología. Estudiar la perversión conlleva estudiar la naturaleza humana y nos posibilita comprender mejor los hechos y pensamientos de personajes históricos como Gilles de Rais o el marqués de Sade, quien “animándonos a llegar al bien por el camino del vicio no debe ser desechada de modo reflejo, pues bajo la insolencia guarda su dosis de verdad” (Colina, 2006, p. 115). Normal o anormal, la manifestación de la perversión se circunscribe en el espacio y en el tiempo de tal forma que un examen del tema ha de ayudarnos necesariamente en la comprensión de la sociedad y sus individuos.

En esta línea, hoy en día estudiar la sexualidad en general y la perversión en particular cobran especial importancia, pues la voz de la permisividad y el empuje hacia la desmesura traen consigo un aumento de las prácticas perversas: aumenta la pedofilia y el turismo sexual, el travestismo y la sexualidad grupal en clubes y playas. “La liberación de las costumbres puede desempeñar un papel en esta progresión de las

perversiones, pero también en la banalización de sus consecuencias” (Eiguer, 2002, p. 713), como pueden ser las que recaen sobre los niños.

Para tratar de entender la progresión de las perversiones, evoquemos la familia actual, en donde la autoridad de los padres, y especialmente la del padre, tiende a disminuir. Ello autoriza muchísimos excesos. En la familia, la voluptuosidad se desarrolla más allá de la capacidad infantil de metabolizarla. Los padres ofrecen sin discriminación excitantes sensoriales como para compensar los límites de su poder e incapacidad afectiva. Pueden ellos ser regalos, alimentos, medicamentos o erotismo a través de la exposición de su intimidad física. Los niños modernos aprenden precozmente que la voluptuosidad puede servir para calmar la depresión o las fallas en lo imaginario. La separación y el divorcio de los padres son también una oportunidad de exhibición sexual adulta. El dormitorio “abre las puertas”, los niños pueden ser de cerca o de lejos testigos de sus desavenencias eróticas. Desbordado por el conflicto, un padre (o madre) confía a su vástago secretos de alcoba. (Ibíd., p. 713)

Por todo ello queda justificada la actual y renovada relevancia social del estudio de la sexualidad perversa pues, como toda experiencia y expresión humana, muda de forma para adaptarse a la continua evolución de la cultura.

JUSTIFICACIÓN EDUCATIVO-PREVENTIVA.

Siempre es preferible prevenir y que un conflicto no llegue a tener lugar, o que al menos no se agrave y consolide, a la necesidad posterior de aplicar un tratamiento. Por esta razón es de vital importancia el poder publicar artículos y manuales y ofrecer charlas psicoeducativas bien fundamentadas y claras, tanto para padres como para educadores, sobre la perversión, sexual y no sexual, puesto que se desarrolla durante los primeros momentos de la vida, no instalándose hasta etapas más tardías. “Neurosis y psicosis como estructuras clínicas, pueden ser criterios psicopatológicos a utilizarse al referirse a la infancia, en cambio con respecto a la perversión en la infancia solo podemos decir que hay una disposición, no un cuadro establecido” (Psicoanálisis y el hospital, 2006, p. 158). Reconocer pautas familiares y sociales que favorezcan la

evolución de este tipo de patologías puede ayudar a modificarlas desde la crianza en el hogar y desde la formación en las escuelas.

De igual manera, es relevante poder detectar rasgos y comportamientos perversos en la vida diaria, propios y del otro, que a menudo toman formas muy sutiles y que en realidad son expresiones de violencia enmascarada.

Por último, sería beneficioso poder hablar (investigar, estudiar, interrogarse) abiertamente sobre cualquier cuestión sexual en pos de eliminar prejuicios, dudas y manipulaciones, en definitiva, de derribar barreras en la comunicación entre las personas y de promover la aceptación de la naturaleza humana.

El espíritu humano está expuesto a los requerimientos más sorprendentes. Constantemente se da miedo a sí mismo. Sus movimientos eróticos le aterrorizan. La santa, llena de pavor, aparta la vista del voluptuoso: ignora la unidad que existe entre las pasiones inconfesables de éste y las suyas.

Con todo, no es imposible hallar la coherencia del espíritu humano, cuyas posibilidades se extienden en un territorio que va desde la santa hasta el voluptuoso. (Bataille, 2013, p. 11)

METODOLOGÍA.

HIPÓTESIS DE TRABAJO.

Partimos de la hipótesis de que no hay homogeneidad suficiente como para hablar de una estructura definida y única de la perversión; se trata más bien de una dimensión cuyas fronteras son a menudo difíciles de discernir y dentro de las cuales pueden ubicarse comportamientos, expresiones y vivencias muy variadas. Por otra parte, aunque de suma importancia en el ámbito sexual, la perversión no se limita a él, sino que va más allá pudiendo instalarse en cualquier rincón de la naturaleza humana.

Desde una visión cuantitativa, puede afirmarse que la perversión es un continuo que va de la más absoluta normalidad al extremo más patológico, confundiéndose en sus manifestaciones más graves con la psicopatía. Y desde una perspectiva cualitativa, si

bien se desdibuja a menudo entre los mecanismos de defensa, las fantasías y las manifestaciones de la neurosis y la psicosis, posee entidad propia.

Por tanto, el planteamiento es que la perversión constituye una individualidad clínica que debe abordarse desde un modelo dimensional.

OBJETIVOS.

OBJETIVO GENERAL.

Esta tesis doctoral persigue como fin último realizar una revisión teórica exhaustiva a través de la bibliografía existente sobre la perversión, fundamentalmente desde el enfoque psicoanalítico y en su manifestación sexual. Este análisis se ha llevado a cabo desde un punto de vista clínico, además de filosófico y social para alcanzar una comprensión más global.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS.

Para la consecución de este fin se plantean los siguientes objetivos específicos:

1. Llevar a cabo un estudio bibliométrico para constatar desde qué perspectiva se ha investigado más acerca del tema y justificar así la base teórica psicoanalítica de esta tesis.
2. Desarrollar un estudio filosófico del erotismo para una posterior y mejor comprensión de la perversión, entendiendo la segunda como el extremo patológico del primero.
3. Estudiar el pensamiento de Sade como máximo exponente de la perversión dentro de nuestro legado cultural.
4. Realizar un estudio de la perversión a partir de diferentes enfoques y autores, principalmente desde la perspectiva psicodinámica.
5. Comparar y confrontar aquellas ideas que defienden la dualidad sadomasoquista con aquellas otras que defienden que sadismo y masoquismo son dos entidades independientes y no complementarias.
6. Investigar la controversia existente en torno a la perversión en la mujer.
7. Realizar una aproximación a manifestaciones perversas no sexuales.

Todo ello mediante el estudio pormenorizado de las publicaciones más relevantes acerca del tema.

DESCRIPCIÓN DEL PROCESO DE INVESTIGACIÓN.

Este estudio se basa fundamentalmente en el análisis y la revisión de obras de distintos autores, siendo la mayoría, aunque no en su totalidad, de enfoque psicodinámico, dado que la mayor parte del material publicado procede de la escuela psicoanalítica. Se ha realizado un estudio bibliométrico para corroborarlo (ver apartado *Justificación del paradigma y de la metodología*). Se han empleado también textos de índole filosófico, literario y social y, en menor medida, de compendios actuales de psicología y otros.

Así pues, la presente tesis doctoral se divide en siete capítulos:

En el primer capítulo se aborda el tema del erotismo, entendiendo la perversión como su expresión mórbida y exagerada. Este recorrido se inicia así con la exploración del erotismo, su surgimiento, sus manifestaciones y su íntima relación con la muerte, la belleza, el deseo, la sacralidad, la prohibición y la transgresión. El erotismo separa al hombre del animal, pues la sexualidad humana poco tiene de natural al no subordinarse a las leyes biológicas, sino que se encuentra adherida a leyes simbólicas socialmente construidas y compartidas. Este apartado es, en definitiva, una tentativa de aproximación y comprensión del erotismo como parte inherente de la naturaleza del ser humano.

La actividad sexual reproductiva la tienen en común los animales sexuados y los hombres, pero al parecer solo los hombres han hecho de su actividad sexual una actividad erótica, donde la diferencia que separa al erotismo de la actividad sexual simple es una búsqueda psicológica independiente del fin natural dado en la reproducción y del cuidado que dar a los hijos. Así, a partir de esta definición elemental, vuelvo inmediatamente a la fórmula que propuse para empezar, según la cual el erotismo es la aprobación de la vida hasta en la muerte. (Bataille, 2013, p. 15)

A continuación, en el segundo capítulo, se tratará de adentrar al lector en el pensamiento de Sade, cuyos textos ofrecen la ocasión de analizar las ideas y las fantasías de una de las mentes perversas más conocidas de todos los tiempos. La mayor comprensión de su ideología, filosofía y moral ayudarán a abordar con mayor claridad la cuestión perversa.

Así pues, mediante un gesto que consistirá en inventar un universo de pura transparencia sexual, el marqués podrá ser contemplado a un tiempo como el representante más brillante del discurso perverso en Occidente y como el fundador de la noción moderna de perversión. (Roudinesco, 2009, pp. 47-48)

En el tercer capítulo se desarrolla lo que la nosología descriptiva y empírica aporta acerca de la perversión sexual, fundamentalmente desde los manuales diagnósticos actuales, para posteriormente profundizar en la nosología psicoanalítica. Por supuesto, ambas perspectivas no tienen por qué contradecirse; al adoptar una postura predominantemente psicodinámica no se excluyen otras consideraciones clínicas, sino que son asumidas como complementarias. Pese a que la perversión no es exclusiva del campo sexual, esta tesis se centra en él porque es en el comportamiento sexual donde más claramente pueden observarse el carácter del sujeto, sus defensas y sus conflictos.

De hecho, en ninguna esfera del comportamiento se manifiesta el carácter de una persona tan claramente como en el acto sexual... precisamente por ser la actividad menos “aprendida” y pautada. El amor de una persona, su ternura, su sadismo o masoquismo, su narcisismo, sus ansiedades (todos los rasgos de su carácter) se manifiestan en su comportamiento sexual. (Fromm, 1975, p. 284)

El cuarto capítulo está dedicado al diagnóstico diferencial de la perversión, cuyos límites se difuminan a menudo con otras patologías, en especial la psicopatía.

Después, en el quinto capítulo, se exponen las teorías que defienden el binomio sadismo y masoquismo, representantes incuestionables de la perversión, y se

contrastarán con aquéllas que los consideran separados e independientes. De lo que se trata es, básicamente, de hacer una comparativa entre ambas posiciones para cuestionar la complementariedad defendida por la teoría psicoanalítica freudiana y a su vez enriquecerla con la reflexión crítica de los filósofos a partir de la literatura de Sade y Masoch.

En el sexto capítulo se tratará la controvertida cuestión de la perversión femenina. Su existencia resulta muy dudosa para muchos investigadores y clínicos y se cree que en caso de existir se manifiesta a través de formas muy distintas a las del varón: en la relación perversa con el propio cuerpo o con los hijos.

Siempre se ha mantenido que las mujeres eran incapaces de llevar a cabo sus propios designios sexuales perversos, y se ha considerado que los únicos que promulgaban las fantasías sexuales eran los jóvenes varones. Considero que muchas teorías del desarrollo sexual femenino están erróneamente fundadas, en parte por estar basadas en la existencia necesaria de una siempre presente *madre-tierra*, una mujer tan idealizada, o incluso idolatrada hasta tal punto, que sus errores se pasan por alto. Se la retrata como carente de poder ante el dilema de la envidia del pene o, según las nuevas feministas, la víctima de las actitudes sociales, quizás incluso como alguien despreciable si aparenta ser menos importante que el hombre. Parece como si todos nos hubiéramos convertido en conspiradores silenciosos en un sistema en el cual, desde cualquier punto de vista en que consideremos a las mujeres, éstas están o bien desposeídas de todo poder o convertidas en objetos sexuales y víctimas de los hombres. No les concedemos ningún sentido de la responsabilidad sobre sus propias y exclusivas funciones, íntimamente relacionadas con la fecundidad y la maternidad, tendentes en ocasiones a manifestarse perversamente. (Welldon, 2013, p. 85)

En el séptimo y último capítulo se plantean sucintamente algunas de las expresiones de la perversión fuera del terreno sexual. Pese a la idoneidad del dormitorio para suscitar el juego perverso, éste puede desplegarse en cualquier plano de la relación intersubjetiva.

La perversión, por consiguiente, poco tiene que ver en sí con los usos y placeres sexuales de cada cual, sino que se relaciona más bien con las expresiones dependientes del deseo de poder. Sin embargo, la estrecha relación que éstas mantienen con el otro en tanto hacen intervenir los cuerpos, las convierten en un escenario privilegiado para la perversión, aunque a la postre no mucho mayor que el facilitado por el resto de los dispositivos emocionales de amor, amistad o sociabilidad en los que se enmarcan todas las relaciones humanas. (Colina, 2006, p. 118)

Finalmente se plasmarán en las conclusiones una síntesis de los planteamientos básicos desarrollados en esta tesis y las reflexiones alcanzadas a partir de ellos. Se dedicará también, brevemente, un espacio para la discusión y otro para las perspectivas futuras de investigación.

En la Figura 1 quedan reflejados los principales autores estudiados en el análisis bibliográfico realizado en este trabajo según su índice de impacto en las publicaciones sobre erotismo, deseo y perversión.

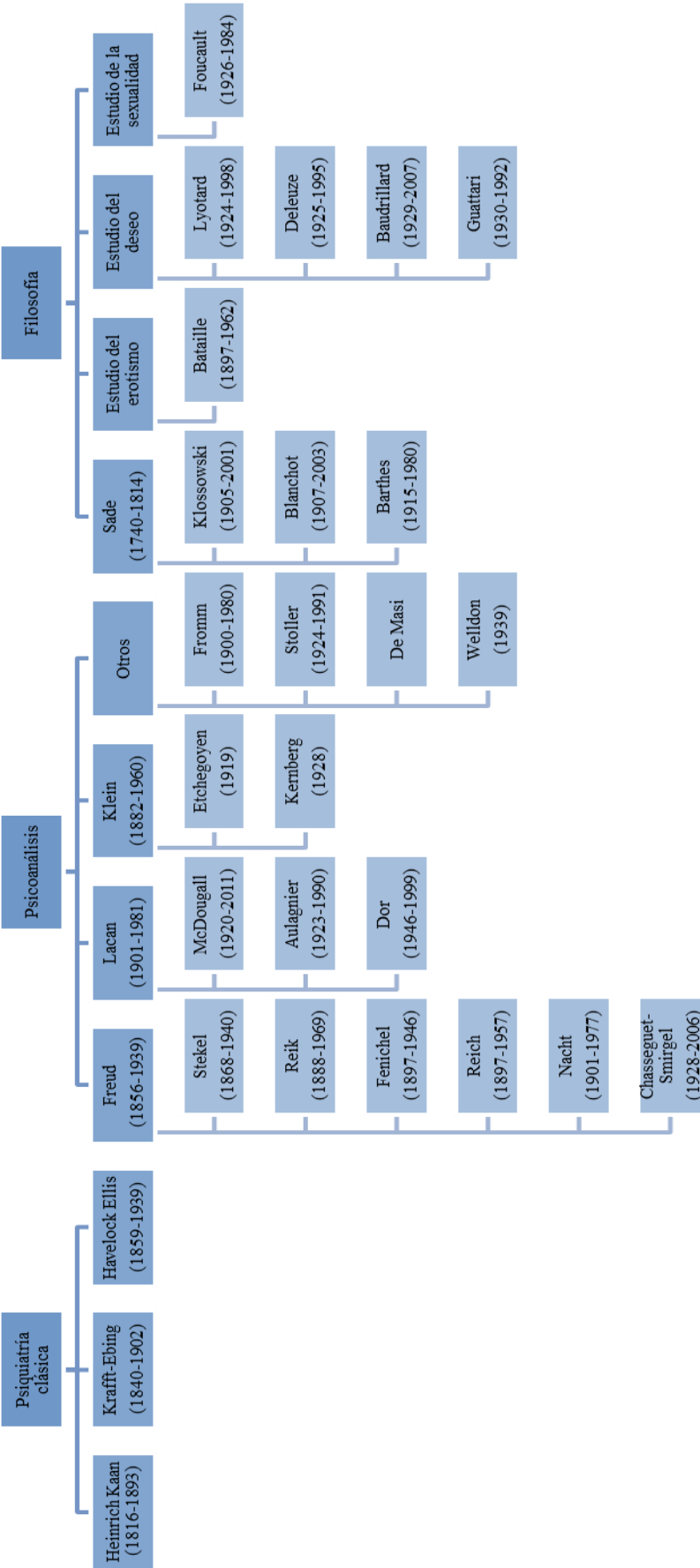


Figura 1:
Cuadro sinóptico de los principales autores para el estudio de la perversión

LIMITACIONES METODOLÓGICAS.

Si bien esta tesis pretende ser un estudio exhaustivo y riguroso, son inevitables ciertas lagunas: son obviadas en gran medida la prevención y el tratamiento de la perversión sexual, la profundización en los subtipos y la consideración de esta entidad clínica en la infancia y la adolescencia, puesto que cada uno de estos temas, por sí solos, constituirían otro trabajo de investigación. Además, como en toda revisión bibliográfica, forzosamente quedan fuera algunos autores, a veces por su escasa relevancia, otras por razones lógicas de espacio y temática central, y otras por la imposibilidad de acceso a sus escritos, en cuyo caso nos hemos apoyado en autores que los nombran en sus propias revisiones. De cualquier modo se han abordado en esta tesis todos aquellos nombres y textos imprescindibles para la comprensión de la sexualidad perversa.

JUSTIFICACIÓN DEL PARADIGMA Y LA METODOLOGÍA:**ESTUDIO BIBLIOMÉTRICO DE LA PRODUCTIVIDAD CIENTÍFICA SOBRE EL TEMA DE LA PERVERSIÓN.**INTRODUCCIÓN.

En el campo de estudio de la perversión existen pocas investigaciones y publicaciones realizadas, al menos en comparación con otras entidades clínicas, y el material existente se encuentra disperso, siendo a menudo confuso o contradictorio (Julien, 2012). A sabiendas de la necesidad de una definición más clara de la perversión para una mejor organización de su prevención, diagnóstico y tratamiento, es de suma importancia recopilar, unificar y analizar toda la información al respecto.

Desde la psiquiatría y la psicología (Masters y Johnson, 1966, 1979; Suppe, 1987; Belloch, Sandín y Ramos, 2008) también se ha investigado y escrito acerca del tema, pero lo cierto es que en el terreno de la perversión los psicoanalistas son y han sido siempre los autores más prolíficos y por ello es fundamental basar esta tesis sobre las aportaciones psicodinámicas. El siguiente estudio bibliométrico corrobora este hecho. Como apunta Binswanger (1920): “(...) a la psiquiatría corresponde la tarea de la descripción externa de su material; al psicoanálisis por el contrario corresponde la tarea de la fragmentación interna del mismo” (p. 323).

Además, sin restar importancia a los manuales diagnósticos actuales (DSM y CIE) y los programas de intervención derivados de ellos, ceñir esta tesis doctoral a dichas clasificaciones resultaría limitado.

(...) un diagnóstico sustentado en la moral o en lo conductual, vale decir, delimitado netamente desde lo imaginario, no resulta operativo para nuestra práctica ya que nada dice de la posición del sujeto y de su relación al Otro, puesto que solo pinta “cuadros clínicos” que, por lo tanto, resultan complementarios de otra clínica, aquella basada en la mirada y no en la escucha. (Psicoanálisis y el hospital, 2006, p. 201)

Desde su perspectiva categorial son de gran utilidad para el progreso científico, facilitando la conceptualización e identificación de un síndrome y la comunicación entre profesionales, pero en su defecto no permiten que los rasgos puedan estar presentes en un determinado grado, obvian la individualidad por su visión nomotética y apenas explican nada de la etiología. De nuevo el psicoanálisis con su perspectiva dimensional de la psicopatología parece más apropiado. Afirman Belloch y colaboradores (2008) al respecto:

Los modelos dimensionales ofrecen las ventajas de permitir combinar diversos atributos clínicos en una representación multifactorial, lo que permite una pérdida mínima de información; facilitan la asignación de los casos atípicos; favorecen la deseable interpretación de la psicopatología y la normalidad como extremos de un continuo y no como fenómenos separados; y permiten apreciar con mayor facilidad los cambios experimentados por los individuos, bien sean espontáneos, bien el resultado de un tratamiento. (p. 99)

Por otra parte, el estudio de la perversión y de la psicopatología en general no debería de circunscribirse únicamente al ámbito clínico, y mucho menos a un enfoque unimodal como puede ser el biológico o el conductual. Derivaría de ello una investigación reduccionista y poco representativa de la realidad humana. Resulta pertinente entonces el punto de vista que puede ofrecer el psicoanálisis al ser una

ciencia humana más integradora, pues se nutre de otros campos del saber como son el arte, la lingüística o la antropología. “Con Freud la psicología de las funciones se convierte en una psicología del hombre” (Vallejo Ruiloba, 2011, p. 31). Por supuesto, esta base psicodinámica será complementada y enriquecida con el punto de vista que puede aportar la filosofía, la literatura y la sociología, entre otras, pues se considera de suma importancia abordar esta temática desde una perspectiva más global y no puramente clínica en un intento de conseguir una visión más completa de la naturaleza humana. Ya el psiquiatra Krafft-Ebing (1840-1902), al acuñar los términos de sadismo y masoquismo a partir de los nombres de dos escritores, el marqués de Sade y Leopold von Sacher-Masoch, situó la perversión en el marco cultural, destacando así la importancia de la literatura y la filosofía en el estudio de la sexualidad patológica.

Así pues, se ha realizado un estudio bibliométrico descriptivo-retrospectivo de la producción científica acerca de la perversión. El objetivo se centra en conocer desde qué enfoque psicológico se ha escrito y publicado más acerca del tema para sentar las bases teóricas de esta investigación bibliográfica, presuponiendo de antemano que los datos apuntarían a la corriente psicoanalítica. Para ello se han empleado las bases de datos más relevantes en las áreas científicas de la psicología, la medicina y la filosofía a nivel internacional, porque si bien el interés principal se circunscribe al campo psíquico siempre es importante apoyarse en la información que otras áreas del saber pueden aportar. A continuación se enumeran las bases de datos que fueron empleadas de manera conjunta:

- PsycINFO, una de las más importantes bases de datos del mundo en el campo de la psicología, publicada por la American Psychological Association (APA).
- PsycARTICLES, también de la American Psychological Association (APA), es una fuente de artículos científicos y académicos completos arbitrados. Contiene publicaciones emitidas por la APA y su editorial, la Educational Publishing Foundation (EPF), y de organizaciones relacionadas, como la Canadian Psychology Association y Hogrefe Publishing Group.
- Psychology & Behavioral Sciences Collection, la base de datos de textos completos de psicología más grande del mundo.

- Philosopher's Index, elaborado por el Philosopher's Information Center, es una base de datos bibliográfica integral actualizada que cubre investigaciones académicas de todos los campos principales de la filosofía.
- MEDLINE, base de datos creada por la National Library of Medicine, con información médica fidedigna en ciencias de la salud, enfermería, odontología, veterinaria, el sistema de salud, ciencias preclínicas y otras áreas relacionadas.

Pero antes de empezar con el estudio bibliométrico en sí fue necesario analizar lo que se estaba buscando. El primer paso consistió en establecer las palabras clave para la investigación. Como el objetivo era analizar la bibliografía publicada sobre la sexualidad perversa, la palabra clave “perversión” era el punto de partida y con ella se consultó en los tesauros, listas controladas y estructuradas que muestran la equivalencia entre términos del lenguaje natural y aquellos normalizados del lenguaje documental.

Si bien los tesauros suelen estar relacionados con una determinada disciplina, no todas las áreas de conocimiento poseen un tesoro unánimemente aceptado; en muchos casos cada institución realiza y usa uno interno a partir de otro general. Por ello fue consultado el término de “perversión” en los diferentes tesauros que algunas de las bases de datos seleccionadas poseen. Así, en el de PsycINFO se obtuvo como resultado “parafilias” (véase Tabla 1), de igual modo que en la lista del Psychology and Behavioral Sciences Collection (véase Tabla 2). En MEDLINE “perversión” no arrojó ningún resultado, pero con “parafilias” se obtuvo “desórdenes parafilicos” (véase Tabla 3). Las otras dos bases de datos manejadas no poseen su propio listado de descriptores.

El acceso, tanto a los tesauros como a las bases de datos, se llevó a cabo entre a finales del mes de marzo e inicios del mes de abril del año 2016. Todo el proceso se realizó en inglés porque es el idioma empleado en estas herramientas, aunque durante la redacción fueron traducidos directamente los términos por comodidad del lector (en las tablas quedan reflejados los términos empleados en su origen).

Tabla 1:

Tesauro de PsycINFO para el término “perversion”

Concepto clave	Paraphilias
Año de introducción del término	1988
Nota de alcance	Sexual urges, fantasies, or behaviors generally involving themes of suffering, humiliation, sexual activity with non-consenting partners, or an orientation toward non-human objects for sexual arousal.
Términos más amplios o genéricos	Mental disorders, psychosexual behavior
Términos más específicos	Apotemnophilia, exhibitionism, fetishism, incest, pedophilia, sexual masochism, sexual sadism, transvestism, voyeurism
Términos relacionados	Impulse control disorders, pornography, sex offenses, sexual abuse, sexual addiction
Usado por	Deviations (sexual), perversions (sexual), sexual deviations

Tabla 2:

Tesauro de Psychology & Behavioral Sciences Collection para el término “perversion”

Concepto clave	Paraphilias
Términos más amplios o genéricos	Sexual disorders, human sexuality
Términos más específicos	Apotemnophilia, bestiality, bondage (sexual behavior), ephebophilia, erotophonophilia, exhibitionism (sexual behaviour), fetishism (sexual behaviour), korophilia, masochism, pedophilia, sadism, sadomasochism, voyeurism, zoophilia
Términos relacionados	Deviant behaviour, psychosexual disorders, sexual intercourse
Usado por	Deviant sexual behavior, deviation (sexual), deviations (sex), perversion (sexual), sex deviation, sex perversion, sexual deviation, sexual perversion, variant sexuality

Tabla 3:

Tesauro de MEDLINE para el término “paraphilias”

Concepto clave	Paraphilic disorders
Nota de alcance	Disorders that include recurrent, intense sexually arousing fantasies, sexual urges, or behaviors generally involving nonhuman objects, suffering of oneself or partners, or children or other nonconsenting partners. (from DSM-V)
Términos más específicos	exhibitionism, fetishism (psychiatric), masochism, pedophilia, sadism, transvestism, voyeurism
Usado por	paraphilias

Se puede observar en la Tabla 1 cómo en el tesoro de PsycINFO el término “perversión” lleva a “parafilias”, de igual modo que lo haría “desviaciones sexuales”. Este término, el de “parafilias”, fue introducido en el tesoro en el año 1988 con el significado de “impulsos sexuales, fantasías y comportamientos que generalmente involucran sufrimiento, humillación o actividad sexual con parejas que no consienten, o una orientación hacia objetos no humanos para la excitación sexual”. Se relaciona con los términos genéricos de “desórdenes mentales” y “comportamiento psicosexual”; con los términos específicos de “apotemnofilia”, “exhibicionismo”, “fetichismo”, “incesto”, “pedofilia”, “masoquismo sexual”, “sadismo sexual”, “transvestismo” y “voyeurismo”; y con los términos relacionados de “desórdenes del control de impulsos”, “pornografía”, “ofensas sexuales”, “abuso sexual” y “adicción sexual”.

En la Tabla 2, que corresponde con el tesoro de Psychology & Behavioral Sciences Collection, el término “perversión” también conduce al tesoro “parafilias”, de igual manera que lo harían “comportamiento sexual desviado”, “desviación sexual”, “sexualidad desviada” y “perversión sexual”. Se relaciona con los términos genéricos de “desórdenes sexuales” y “sexualidad humana”; con los términos específicos de “apotemnofilia”, “bestialismo”, “bondage (conducta sexual)”, “efebofilia”, “erotofonofilia”, “exhibicionismo (conducta sexual)”, “korofilia”, “masoquismo”, “pedofilia”, “sadismo”, “sodomismo”, “voyeurismo” y “zoofilia”; y con los términos relacionados de “conducta desviada”, “desórdenes psicosexuales” y “relaciones sexuales”.

Por último, en la Tabla 3 el término “parafilias” lleva, en la lista de descriptores de MEDLINE, al concepto clave “desórdenes parafilicos”, cuyo significado es “desórdenes que incluyen recurrentes e intensas fantasías, impulsos sexuales y comportamientos que generalmente involucran objetos no humanos, sufrimiento para sí mismo o el compañero, o niños u otras parejas que no consienten (del DSM-V)”.

Los resultados obtenidos a partir de los tesauros muestran la relevancia de trabajar con “parafilias” y con “desórdenes parafilicos”. Y sin prescindir de los resultados obtenidos a partir de estos dos términos, se considera no obstante de suma importancia analizar también los resultados que arrojan las bases de datos a partir de “perversión” ya que, en primer lugar, aparecen resultados bastante dispares realizando la búsqueda con un término u otro, y en segundo lugar, porque ambos conceptos no son sinónimos puros

y aluden a matices diferentes, tal como se puede apreciar en el siguiente apartado de desarrollo histórico.

DESARROLLO HISTÓRICO DE LOS CONCEPTOS DE PERVERSIÓN Y PARAFILIA.

La palabra “perversión” procede del latín “pervertere”: dar la vuelta, invertir, y guarda estrecha relación con la etimología más lejana, la que procede del sánscrito “wert”: doblar, dar la vuelta. También, como indica Villamarzo (1994), tiene el significado de desparramada “porque no se haya todavía debidamente canalizada o adecuadamente fijadas las prioridades” (p. 53). Esta idea de alterar y trastornar la conservan las palabras de estirpe latina. Por ejemplo, apareció en la lengua francesa en el año 1444 con el significado de la conversión del bien en mal. Actualmente, en su sentido corriente, este término sigue denotando un juicio moral. Si uno acude al diccionario de la Real Academia Española para buscar “pervertir” se encuentra con: “viciar con malas doctrinas o ejemplos las costumbres, la fe, el gusto”; y “perturbar el orden o estado de las cosas”. Estas definiciones enlazan, una vez más, los términos de perversión y perversidad (Baca, 2014).

El origen del concepto de la perversión se pierde muy atrás en el tiempo. Ha sido tomado por distintos momentos, personajes y colectivos para designar fenómenos muy variados de la naturaleza humana. “En realidad no fue una definición lo que se forjó; fue más bien un inmenso catálogo, una nomenclatura, una suerte de movimiento metonímico, de desplazamiento, como el de un diccionario” (Bedouelle, 2006, p. 1). En general ha designado siempre desviaciones del comportamiento sexual, y como toda desviación, depende del contexto social.

Las primeras alusiones escritas sobre la perversión aparecen ya en el libro santo de los judeo-cristianos.

La idea de una transgresión sexual a la ley de Dios aparece también, por ejemplo, en la Biblia: Sodoma y Gomorra, destruidas por Dios, se entregaban a la lujuria y aunque el texto de la Biblia es alusivo y no entra en detalles engorrosos sobre lo que hacían los Sodomitas y los Gomorrenses o gomorranos, la palabra sodomía deriva de allí y nos aclara en qué andaban. (Ibíd., p. 1)

Las regulaciones de la vida sexual (y de la conducta en general) se encuentran fundamentalmente contenidas en el Levítico, dentro del Pentateuco. Acentuar su importancia, pues los preceptos bíblicos son la base de la consideración occidental acerca de la sexualidad humana (acabaron imponiéndose a los conceptos paganos), y de la moral en general. Tres son, por tanto, las grandes prohibiciones establecidas en el occidente cristiano: la homosexualidad, el incesto y el bestialismo (Baca, 2014).

(...) aparecen como pecados “nefandos” la homosexualidad masculina: “no te acostarás con varón como mujer: es abominación”. (18:22), el sexo con animales (18:23) “No te unirás con bestia haciéndote impuro por ella. La mujer no se pondrá ante una bestia para unirse con ella; es una infamia” y el incesto (18:6). “Ninguno se acerque a una consanguínea suya para descubrir su desnudez”. (Ibíd., p. 37)

Es bien sabido que en la Antigua Grecia los maestros filósofos, como parte de su función educativa, mantenían relaciones sexuales con sus discípulos, todos varones y prepúberes, algo que en otros tiempos y lugares hubiera sido o es tachado de pedofilia, sodomía y homosexualidad. Era una práctica iniciática integrada en el funcionamiento de la polis que en ningún caso debía excluir la relación con las mujeres. “Así pues, el perverso no era el sodomita, sino aquel que se servía de su inclinación a la sodomía para rechazar las leyes de la alianza y de la filiación” (Roudinesco, 2009, p. 56).

En la época medieval el concepto de perversión dependía del orden divino y de los preceptos religiosos, representando en ocasiones lo más aberrante y en otras el camino de la purificación. Era pecaminoso en cuanto se desviaba de los fines reproductivos. En consecuencia, toda práctica sexual que no llevara a la procreación era contemplada como perversa: la masturbación, el sexo oral,... y en especial la sodomía.

La sodomía, demonizada, se consideró la vertiente más oscura de la actividad perversa y se asimiló tanto a una herejía como a un comercio sexual con animales (bestialismo), es decir, con el Diablo. Contemplado como un ser satánico, el invertido de la era cristiana fue conceptualizado como el perverso de los perversos, condenado a la hoguera porque atentaba contra el vínculo genealógico. (Ibíd., p. 56)

Bajo esta dualidad las desviaciones sexuales fueron perseguidas por la Inquisición, pero también se practicaban como muestra de entrega a Dios.

Tal es la razón de que *La leyenda dorada*, obra piadosa que relata la vida de los santos, pueda leerse como una especie de prefiguración de la inversión perversa de la Ley que efectuará Sade en *Las ciento veinte jornadas de Sodoma*. En ella encontramos los mismos cuerpos atormentados, desnudos, mancillados. Martirio rojo, martirio blanco, martirio verde. Siguiendo el modelo de esta reclusión monástica, rebosante de mortificaciones y dolores, el marqués inventará, privándolo de la presencia de Dios, una especie de parque sexológico, entregado a la combinatoria de un goce ilimitado de los cuerpos. (Ibíd., p. 23)

Y es que el camino del misticismo pasaba por el rechazo de los placeres y la destrucción del cuerpo. Eliminando el componente religioso bien podrían estos adeptos encarnar al héroe sadiano de las novelas del marqués.

En una época en que la medicina no sanaba ni curaba, y en que la vida y la muerte pertenecían a Dios, las prácticas de mancillas, autodestrucción, flagelaciones o ascetismo (que serán identificadas más tarde como otras tantas perversiones) no eran sino las diversas formas que los místicos tenían de identificarse con la pasión de Cristo. Quienes querían acceder a la verdadera santidad debían metamorfosearse en víctimas consintientes de los tormentos de la carne: vivir sin alimento, sin evacuación, sin sueño, contemplar el cuerpo sexuado como un montón de inmundicias, mutilarlo, cubrirlo de excrementos, etc. Todas estas prácticas conducían a quien las realizaba a ejercer sobre sí mismo la soberanía de un goce que destinaba a Dios. (Ibíd., p. 29)

Hasta este momento la perversión se circunscribe en el plano moral, confundiéndose a menudo con el vicio y unido al pecado capital de la lujuria.

Mucho tiempo después, con La Ilustración primero y la Revolución Francesa después, cambió paulatinamente la perspectiva sobre la sexualidad. Se introdujeron en este momento histórico nuevos elementos en la valoración de las transgresiones sexuales, como son la educación, las tendencias naturales o las reflexiones de la

medicina. Surgió la teoría de la degeneración y la perversión entró en el campo médico. Esta teoría, publicada por Tissot en 1758, adjudicó como causa de la degeneración una disminución de fluido vital perdido en la masturbación (De Dios, 2007). Con el nuevo Código Penal francés de 1810 comenzaron a desaparecer todos aquellos delitos y crímenes fundados en creencias religiosas, incluidas aquellas conductas sexuales que se realizaban con el consentimiento de los implicados, siempre que no fueran escandalosos o violentos y no atentaran contra menores. No hay que olvidar que en esta época aparece también la vida y obra del marqués de Sade, de indudable influencia (Seoane, 2010), y que la flagelación y otros castigos corporales dejaron de simbolizar el sacrificio en honor a Dios para convertirse en emblema de la lujuria. Pasamos de los místicos de la Edad Media a los libertinos de la Revolución.

Tras haberse considerado un rito de mortificación que perseguía transformar el cuerpo odiado en un cuerpo divino, la flagelación fue asimilada a un acto de desenfreno. Sobre todo por el hecho de que los penitentes (metamorfoseados en adeptos de una sexualidad pervertida) optaban ya no por azotarse la espalda, como quería la antigua tradición, sino la totalidad del cuerpo, y en especial las nalgas, receptáculo por excelencia de una potente estimulación erótica. (...)

De la parte superior a la inferior, y luego de Sodoma a Gomorra, la flagelación, antes acto purificador, ya no era, pues, sino una práctica de placer, centrada en la exaltación del yo. Y fue en esta forma como se generalizó en el siglo XVIII entre los libertinos: Sade, uno de sus más fervientes adeptos, la asociaba con la sodomía. (Roudinesco, 2009, pp. 36-37)

Aunque Heinrich Kaan publicó en 1844 su propia *Psychopathia Sexualis*, colocando las desviaciones sexuales dentro de los trastornos mentales, fue la obra con el mismo nombre de Krafft-Ebing de 1886 el que influyó enormemente en la psiquiatría clásica fundando la clínica de las perversiones.

Las palabras "perverso" y "perversión" se incorporan al léxico común y permiten el estudio de la sexualidad desde ángulos escabrosos, excepcionales, poco frecuentes, acordes con el interés púdico y malsano de quienes, por la vigencia del tabú, veían en la

sexualidad la semilla de la maldad. Pero el hecho es que habilitaron el estudio de la sexualidad, pues aunque las enfermedades que denunciaban y calificaban moralmente, no eran respetables, su estudio lo era. (Flores, 1999, p. 8)

Es en este momento, a finales del siglo XIX y propiciado por la investigación médica, la perversión comienza a dividirse y deshacerse en clasificaciones cada vez más largas y detalladas hasta el punto de que el sujeto se desvanece en ellas.

Enteramente desacralizada, la perversión, nunca definida como tal, deviene el nombre genérico de todas las anomalías sexuales: ya no se habla de *la* perversión sino de *las* perversiones, necesariamente sexuales. Y en consecuencia, al recurrir a una clasificación técnica para designar las anomalías y peligrosidades del comportamiento humano, se transforma radicalmente el estatus de las personas concernidas: en efecto, se deshumaniza al perverso para hacer de él un objeto de ciencia. (Roudinesco, 2009, p. 89)

La perversión deja de entenderse como el goce del mal para diversificarse en distintas y variadas perversiones de la elección de objeto, reduciéndose a enfermedades que hay que extirpar de la sociedad.

Al generalizarse el concepto de perversión en términos de elección de objeto (*las* perversiones) y ya no de estructura (el amor al odio), la organización del sexo y de la subjetividad en las sociedades occidentales se transformó de arriba abajo. Si se definía al perverso como un enfermo susceptible de reintegrar la norma gracias a los beneficios del higienismo, la psiquiatría o la sexología, esto significaba que dejaba de ser necesario para la civilización en cuanto parte heterogénea de sí misma o personaje sacralizado: ya solo era un enfermo sexual, personaje proscrito condenado al horror o a la compasión. (Ibíd., p. 110)

Comienza la época de la multiplicación de los discursos acerca del sexo y la perversión.

El siglo XIX y el nuestro fueron más bien la edad de la multiplicación: una dispersión de las sexualidades, un refuerzo de sus formas disparatadas, una implantación múltiple de las “perversiones”. Nuestra época ha sido iniciadora de heterogeneidades sexuales. (Foucault, 1998, p. 24)

De este modo la perversión puso fin a su transición del terreno teológico-moral al de la desviación del instinto sexual, conservándose cierto juicio de valor del cual jamás conseguiría desprenderse del todo.

Si bien vivimos en un mundo donde la ciencia ha sustituido a la autoridad divina, el cuerpo a la del alma y la desviación a la del mal, la perversión sigue siendo, lo queramos o no, sinónimo de perversidad. Y cualesquiera que sean sus figuras, siempre se relaciona, como antaño pero a través de nuevas metamorfosis, con una especie de negativo de la libertad: aniquilación, deshumanización, odio, destrucción, dominio, crueldad, goce. (Ibíd., p. 13)

En psicoanálisis se intentó disipar esta connotación peyorativa, entendiendo que la sexualidad normal es siempre, en cierta medida, perversa. No se trata de una aberración de la vida sexual, sino de su característica fundamental y básica. Si bien Freud (1905) definió la perversión como todo comportamiento sexual desviado de la cópula genital heterosexual, también la incorporó dentro de la sexualidad humana aludiendo a la ausencia de un orden natural dado de antemano. “Es que hay en esta propuesta algo subversivo, y tanto nos hemos acostumbrado a decirlo, que ya no lo escuchamos; Freud está diciendo: el perverso no es el otro; lo somos todos” (Bedouelle, 2006, p. 5). La perversión polimorfa forma parte inherente del desarrollo psicosexual de todo individuo y la consecución de su culminación, la organización genital, no es una norma sino que depende de la historia personal de cada cual. “Primero, somos perversos; después, el resto” (Ibíd., p. 5).

Son evidentes las consecuencias que la concepción freudiana de la sexualidad puede tener sobre la definición misma del término “perversión”. La sexualidad llamada normal no es

un don de la naturaleza humana. (...) Podría incluso irse más lejos en este sentido y definir la sexualidad humana como “perversa”, en la medida en que nunca se desprende de sus orígenes, que le hacen buscar la satisfacción, no en una actividad específica, sino en la “ganancia de placer” que va unida a funciones o actividades dependientes de otras pulsiones. En el ejercicio mismo del acto genital, basta que el juego se adhiera excesivamente al placer preliminar para que se deslice hacia la perversión. (Laplanche y Pontalis, 2004, p. 273)

Lacan retomó posteriormente el trabajo de Freud y elevaría la perversión al estatuto de estructura subjetiva (Mazzuca, 2001).

¿Qué es la perversión? No solo es aberración respecto a los criterios sociales, anomalía contraria a las buenas costumbres (aunque este registro no esté ausente) o atipla respecto a criterios naturales, a saber, que ella deroga, más o menos, la finalidad reproductora de la conjunción sexual. Es en su estructura misma otra cosa. (...) La perversión es una experiencia que permite profundizar lo que puede llamarse, en su sentido pleno, la pasión humana, para emplear una expresión de Spinoza, es decir aquello por lo cual el hombre está abierto a esta división consigo mismo que estructura lo imaginario; o sea, entre O y O', la relación especular. (Lacan, 1954, p. 100)

Entendiendo por estructura un sistema lingüístico que subyace disimuladamente bajo los elementos de un sistema, como “el esqueleto del objeto sometido a consideración, permitiendo de este modo diferenciar cuanto es esencial de cuanto es accesorio, desbrozando igualmente sus líneas de fuerza, sus funciones y, en ocasiones, los mecanismos implícitos en su funcionamiento” (Álvarez et al., 2004, p. 701). El hombre está sometido a las estructuras. Freud (1932) adelantaba esta idea en una de sus conferencias:

Cuando arrojamus al suelo un cristal, se rompe, mas no caprichosamente; se rompe, con arreglo a sus líneas de fractura, en pedazos cuya delimitación, aunque invisible, estaba

predeterminada por la estructura del cristal. También los enfermos mentales son como estructuras, agrietadas y rotas. (p. 3133)

Relativamente tardías en comparación con sus investigaciones sobre la psicosis, las primeras teorías de Lacan acerca de la perversión datan de la década de los cincuenta, e igual que Freud se articulan en torno al fetichismo (Álvarez, Esteban y Sauvagnat, 2004). El psicoanalista francés deja constancia de que se puede cometer actos perversos sin poseer estructura perversa, y se puede poseer estructura perversa y no cometer actos perversos. El concepto de perversión va más allá de la conducta, el pensamiento o la emoción; hace referencia a una forma de subjetividad, o lo que es lo mismo, a una posición del sujeto.

Además de los psicoanalistas, había también otros psicólogos y psiquiatras que defendían que las perversiones no tienen por qué ser necesariamente patológicas. Üllerstam (1967, citado en Flores, 1999, p. 10) afirmaba: "solo podemos estar seguros de una cosa: de que las 'perversiones' ofrecen grandes posibilidades de felicidad. Y esa es la razón de que debamos estimularlas pues son buenas en sí mismas". Poco después el psicólogo Albert Ellis (1970, citado en Flores, 1999, p. 10) señaló que "la relación sexual tradicional puede llegar a ser técnicamente 'perversa' si es la única posición técnica que emplea la pareja. Porque temen tener la libertad suficiente para probar otros métodos, para variar y obtener orgasmos mejores y mayor satisfacción". También el psiquiatra Eustace Chesser (1975, citado en Flores, 1999, p. 10) llegó a afirmar que "perversión y desviación son términos que expresan juicios morales individuales: no pertenecen al lenguaje científico, no describen los hechos del comportamiento, sino simplemente la manera como ciertas personas reaccionan emocionalmente ante dichos hechos". Propone trazar una única línea que separa a las personas que actúan con consentimiento mutuo y aquéllas que actúan contra la voluntad del otro, entendiendo la problemática como una distinción entre lo social y lo antisocial. Decía al respecto: "Tal vez el sexo sin amor, sea cual fuere la forma que asuma, sea la única y verdadera perversión" (Ibíd., p. 10).

Y hasta aquí la historia del concepto de perversión, que a pesar de ser empleado puntualmente por otros autores, se emplea fundamentalmente dentro de la clínica y de la investigación psicodinámicas.

El término perversión no es utilizado en Sexología, y quedó destinado para uso exclusivo del psicoanálisis que lo comprende en su contexto, y de la Psiquiatría clásica, no de la moderna, así como de la Medicina Legal no actualizada, que siguen utilizando el término, a nuestro entender, en forma equivocada y acrítica. (Flores, 1999, p. 9)

El concepto de parafilia, en cambio, empieza a utilizarse de forma predominante en la época de la psicología basada en la evidencia, en un intento de eliminar toda connotación moral o negativa, sin éxito. No obstante, es probable que surgiera con anterioridad a manos del psicoanalista Wilhelm Stekel (De Dios, 2007) en su obra *El Fetichismo* (1914): "para el lector que desconoce mi nueva nomenclatura empleada, a partir de ahora en la totalidad de mi obra, aclaro que digo parapatías por neurosis, paralogía por psicosis y parafilia por perversión" (Stekel, 1952b, p. 13). En vista de las fechas de las publicaciones que pueden observarse en el estudio bibliométrico, pareciera que no fue Stekel quien acuñó el término, aunque sí fue de los primeros autores en emplearlo y lo hizo antes de ser popularizado entre psiquiatras y psicólogos de corte empirista.

Fue en el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales en su tercera versión revisada, el DSM-III-R (1987), cuando el término de perversión fue sustituido para siempre por el de parafilia en el lenguaje científico. Etimológicamente proviene del griego: "pará" (al lado, contra o desviado) y "philéo" (atracción, amante). De lo que se trata es de investigar minuciosamente los pensamientos, las fantasías, los afectos y las conductas de los sujetos que padecen alguna parafilia, reduciendo el estudio a lo empírico, medible, observable y clasificable. En esta línea se encuentran todas las definiciones.

Transformada en enfermedad, en patología, la perversión se libera parcialmente de la metafísica para introducirse en los vericuetos no menos peligrosos de las clasificaciones, razones biológicas y tratamientos diversos. (...) es evidente que el tratamiento científico de las llamadas perversiones produce una apertura beneficiosa para nuestra cultura, pero tampoco está libre de críticas por sus excesos descriptivos o por sus largas listas de especificaciones. (Seoane, 2010, p. 6)

Quijada (1982, citado en Flores, 1999, p. 15) dice de la parafilia que se trata de una "preferencia sexual desviada", mientras que Money y Erhardt (1982, citado en Flores, 1999, p. 15) hablan de "estados psicosexuales de reactividad obsesiva a estímulo desusado o inaceptable y dependiente de él, que buscan iniciar o mantener una situación sexual con el fin de facilitar el orgasmo". Money (1988, citado en Flores, 1999, p. 16) señala además como característica importante de las parafilias la hiperorgasmia que las acompaña, a diferencia del menor número habitual de orgasmos de las personas no parafilicas.

En las sucesivas versiones del DSM se fueron elaborando diversas definiciones. En el DSM-III (1978) se afirma que "las parafilias se caracterizan por la excitación como respuesta a objetos o situaciones sexuales que no forman parte de los estímulos normativos y que, en diversos grados, pueden interferir con la capacidad para una actividad sexual efectiva recíproca". En el DSM-IV (1995) se hacen ciertas precisiones: "La característica esencial (criterio A) de la parafilia es la presencia de repetidas e intensas fantasías sexuales de tipo excitatorio, e impulsos o comportamientos sexuales que por lo general engloban: 1) objetos no humanos, 2) sufrimiento o la humillación de uno mismo o de la pareja, o 3) niños u otras personas que no consienten, y que se presentan durante un período de al menos seis meses". Y añade (criterio B) que esos impulsos, comportamientos y fantasías deben "provocar malestar clínico significativo o deterioro social, laboral o de otras áreas importantes de la actividad del individuo". Por último, para establecer un diagnóstico diferencial con otras conductas sexuales no patológicas, el DSM-IV dice que "las fantasías, comportamientos u objetos son considerados parafilicos solo si provocan malestar o alteraciones clínicamente significativas, como: son obligatorias, producen disfunciones sexuales, requieren la participación de otros individuos en contra de su voluntad, conducen a problemas legales o interfieren en las relaciones sociales". Tampoco deben coincidir estas conductas con el curso de enfermedades mentales tales como retraso mental, demencia, cambio de personalidad debido a una enfermedad médica, la intoxicación por sustancias, un episodio maníaco o la esquizofrenia. En estos casos las conductas sexuales anormales son inusuales, aisladas, no obligatorias y solo duran lo que dura el trastorno mental de fondo. Los períodos de estrés y depresión también son mencionados, pero como desencadenantes de episodios parafilicos; fuera de tales periodos el individuo funciona de manera normal.

Por otra parte, en 1971 el sexólogo Wardell Pomeroy, colaborador de Alfred Kinsey, propuso que a partir de la aplicación de cinco criterios se puede definir toda conducta sexual como normal o anormal: el estadístico, el filogenético, el moral, el legal y el social. Para este autor las parafilias quedan claramente ligadas a los cambios culturales.

En conclusión, el concepto de perversión es en la actualidad de uso casi exclusivo de los psicoanalistas y son ellos los que más han investigado sobre este tema, yendo más allá de la descripción y la epidemiología para centrarse en la experiencia perversa y su explicación etiológica. “El psicoanálisis fue la escuela que estudió más profundamente la psicopatología de las parafilias (perversiones según su lenguaje)” (Flores, 1999, p. 18).

PROCEDIMIENTO Y RESULTADOS.

Los tres términos fueron buscados en todas las bases de datos, teniendo en cuenta que cada cual daría información más útil en una base u otra. Las repeticiones exactas entre distintas bases de datos fueron eliminadas de la suma total.

Para dichas búsquedas se ha recurrido a un lenguaje de interrogación, es decir, un conjunto de órdenes, operadores y estructuras que, organizados según normas lógicas, permiten realizar consultas en fuentes y recursos de información de manera eficaz. Como la intención era poner de manifiesto que gran parte de la producción científica acerca de la perversión proviene de fuentes psicodinámicas, se han empleado operadores lógicos y operadores de truncamiento para inferir el número de resultados correspondientes a publicaciones de orientación psicoanalítica respecto al total. Los primeros son los encargados de expresar las relaciones que tienen entre sí los términos, mientras que los segundos permiten buscar tanto por un término simple como por sus derivados al posibilitar sustituir uno o varios caracteres de las palabras empleadas. Concretamente se utilizaron el asterisco como operador de truncamiento, el operador lógico “AND (Y)” para que el documento contenga al menos dos conceptos unidos y el operador lógico “OR (O)” para buscar documentos que traten de dos o más temas (se utiliza, generalmente, con sinónimos). Las búsquedas han sido realizadas, cuando no se especifica ninguna condición, sin precisar un campo determinado, lo cual conlleva a que

las bases de datos busquen automáticamente en los campos de autor, título, descriptores y resumen de las publicaciones.

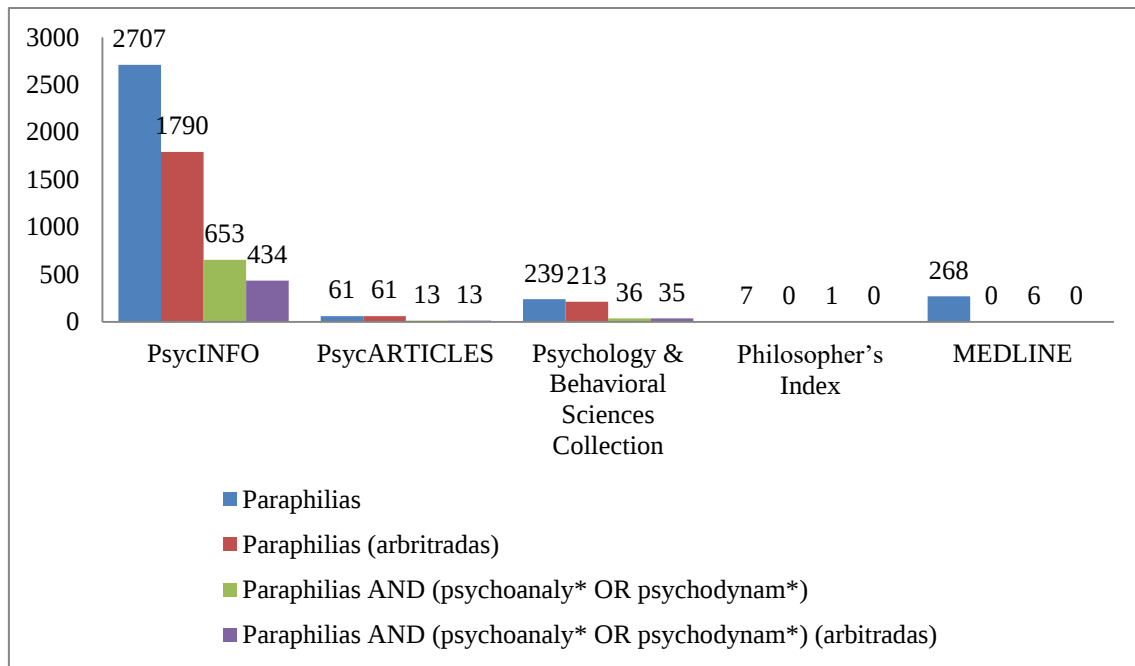
CANTIDAD DE PRODUCTIVIDAD CIENTÍFICA.

A partir del término “parafilias” se realizó la búsqueda de bibliografía en las cinco bases de datos mencionadas, obteniendo un total de 3282 resultados, de los cuales 2707 corresponden a PsycINFO, 268 a MEDLINE, 239 a Psychology & Behavioral Sciences Collection, 61 a PsycARTICLES, y 7 a Philosopher’s Index. Si se tienen en cuenta solamente las publicaciones arbitradas, es decir, aquéllas evaluadas por pares o sometidas a revisión por parte de expertos, los resultados se reducen a 2064, de los cuales 1790 pertenecen a PsycINFO, 213 a Psychology & Behavioral Sciences Collection, y 61 a PsycARTICLES. Mediante la fórmula “parafilias Y (psicoanali* O psicodinam*)”, se obtuvieron 709 resultados, de los cuales 653 son de PsycINFO, 36 de Psychology & Behavioral Sciences Collection, 13 de PsycARTICLES, 6 de MEDLINE y 1 de Philosopher’s Index. Aplicando el filtro para que se muestren únicamente las publicaciones arbitradas quedaron 482 resultados, de los cuales 434 pertenecen a PsycINFO, 35 a Psychology & Behavioral Sciences Collection, y 13 a PsycARTICLES. Por tanto, del total de publicaciones, el 21,60% están relacionadas con el psicoanálisis, mientras que de las publicaciones arbitradas lo están el 23,35%. Pueden verse los resultados en la Tabla 4 y de un modo más visual en la Figura 2.

Tabla 4:

Número de publicaciones según cada base de datos a partir del término “paraphilias”

	Paraphilias	Paraphilias (arbitradas)	Paraphilias AND (psychoanaly* OR psychodynam*)	Paraphilias AND (psychoanaly* OR psychodynam*) (arbitradas)
PsycINFO	2707	1790	653	434
PsycARTICLES	61	61	13	13
Psychology & Behavioral Sciences Collection	239	213	36	35
Philosopher’s Index	7	0	1	0
MEDLINE	268	0	6	0
Total	3282	2064	709	482

**Figura 2:**

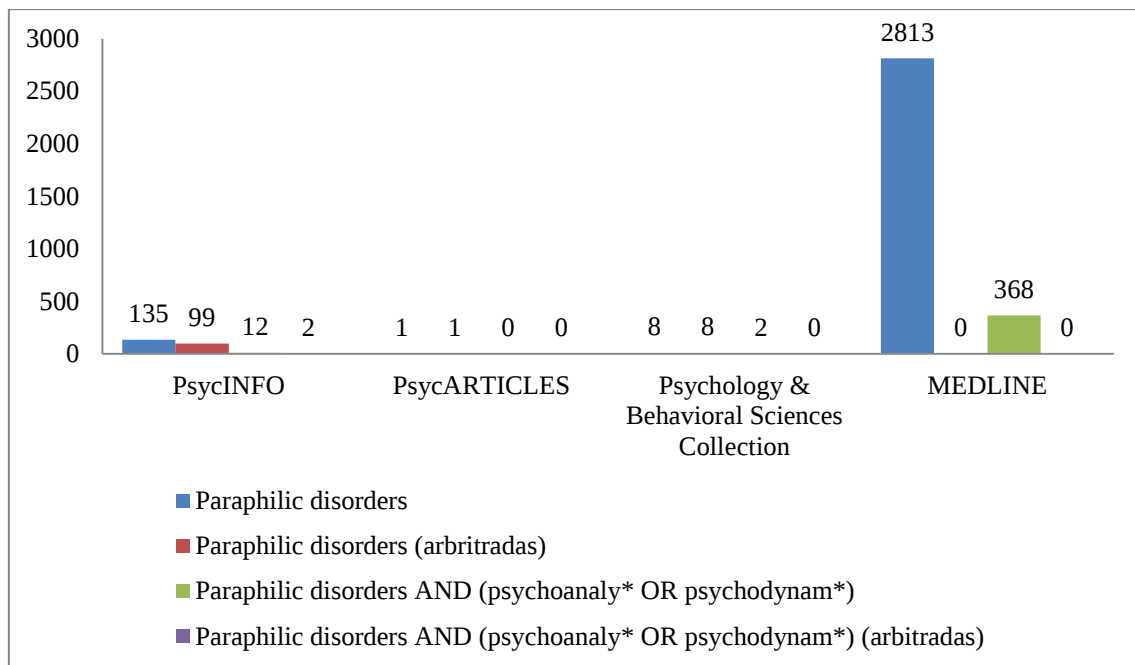
Número de publicaciones según cada base de datos a partir del término “parafilias”

A través de “desórdenes parafilicos” se hallaron 2957 resultados, de los cuales 2813 son de MEDLINE, 135 de PsycINFO, 8 de Psychology & Behavioral Sciences Collection, y 1 de PsycARTICLES. 108 publicaciones eran arbitradas: 99 de PsycINFO, 8 de Psychology & Behavioral Sciences Collection, y 1 de PsycARTICLES. A partir de la fórmula “desórdenes parafilicos Y (psicoanali* O psicodinam*)” se obtuvieron 382 publicaciones: 368 de MEDLINE, 12 de PsycINFO, y 2 de Psychology & Behavioral Sciences Collection; de las cuales 2 eran arbitradas, ambas de PsycINFO. De ello se infiere que de las publicaciones totales el 12,92% están relacionadas con el enfoque psicoanalítico, mientras que de las arbitradas lo están el 0,52%. Véanse los resultados en la Tabla 5 y en la Figura 3.

Tabla 5:

Número de publicaciones según cada base de datos a partir del término “paraphilic disorders”

	Paraphilic disorders	Paraphilic disorders (arbitradas)	Paraphilic disorders AND (psychoanaly* OR psychodynam*)	Paraphilic disorders AND (psychoanaly* OR psychodynam*) (arbitradas)
PsycINFO	135	99	12	2
PsycARTICLES	1	1	0	0
Psychology & Behavioral Sciences Collection	8	8	2	0
MEDLINE	2813	0	368	0
Total	2957	108	382	2

**Figura 3:**

Número de publicaciones según cada base de datos a partir del término “paraphilic disorders”

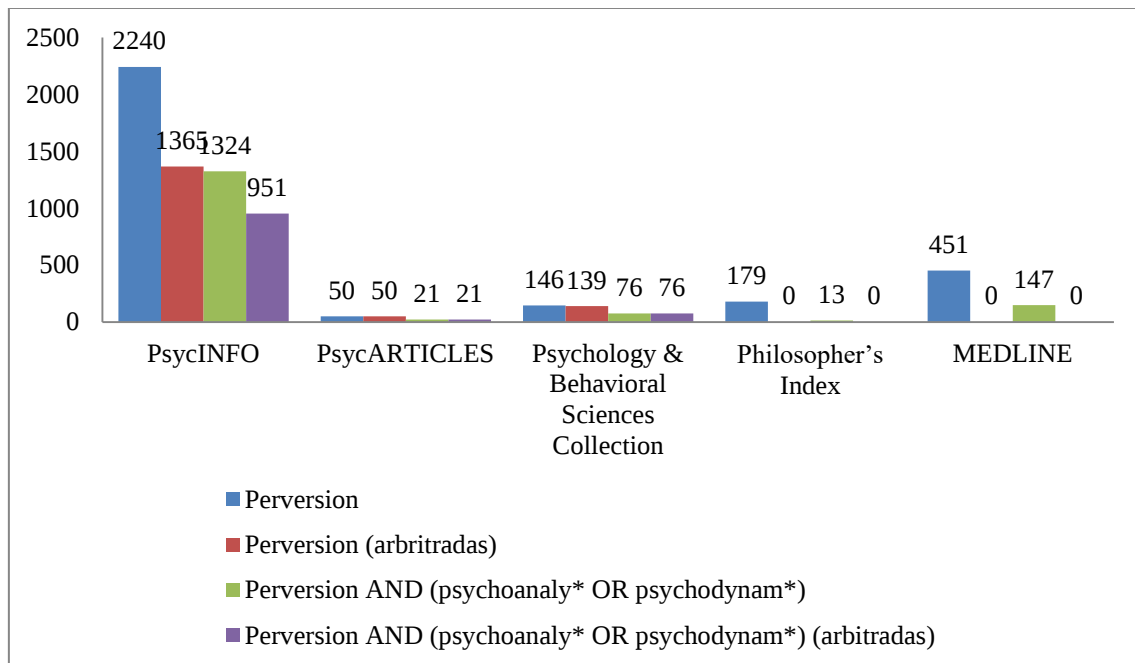
Si se parte del término “perversión” se obtienen un total de 3066 resultados, de los cuales 2240 pertenecen a la base de datos PsycINFO, 451 a MEDLINE, 179 a Philosopher’s Index, 146 a Psychology & Behavioral Sciences Collection, y 50 a PsycARTICLES. De estas publicaciones, 1554 son arbitradas: 1365 de PsycINFO, 139 de Psychology & Behavioral Sciences Collection, y 50 de PsycARTICLES. Utilizando la fórmula “perversión Y (psicoanali* O psicodinam*)” aparecen 1581 resultados: 1324 de PsycINFO, 147 de MEDLINE, 76 de Psychology & Behavioral Sciences Collection, 21 de PsycARTICLES y 13 de

Philosopher's Index. Si se contabilizan únicamente las publicaciones arbitradas, quedan 1048: 951 de PsycINFO, 76 de Psychology & Behavioral Sciences Collection, y 21 de PsycARTICLES. De manera que de la totalidad de publicaciones el 51,57% guarda relación con el enfoque psicodinámico, mientras que de las publicaciones arbitradas la guarda el 67,44%. Obsérvese en la Tabla 6 y en la Figura 4 dichos resultados.

Tabla 6:

Número de publicaciones según cada base de datos a partir del término “perversion”

	Perversion	Perversion (arbitradas)	Perversion AND (psychoanaly* OR psychodynam*)	Perversion AND (psychoanaly* OR psychodynam*) (arbitradas)
PsycINFO	2240	1365	1324	951
PsycARTICLES	50	50	21	21
Psychology & Behavioral Sciences Collection	146	139	76	76
Philosopher's Index	179	0	13	0
MEDLINE	451	0	147	0
Total	3066	1554	1581	1048

**Figura 4:**

Número de publicaciones según cada base de datos a partir del término “perversion”

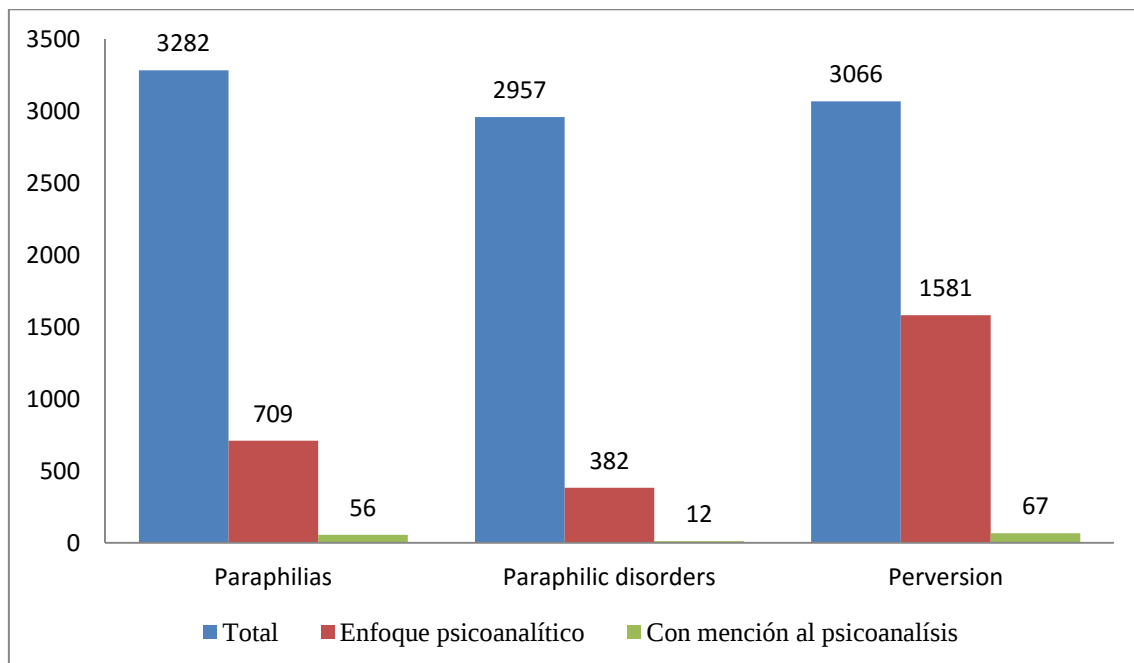
No obstante, si se buscan los términos truncados también dentro de los textos completos, si los hubiera en las bases de datos, el número de resultados aumenta ligeramente en los tres casos. De ello se infiere que además de los textos escritos desde una perspectiva psicoanalítica existen también otros que hacen mención de dicho enfoque. Así, a partir de “parafilias” aparecen 765 publicaciones (56 más), de las cuales 532 son arbitradas (50 más); a partir de “desórdenes parafilicos” aparecen 394 publicaciones (12 más), de las cuales 5 son arbitradas (3 más); y a partir de “perversión” aparecen 1621 publicaciones (67 más), de las cuales 1079 son arbitradas (31 más).

En la Tabla 7 y en la Figura 5 se recogen de forma resumida el número de publicaciones según el término empleado en la búsqueda y en qué medida se relaciona con el enfoque psicodinámico, de igual forma que en la Tabla 8 y en la Figura 6 se pueden ver las publicaciones arbitradas.

Tabla 7:

Número total de publicaciones según el término empleado

	Total	Enfoque psicoanalítico	Con mención al psicoanálisis
Parafilias	3282	709	56
Paraphilic disorders	2957	382	12
Perversion	3066	1581	67

**Figura 5:**

Número total de publicaciones según el término empleado

Tabla 8:
Número total de publicaciones arbitradas según el término empleado

	Total	Enfoque psicoanalítico	Con mención al psicoanálisis
Paraphilias	2064	482	50
Paraphilic disorders	108	2	3
Perversion	1554	1048	31

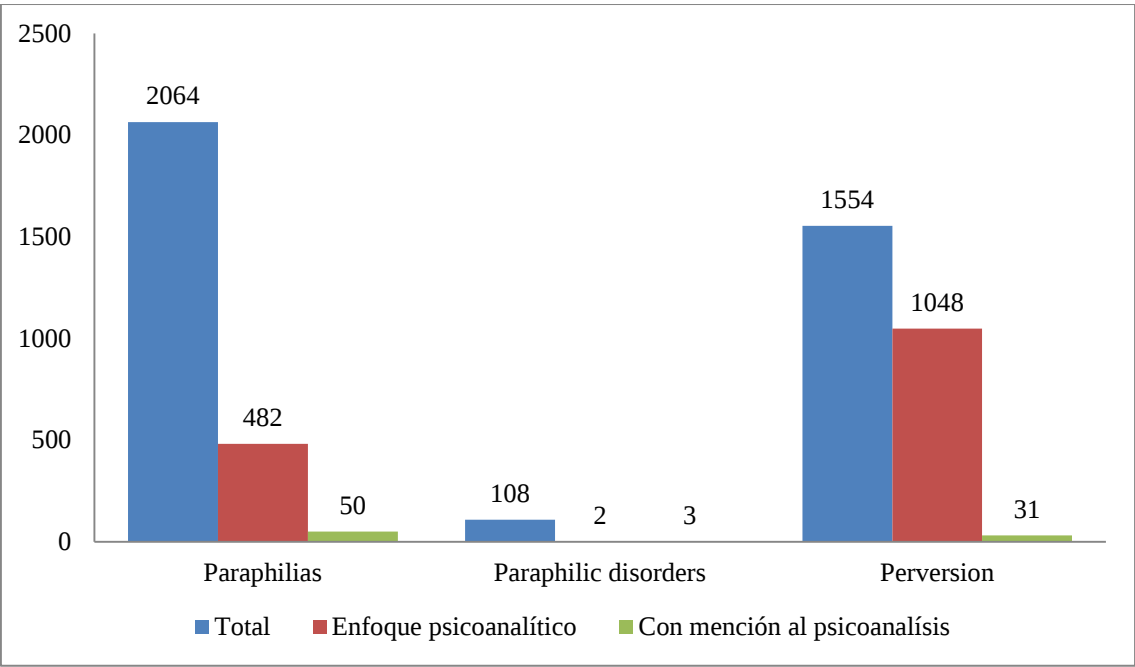


Figura 6:
Número de publicaciones arbitradas según el término empleado

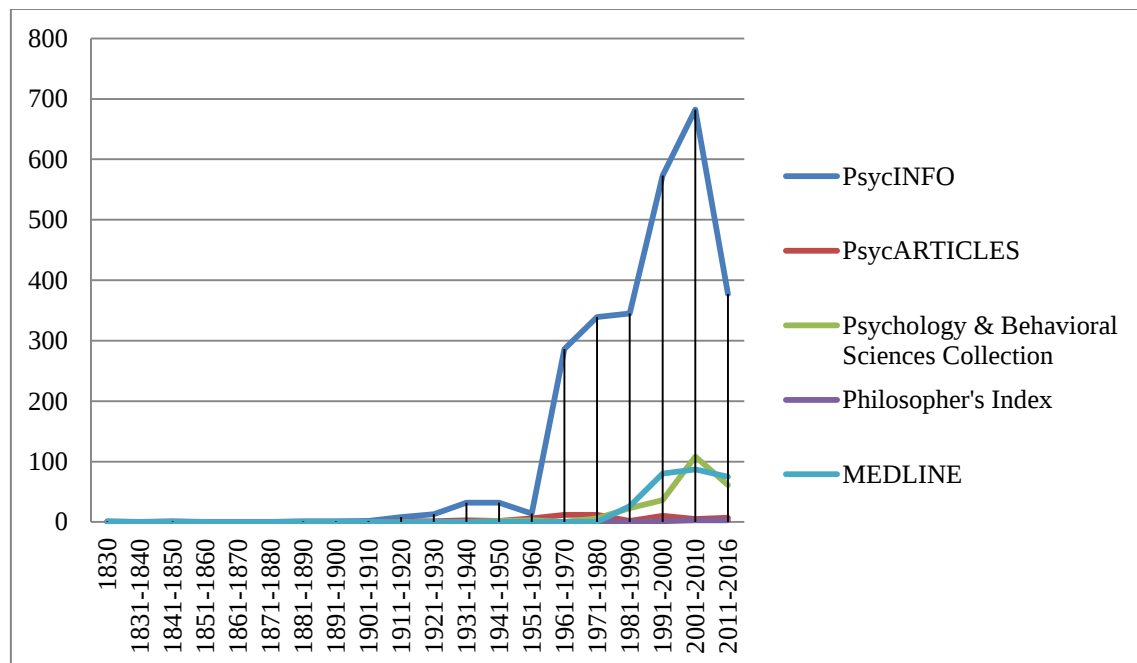
PERÍODO DE PRODUCTIVIDAD CIENTÍFICA.

Además de la cantidad de publicaciones totales, resulta interesante también conocer la producción de escritos sobre la perversión, la parafilia y el desorden parafilico a lo largo del tiempo. Para ello se han contabilizado los resultados de cada base de datos en intervalos de décadas, desde la primera publicación registrada hasta la actualidad y en relación al término empleado en la búsqueda, tal como se puede observar en la Tabla 9 y en la Figura 7, en la Tabla 10 y en la Figura 8, y en la Tabla 11 y en la Figura 8.

Tabla 9:

Producción científica por décadas a partir del término “paraphilias”

	PsycINFO	PsycARTICLES	Psychology & Behavioral Sciences Collection	Philosopher's Index	MEDLINE
1830	1	0	0	0	0
1831-1840	0	0	0	0	0
1841-1850	1	0	0	0	0
1851-1860	0	0	0	0	0
1861-1870	0	0	0	0	0
1871-1880	0	0	0	0	0
1881-1890	1	0	0	0	0
1891-1900	1	0	0	0	0
1901-1910	2	0	0	0	0
1911-1920	8	1	0	0	0
1921-1930	13	1	0	0	0
1931-1940	32	3	0	0	0
1941-1950	32	2	2	0	0
1951-1960	14	6	3	0	0
1961-1970	286	12	0	0	0
1971-1980	339	12	6	0	0
1981-1990	345	2	23	0	26
1991-2000	573	10	36	1	80
2001-2010	682	5	108	3	87
2011-2016	377	7	61	3	75
Total	2707	61	239	7	268

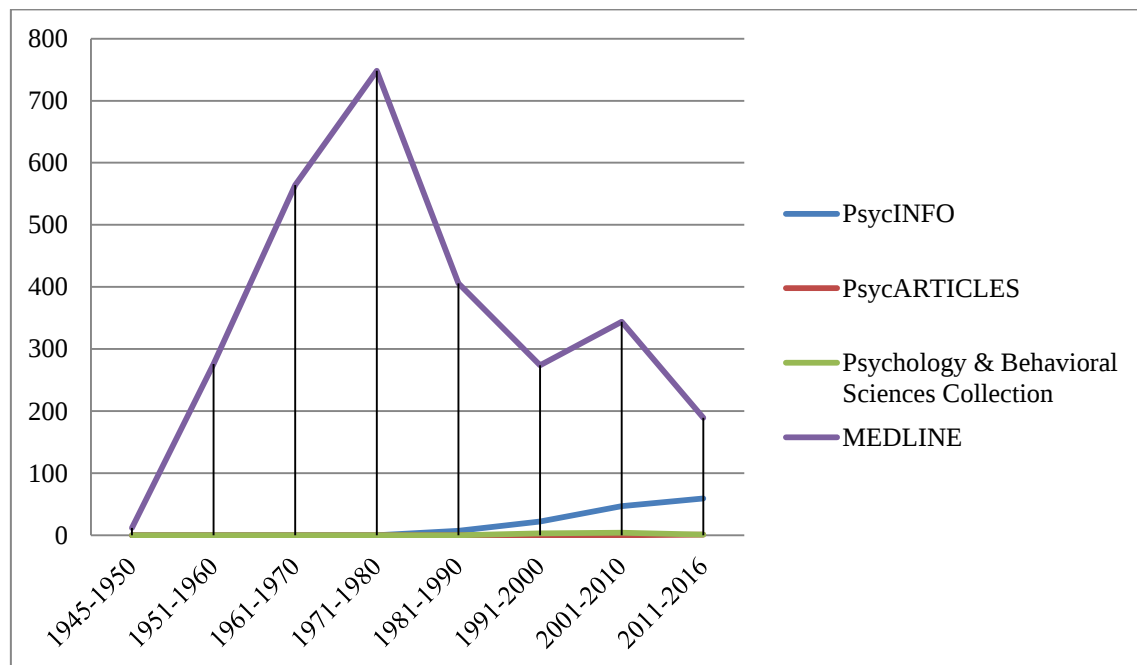
**Figura 7:**

Producción científica por décadas a partir del término “paraphilias”

Tabla 10:

Producción científica por décadas a partir del término “paraphilic disorders”

	PsycINFO	PsycARTICLES	Psychology & Behavioral Sciences Collection	MEDLINE
1945-1950	0	0	0	12
1951-1960	0	0	0	276
1961-1970	0	0	0	564
1971-1980	0	0	0	748
1981-1990	7	0	0	406
1991-2000	22	0	3	274
2001-2010	47	0	4	344
2011-2016	59	1	1	189
Total	135	1	8	2813

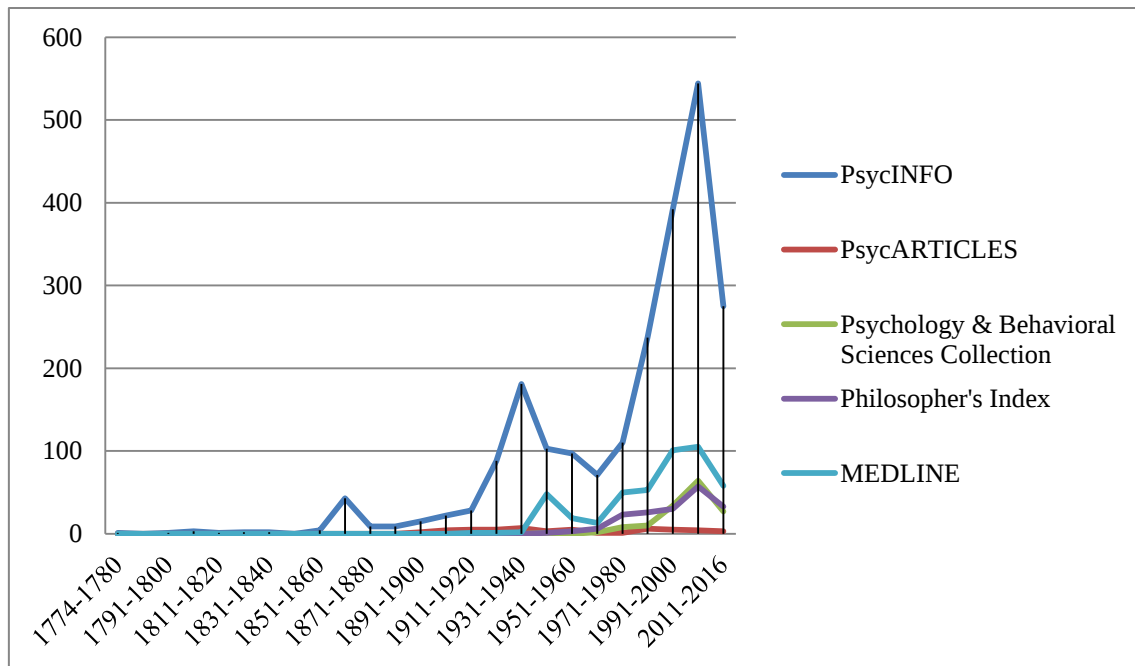
**Figura 8:**

Producción científica por décadas a partir del término “paraphilic disorders”

Tabla 11:

Producción científica por décadas a partir del término “perversion”

	PsycINFO	PsycARTICLES	Psychology & Behavioral Sciences Collection	Philosopher's Index	MEDLINE
1774-1780	1	0	0	0	0
1781-1790	0	0	0	0	0
1791-1800	1	0	0	0	0
1801-1810	3	0	0	0	0
1811-1820	1	0	0	0	0
1821-1830	2	0	0	0	0
1831-1840	2	0	0	0	0
1841-1850	0	0	0	0	0
1851-1860	4	0	0	0	0
1861-1870	43	0	0	0	0
1871-1880	9	0	0	0	0
1881-1890	9	0	0	0	0
1891-1900	15	2	0	0	0
1901-1910	22	4	0	0	0
1911-1920	28	5	0	0	1
1921-1930	88	5	0	0	1
1931-1940	181	7	0	0	2
1941-1950	103	3	1	1	48
1951-1960	97	5	0	3	19
1961-1970	71	1	2	6	13
1971-1980	110	1	8	23	50
1981-1990	237	6	10	26	53
1991-2000	392	5	34	30	101
2001-2010	544	4	64	57	105
2011-2016	275	3	27	33	58
Total	2238	51	146	179	451

**Figura 9:**

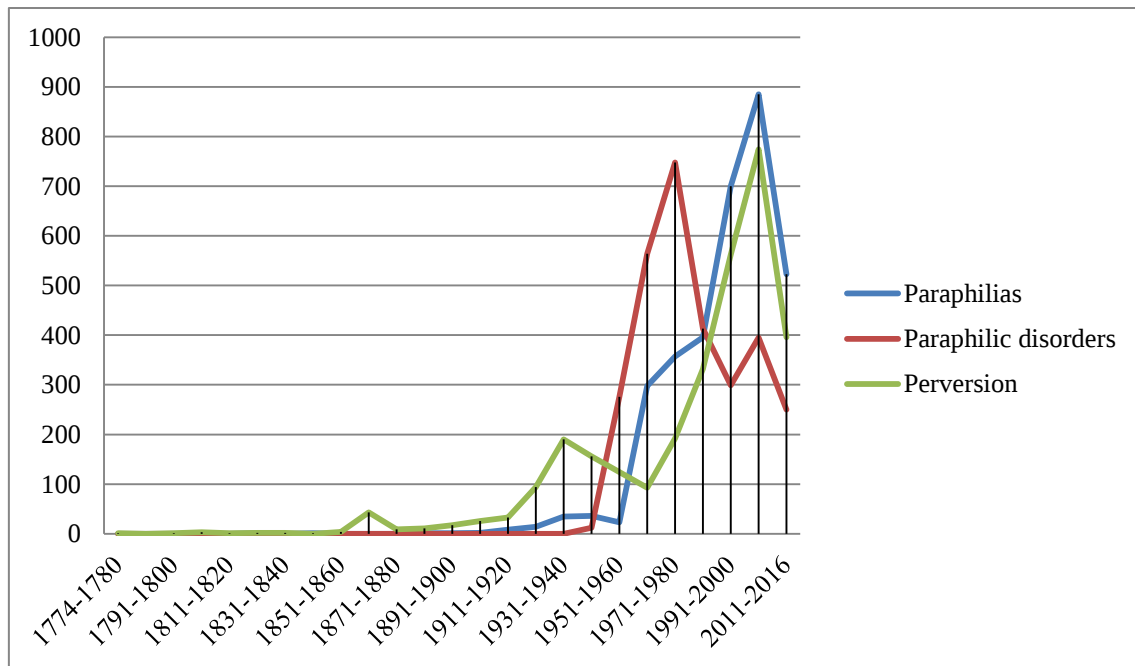
Producción científica por décadas a partir del término “perversion”

Tal como fue desarrollado ya en el recorrido histórico, el concepto de perversión es anterior en el tiempo, lo cual no sorprende el obtener datos más antiguos con este término, desde el año 1774, frente el 1830 para “parafilias” y el 1945 para “desórdenes parafilicos”. En la Tabla 12 y en la Figura 10 queda reflejado a modo resumen toda la productividad científica respecto a estos términos. Gran parte de las publicaciones sobre parafilias y persiones pertenecen a PsycINFO, mientras que la mayoría de las publicaciones sobre desórdenes parafilicos pertenecen a MEDLINE.

Tabla 12:

Producción científica por décadas a partir de “paraphilias”, “paraphilic disorders” y “perversión”

	Paraphilias	Paraphilic disorders	Perversion
1774-1780	0	0	1
1781-1790	0	0	0
1791-1800	0	0	1
1801-1810	0	0	3
1811-1820	0	0	1
1821-1830	1	0	2
1831-1840	0	0	2
1841-1850	1	0	0
1851-1860	0	0	4
1861-1870	0	0	43
1871-1880	0	0	9
1881-1890	1	0	11
1891-1900	1	0	17
1901-1910	2	0	26
1911-1920	8	0	33
1921-1930	14	0	94
1931-1940	35	0	190
1941-1950	36	12	156
1951-1960	23	276	124
1961-1970	298	564	93
1971-1980	357	748	192
1981-1990	396	413	332
1991-2000	700	299	562
2001-2010	885	395	774
2011-2016	523	250	396
Total	3281	2957	3066

**Figura 10:**

Producción científica por décadas según el término empleado

Los escritos en torno al concepto de perversión comienzan a aumentar en torno a 1900. Recordar que durante los años anteriores comenzaron los estudios científicos sistemáticos sobre el tema: *Psychopathia sexualis* (1886) de Krafft-Ebing y *Estudios sobre la psicología del sexo* (1897), de Havelock Ellis; y que poco después comenzaría la investigación de Freud con *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), dando inicio al estudio creciente por parte de los psicoanalistas. Hasta entonces, el número de publicaciones sobre la perversión corresponde al 3,07% del total. Si se compara con la antigüedad de los escritos sobre parafilias y desórdenes parafílicos, se constata que hasta la misma fecha solamente se habían publicado el 0,12% sobre las primeras y absolutamente nada sobre los segundos.

En cuanto a los desórdenes parafílicos, es el término escogido para el tesoro de MEDLINE, una base de datos médica. Teniendo en cuenta que el interés médico general ignoró las desviaciones sexuales hasta la aparición del grueso manual de Krafft-Ebing (véase “Recorrido histórico de los conceptos de perversión y parafilia”), la literatura publicada es más bien escasa hasta hace unas pocas décadas.

Respecto a la producción científica sobre parafilias, se observa un crecimiento a partir de la primera década del siglo pasado, coincidiendo con la publicación de *El fetichismo* (1914) de Stekel.

Por último, enfatizar el considerable aumento de productividad científica, tanto sobre la perversión como sobre la parafilia, a partir del año 2000, debido quizá a un mayor interés social promovido por el aumento de prácticas perversas (Eiguer, 2002).

FACTOR DE IMPACTO DE LAS REVISTAS DE PSICOANÁLISIS.

De una revista se dice que tiene índice de impacto no solo por ser de prestigio, sino porque está indizada en las bases de datos Science Citation Index (SCI) o Social Sciences Citation Index (SSCI). Con las citas recibidas y el número de trabajos publicados se elabora el factor de impacto, un criterio cuantitativo para evaluar el valor y relevancia de una revista para la comunidad académica a la que pertenece. Se publica anualmente en la herramienta Journal Citation Reports (JCR), siendo los últimos datos del año 2014.

Pues bien, se ha acudido al JCR online y se han consultado los datos correspondientes a todas aquellas revistas de psicoanálisis que han aparecido como fuente de los artículos sobre “perversión”, “parafilias” o “desórdenes parafilicos” en las bases de datos analizadas anteriormente, para ver su repercusión en el mundo científico. De un total de 16 revistas, 9 se encuentran indizadas en una de las dos bases de datos (SCI o SSCI), tal como puede observarse en la Tabla 13.

Tabla 13:

Búsqueda en el JCR de las revistas de psicoanálisis con publicaciones a partir de “paraphilias”, “parahilic disorders” y “perversion”

Revistas indizadas	Revistas no indizadas
International Journal of Psychoanalysis Journal of the American Psychoanalytic Association Annales Medico-Psychologiques Psychoanalytic Dialogues Bulletin of the Menninger Clinic Journal of Analytical Psychology Psychoanalytic Psychology Psychoanalytic Inquiry Psychoanalytic Quarterly	Revue Francaise de Psychanalyse International Review of Psychoanalysis International Forum of Psychoanalysis Revista de Psicoanálisis Psychoanalytic Review Journal of the American Academy of Psychoanalysis Modern Psychoanalysis

Para los objetivos de este estudio bibliométrico han sido elegidos los siguientes campos y criterios a mostrar para valorar la relevancia de cada revista:

- Base de datos: Si la revista pertenece al SCI o al SSCI.
- País: Origen de la revista.
- 1 año pub: Año de la primera publicación.
- Vida media citas: Media de la antigüedad en años de las citas recibidas.
- Descripción categoría: Grupo temático en que se inscribe la revista (en algunos casos una misma revista puede pertenecer a dos o más categorías distintas).
- Ranking categoría: Posición dentro del grupo temático de la revista.
- Factor impacto: Media del número de veces que en un año determinado han sido citados los artículos publicados por la revista en los dos años anteriores.
- Cuartil: Si una lista de revistas ordenadas de mayor a menor factor de impacto se divide en cuatro partes iguales, cada una de estas partes es un cuartil. Las revistas con el factor de impacto más elevado están en el primer cuartil, los cuartiles medios son el segundo y el tercero, y el cuartil más bajo es el cuarto.

En la Tabla 14 quedan recogidos los datos resultantes en dichos criterios en cada una de las revistas de psicoanálisis indizadas según el JCR.

Tabla 14:

Criterios de factor de impacto en revistas de psicoanálisis según el JCR

Revista	Base de datos	País	1 año pub	Vida media citas	Descripción categoría	Ranking categoría	Factor impacto	Cuartil
International Journal of Psychoanalysis	SSCI	England	1920	>10	Psychology, psychoanalysis	5/13	0,52	Q2
Journal of the American Psychoanalytic Association	SSCI	USA	1953	>10	Psychiatry	117/133		Q4
					Psychology, psychoanalysis	4/13	0,595	Q2
Annales Medico-Psychologiques	SCI	France	1843	>10	Psychiatry	136/140		Q4
					Psychology	74/76	0,221	Q4
Psychoanalytic Dialogues	SSCI	England	1991	>10	Psychology, psychoanalysis	9/13	0,352	Q3
Bulletin of the Menninger Clinic	SSCI	USA	1936	>10	Psychology, psychoanalysis	3/13	0,657	Q1
					Psychiatry	114/133		Q4
Journal of Analytical Psychology	SSCI	England	1955	6,8	Psychology, multidisciplinary	92/129	0,6	Q3
Psychoanalytic Psychology	SSCI	USA	1984	8,4	Psychology, clinical	96/119		Q4
					Psychology, psychoanalysis	2/13	0,741	Q3
Psychoanalytic Inquiry	SSCI	USA	1983	>10	Psychology, psychoanalysis	10/13	0,195	Q4
Psychoanalytic Quarterly	SSCI	USA	1932	>10	Psychology, psychoanalysis	6/13	0,381	Q2

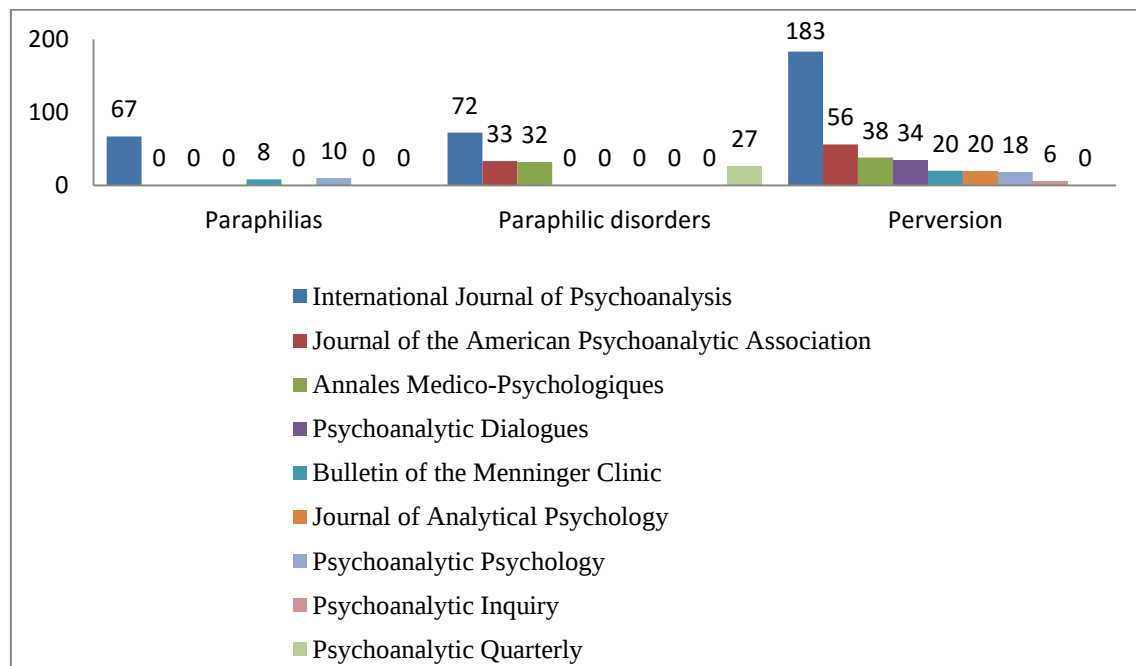
Analizando la repercusión general de estas revistas se puede afirmar que, si bien en las categorías de psiquiatría y psicología tienen baja relevancia (mayoría en el cuarto cuartil), no ocurre lo mismo dentro de la categoría de psicoanálisis, donde tienen una relevancia media-alta (mayoría en el cuartil 2). Por otro lado, las citas tienen una vida media de por lo menos 10 años a excepción de dos revistas, y a excepción de tres todas poseen una antigüedad de por lo menos medio siglo.

Se ha analizado qué cantidad de los resultados de las búsquedas corresponden a estas revistas, destacando con diferencia la revista *International Journal of Psychoanalysis*, situada dentro del segundo cuartil con un factor de impacto de 0,52 según el JCR. Véanse en la Tabla 15 y en la Figura 11 los datos obtenidos.

Tabla 15:

Artículos sobre “paraphilias”, “parahilic disorders” y “perversion” en revistas de psicoanálisis indizadas según el JCR

	Paraphilias	Paraphilic disorders	Perversion	Total
International Journal of Psychoanalysis	67	72	183	322
Journal of the American Psychoanalytic Association	0	33	56	89
Annales Medico-Psychologiques	0	32	38	70
Psychoanalytic Dialogues	0	0	34	34
Bulletin of the Menninger Clinic	8	0	20	28
Journal of Analytical Psychology	0	0	20	20
Psychoanalytic Psychology	10	0	18	28
Psychoanalytic Inquiry	0	0	6	6
Psychoanalytic Quarterly	0	27	0	27

**Figura 11:**

Artículos sobre “paraphilias”, “parahilic disorders” o “perversion” en revistas de psicoanálisis indizadas según el JCR

Si bien la herramienta Journal Citation Reports (JCR) es tradicionalmente la más utilizada y valorada, con el tiempo han ido apareciendo otros indicadores de calidad de revistas que intentan sustituir o complementar al factor de impacto del JCR. Uno de ellos es el SCImago Journal & Country Rank (SJR), un portal que incluye las revistas y los indicadores científicos a partir de la información contenida en la base de datos Scopus (Elsevier). Desde hace varios años su valoración por la Comisión Nacional Evaluadora de la Actividad Investigadora (CNEAI) ha ido progresando, considerándose equiparable en la actualidad al JCR. Por ello resulta de interés analizar las revistas psicoanalíticas también a partir de esta herramienta y comparar resultados entre el JCR y el SJR. Los últimos datos corresponden igualmente al año 2014.

Según el SJR, de las 16 revistas de enfoque psicodinámico 12 están incluidas en la base de datos de Scopus (Elsevier). Véase Tabla 16.

Tabla 16:

Búsqueda en el SJR de las revistas de psicoanálisis con publicaciones a partir de “paraphilias”, “parahilic disorders” y “perversion”

Revistas indizadas	Revistas no indizadas
International Journal of Psychoanalysis Revue Francaise de Psychanalyse Journal of the American Psychoanalytic Association International Forum of Psychoanalysis Annales Medico-Psychologiques Psychoanalytic Review Psychoanalytic Dialogues Bulletin of the Menninger Clinic Journal of Analytical Psychology Psychoanalytic Psychology Psychoanalytic Inquiry Psychoanalytic Quarterly	International Review of Psychoanalysis Revista de Psicoanálisis Journal of the American Academy of Psychoanalysis Modern Psychoanalysis

A continuación, en la Tabla 17, quedan plasmados los datos obtenidos en el SJR de estas 12 revistas psicoanalíticas indizadas, teniendo en cuenta criterios similares que en el JCR.

Tabla 17:

Criterios de factor de impacto en revistas de psicoanálisis según el SJR

	País	1 año pub	Factor impacto	Categoría	Cuartil
International Journal of Psychoanalysis	England	1920	0,698	Clinical psychology	Q2
				Medicine (miscellaneous)	Q1
				Psychiatry and mental health	Q2
Revue Francaise de Psychanalyse	France	1926	0,168	Clinical psychology	Q4
				Psychiatry and mental health	Q4
Journal of the American Psychoanalytic Association	USA	1953	0,737	Arts and humanities (miscellaneous)	Q2
				Clinical psychology	Q2
International Forum of Psychoanalysis	England	1992	0,220	Clinical psychology	Q3
				Psychiatry and mental health	Q3
Annales Medico-Psychologiques	France	1843	0,208	Applied psychology	Q4
				Arts and humanities (miscellaneous)	Q3
				Psychiatry and mental health	Q3
Psychoanalytic Review	USA	1913	0,415	Clinical psychology	Q2
Psychoanalytic Dialogues	England	1991	0,825	Clinical psychology	Q1
Bulletin of the Menninger Clinic	USA	1936	0,179	Clinical psychology	Q3
				Psychiatric mental health	Q3
				Psychiatry and mental health	Q3
Journal of Analytical Psychology	England	1955	0,287	Clinical psychology	Q3
Psychoanalytic Psychology	USA	1984	0,893	Clinical psychology	Q1
Psychoanalytic Inquiry	England	1983	0,353	Clinical psychology	Q3
Psychoanalytic Quarterly	USA	1932	0,792	Arts and humanities (miscellaneous)	Q1
				Clinical psychology	Q2
				Developmental and educational psychology	Q2
				Psychiatry and mental health	Q2

Por tanto, a través de la herramienta SJR se hallaron más revistas psicoanalíticas indizadas que en el JCR (3 más) y en general con mayor factor de impacto y mejor posicionamiento final. A nivel global y teniendo en cuenta las dos categorías donde más están indizadas estas revistas, en la categoría de psicología clínica estas revistas tienen

un impacto medio-alto (mayoría en el segundo cuartil), y en la categoría de psiquiatría y salud mental tienen un impacto medio-bajo (mayoría en el tercer cuartil).

Como aparecen más revistas indizadas, se vuelve a analizar la cantidad de los resultados de las búsquedas correspondientes a revistas de impacto según el SJR, destacando de nuevo con diferencia la revista *International Journal of Psychoanalysis*, con un factor de impacto de 0,698, que lo sitúa en el primer cuartil dentro de la categoría de psicología clínica y dentro del segundo cuartil dentro de las categorías de medicina y psiquiatría. Véanse Tabla 18 y Figura 12.

Tabla 18:

Artículos sobre “paraphilias”, “parahilic disorders” y “perversion” en revistas de psicoanálisis indizadas según el SJR

	Paraphilias	Parahilic disorders	Perversion	Total
International Journal of Psychoanalysis	67	72	183	322
Revue Francaise de Psycanalyse	0	0	119	119
Journal of the American Psychoanalytic Association	0	33	56	89
International Forum of Psychoanalysis	34	0	54	88
Annales Medico-Psychologiques	0	32	38	70
Psychoanalytic Review	0	0	35	35
Psychoanalytic Dialogues	0	0	34	34
Bulletin of the Menninger Clinic	8	0	20	28
Journal of Analytical Psychology	0	0	20	20
Psychoanalytic Psychology	10	0	18	28
Psychoanalytic Inquiry	0	0	6	6
Psychoanalytic Quarterly	0	27	0	27

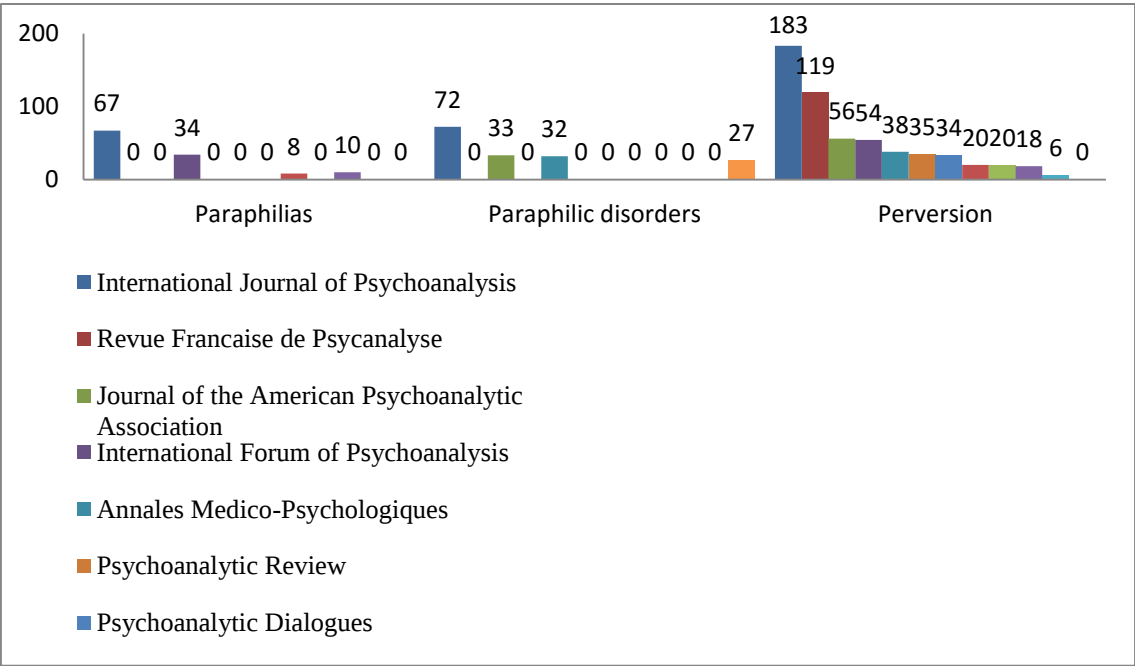
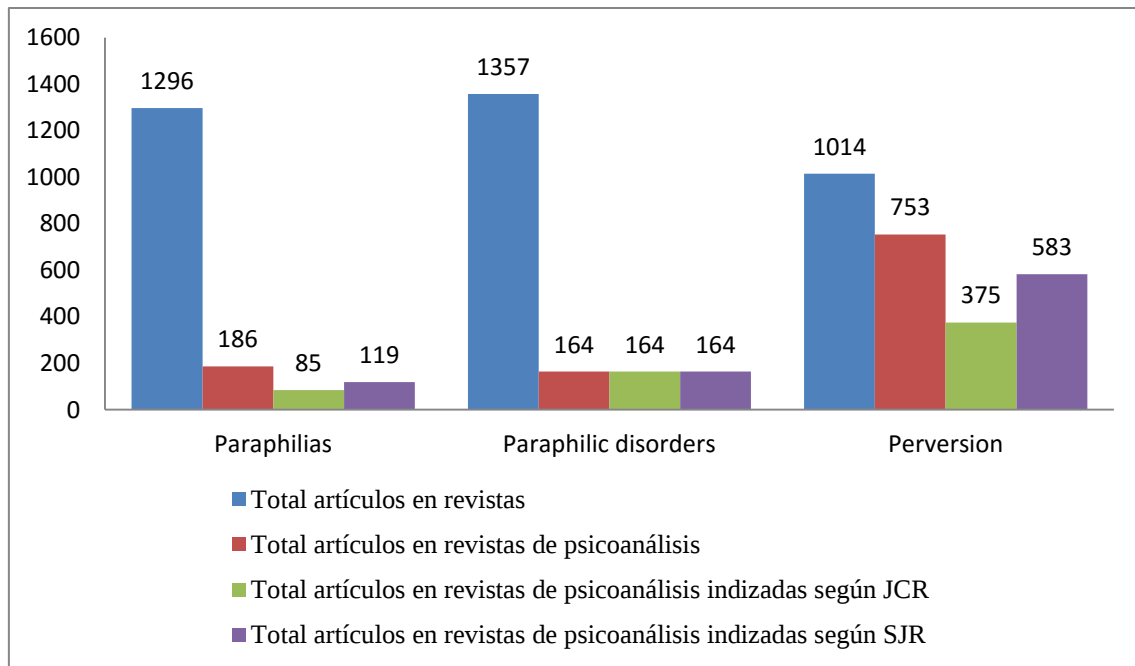


Figura 12:
Artículos sobre “paraphilias”, “parahilic disorders” o “perversion” en revistas de psicoanálisis indizadas según el SJR

De todo ello se puede extraer la cantidad de artículos sobre “parafilias”, “desórdenes parafilicos” y “perversión” publicados en revistas de psicoanálisis y a su vez la cantidad correspondiente a revistas psicoanalíticas indizadas. Pueden consultarse los datos en la Tabla 19 y en la Figura 13.

Tabla 19:
Artículos sobre “paraphilias”, “parahilic disorders” o “perversion” en revistas de psicoanálisis

	Total artículos en revistas	Total artículos en revistas de psicoanálisis	Total artículos en revistas de psicoanálisis indizadas según JCR	Total artículos en revistas de psicoanálisis indizadas según SJR
Paraphilias	1296	186	85	119
Paraphilic disorders	1357	164	164	164
Perversion	1014	753	375	583

**Figura 13:**

Artículos sobre “paraphilias”, “parahilic disorders” y “perversion” en revistas de psicoanálisis

Por tanto, con el término “parafilias” el 14,35% del total de los artículos pertenecen a revistas psicoanalíticas, porcentaje del cual el 45,70% según el JCR y el 63,98% según el SJR forman parte de revistas psicoanalíticas indizadas; con el término “desórdenes parafilicos” el 12,09% de las publicaciones pertenecen a revistas de psicoanálisis, todas indizadas; y con el término “perversión” el 74,26% de los artículos provienen de revistas psicoanalíticas, del cual el 49,80% según el JCR y el 77,42% pertenecen a revistas de psicoanálisis indizadas.

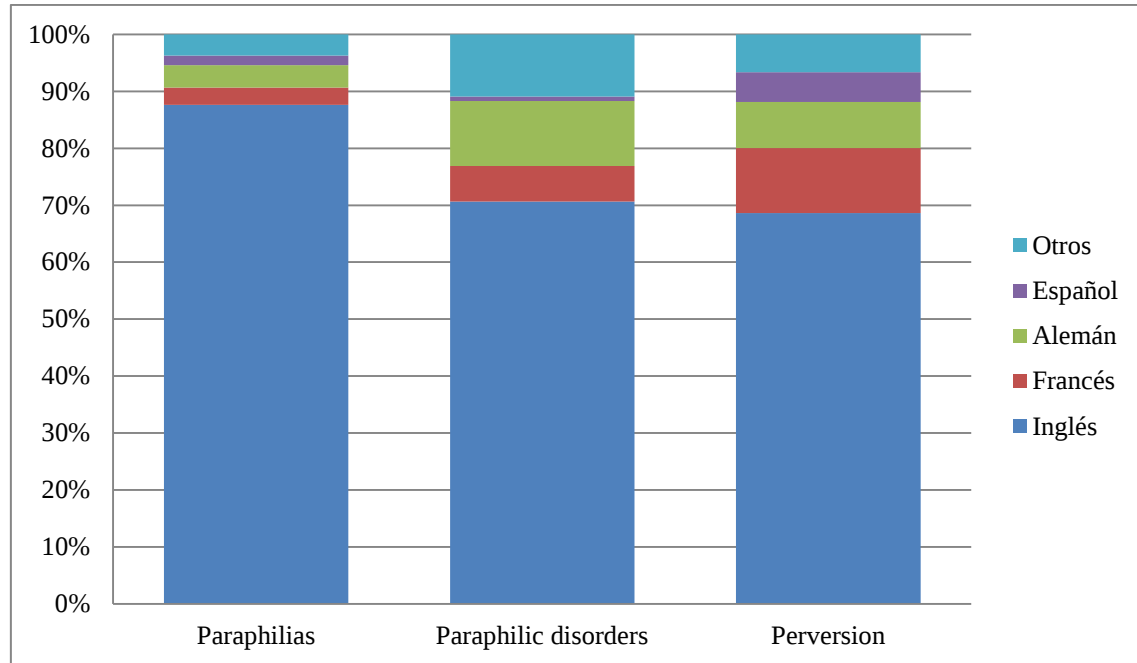
OTROS ÍNDICES BIBLIOMÉTRICOS.

Entre otros índices bibliométricos de menor relevancia para este estudio se encuentra el idioma del texto, destacando la lengua inglesa: el 87,63% de las publicaciones sobre parafilias, el 70,75% de las publicaciones sobre desórdenes parafilicos y el 69,02% de las publicaciones sobre perversión. Los resultados en lengua castellana son bastante escasos respecto del total: 1,68%, 0,81% y 5,25%, respectivamente. Véanse dichos datos de manera gráfica en la Tabla 20 y en la Figura 14.

Tabla 20:

Idiomas de las publicaciones según el término empleado

	Inglés	Francés	Alemán	Español	Otros
Parafilias	2876	100	129	55	122
Paraphilic disorders	2092	184	338	24	323
Perversion	2116	352	249	161	205
Total	7084	636	716	240	650

**Figura 14:**

Idiomas de las publicaciones según el término empleado

Por otra parte, se han obtenido también datos del tipo de publicaciones, siendo la gran mayoría artículos: el 77% de las publicaciones sobre parafilias, el 99% de las publicaciones sobre desórdenes parafilicos y el 78% de las publicaciones sobre perversión, tal como puede apreciarse en la Tabla 21 y en la Figura 15.

Tabla 21:

Tipos de publicaciones según el término empleado

	Artículos	Libros	Revistas	Disertaciones	Críticas
Parafilias	2494	618	25	94	11
Paraphilic disorders	2918	35	2	1	0
Perversion	2363	584	25	39	38
Total	7775	1237	52	134	49

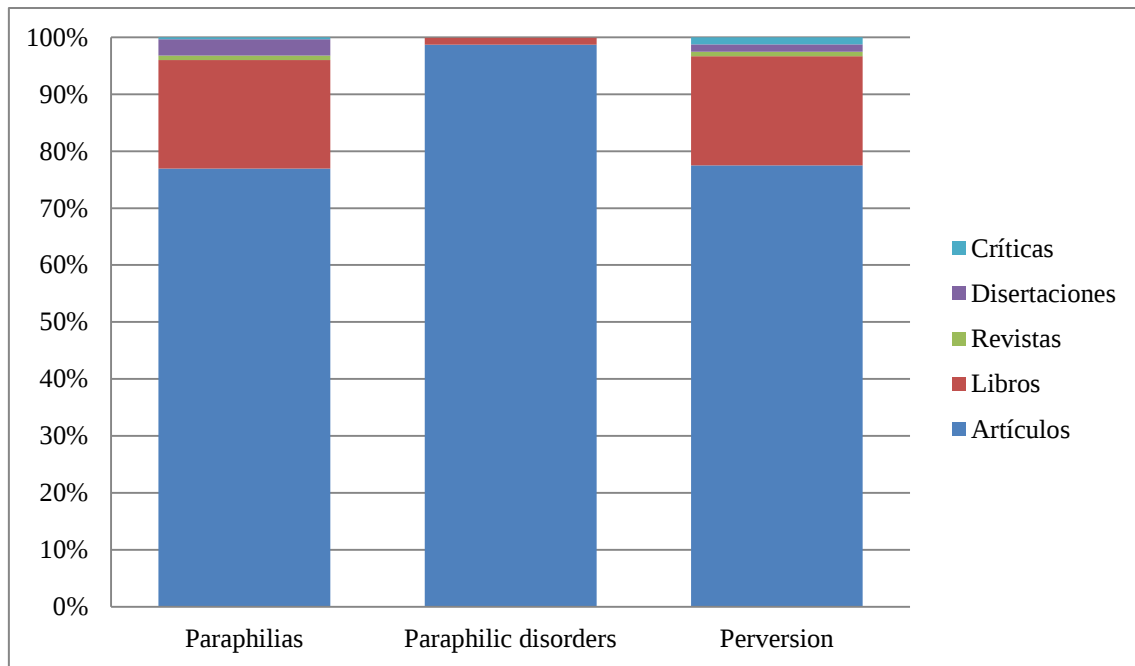


Figura 15:
Tipos de publicaciones según el término empleado

CONCLUSIONES.

Debido a la investigación inicial en torno a los tesauros se decidió trabajar con tres términos diferentes para las búsquedas bibliométricas: “parafilias”, “desórdenes parafilicos” y “perversión”. Las dos primeras fueron empleadas porque forman parte de los listados de descriptores de las bases de datos seleccionadas, además de pertenecer al lenguaje científico actual (las propias definiciones aportadas por los tesauros coinciden con las de las clasificaciones diagnósticas DSM). Sin embargo, no se podía prescindir de los resultados del tercer término, tal como quedó justificado en el desarrollo histórico de dichos conceptos. En primer lugar, los resultados obtenidos por unos términos u otros fueron bien diferentes; en segundo lugar, porque no son equivalentes ni aluden a los mismos aspectos, si bien la perversión, como término más genérico, podría englobar a los otros dos; y por último, porque en ciertos lenguajes, como el filosófico y el psicoanalítico, predomina casi exclusivamente el concepto de perversión.

Ya una vez con los datos delante se puede percibir rápidamente que existen textos sobre perversión mucho antes en el tiempo que sobre parafilias o sobre desórdenes parafilicos, tal vez porque el concepto de perversión es mucho más antiguo y abarca una realidad más amplia del ser humano, trascendiendo el enfoque empirista que rige la

ciencia desde hace varias décadas, yendo más allá del campo clínico e incluso deslizándose fuera del ámbito puramente sexual.

Como es obvio, los resultados obtenidos a partir del término “desórdenes parafilicos” pertenecen en su gran mayoría a la base de datos de MEDLINE, mientras que la mayor parte de los textos publicados sobre perversiones y parafilias pertenecen a PsycINFO, pues es el término propuesto por su tesauro, apenas utilizado en otros círculos de investigación. Tampoco resulta extraño que los términos “parafilias” y “desórdenes parafilicos”, creados y utilizados de forma casi exclusiva en el ámbito clínico, apenas arrojen resultados en la base de datos de filosofía. En este sentido, volvemos a constatar que “perversión” alude a un campo más amplio del conocimiento humano.

Precisamente la revisión histórica de los términos sugiere que el concepto de perversión es más adecuado para este estudio por abarcar una realidad más extensa, sobre todo desde que los psicoanalistas empezaron a investigar sobre el tema e hicieron del concepto de perversión parte de su vocabulario particular. Y justamente los datos de este estudio bibliométrico muestran que una parte importante de la productividad científica acerca de la perversión pertenece al enfoque psicodinámico y ha sido evaluada por expertos y publicada en revistas psicoanalíticas de impacto. La relevancia del psicoanálisis en el estudio de la perversión es tal que incluso un porcentaje nada desdeñable de publicaciones sobre parafilias y desórdenes parafilicos hacen referencia de manera más o menos directa a los hallazgos de dicha escuela. Incluso pareciera que el término de “parafilia” fuera empleado primeramente por el psicoanalista Wilhelm Stekel antes de ser popularizado por la ciencia médica y la actual psicología basada en la evidencia.

De todo ello se concluye que un estudio sistemático y exhaustivo sobre la perversión como pretende serlo éste debe asentarse necesariamente sobre los conocimientos del legado psicoanalítico.

ESTUDIO BIBLIOMÉTRICO DE LA PRODUCTIVIDAD CIENTÍFICA SOBRE EL TEMA DE LA PERVERSIÓN EN BASES DE DATOS ESPAÑOLAS.

INTRODUCCIÓN.

Siguiendo el mismo proceso y los objetivos del estudio bibliométrico de la productividad científica sobre el tema de la perversión en bases de datos internacionales, se ha realizado otro estudio bibliométrico, esta vez a partir de bases de datos españolas.

En esta ocasión se han seleccionado y se han manejado las siguientes bases de datos:

- Psicodoc, una base de datos bibliográfica, con enlaces a los textos completos, especializada en psicología y disciplinas afines. Se incluyen los trabajos publicados en revistas, congresos y libros, editados en España, Portugal y América Latina, desde 1975 hasta la actualidad.
- MEDES (MEDicina en ESpañol), iniciativa de la Fundación Lilly, es una base de datos que reúne la información publicada en una selección de revistas españolas de medicina y farmacia desde el año 2001 en adelante.
- ISOC (CSIC), base de datos que contiene la producción científica publicada en España desde los años 70 en el ámbito de las ciencias sociales y humanidades.
- Teseo, base de datos del Ministerio de Educación de las Tesis Doctorales realizadas en universidades españolas.

A la hora de establecer las palabras clave para las búsquedas, se constató que no existe ningún término para aludir a la perversión en la lista de tesauros de Psicodoc. Y puesto que ni MEDES, ni ISOC, ni Teseo poseen su propia lista de tesauros, se eligieron en un primer momento los mismos términos que en las búsquedas de las bases de datos internacionales, pero en español, esto es: “perversión”, “parafilias” y “desórdenes parafilicos”. El primer problema encontrado fue respecto a este último término, el cual se tradujo literalmente del tesoro de MEDLINE, “paraphilic disorders”, y no arrojó resultados en ninguna de las bases de datos españolas seleccionadas. Se substituyó entonces por el término “trastornos parafilicos”, que es la traducción realizada en el DSM-V, manual de referencia para el tesoro de MEDLINE. El segundo problema fue la constatación de que el empleo de los términos en singular y

en plural daba lugar a resultados diferentes, tal vez por la no existencia de un listado de tesauros que sistematice las publicaciones acerca del tema.

Las búsquedas se llevaron a cabo a fecha 10 de junio de 2016.

PROCEDIMIENTO Y RESULTADOS.

Así pues, cada uno de los tres términos (“perversión”, “parafilia” y “trastorno parafilico”), en singular y en plural, fue buscado en las cuatro bases de datos españolas. En esta ocasión en vez de utilizar operadores lógicos y operadores de truncamiento se utilizó el conteo manual para averiguar el número de publicaciones provenientes de fuentes psicoanalíticas.

CANTIDAD DE PRODUCTIVIDAD CIENTÍFICA.

A partir del término “parafilia” en singular se realizó la búsqueda en las cuatro bases de datos españolas, obteniendo un total de 14 resultados, de los cuales 9 pertenecen a Psicodoc, 1 a MEDES, y 4 a ISOC. Ninguna de las publicaciones está relacionada con fuentes psicodinámicas. Realizando la búsqueda con el término “parafilias” en plural aparecen 49 resultados: 28 de Psicodoc, 9 de MEDES y 12 de ISOC, de los cuales 2 (7,14 %) de Psicodoc tienen relación con el psicoanálisis, 1 de MEDES (11,11 %) y 1 de ISOC (8,33 %). Teseo no arroja resultados con ninguna palabra clave.

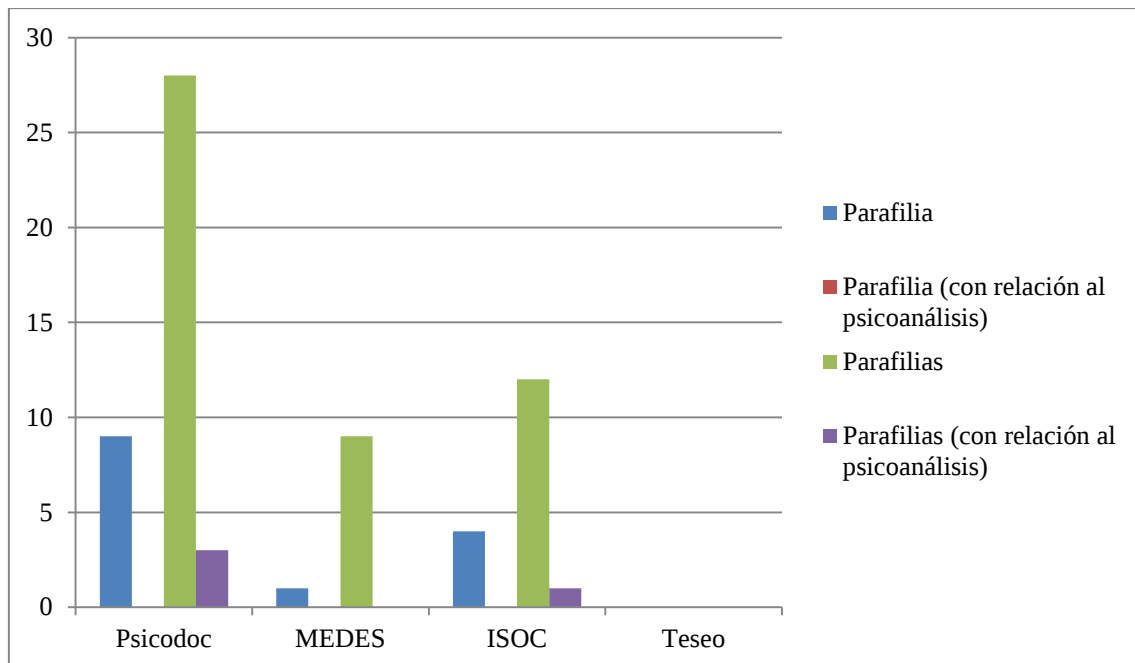
Los resultados obtenidos en Psicodoc con el término en singular y en plural son totalmente dispares, mientras que en MEDES el término en plural asume el único resultado del término en singular.

En la Tabla 22 y en la Figura 16 quedan recogidos los datos obtenidos a partir de las búsquedas realizadas a través de “parafilia” y “parafilias”.

Tabla 22:

Número de publicaciones según cada base de datos a partir de los términos “parafilia” y “parafilias”

	Parafilia	Parafilia (con relación al psicoanálisis)	Parafilias	Parafilias (con relación al psicoanálisis)
Psicodoc	9	0	28	2
MEDES	1	0	9	1
ISOC	4	0	12	1
Teseo	0	0	0	0
Total	14	0	49	4

**Figura 16:**

Número de publicaciones según cada base de datos a partir de los términos “parafilia” y “parafilias”

El término “trastorno parafilico” en singular arroja 3 resultados, correspondiente a MEDES, de los cuales 1 (33,33 %) está relacionado con el psicoanálisis. Con el mismo término en plural se hallaron 9 publicaciones: 4 de Psicodoc, 4 de MEDES y 1 de ISOC, ninguna en relación a la corriente psicodinámica. Teseo no aporta resultados.

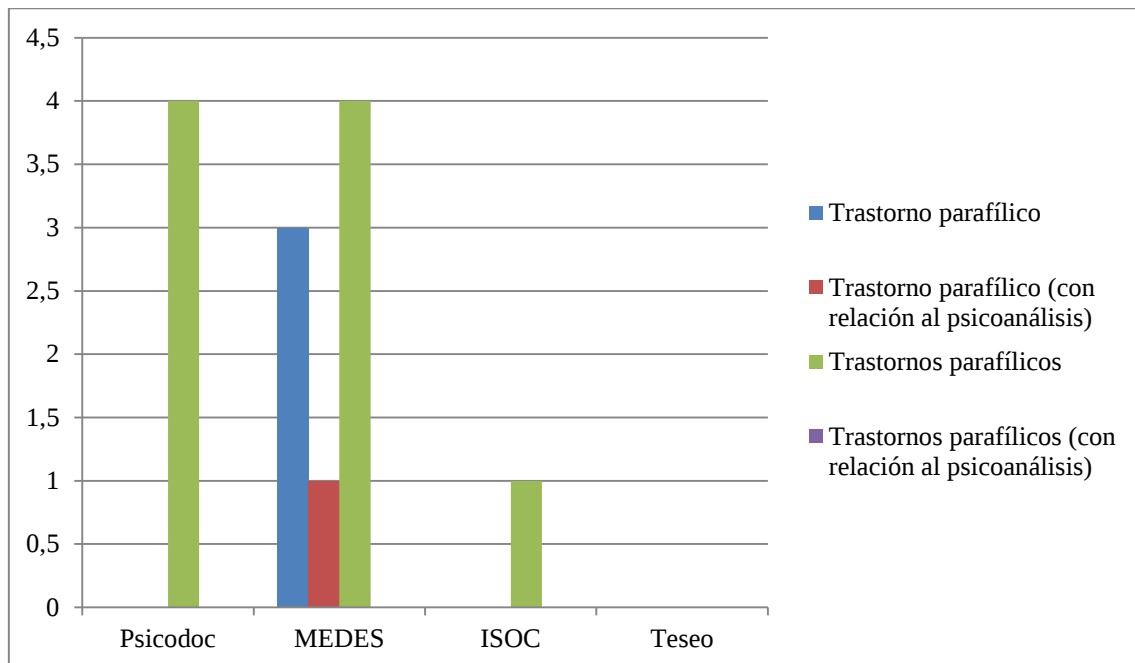
Las publicaciones de Psicodoc, excepto una, quedan recogidas entre las palabras clave “parafilia” y “parafilias”; las de MEDES coinciden parcialmente.

En la Tabla 23 y en la Figura 17 pueden observarse las publicaciones que aparecen en las distintas bases de datos a través de los términos “trastorno parafilico” y “trastornos parafilicos”.

Tabla 23:

Número de publicaciones según cada base de datos a partir de los términos “trastorno parafilico” y “trastornos parafilicos”

	Trastorno parafilico	Trastorno parafilico (con relación al psicoanálisis)	Trastornos parafilicos	Trastornos parafilicos (con relación al psicoanálisis)
Psicodoc	0	0	4	0
MEDES	3	1	4	0
ISOC	0	0	1	0
Teseo	0	0	0	0
Total	3	1	9	0

**Figura 17:**

Número de publicaciones según cada base de datos a partir de los términos “trastorno parafilico” y “trastornos parafilicos”

Por último, a través de “perversión” en singular se obtienen un total de 291 resultados, de los cuales 132 pertenecen a Psicodoc, 7 a MEDES y 152 a ISOC. De dichos resultados se encuentran relacionados con el psicoanálisis 115 de Psicodoc (87,12 %), 1 de MEDES (14,29 %) y 35 de ISOC (23,03 %). A través de “perversiones” en plural aparecen 90 publicaciones, de los cuales 47 son de Psicodoc, 3 de MEDES y 40 de ISOC. Tienen relación con la corriente psicodinámica 40 de Psicodoc (85,11 %), 1 de MEDES (33,33 %) y 14 de ISOC (35 %). Teseo, de nuevo, no arroja resultados.

Tanto en Psycodoc como en ISOC algunos resultados coinciden en la búsqueda con la palabra clave en singular y en plural. En MEDES el término “perversión” en singular incluye todos los resultados de “perversiones” en plural.

En la Tabla 24 y en la Figura 18 quedan recogidos los resultados obtenidos a partir de las palabras clave “perversión” y “perversiones”.

Tabla 24:

Número de publicaciones según cada base de datos a partir de los términos “perversión” y “perversiones”

	Perversión	Perversión (con relación al psicoanálisis)	Perversiones	Perversiones (con relación al psicoanálisis)
Psycodoc	132	115	47	40
MEDES	7	1	3	1
ISOC	152	35	40	14
Teseo	0	0	0	0
Total	291	151	90	55

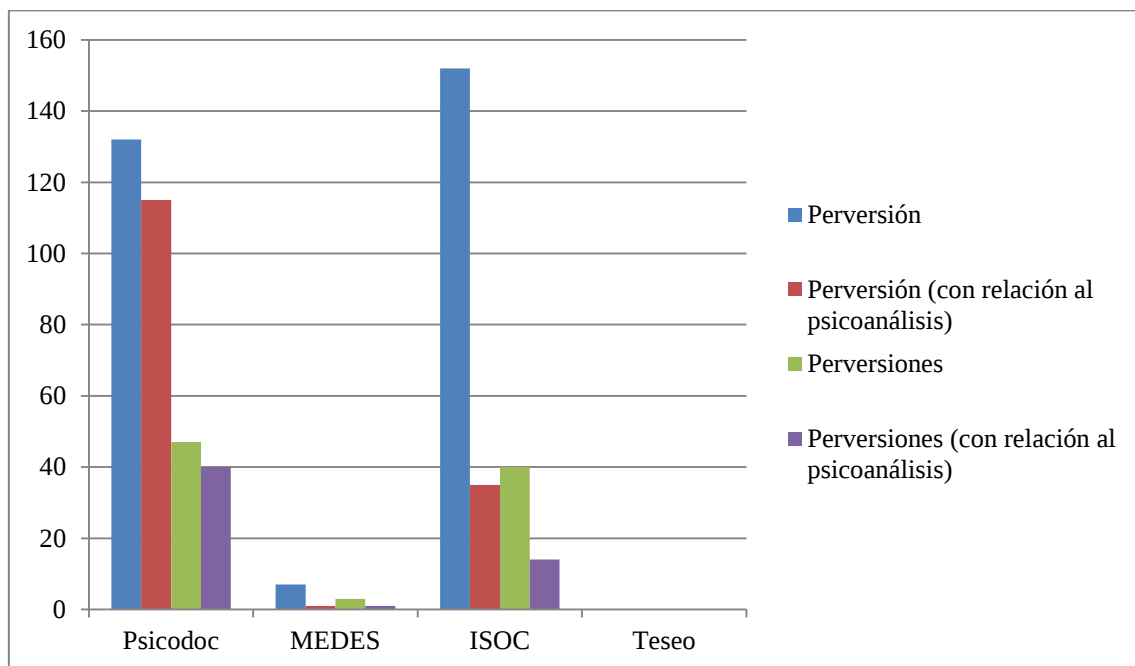


Figura 18:

Número de publicaciones según cada base de datos a partir de los términos “perversión” y “perversiones”

PERÍODO DE PRODUCTIVIDAD CIENTÍFICA.

Se han contabilizado los resultados de cada una de las bases de datos en función del año de publicación, desde el primer resultado registrado hasta la actualidad.

En la Tabla 25 y en la Figura 19 puede observarse la producción científica a partir del término “parafilia” en singular.

Tabla 25:
Producción científica por año a partir del término “parafilia”

	Psicodoc	MEDES	ISOC	Teseo
1998	3	0	0	0
1999	1	0	0	0
2000	0	0	0	0
2001	0	0	0	0
2002	0	0	0	0
2003	1	0	0	0
2004	1	0	0	0
2005	0	0	0	0
2006	0	0	0	0
2007	0	0	0	0
2008	0	0	0	0
2009	1	0	1	0
2010	0	1	0	0
2011	1	0	1	0
2012	0	0	0	0
2013	0	0	1	0
2014	1	0	1	0
Total	9	1	4	0

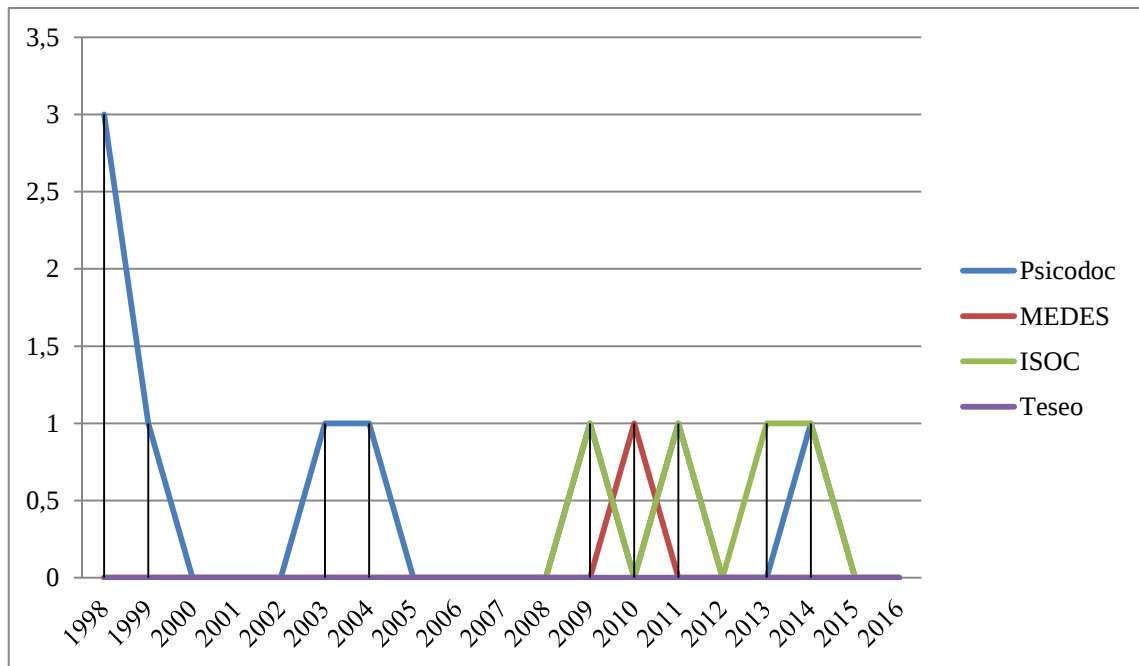


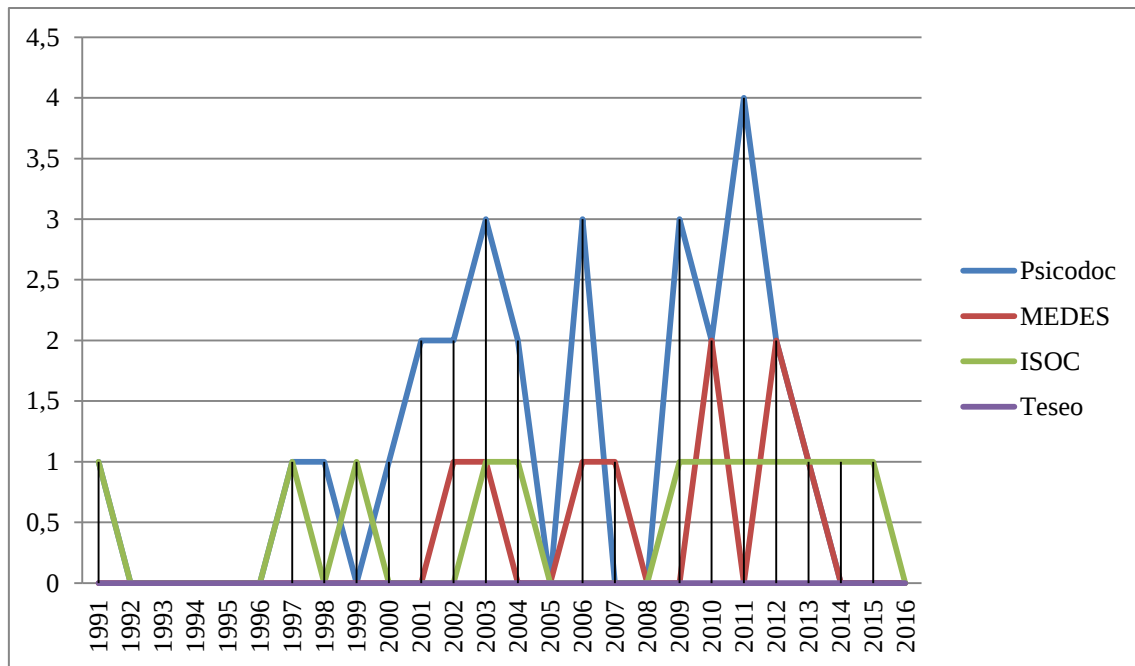
Figura 19:
Producción científica por año a partir del término “parafilia”

En la Tabla 26 y en la Figura 20 queda recogida la producción científica a partir de la palabra clave “parafilias” en plural.

Tabla 26:

Producción científica por año a partir del término “parafilias”

	Psicodoc	MEDES	ISOC	Teseo
1991	1	0	1	0
1992	0	0	0	0
1993	0	0	0	0
1994	0	0	0	0
1995	0	0	0	0
1996	0	0	0	0
1997	1	0	1	0
1998	1	0	0	0
1999	0	0	1	0
2000	1	0	0	0
2001	2	0	0	0
2002	2	1	0	0
2003	3	1	1	0
2004	2	0	1	0
2005	0	0	0	0
2006	3	1	0	0
2007	0	1	0	0
2008	0	0	0	0
2009	3	0	1	0
2010	2	2	1	0
2011	4	0	1	0
2012	2	2	1	0
2013	1	1	1	0
2014	0	0	1	0
2015	0	0	1	0
2016	0	0	0	0
Total	28	9	12	0

**Figura 20:**

Producción científica por año a partir del término "parafilias"

En la Tabla 27 y en la Figura 21 queda reflejada la producción científica a partir del término "trastorno parafilico" en singular.

Tabla 27:

Producción científica por año a partir del término "trastorno parafilico"

	Psicodoc	MEDES	ISOC	Teseo
2006	0	1	0	0
2007	0	1	0	0
2008	0	0	0	0
2009	0	0	0	0
2010	0	0	0	0
2011	0	0	0	0
2012	0	1	0	0
Total	0	3	0	0

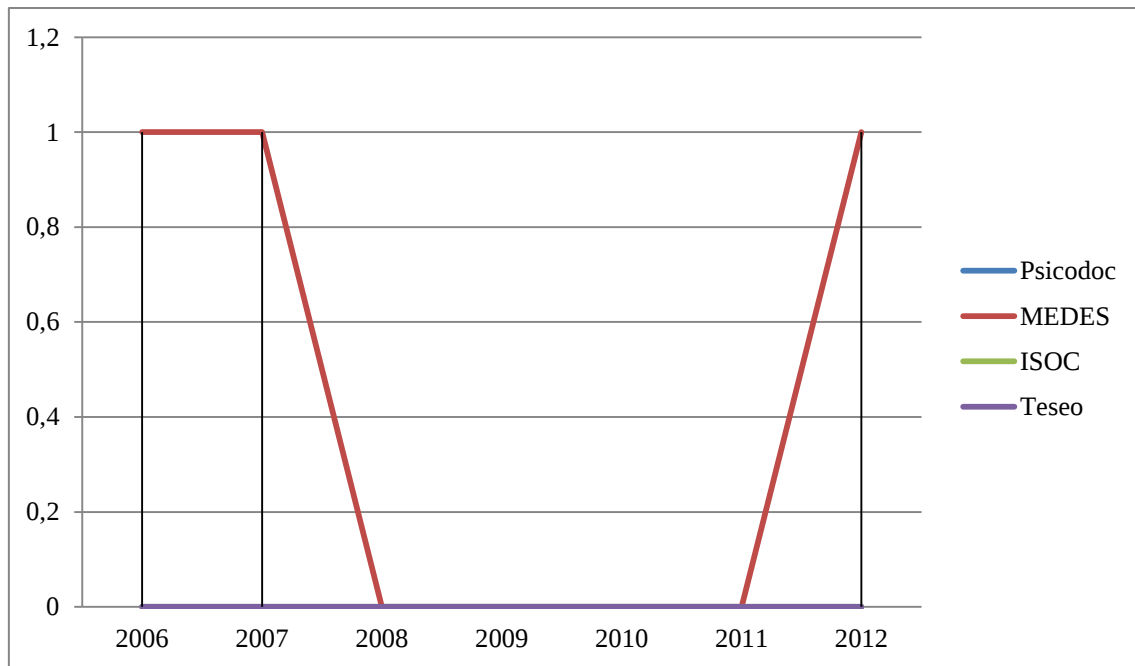


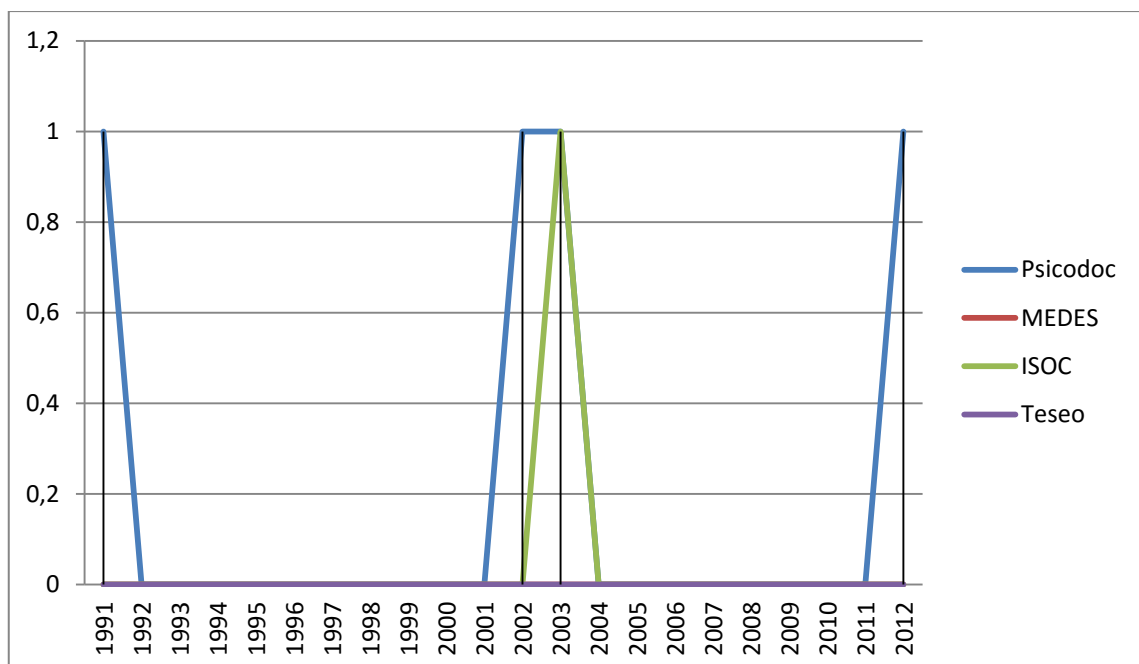
Figura 21:
Producción científica por año a partir del término “trastorno parafilico”

En la Tabla 28 y en la Figura 22 puede observarse la producción científica por año a partir del término “trastornos parafilicos” en plural.

Tabla 28:

Producción científica por año a partir del término “trastornos parafilicos”

	Psicodoc	MEDES	ISOC	Teseo
1991	1	0	0	0
1992	0	0	0	0
1993	0	0	0	0
1994	0	0	0	0
1995	0	0	0	0
1996	0	0	0	0
1997	0	0	0	0
1998	0	0	0	0
1999	0	0	0	0
2000	0	0	0	0
2001	0	0	0	0
2002	1	0	0	0
2003	1	0	1	0
2004	0	0	0	0
2005	0	0	0	0
2006	0	0	0	0
2007	0	0	0	0
2008	0	0	0	0
2009	0	0	0	0
2010	0	0	0	0
2011	0	0	0	0
2012	1	0	0	0
Total	4	0	1	0

**Figura 22:**

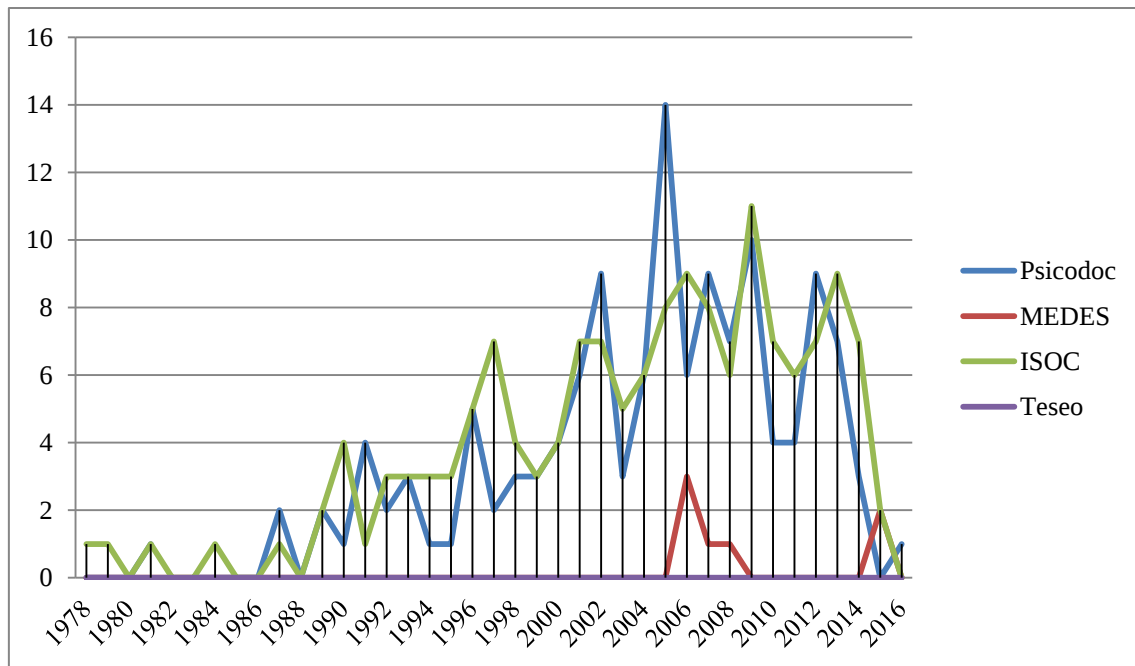
Producción científica por año a partir del término “trastornos parafilicos”

En la Tabla 29 y en la Figura 23 aparecen los resultados obtenidos a partir de las búsquedas con “perversión” en singular.

Tabla 29:

Producción científica por año a partir del término “perversión”

	Psicodoc	MEDES	ISOC	Teseo
1978	0	0	1	0
1979	0	0	1	0
1980	0	0	0	0
1981	1	0	1	0
1982	0	0	0	0
1983	0	0	0	0
1984	0	0	1	0
1985	0	0	0	0
1986	0	0	0	0
1987	2	0	1	0
1988	0	0	0	0
1989	2	0	2	0
1990	1	0	4	0
1991	4	0	1	0
1992	2	0	3	0
1993	3	0	3	0
1994	1	0	3	0
1995	1	0	3	0
1996	5	0	5	0
1997	2	0	7	0
1998	3	0	4	0
1999	3	0	3	0
2000	4	0	4	0
2001	6	0	7	0
2002	9	0	7	0
2003	3	0	5	0
2004	6	0	6	0
2005	14	0	8	0
2006	6	3	9	0
2007	9	1	8	0
2008	7	1	6	0
2009	10	0	11	0
2010	4	0	7	0
2011	4	0	6	0
2012	9	0	7	0
2013	7	0	9	0
2014	3	0	7	0
2015	0	2	2	0
2016	1	0	0	0
Total	132	7	152	0

**Figura 23:**

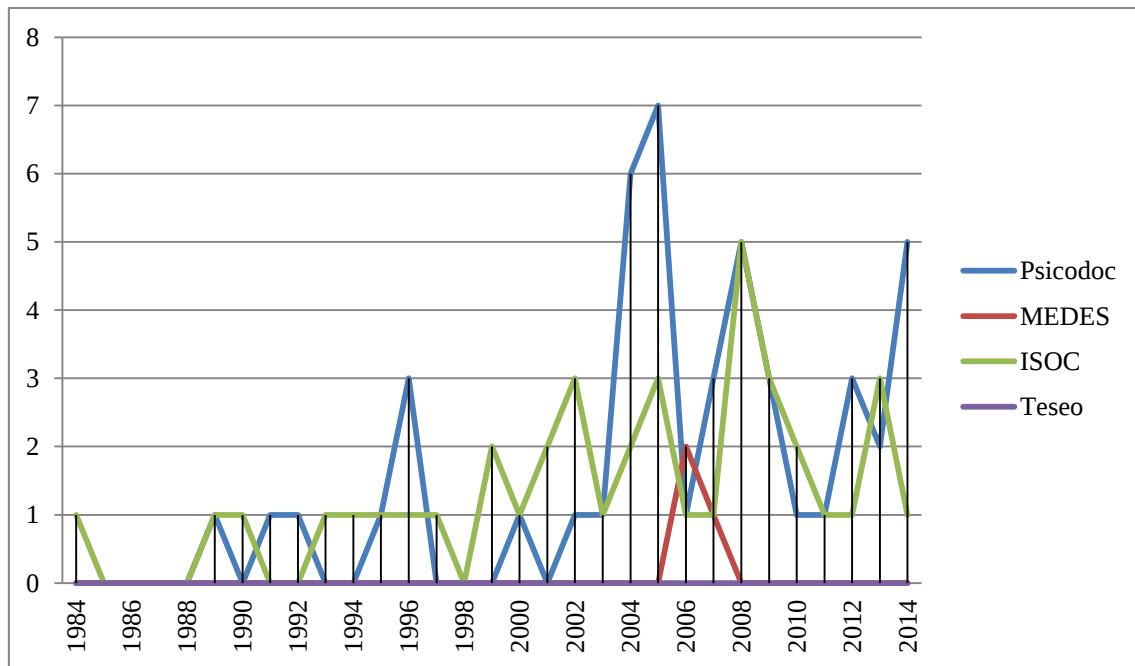
Producción científica por año a partir del término “perversion”

En la Tabla 30 y en la Figura 24 aparecen los resultados obtenidos a partir del término “perversiones” en plural.

Tabla 30:

Producción científica por año a partir del término “perversiones”

	Psicodoc	MEDES	ISOC	Teseo
1984	0	0	1	0
1985	0	0	0	0
1986	0	0	0	0
1987	0	0	0	0
1988	0	0	0	0
1989	1	0	1	0
1990	0	0	1	0
1991	1	0	0	0
1992	1	0	0	0
1993	0	0	1	0
1994	0	0	1	0
1995	1	0	1	0
1996	3	0	1	0
1997	0	0	1	0
1998	0	0	0	0
1999	0	0	2	0
2000	1	0	1	0
2001	0	0	2	0
2002	1	0	3	0
2003	1	0	1	0
2004	6	0	2	0
2005	7	0	3	0
2006	1	2	1	0
2007	3	1	1	0
2008	5	0	5	0
2009	3	0	3	0
2010	1	0	2	0
2011	1	0	1	0
2012	3	0	1	0
2013	2	0	3	0
2014	5	0	1	0
Total	47	3	40	0

**Figura 24:**

Producción científica por año a partir del término “perversiones”

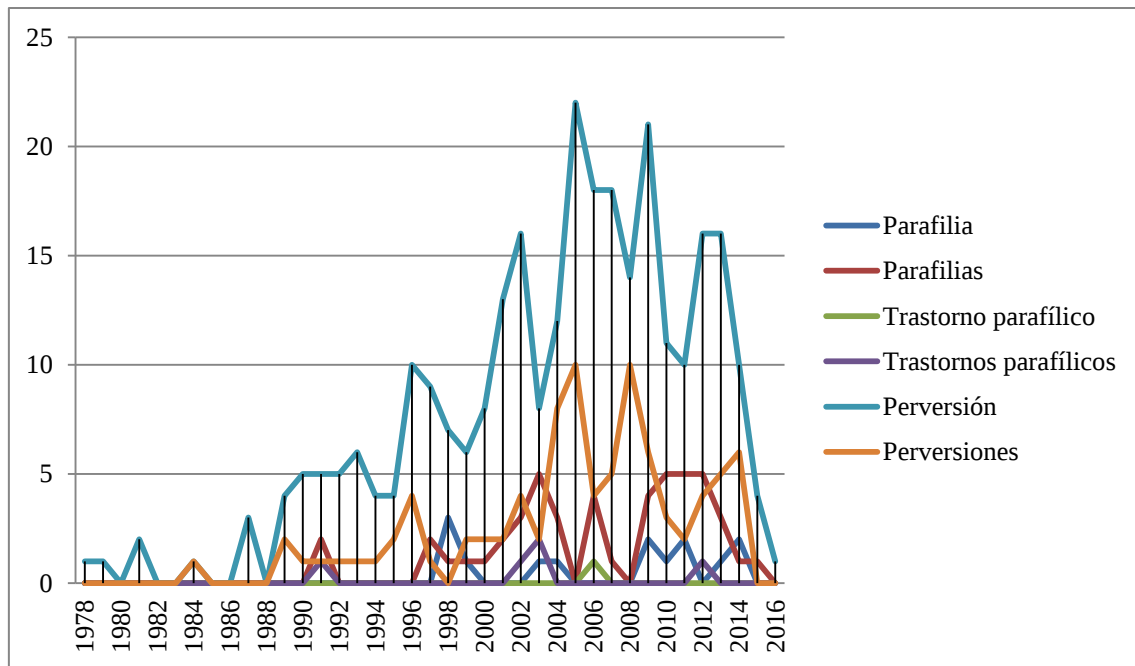
De igual modo que en las bases de datos internacionales, también en las españolas los datos más antiguos pertenecen al término “perversion” en sus formas singular y plural, años 1978 y 1984, respectivamente, frente los años 1998 y 1991 para “parafilia” y “parafilias” y los años 2006 y 1991 para “trastorno parafilico” y “trastornos parafilicos”. La mayor parte de los resultados, independientemente de la palabra clave empleada, pertenece a la base de datos Psicodoc.

En la Tabla 31 y en la Figura 25 se presentan de forma condensada los datos totales obtenidos en las cuatro bases de datos en función del término empleado.

Tabla 31:

Producción científica por año a partir de “parafilia”, “parafilias”, “trastorno parafilico”, trastornos parafilicos”, “perversión” y “perversiones”

	Parafilia	Parafilias	Trastorno parafilico	Trastornos parafilicos	Perversión	Perversiones
1978	0	0	0	0	1	0
1979	0	0	0	0	1	0
1980	0	0	0	0	0	0
1981	0	0	0	0	2	0
1982	0	0	0	0	0	0
1983	0	0	0	0	0	0
1984	0	0	0	0	1	1
1985	0	0	0	0	0	0
1986	0	0	0	0	0	0
1987	0	0	0	0	3	0
1988	0	0	0	0	0	0
1989	0	0	0	0	4	2
1990	0	0	0	0	5	1
1991	0	2	0	1	5	1
1992	0	0	0	0	5	1
1993	0	0	0	0	6	1
1994	0	0	0	0	4	1
1995	0	0	0	0	4	2
1996	0	0	0	0	10	4
1997	0	2	0	0	9	1
1998	3	1	0	0	7	0
1999	1	1	0	0	6	2
2000	0	1	0	0	8	2
2001	0	2	0	0	13	2
2002	0	3	0	1	16	4
2003	1	5	0	2	8	2
2004	1	3	0	0	12	8
2005	0	0	0	0	22	10
2006	0	4	1	0	18	4
2007	0	1	0	0	18	5
2008	0	0	0	0	14	10
2009	2	4	0	0	21	6
2010	1	5	0	0	11	3
2011	2	5	0	0	10	2
2012	0	5	0	1	16	4
2013	1	3	0	0	16	5
2014	2	1	0	0	10	6
2015	0	1	0	0	4	0
2016	0	0	0	0	1	0
Total	14	49	1	5	291	90

**Figura 25:**

Producción científica por año a partir de “parafilia”, “parafilias”, “trastorno parafílico”, trastornos parafílicos”, “perversión” y “perversiones”

Los datos cronológicos obtenidos de las bases de datos españolas son similares a las obtenidas de las bases de datos internacionales. Así, las publicaciones en torno a la perversión son más numerosas y más antiguas que las publicaciones sobre la parafilia y el trastorno parafílico, y en general también ha habido mayor productividad desde el año 2000.

FACTOR DE IMPACTO DE LAS REVISTAS DE PSICOANÁLISIS.

Se han consultado en la herramienta Journal Citation Reports (JCR) todas aquellas revistas de psicoanálisis que han aparecido como fuente de los artículos sobre “parafilia”, “parafilias”, “trastorno parafílico”, “trastornos parafílicos”, “perversión” y “perversiones”. Ninguna de las revistas está indizada en JCR, por lo que se procedió a buscar en otras herramientas: el SCImago & Countroy Rank (SJR), la Clasificación Integrada de Revistas Científicas (CIRC), el sistema de clasificación de revistas científicas de ciencias sociales y humanidades (CARHUS), y el Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (LATINDEX).

En la Tabla 32 aparece el listado de revistas de psicoanálisis junto a los datos de indización, si los hubiera, en los diferentes sistemas.

Tabla 32:

Búsqueda en el SJR, CIRC, CARHUS Y LATINDEX de las revistas de psicoanálisis con publicaciones a partir de “parafilia”, “parafilias”, “trastorno parafilico”, “trastornos parafilicos”, “perversión” y “perversiones”

Revistas	SJR	CIRC	CARHUS	LATINDEX
Revista de psicoanálisis	-	Grupo C	Grupo D	Sí
Intersubjetivo		-	Grupo D	Sí
Clínica y Análisis Grupal	-	Grupo C	Grupo D	Sí
Revista Catalana de Psicoanàlisi		Grupo C	Grupo D	Sí
Revista de Psicoanálisis de Madrid	-	-	-	-
Pliegues	-	-	-	Sí
Apertura.Cuadernos de Psicoanálisis	-	-	-	
Temas de Psicoanálisis	-	Grupo C	-	-
Ágora	Q4	-	-	-
Revista Uruguay de Psicoanálisis	-	-	-	Sí
Tempo Psicanalítico	Q4	-	-	-
Estilos da Clínica	-	-	-	Sí
Psychè	-	-	-	Sí
Revista de Psicoanálisis (Buenos Aires)	-	-	Grupo D	Sí
Freudiana	-	Grupo C	Grupo D	-
Clínica y Pensamiento	-	-	-	-
Extensión Universitaria	-	-	-	-

Se deduce de la Tabla 32 que de forma general la literatura científica en español acerca de la perversión, la parafilia y el trastorno parafilico se publica en revistas de bajo o nulo índice de impacto.

Por supuesto, no todas las publicaciones relacionadas con la corriente psicodinámica se encuentran en revistas psicoanalíticas. En la Tabla 33 puede observarse, del total de resultados relacionados con el psicoanálisis respecto a cada término de búsqueda,

cuántos pertenecen a revistas psicoanalíticas y cuántos a otro tipo de publicaciones, ya sean revistas, libros u otros.

Tabla 33:

Literatura científica psicoanalítica y su medio de publicación

Parafilias (en revistas psicoanalíticas)	Parafilias (en otras publicaciones)	Total
0	4	4
Perversión (en revistas psicoanalíticas)	Perversión (en otras publicaciones)	
67	48	151
Perversiones (en revistas psicoanalíticas)	Perversiones (en otras publicaciones)	
33	22	55
100	74	213

Por tanto, existen un 34,74% de publicaciones relacionadas con la perspectiva psicodinámica que no se encuentran en revistas de psicoanálisis.

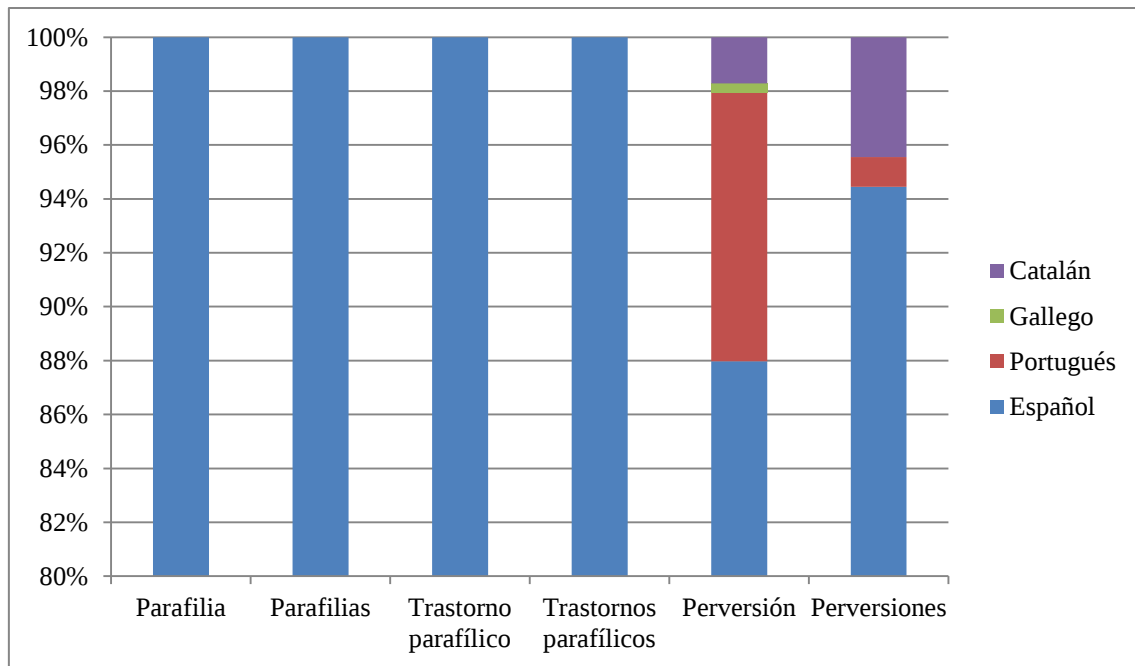
OTROS ÍNDICES BIBLIOMÉTRICOS.

Entre otros índices bibliométricos de menor importancia se encuentra el idioma de la publicación, destacando obviamente la lengua española (91,23 %), tal como puede observarse en la Tabla 34 y en las Figura 26.

Tabla 34:

Idiomas de las publicaciones según el término empleado

	Español	Portugués	Gallego	Catalán	Total
Parafilia	14	0	0	0	14
Parafilias	49	0	0	0	49
Trastorno parafilico	3	0	0	0	3
Trastornos parafilicos	9	0	0	0	9
Perversión	256	29	1	5	291
Perversiones	85	1	0	4	90
Total	416	30	1	9	46

**Figura 26:**

Idiomas de las publicaciones según el término empleado

Se ha indagado también acerca del tipo de publicaciones, siendo gran parte artículos, el 94,30 % exactamente, tal como puede apreciarse en la Tabla 35 y en la Figura 27.

Tabla 35:

Tipos de publicaciones según el término empleado

	Artículos	Libros	Actas de congreso	Total
Parafilia	14	0	0	14
Parafilias	42	7	0	49
Trastorno parafilico	3	0	0	3
Trastornos parafilicos	9	0	0	9
Perversión	281	5	5	291
Perversiones	81	7	2	90
Total	430	19	7	456

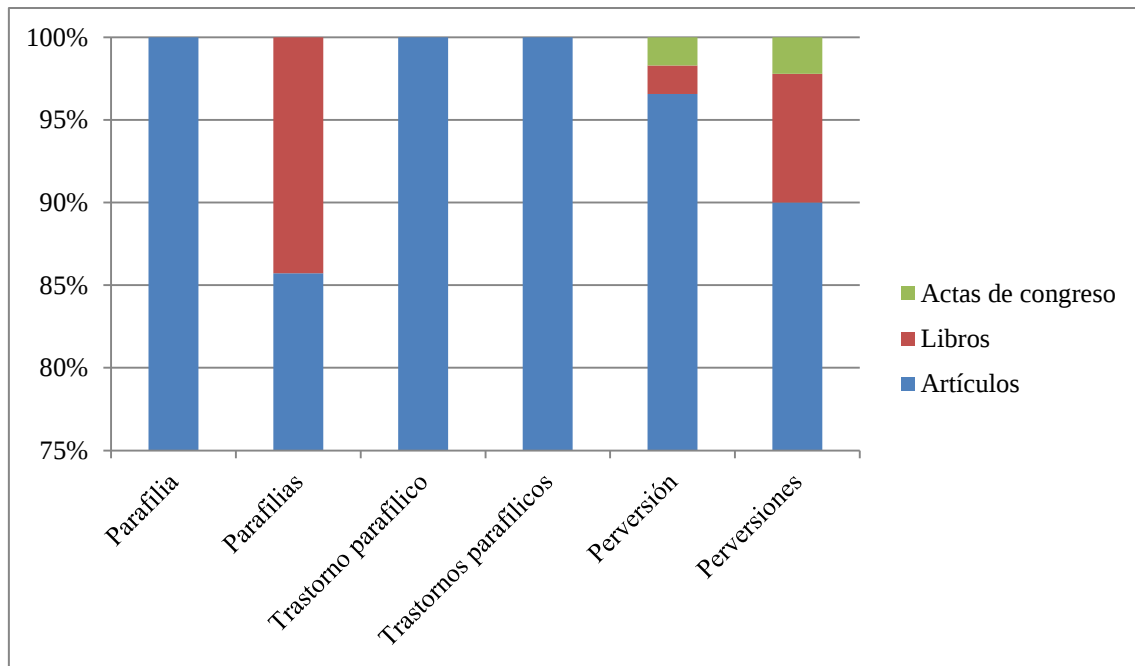


Figura 27:
Tipos de publicaciones según el término empleado

CONCLUSIONES.

En general los resultados son bastantes dispares según se empleen los términos en singular o en plural.

Existe poca literatura científica sobre parafilias y trastornos parafílicos frente a literatura científica sobre la perversión, y la enorme mayoría de las publicaciones acerca de esta temática proceden de fuentes psicodinámicas y se hallan en revistas de psicoanálisis, si bien de bajo índice de impacto.

El concepto de trastorno parafílico, en sus formas singular y plural, apenas son empleadas en los bases de datos, pudiendo concluir que dicha etiqueta diagnóstica introducida por la última versión del DSM no se ha extendido hasta la fecha actual por la comunidad científica.

La base de datos de tesis doctorales no arrojó resultados con ninguna de las palabras clave. Por tanto, el presente trabajo de investigación es una tesis doctoral pionera en España sobre el tema de la perversión.

COMPARATIVA ENTRE AMBOS ESTUDIOS BIBLIOMÉTRICOS.

Varias son las conclusiones a las que se puede llegar comparando la literatura científica acerca de la perversión, la parafilia y el trastorno parafilico recogida en las bases de datos internacionales frente a las bases de datos españolas:

En primer lugar, existen resultados mucho más tempranos en el tiempo en las bases de datos internacionales.

En segundo lugar, las publicaciones de las bases de datos internacionales tienen por lo general mayor impacto que las publicaciones de las bases de datos españolas.

En tercer lugar, algunas de las bases de datos internacionales ofrecen su propio tesoro; las bases españolas no.

Por último, existe mucha más literatura científica en lengua inglesa que en lengua española, si bien las bases de datos españolas proporcionan muchos resultados no incluidas en las bases de datos internacionales.

CAPÍTULO I: EL EROTISMO.

1.1. EROTISMO Y MUERTE.

A diferencia del resto de especies animales, el hombre tiene conciencia de su propia muerte. La finitud cae sobre nosotros como una losa pesada de pavor, incertidumbre e indefensión, pero también nos despierta de nuestra ceguera y nos posibilita una visión más plena y enriquecida de la vida. Salimos de la indiferencia para aprehender y construir significados, para traspasar el letargo. Le decimos que no al movimiento de la Naturaleza en busca de algo más. Ser conocedores de nuestra temporalidad cambia necesariamente nuestra posición frente al mundo, frente a nosotros mismos, y también frente a nuestra sexualidad.

No es menos cierto que el animal, el mono cuya sensualidad a veces se exaspera, ignora el erotismo. Lo ignora en la medida en que le falta el conocimiento de la muerte. Contrariamente, es a causa de que somos humanos y de que vivimos en la sombría perspectiva de la muerte, que conocemos la violencia exasperada, la violencia desesperada del erotismo. (Bataille, 1970, p. 22)

Surge así el erotismo, aquello que nos separa de la animalidad y que a su vez nos conecta con nuestra naturaleza instintiva, porque la sexualidad humana no elimina la sexualidad animal, sino que partiendo de ella y conservándola en sí, la supera. “La sexualidad humana está construida en la sexualidad animal, y, por consiguiente, a pesar de todas las distinciones que pueden señalarse, en el fondo siempre hay el hacer de los animales que construyen el retorno del desenfreno sexual” (Ibíd., p. 9)

El erotismo no nos viene dado de fuera; debe ser reconocido por un sujeto, vivenciado como experiencia interior. “*El erotismo es lo que en la conciencia del hombre pone en cuestión al ser*” (Ibíd., 2013, p. 33). En esta línea, Nietzsche (1895) afirma que el sexo es una trampa de la naturaleza para no extinguirse. Escapamos así, mediante el erotismo, de los límites genéticos y jugamos más allá, donde existe cierta libertad de elección, de comportamiento, de placer. El fin último no es ya la procreación, sino la voluptuosidad, pues cuando se cruza la frontera de la biología ya no

estamos bajo el amparo del equilibrio natural, sino que nos encontramos necesariamente en el terreno del desorden y los excesos.

Erotismo y muerte van por tanto de la mano. “El erotismo surge de la dialéctica entre lo continuo (ser) y lo discontinuo (el sujeto) que experimenta el deseo de continuidad (que no puede sino ser deseo de muerte)” (Bataille, 1970, p. 10). El ser humano, ante la conciencia de su propia finitud, se enfrenta con la soledad y la fragilidad de su existencia particular. Para combatir esta angustia se arroja en la búsqueda tormentosa de la plenitud, solo posible mediante la fusión con una totalidad, es decir, con la destrucción del sujeto. Y es que lo que está en juego en el erotismo es siempre una disolución de las formas constituidas; a través del erotismo los seres pasan de la discontinuidad a la continuidad mediante la obscenidad.

Ese abismo es profundo; no veo qué medio existiría para suprimirlo. Lo único que podemos hacer es sentir en común el vértigo del abismo. Puede fascinarnos. Ese abismo es, en cierto sentido, la muerte, y la muerte es vertiginosa, es fascinante. (...) para nosotros, que somos seres discontinuos, la muerte tiene el sentido de la continuidad del ser. (Ibíd., 2013, p. 17)

Pensemos en la unión de los amantes en busca de esa “pequeña muerte” que es el orgasmo, de fundir sus individualidades en un todo indivisible. Se despojan de las ropas y entregan sus cuerpos desnudos a la marea sexual, donde el yo se pierde y se abandona en el fondo del océano carnal.

El erotismo de los cuerpos consiste "en una violación del ser de los participantes": se trata de un movimiento donde la desunión de los cuerpos busca, mediante una desesperada unión, la continuidad del ser; busca, más allá de lo propio, del sí mismo, encontrar ese bloque originario indiviso que no puede ser logrado (porque sería morir: y morir es ya no lograrlo nunca) pero que nos brinda, en el límite, "en el punto donde se desfallece, su imagen, su presencia-ausente : la "pequeña muerte". (Ibíd., 1970, p. 10)

O la pasión amorosa que es el impulso hacia la unión imposible con la persona amada, esa desesperación por el otro que roza la locura y la muerte. En el encuentro con el otro la feliz e ilusoria continuidad va siempre precedida y orquestada por la mayor de las angustias; pasión y sufrimiento se confunden, pues la fusión completa nunca se produce y la posible pérdida del objeto amado se nos aparece como amenaza de muerte.

Esencialmente, el amor eleva el gusto de un ser por otro a un grado de tensión en que la privación eventual de la posesión del otro (o la pérdida de su amor) no se resiente menos duramente que una amenaza de muerte. Así, su fundamento es el deseo de vivir en la angustia, en presencia de un objeto de valor tan grande que el corazón le falla a quien teme su pérdida. La fiebre sensual no es el deseo de morir. Asimismo, el amor no es el deseo de perder, sino el de vivir con el miedo de la posible pérdida, manteniendo el ser amado al amante al borde del desfallecimiento: solo a este precio podremos sentir ante el ser amado la violencia del arrobamiento. (Ibíd., 2013, pp. 246-247)

Este ansioso anhelo de fusión se fundamenta en aquella primera unión que vivenciamos y de la cual conservamos dolorosamente su fragancia a continuidad y máxima dicha: la díada madre e hijo de la cual nos habla el psicoanálisis y que trataremos más adelante, una simbiosis que forzosamente hay que romper para no caer precisamente en la muerte psíquica y la desaparición del sujeto.

De esta suerte, la violencia sexual y la violencia de la muerte se confunden, porque el impulso de amor, llevado hasta el extremo, es un impulso de muerte. Ambos son excesos y pertenecen al universo sádico, ambos desconciertan y sobrecogen el corazón humano. “La pasión nos susurra al oído: si poseyeras realmente al ser amado, tu corazón estrangulado por la soledad formaría un solo corazón con él o ella. La pasión insinúa el asesinato, el suicidio, la muerte” (Baigorria, 2003, p. 25).

No obstante, a pesar de bailar como funambulistas sobre la frontera entre la vida y la muerte, no es la muerte lo que se busca con tanta pasión, sino vivir más intensamente en el límite de morir.

Este deseo de zozobrar, que embarga íntimamente a cualquier ser humano, difiere no obstante del deseo de morir por su ambigüedad: es sin duda deseo de morir, pero, al mismo tiempo, es deseo de vivir, en los límites de lo posible y de lo imposible, con una intensidad cada vez mayor. Es el deseo de vivir dejando de vivir o de morir sin dejar de vivir, el deseo de un estado extremo (...). (Bataille, 2013, p. 245)

En el erotismo la vida discontinua no está condenada a desaparecer, tal como defiende Sade, sino que es puesta en entredicho, turbada, arrancada de toda tranquilidad y certeza. Empuja al hombre a hacerse preguntas acerca del ser, la nada, la discontinuidad de la existencia, la continuidad de la muerte.

Así pues, el erotismo corresponde a la práctica sexual del hombre cuando deja de ser rudimentaria para apelar a la experiencia interior del deseo, a la libertad y a lo sagrado, cuando abre un interrogante y posibilita que el ser se cuestione a sí mismo, porque el ser no tiene presencia real en nosotros más que sublevado, “hasta el punto de que puede decirse que sin prohibición no habría erotismo” (Ibíd., 1970, p. 9).

1.2. EROTISMO Y BELLEZA.

Todo objeto del erotismo posee un fondo común: la belleza. El deseo persigue la belleza, corretea como un niño emocionado tras un juguete bonito, y el juguete lo sabe. El objeto muestra al deseo su belleza y la belleza destaca su valor.

Las personas somos también posibles objetos de deseo, y como tales nos preocupa ensalzar la belleza de nuestro físico. Salvando las distancias entre las preferencias de los diferentes momentos y lugares, los diversos ideales de belleza no difieren demasiado entre ellos. Se trata siempre de alejar de la animalidad la imagen del cuerpo humano. Para ello el hombre ha ingeniado las más variadas y sutiles técnicas para desviar el cuerpo del cauce natural y moldearse bajo el canon establecido.

La belleza humana siempre exige alguna forma de mutilación. Se cubren algunas zonas y se descubren otras, se afeitan los pelos en algunos lugares y se dejan en otros. Siempre hay algo para ocultar, extirpar o arrancar. Uñas, vello, labios, pechos, cintura, pies y

manos se ponen al servicio de instrumentos de disciplina: tijeras, hojas de acero, sujetadores, fajas, tacones, miriñaques, calzados de ajuste para impedir el crecimiento de los pies, como en la antigua China. Es inútil buscar ‘naturaleza’ alguna en el ideal de la belleza: solo una lógica que va moldeando la realidad corporal para manejar las aproximaciones y fugas del deseo. (Baigorria, 2003, p. 102)

Por otro lado, este cuerpo explotado y castigado para suscitar el deseo en los demás busca potenciar aún más su hermosura y atractivo cubriéndose de ropas que ocultan y anuncian su anhelada desnudez. Es el júbilo del amante ir destapando centímetro a centímetro la piel de la compañera mas, paradójicamente, tras los vestidos son aquellas zonas recorridas por el vello, aquellas que son más animales, las más deseadas de todas. “La belleza de la mujer deseable anuncia sus vergüenzas; justamente, sus partes pilosas, sus partes animales. El instinto inscribe en nosotros el deseo de esas partes” (Bataille, 2013, p. 149).

Más aún, cuando al fin el cuerpo se ha quedado expuesto puede desnudarse todavía más y mostrar sus secretos, pues posee varias aperturas que son promesas de placer y exceso. Y ante estos agujeros húmedos y oscuros buscamos ya no humanidad, sino bestialidad, porque el acto sexual nos conecta con la animalidad y con la fealdad. La belleza humana introduce de esta forma la oposición entre la humanidad más pura y la animalidad repelente de los órganos sexuales. Es el momento de ensuciar lo hermoso, del deleite de la profanación, porque “profanar la belleza es imprimir con violencia el rastro de un cruce bestial” (Baigorria, 2003, p. 102).

De lo que se trata es de profanar esa cara, su belleza. De profanarla primero revelando las partes secretas de una mujer; y luego colocando ahí el órgano viril. Nadie duda de la fealdad del acto sexual. (...) Que situaciones y costumbres varíen según los gustos, no puede hacer que, de manera general, la belleza (la humanidad) de una mujer no concurra a hacer sensible (y chocante) la animalidad del acto sexual. Nada más deprimente, para un hombre, que la fealdad de una mujer, sobre la cual la fealdad de los órganos o del acto no se destaca. La belleza es importante en primer lugar por el hecho de que la fealdad no puede ser mancillada, y que la esencia del erotismo es la fealdad. La humanidad significativa de la prohibición es transgredida en el erotismo. Es transgredida, profanada,

mancillada. Cuanto mayor es la belleza, más profunda es la mancha. (Bataille, 2013, p. 151)

1.3. EROTISMO Y SACRALIDAD.

Siendo el erotismo una experiencia subjetiva no puede ser estudiado como un objeto exterior al hombre, como si de una cobaya en un laboratorio se tratase. Solo puede ser comprendido desde dentro, al igual que la religión. Afirma Jung (2010) que el instinto erótico pertenece a la naturaleza original del hombre; está relacionado con la más alta forma de espíritu.

El erotismo es sagrado, pero no en el sentido de la búsqueda de Dios, sino como el anhelo de un ser más allá del mundo inmediato y finito, el deseo de romper con la soledad del ser aislado para alcanzar el sentimiento de totalidad. En definitiva, el erotismo es abrir el cuerpo a lo infinito, es el movimiento que fluye de la discontinuidad a la continuidad del ser.

Y la continuidad del ser no es otra que la muerte, aquella que pone fin a la existencia de los seres individuales, aquella que disuelve todos los seres en las aguas de la eternidad.

Lo que despierta el sentimiento de lo sagrado es el horror. (...) Lo que más horror nos da es la muerte; y en el sentimiento de lo sagrado, la existencia es vecina de la muerte, como si dentro de un sueño, el contenido de un ataúd nos arrastrara hacia él. (Bataille, citado en Baigorria, 2003, p. 108)

El erotismo es por tanto criminal porque “el terreno del erotismo es esencialmente el terreno de la violencia, de la violación” (Bataille, 2013, p. 21). Por ello es también ambivalente: reúne vida y muerte bajo la misma experiencia y ser consciente de ello perturba terriblemente al ser humano.

El erotismo, que es afirmación de la vida incluso dentro del dolor, la agonía y el suplicio, se vincula directamente con el éxtasis sacro: encontrar goce en el horror, belleza hasta en la muerte.

No obstante, la coincidencia o unión de los opuestos, que podría ser fuente de dicha o alegría, en principio nos angustia. Exalta, pero también aterroriza. Dice Bataille: la angustia sobreviene al advertir esas coincidencias. (Baigorria, 2002, p. 109)

Pulsión de vida y pulsión de muerte necesitan el uno del otro como la noche y el día o el cielo y el infierno; es la dialéctica de la existencia humana. Como asumir todas las consecuencias de este vínculo irrompible empujaría al alma hacia unos niveles de angustia insoportables, el hombre se escuda tras corazas y murallas (represión, denegación y forclusión) en un intento de contener la locura y no caer en la perversión.

Los peligros de la transgresión, no obstante, son evidentes. Siempre que el deseo escapa de su curso regular se somete a dos riesgos inevitables. Uno, el de la locura, desde luego, ese paso de más que descarrila el deseo hasta quebrantar la identidad en el exceso pulsional. (...) Sin embargo, no todos los peligros corren del lado de más allá. (...) De este lado encontramos el riesgo de la perversión, entendida ahora como forma degradada e inmoral de lo transgresivo. (Colina, 2006, pp. 116-117)

1.4. DESEO Y FALTA.

No se puede hablar de erotismo sin hablar de deseo, esa fuerza interna que nos impulsa a aprehender, a superar, a construir, a buscar al otro,... Esa fuerza que no es posible sin la ausencia, pues es ante la falta cuando surge el deseo de colmarla. Ya lo decía Freud (1914): para que el deseo sea posible el sujeto ha de asumir su propia castración simbólica o, en otras palabras, dejar de ser “su majestad el niño” y aceptar la herida narcisista, respondiendo a la lógica “se pierde algo para así poder ganar otra cosa”. Solo así, con su finitud, sus agujeros y sus límites el ser humano saldrá del ensimismamiento y se entregará a la cultura y al otro. Si por el contrario se acomoda en su trono de omnipotencia quedará atrapado en ese plus de goce mortal.

Lo que está al acecho por debajo de esa actitud narcisista es, sin embargo, la pulsión de muerte freudiana, una especie de tenacidad “que no muere” ya denunciada por Kant como un exceso violento que está ausente en los animales, que es la razón de que solo los humanos necesiten ser educados por medio de la disciplina. La Ley simbólica no domestica y regula la naturaleza, sino que, precisamente, se aplica ella misma a un exceso innatural. (Žižek, 2006, p. 106)

Por supuesto, esta falta es incolmable, primero porque el objeto perdido está perdido para siempre (la ilusión de completud con la imagen materna), y segundo porque la satisfacción del deseo conllevaría la muerte del sujeto. Colmar el deseo es lo mismo que agotar el deseo puesto que ya no habría sueños que cumplir ni metas que perseguir: es el estado de la plenitud donde no cabe absolutamente nada.

Los deseos nunca son enteramente satisfechos, y mediante este fiasco inevitable, que representa una muerte pasajera y temporal, el deseo testimonia su eterna juventud y nutre su vitalidad. Triunfa porque cuando pierde salva al mismo tiempo su sucesión y evita capitular. (Colina, 2006, pp. 14-15)

Así, el deseo fluye como una montaña rusa, con fuertes subidas y descensos abruptos para volver a renacer, crecer y de nuevo desilusionarse y morir. Se trata de una fuerza pulsional que salta vertiginosamente de objeto en objeto condenada eternamente a la frustración, mas también a vivir, pues si bien el deseo empuja siempre hacia adelante, también sabe cambiar de rumbo a tiempo si se encuentra cara a cara con la muerte. Pero mientras la amenaza no aparezca más que como un mero aviso, el deseo seguirá coqueteando con el abismo en busca de una cada vez mayor excitación y entretenimiento.

Queremos acceder al *más allá* sin tomar una decisión, manteniéndonos prudentemente *más acá*. No podemos concebir nada, imaginar nada, como no sea en los límites de nuestra vida, más allá de los cuales nos parece que todo se borra. Más allá de la muerte, en efecto, comienza lo inconcebible, que de ordinario no tenemos el valor de afrontar. Y,

sin embargo, lo inconcebible es la expresión de nuestra impotencia. Lo sabemos, la muerte no borra nada, deja intacta la totalidad del ser, pero no podemos concebir la continuidad del ser en su conjunto a partir de nuestra muerte, a partir de lo que muere en nosotros. De ese ser que muere en nosotros, no aceptamos sus límites. Esos límites queremos franquearlos a cualquier precio, pero al mismo tiempo habríamos querido excederlos y mantenerlos. (Bataille, 2013, p. 147)

En efecto, es en esa fina línea que separa vida y muerte donde encontramos los más altos placeres, donde nos encontramos con nuestro ser.

Y puesto que, en la muerte, al mismo tiempo que el ser nos es dado, nos es quitado, debemos buscarlo en el sentimiento de la muerte, en esos trances intolerables en los que nos parece que morimos, porque el ser ya no está en nosotros más que como exceso, cuando coinciden la plenitud del horror y la del gozo. (Ibíd., p. 274)

Sobre esta cuestión Sade era buen conocedor ya que bajo su doctrina del egoísmo íntegro el placer y la muerte se entremezclan hasta formar un amasijo de lo más siniestro.

Sade dedicó interminables obras a la afirmación de valores inaceptables: la vida, según él, era la búsqueda del placer, y el placer era proporcional a la destrucción de la vida. Es decir, que la vida alcanzaba su más alto grado de intensidad en una monstruosa negación de su principio. (Ibíd., p. 186)

A una distancia prudente el fuego calienta, pero si nos adentramos en las llamas nos quemaremos. Asimismo, no pudiendo alcanzar jamás nuestro objeto de deseo porque supondría nuestro fin, jugamos a estirar la goma lo máximo posible y disfrutamos del amargo deleite de la fantasía, de colocarnos al borde del vacío y sonreír, pues fuera de estos contornos la vida resulta a menudo tediosa y sin sabor.

¡Qué dulce es quedarse en el deseo de exceder, sin llegar hasta el extremo, sin dar el paso! ¡Qué dulce es quedarse largamente ante el objeto de ese deseo, manteniéndonos en vida en el deseo, en lugar de morir yendo hasta el extremo, cediendo al exceso de violencia del deseo. (Ibíd., p. 147)

Así pues, la constante decepción que nos brinda el deseo no parece tan mala compañera de viaje cuando se la compara con su alternativa, y es que si nos dejáramos llevar por nuestras pulsiones acabaríamos consumiéndonos por nuestra exuberante sexualidad y sangrienta agresividad, antípoda la una de la otra pero a la vez inseparables.

La sexualidad y la muerte solo son los momentos agudos de una fiesta que la naturaleza celebra con la inagotable multitud de los seres; y ahí sexualidad y muerte tienen el sentido del ilimitado despilfarro al que procede la naturaleza, en un sentido contrario al deseo de durar propio de cada ser. (Ibíd., p. 65)

Es así porque placer y dolor, goce y horror, son fácilmente confundidos. Se argumentará en el capítulo V de este estudio cómo estos pares aparentemente antitéticos pueden conciliarse en las perversiones sádica y masoquista.

Para llegar hasta el final del éxtasis donde nos perdemos en el goce, siempre debemos poner un límite inmediato: el horror. No solo el dolor de los demás o el mío propio al acercarme al momento en que el horror se apoderará de mí puede hacerme alcanzar un estado gozoso rayano en el delirio, sino que no hay forma de repugnancia en la cual no pueda discernir afinidad con el deseo. No es que el horror se confunda alguna vez con la atracción, pero si no puede inhibirla o destruirla, el horror refuerza la atracción. El peligro paraliza, pero al ser menos fuerte puede excitar el deseo. Solo alcanzamos el éxtasis en la perspectiva, aun lejana, de la muerte, de lo que nos destruye. (Ibíd., p. 273)

En suma, el deseo y la insatisfacción se entrelazan para toda la eternidad en beneficio de la vida. No resulta extraño, entonces, que la propia cultura ponga frenos a sus pasiones, siempre bajo la intuición de que el recto camino de la virtud no es para nada el más divertido.

1.5. PROHIBICIÓN Y TRANSGRESIÓN.

El ser humano no acepta la naturaleza tal cual. Modifica a conveniencia el mundo exterior y se educa a sí mismo enjaulando a su animal interior. La sociedad se funda así sobre sus prohibiciones, sin las cuales las energías individuales se desbordarían y harían insostenible la convivencia de los unos con los otros y consigo mismos. Así pues, le ponemos cadenas a nuestros impulsos y nos vestimos de moderación. De esta necesidad de orden nace el trabajo, tarea organizada mediante la cual renunciamos a la satisfacción inmediata a cambio de un placer tímido y postergado.

El animal humano transforma el principio de placer en principio de realidad: puede distinguir entre satisfacción inmediata y retardada, entre el goce y su restricción, entre el trabajo y el juego. La razón promete un beneficio ulterior a cambio de la renuncia al placer sin límites. Uno podría ceder al arrebato natural, a la tentación de saciar *ya* sus deseos, al goce impetuoso de los sentidos. Pero no lo hace. Se trata de una autorrenuncia; si bien, desde que el hombre vive en sociedad, es ante todo una restricción colectiva: la comunidad asume la paradoja de restringir y coartar la vida para que la vida no cese. (Baigorria, 2003, p. 29)

Si bien la instauración del trabajo posibilitó la convivencia entre los seres humanos, también nos condenó a la ignorancia de una parte de nosotros mismos al dejar excluida de la vida social la sexualidad y la muerte, ambas grandes perturbaciones para el mundo laboral, pero finalmente realidades ineludibles de la existencia humana sin las cuales la vida no tendría sentido.

En la medida en que el hombre se definió mediante el trabajo y la conciencia, tuvo no solo que moderar, sino que ignorar y a veces maldecir en sí el exceso sexual. En un sentido, este desconocimiento ha apartado al hombre, si no de la conciencia de los objetos, al menos de la conciencia de sí mismo. Lo ha encaminado al mismo tiempo hacia el conocimiento del mundo y hacia la ignorancia de sí. Pero si trabajando no se hubiera vuelto primero consciente, no habría en absoluto conocimiento: estaríamos aún en la noche animal. (Bataille, 2013, p. 167)

En efecto, todos los individuos inmersos en la misma cultura se sacrifican por el bien común y renuncian a una parte de sí para estar en consonancia con los demás. Dicha situación conlleva cierta paradoja: lo vetado es también lo más deseado por la humanidad; si no fuera así no habría necesidad de dictar prohibición alguna. Mandatos como “no matarás” o “no cometerás adulterio” se alzan como lápidas aplastando nuestras fuerzas de agresión y de lujuria, socialmente inaceptables y vergonzosas. Tenemos como ejemplo sublime el mito bíblico del pecado original, donde sexualidad, prohibición y muerte van unidas. La paradoja incluso va más allá: en numerosas ocasiones algo no es siquiera mirado de soslayo hasta que la prohibición se abalanza contra él. Ciertamente, también queremos lo que no podemos tener. Una vez más, sin la rebelión el ser no sería posible.

Por todo esto es evidente que la transgresión de la norma no solo conduce a la culpa, sino también al placer. Angustia y goce se presentan irremediabilmente ligados para la instauración de los límites y la posibilidad de jugar con ellos.

Pero experimentamos, en el momento de la transgresión, la angustia sin la cual no existiría lo prohibido: es la experiencia del pecado. La experiencia conduce a la transgresión acabada, a la transgresión lograda que, manteniendo lo prohibido como tal, lo mantiene *para gozar de él*. *La experiencia interior del erotismo requiere de quien la realiza una sensibilidad no menor a la angustia que funda lo prohibido, que al deseo que lleva a infringir la prohibición*. Esta es la sensibilidad *religiosa*, que vincula siempre estrechamente el deseo con el pavor, el placer intenso con la angustia. (Ibíd., p. 43)

El terreno del erotismo es precisamente el de la transgresión de la prohibición, y precisamente por ello la satisfacción del deseo no es siempre de nuestro interés. Recordemos que al deseo le gusta fluir en la penumbra; a la luz los hechos pierden su encanto.

La prohibición da un sentido que en sí misma la acción prohibida no tenía. Lo prohibido compromete en la transgresión, sin la cual la acción no tendría el resplandor de maldad que seduce... Es la transgresión de lo prohibido la que hechiza... (Ibíd., 1970, p. 47)

Por tanto, aunque pongamos un pie más allá del borde la interdicción no cae ni tampoco queremos que lo haga, puesto que “la transgresión no es la negación de lo prohibido, sino que lo supera y lo completa” (Ibíd., 2013, p. 67). Anunciar una restricción es a su vez una llamada a quebrantarla. El tabú ha de sobrevivir para que el goce no desfallezca.

Una vez derribado el obstáculo, la prohibición escarnecida sobrevive a la transgresión. El más sangriento de los homicidas no puede ignorar la maldición que recae sobre él. Pues esa maldición es la condición de su gloria. Las transgresiones, aun multiplicadas, no pueden acabar con la prohibición, *como si la prohibición fuera únicamente el medio de hacer caer una gloriosa maldición sobre lo rechazado por ella.*

Esta última frase contiene una verdad primera: la prohibición, fundamentada en el pavor, no nos propone solamente que la observemos. Nunca falta su contrapartida. Derribar una barrera es en sí mismo algo atractivo; la acción prohibida toma un sentido que no tenía antes de que un terror, que nos aleja de ella, la envolviese en una aureola de gloria. “Nada contiene al libertinaje”, escribe Sade, “(...) y la manera verdadera de extender y de multiplicar los deseos propios es querer imponerles limitaciones.” Nada contiene al libertinaje... o, mejor, en general, no hay nada que reduzca la violencia. (Ibíd., p. 52)

La prohibición del incesto es tal vez el mayor de los tabúes jamás impuesto por el hombre, el primer testimonio de la relación básica entre el hombre y la negación de su sexualidad animal. Ha tenido diversas expresiones y condiciones según la época y el

lugar, pero ha existido desde que el ser humano puede denominarse como tal y lo acompañará hasta el fin de sus días.

De cualquier modo, siempre se trata de oponer al desorden animal el principio de la humanidad cabal: a ésta le ocurre un poco lo que a la dama inglesa de la época victoriana, que simulaba creer que la carne y la animalidad no existían. La plena humanidad social excluye radicalmente el desorden de los sentidos; niega su principio natural, rechaza lo dado y solo admite el espacio de una casa ordenada, arreglada, a través de la cual se desplazan respetables personas, al mismo tiempo ingenuas e inviolables, tiernas e inaccesibles. En este símil no solo se da el límite que establece la reserva de la madre respecto al hijo o de la hija respecto al padre: es generalmente la imagen (o el santuario), de esta humanidad asexuada, la que levanta sus valores fuera del alcance de la violencia y de la inmundicia de las pasiones. (Ibíd., p. 224)

En el siguiente capítulo se mostrará cómo Sade no solo osa quebrantar el tabú del incesto en la práctica, sino que también razona lo absurdo de su existencia y mantenimiento. En realidad el marqués pretende rescatar de entre las rejas toda pasión condenada socialmente.

Así pues, a pesar de ser seres racionales, sobrevive en nosotros un fondo de violencia que solo puede ser reducido parcialmente, que no es otra que la tentación imperecedera de violar la ley.

El deseo, por su propia lógica interna y su impulso natural, tiende a desbordarse. En principio, el deseo necesita el control de la ley para legitimarse como deseo verdadero y no como simple impulso pulsional, pero, además, si quiere mostrarse como deseo genuino necesita transgredir y escapar del camino preestablecido. Un deseo siempre obediente, que no trasciende los límites que se le imponen, pierde su condición sustancial. El deseo no puede domesticarse enteramente, siempre necesita del goce y la infracción para asomarse a la pulsión de cuando en cuando. (Colina, 2006, p. 114)

Tanto si lo que está en cuestión es la sexualidad como si lo es la muerte, lo que está siempre en el punto de mira de la prohibición es la violencia, la violencia que atemoriza, pero que también fascina.

Resulta obvio que el erotismo se relacione a menudo con la idea del mal pues, al contrario que el trabajo, no produce, gasta. Pero es que el erotismo apela a la sinrazón, es exceso y anhelo de traspasar los límites, y los traspasará siempre que los vacíos legales de la sociedad se lo permitan.

Sin embargo, ni el trabajo nos absorbe íntegramente ni la razón es siempre obedecida. Aun en medio de nuestras actividades más racionales, siempre hay un *afuera* de la razón, que está al acecho, en las sombras, plantado como una amenaza, aprovechando cada grieta del orden social para irrumpir con toda su voluntad de desorden. (Baigorria, 2003, p. 29)

El monstruo espera ansioso para salir corriendo de la jaula a la mínima oportunidad. “En la guerra hemos podido comprobar cuán tenue es la capa de civilización que recubre al hombre primitivo, cuán grande es la crueldad humana, cómo se desahoga en cuanto se presenta la menor ocasión” (Stekel, 1954, p. 826).

De hecho, el ser humano ha inventado, en todos los tiempos y lugares, excepciones donde las líneas se difuminan, un tiempo de ocio que se contrapone al tiempo de trabajo, un juego contrario al principio de conservación donde el gasto se impone. Curiosamente, hasta la transgresión está regulada por el cuerpo social; parece que nada escapa de su atenta mirada. Muestra de ello es la guerra, paréntesis temporal donde la aniquilación es permitida e incluso exigida o, dentro del ámbito que nos concierne ahora mismo, las orgías dionisiacas o la prostitución ritual, donde el tabú sexual se viola “religiosamente”. Y es que rechazar la violencia del impulso natural no significa romper del todo con nuestra animalidad, sino acordar un pacto con nuestras bestias.

Con el movimiento de las prohibiciones, el hombre se separaba del animal. Intentaba huir del juego excesivo de la muerte y de la reproducción (esto es, de la violencia), en cuyo poder el animal está sin reservas.

Ahora bien, con el movimiento segundo de la transgresión, el hombre se acercó al animal. Vio en el animal lo que escapa a la regla de la prohibición, lo que permanece abierto a la violencia (esto es, al exceso), que rige el mundo de la muerte y de la reproducción. (Bataille, 2013, p. 88)

Por tanto, el mal no es la transgresión en sí, sino la transgresión condenada: el pecado. Lo demás está permitido. Podemos aflojar los grilletes, pero con el suficiente cuidado de no perder de vista al monstruo, o se escapará. En este punto se vuelve comprensible la necesidad de definir ya no solo las normas, sino también las condiciones de su transgresión.

A menudo, en sí misma, la transgresión de lo prohibido no está menos sujeta a reglas que la prohibición. No se trata de libertad. *En tal momento y hasta ese punto*, esto es posible: éste es el sentido de la transgresión. Ahora bien, una primera licencia puede desencadenar el impulso ilimitado a la violencia. No se han levantado simplemente las barreras; incluso puede ser necesario, en el momento de la transgresión, afirmar su solidez. En la transgresión se suele poner un cuidado máximo en seguir las reglas; pues es más difícil limitar un tumulto una vez comenzado. (Ibíd., pp. 69-70)

De manera tal que la ley no se establece y mucho menos se cumple de forma rigurosa. Aparte de los paréntesis acordados, las expresiones moderadas son toleradas mientras tengan lugar en el espacio de la intimidad y el secreto pero, de modo hipócrita, todo exceso fuera de estos márgenes cae bajo la lápida de la perversión.

CAPÍTULO II: EL PENSAMIENTO DE SADE.

2.1. UN DISCURSO RACIONAL DE LO IRRACIONAL.

En apariencia el discurso de Sade es extremadamente racional, propio de un personaje de la Ilustración. Analiza y argumenta escrupulosamente bajo la luz de la evidencia y es frecuente el uso de sistemas de lógica. Vuelve una y otra vez, incansable, sobre los mismos asuntos, para observarlos con mira microscópica desde todos los ángulos posibles, respondiendo y resolviendo toda objeción que aparece. No hay traba en el pensamiento que lo haga titubear ni enigma que ponga fin a su paciencia. Su lenguaje es abundante, pero también directo, conciso y firme.

De Sade a Fourier, lo que se esfuma es el sadismo; de Loyola a Sade, la interlocución divina. Por lo demás, misma escritura: misma voluptuosidad de la clasificación, misma manía rabiosa de recortar (el cuerpo crístico, el cuerpo de la víctima, el alma humana), misma obsesión enumerativa (contar los pecados, los suplicios, las pasiones y hasta los errores en la cuenta), misma práctica de la imagen (de la imitación, del cuadro, de la sesión), misma costura del sistema social, erótico, obsesivo. (Barthes, 1997, p. 9)

No obstante, bajo toda esta intensa racionalización nos encontramos con un trasfondo de lo más irracional. No se sabe con certeza de dónde parte su pensamiento ni hacia dónde va. Es un pensamiento que se reconstruye continuamente, sin inicio ni final. Es el lenguaje de lo real.

Lo que Sade escribe, digo “escribe” y no “describe”, es el fantasma, y por ende escribe lo real, sin realismo. La empresa de Sade consiste en llevar al paroxismo la transgresión del enunciado de las reglas morales, transgresión en el lenguaje mismo. (Bedouelle, 2006, p. 4)

Y es que el marqués no habla del erotismo, sino que lo atrapa, lo razona; y la esencia del erotismo es justamente escurrirse de entre las palabras y aparecer de forma completa única y exclusivamente a través de la actuación en el encuentro entre dos seres.

¿Qué es el erotismo? Nunca es más que un habla, pues las prácticas solo se pueden codificar si se reconocen, es decir, si se hablan; ahora bien, nuestra sociedad nunca enuncia práctica erótica alguna, solo deseos, preámbulos, contextos, sugerencias, sublimaciones ambiguas, de modo que para nosotros, el erotismo solo se puede definir mediante un habla perpetuamente alusiva. En este sentido, Sade no es erótico: ya lo hemos dicho, en él nunca se encuentra “strip-tease” de ningún tipo, que es el apólogo esencial de la erótica moderna. (Barthes, 1997, p. 37)

El lenguaje de Sade es un lenguaje brutalmente real, sin insinuación ni seducción, sin erotismo.

El léxico sexual de Sade (cuando es “crudo”) realiza una proeza lingüística: la de mantenerse en la denotación pura (hazaña habitualmente reservada a los lenguajes algorítmicos de la ciencia); el discurso sadiano parece edificarse sobre una roca originaria que nada puede perforar, empujar, transformar; posee una verdad lexicográfica, las palabras (sexuales) de Sade son tan puras como las palabras del diccionario (...). (Ibíd., p. 156)

Su discurso se encuentra tan cargado de pulsión que no reserva espacio para nadie más; anula al otro del discurso. “Se prefiere inducir y obligar en lugar de seducir. Si la sexualidad de Sade resulta mecánica, además de tiránica, es por disociarse de la seducción, por su ausencia de arte” (Colina, 2006, p. 119).

De esta suerte, su literatura, teatralización de su mente, emana en todo momento cierta incoherencia y confusión. Sus personajes se entregan en nombre de la razón a elaborados desarrollos teóricos que no parecen tener culminación pero sí muchas contradicciones. La incongruencia palpable de su pensamiento se debe quizá a su tentativa de otorgar voz a la violencia cuando la violencia es en sí silenciosa.

Dije que la violencia es muda. Pero el hombre castigado por un motivo que considera injusto no puede aceptar callarse. Guardar silencio sería como aprobar la pena impuesta. En su impotencia, muchos hombres se contentan con un desprecio mezclado de odio. El

marqués de Sade, sublevado en su prisión, tuvo que dejar que en él hablara la rebeldía: habló, lo que la violencia por sí sola no hace. Al rebelarse, tenía que defenderse, o mejor atacar, llevando el combate al terreno del hombre moral, al que pertenece el lenguaje. El lenguaje fundamenta el castigo, pero solo el lenguaje pone en tela de juicio este fundamento. (...) Por esta vía se enfrentaría al universo, a la naturaleza, a cuanto se oponía a la soberanía de sus pasiones. (Bataille, 2013, pp. 196-197)

Llegamos de esta forma a una violencia que tiene la serenidad de la razón, una violencia que procura agotar toda duda e instaurar la convicción a través de una lógica difícilmente aceptable por la sociedad. “No solamente la anarquía de Sade es inconmensurable hasta con las magnitudes astronómicas; su propia concepción del hombre haría estallar la bóveda de todos los templos” (Heine, 1980, p. 17).

Racional o irracional, a través de sus obras el marqués se coloca un paso por delante y consigue enfrentarse a una verdad tan sombría y enloquecedora que apenas nadie se atreve siquiera a rozar. Él avanza allí donde otros nos detenemos frente el vértigo de una nueva libertad de pensamiento que no conoce límites. Mientras otros damos tímidos rodeos y pasos en falso él se sumerge de lleno en el pletórico océano de la perversión.

Hoy, que el humanismo es usado para encubrir la inhumanidad de los hombres, que los derechos del hombre sirven para despreciar el derecho de gentes, que la razón finalmente se agota sin reconocer los monstruos que ha engendrado, ¿no estamos obligados a preguntarnos, mucho tiempo después de Sade, lo que este sigue sosteniendo? (Le Brun, 2008, p. 10)

Él logra hacer consciente lo inconsciente, desterrar la bestia pulsional para integrarla con la tibia razón humana.

Así hay en nosotros una fulguración soberana, que consideramos generalmente como *lo más deseable*, que se oculta a la conciencia clara en que cada cosa nos es dada. De modo que la vida humana está hecha de dos partes heterogéneas que jamás se unen. La primera, sensata, cuyo sentido proporcionan los fines útiles y por ende subordinados: esta parte

es la que se manifiesta a la conciencia. La otra es soberana: si llega la ocasión, se constituye aprovechando un desorden de la primera, y es oscura o, mejor dicho, si es clara, lo es cegándonos; así se oculta, de todos modos, a la conciencia. (Bataille, 2013, p. 199)

De este modo, ante el legado sadiano ya nadie jamás podrá ignorar la maldad latente en todo hombre. Su enseñanza prepara el camino para el entendimiento y la aceptación de los más escandalosos impulsos criminales que existen en el corazón humano.

Quería sublevar la conciencia, hubiera querido también esclarecerla, pero no pudo a un tiempo sublevarla y esclarecerla. Solo hoy entendemos que, sin la crueldad de Sade, no habiéramos alcanzado tan fácilmente este campo antaño inaccesible donde se disimulaban las más penosas verdades. (Ibíd., p. 202)

En efecto, lo que Sade quiere es justamente enfrentar la conciencia con aquello que con tanto fervor oculta, que es, a sus ojos, el más poderoso medio de provocar placer. Pero no nos equivoquemos. Aceptar que existe en nosotros un lado oscuro no significa que debamos de zambullirnos en él, pues “Sade es estupendo para ser leído, no para ser vivido” (Marina, 2005, p. 13). Tal como se expuso en el anterior capítulo, si bien el deseo es transgresor por naturaleza, satisfacer completamente su demanda es firmar una sentencia de muerte.

2.2. EVOLUCIÓN DEL PENSAMIENTO SADIANO.

El pensamiento de Sade va evolucionando a lo largo de un movimiento dialéctico cuyo punto central es siempre el cuestionamiento de toda construcción social, ya sea política, moral, religiosa o de otra índole.

Respecto al poder creador de la humanidad, en un primer momento defiende la idea de un Dios infernal que hace el Mal a la humanidad y que pide la misma moneda de cambio: exige el Mal. El libertino ha de desprenderse del engaño social de la supuesta

virtud para aceptar a Dios con todos sus pecados y a su vez admitirse a sí mismo como vicioso, como obra de ese ser supremo de la maldad.

Si las desdichas que me agobian desde el día de mi nacimiento hasta el de mi muerte prueban su despreocupación hacía mí, puedo muy bien equivocarme acerca de lo que llamo mal. Lo que caracterizo así con respecto a mí es verosímilmente un gran bien para el ser que me puso en el mundo: y si recibo el mal de los demás, gozo del derecho de devolvérselo y de la facilidad de hacerlo el primero: a partir de aquí, el mal es un bien para mí como lo es para el autor de mis días con respecto a mi existencia: soy feliz por el mal que hago a los demás, como Dios es feliz por el que me hace... (Sade, citado en Klossowski, 2005, p. 80)

En un segundo momento, Sade se desengaña y arremete contra la ley divina, entendida como otra invención humana más, la cual atenta contra la única ley válida: la de la Naturaleza. El libertino sadiano representa aquí un estado de espíritu intermedio entre el del hombre social y el del hombre ateo de la Naturaleza. No hay crimen posible porque el crimen es el espíritu de la naturaleza. Ella nos otorga tanto vicios como virtudes, y como criaturas tuyas hemos de hacer uso de los dos.

En consecuencia, no me has prestado ningún servicio con la edificación de tu quimera, has turbado mi espíritu, pero no me has aclarado nada, y, en lugar de reconocimiento, solo te debo rencor. Tu Dios es una máquina que has fabricado para servir a tus pasiones, y la haces funcionar a voluntad. Pero desde el momento en que esa máquina perturba mis pasiones, debes encontrar normal que la haya derribado. Y justamente en el momento en que mi alma débil tiene necesidad de calma y de filosofía, no vengas a espantarla con tus sofismas, que la asustarían sin convencerla y la irritarían sin mejorarla. Amigo mío, mi alma es lo que ha querido la naturaleza que sea, es decir, el producto de órganos que ella se ha complacido en brindarme, conforme a sus designios y necesidades; y como tiene idéntica necesidad de vicios y de virtudes, cuando ha deseado llevarme hacia los primeros, lo ha hecho, cuando ha querido las segundas, me ha inspirado los deseos consiguientes, y me he entregado a ellas sin reparos. En esas leyes de la naturaleza, que responden solo a sus deseos y a sus necesidades, debes buscar la causa única de la inconsecuencia humana. (Sade, 1997, pp. 28-29)

De este modo, Sade se enfrenta a la Naturaleza violenta y destructora de sus creaciones con la misma pasión e ira con que se enfrentó anteriormente a Dios, o incluso más. Le reprocha haberle creado a su imagen y semejanza, convirtiéndolo en un ser totalmente cruel y hostil que disfruta haciéndole el mal a sus semejantes.

(...) ya que el asco a la vida es tal en vuestra alma que no hay un solo hombre que quisiera comenzar de nuevo a vivir, si se lo ofrecieran el día de su muerte... sí, aborrezco la naturaleza: y porque la conozco bien la detesto: enterado de sus horribles secretos, me he replegado sobre mí mismo y he sentido... he experimentado una especie de placer al copiar sus atrocidades. Pues bien, ¿existe un ser más despreciable y odioso que el que me dio la vida solo para hacerme encontrar placer en todo lo que daña a mis semejantes? ¡Y qué! apenas nací... apenas salí de la cuna de ese monstruo, me arrastra a los mismos horrores que los que la deleitan a ella. Aquí ya no se trata de corrupción... es inclinación, es tendencia. Su mano bárbara solo sabe amasar el mal: así que el mal la divierte: ¡y yo debería amar a semejante madre! No, la imitaré, pero detestándola, la copiaré, si así lo quiere, pero solo será maldiciéndola... (Sade, citado en Klossowski, 2005, pp. 85-86)

Por último y como consecuencia de su línea lógica de pensamiento, Sade desvincula al hombre de la Naturaleza. La Naturaleza crea al ser humano con sus propias leyes humanas, y desde ese momento deja de tener control sobre él. En otras palabras, la naturaleza del hombre (naturaleza segunda) es distinta a la Naturaleza original (naturaleza primera), y por tanto las leyes que le son propias al ser humano no le son necesarias a la Naturaleza. Ya puede la humanidad duplicarse o extinguirse que a la Naturaleza le es indiferente, ya que existe independientemente de sus criaturas, existe sin principio ni fin, sin causa ni finalidad. Es más, piensa el marqués que multiplicándose el hombre atenta contra los fenómenos naturales, haciéndole competencia a la Naturaleza y a su poder de creación. Siendo así, destruyéndose a sí mismo la estaría incluso beneficiando y ayudando en sus propósitos.

¿Acaso no nos demuestra hasta qué punto nuestra multiplicación le es un estorbo... cuánto querría destruirla para liberarse? Las calamidades con que nos abrumba incesantemente, las divisiones, las cizañas que siembra entre nosotros... esa inclinación al asesinato que

nos inspira a cada momento, ¿no son acaso una prueba de ello? Las guerras, las hambrunas con que nos aplasta; las pestes que de cuando en cuando desata en el globo a fin de destruirnos; los criminales que nos prodiga, los Alejandro, Tamerlanes, Gengis, esos héroes que asolan la tierra; todo esto, insisto, ¿no es una prueba irrefutable de que todas nuestras leyes son contrarias a las suyas, y de que su única finalidad es destruirlas? Esos crímenes que nuestras leyes castigan con tanto rigor, esos crímenes que suponemos son el mayor ultraje que podamos hacerle, resulta que no solo, como puedes ver, no le hacen ni pueden hacerle daño alguno, sino que son, de algún modo, útiles a sus fines; y esos crímenes que imita tan a menudo, podemos estar seguros de que lo hace solo por deseo de aniquilar totalmente las criaturas que ella impulsa, a fin de poder gozar de esa facultad suya de dar impulso a otras. El mayor criminal de la tierra, el asesino más abominable, el más feroz y bárbaro es apenas un órgano de sus leyes... un móvil de sus voluntades y el agente más confiable de sus caprichos. (Sade, 1997, pp. 151-152)

El pensamiento de Sade desemboca así en un principio básico: el de la liquidación de la especie humana. La idea del hombre cae en el infinito. Es la moral del movimiento perpetuo de la Naturaleza, donde todas las criaturas, incluidos los seres humanos, representan las fases cambiantes de ese movimiento eterno. La muerte y la descomposición de los cuerpos no son más que la puesta en marcha de la circulación de las sustancias necesarias para la incesante llegada al mundo de nuevos seres. La vida es solo un instante, una transición.

Nada nace, nada perece esencialmente, todo es acción y reacción de la materia. Es el subir y bajar incesante de las olas del mar, en cuya masa de aguas no se produce pérdida ni incremento. Es un movimiento perpetuo que ha sido y será siempre, y sin saberlo somos sus principales agentes, debido a nuestros vicios y virtudes. Es una variación infinita: millares de porciones de diferentes materias bajo toda suerte de formas se destruyen y vuelven a aparecer bajo otras formas, para de nuevo perderse y aparecer. (Ibíd., p. 157)

Al final, tras hacer frente a todo poder superior posible, el héroe de Sade se alza como gran vencedor. Destruye al hombre, a Dios y a la Naturaleza para coronar la idea del Mal en estado puro.

El hombre integral, que se afirma completamente, es insensible. Ha comenzado por destruirse él mismo, en tanto que hombre, después en tanto que Dios, después en tanto que naturaleza, y así se ha convertido en el único. Ahora todo lo puede, pues la negación en él ha acabado con todo. (Blanchot, 1990, p. 23)

2.3. DE UNA RELIGIÓN DEL MAL AL ATEÍSMO ÍNTEGRO.

En este examen sadista de las construcciones sociales la religión no iba a ser una excepción.

Acorde a su pensamiento, Sade aborrece a todos aquellos que agachan la cabeza ante un Dios que no existe. Frente los enigmas irresolubles de la Naturaleza el ser humano inventó un ser todopoderoso y omnipotente, origen de todo lo inexplicable. Con esta figura al frente la humanidad pudo calmar su angustia ante lo desconocido y garantizar un mundo ilusorio donde la paz y la justicia terminan siempre por instaurarse sobre los horrores y las penas. Sin embargo, poco a poco de esta comodidad que otorgaba el tener al fin respuesta para todo surgieron también la adoración, la sumisión y finalmente el temor.

Pero la naturaleza, me dirá usted, es inconcebible sin un Dios. ¡Claro, entiendo!; es decir que para explicarme lo que usted comprende bastante poco necesita de una causa de la cual no comprende nada en absoluto: usted pretende discernir lo que es oscuro aumentando el espesor de los velos; cree que rompe una atadura multiplicando las cadenas. Físicos crédulos y entusiastas, copien tratados de botánica para probarnos la existencia de Dios; den como Fénelon un detalle minucioso de las partes del hombre; arrójense por los aires para admirar el curso de los astros; maravíllense ante las mariposas, los insectos, los pólipos, los átomos organizados, en los que creen hallar la grandeza de su vano Dios: todas esas cosas, por más que ustedes lo digan, nunca demostrarán la existencia de ese ser absurdo e imaginario; solamente probarán que

ustedes no tienen las ideas adecuadas sobre la inmensa variedad de materias y de efectos que pueden producir unas combinaciones diversificadas hasta lo infinito, cuyo conjunto es el universo. (Sade, citado en Le Brun, 2008, pp. 72-73)

La idea de Dios es para el marqués, de alguna forma, el gran pecado del hombre, la prueba irrefutable de su insignificancia. Al aceptar la anulación frente a Dios se justifica automáticamente el crimen, pues frente un dios todopoderoso el hombre corriente es reducido a la nada. La humanidad ha cavado su propia tumba al convertirse en creyente.

Pero ser ateo tampoco rescata al hombre de las ataduras de Dios y de la insignificancia. Para Sade, el ateísmo racional es en realidad un monoteísmo invertido. La relación negativa con Dios no es más que una forma indirecta de aceptar su existencia, pues quien profesa el ateísmo racional tiene por finalidad, a través de sus ofensas y delitos, provocar que el Dios ausente manifieste su existencia. El ateo actúa movido por el resentimiento y la resignación, y un verdadero libertino sadiano ha de obrar bajo la idea del mal y por ningún interés más.

Relación negativa con Dios; esta conciencia no es atea “a sangre fría” podría decirse con Sade; lo es por efervescencia, así pues, por resentimiento; su ateísmo no es sino una forma del sacrilegio: la sola profanación de los símbolos de la religión puede convencerla de su ateísmo aparente; por eso tal conciencia se distingue nítidamente de la conciencia del filósofo ateo, para quien el sacrilegio no tiene otro significado que el de revelar la debilidad de quien se dedica a él. (Klossowski, 2005, p. 78)

Y es que no hay para el hombre peor enemigo que Dios. El verdadero ateísmo es aquél que supone el fin de la razón establecida: el ateísmo íntegro. Sade propone la primacía de lo imaginario sobre lo racional, pues la razón viene impuesta desde arriba, por los organismos de poder.

Paradójicamente, la necesidad de transgresión contradice el ateísmo íntegro de Sade porque su fin último, su sueño, su utopía del mal, se cumpliría precisamente si toda la humanidad se volviera perversa, o lo que es lo mismo, si ya no hubiera monstruos. “En una palabra: hay que hacer que el mal reine en el mundo para que se destruya a sí

mismo y que el espíritu de Sade encuentre al fin su paz” (Ibíd., p. 53). Pero como tal realidad es imposible, el ateísmo íntegro solo puede tener lugar dentro de las condiciones del sadismo, pues son las normas y las instituciones existentes las que estructuran las perversiones y las posibilitan. Como muestra de ello Sade introduce a sus personajes en la vida cotidiana como símbolo de que la contrageneralidad existe de forma implícita dentro de la generalidad.

Por todo lo anterior Sade no concibe la perversión en el sentido patológico; solo existe en el sentido moral, en el sentido de la liberación del hombre de las garras de la cultura. La perversión implica por ello la suspensión de las funciones vitales y sociales, ir contra natura y contra la sociedad. Persigue la expropiación del cuerpo propio y del cuerpo del otro puesto que representan órganos sociales inmersos en el lenguaje de las instituciones y el poder opresor. Liberarse del cuerpo es liberarse de la ley, y para conseguirlo el cuerpo subjetivo ha de ir desapareciendo en la medida en que la voz impersonal del Mal se alce en su lugar para romper con toda ilusión y superficialidad humanas. Sade invita a la humanidad a encontrarse con su inhumanidad.

(...) Sade ya ha pasado del otro lado del orden humano, allí donde lo inhumano se desprende de la silueta humana, donde el objeto se libera del vestigio del sujeto, donde lo que somos se enfrenta a lo que creemos ser. A partir de entonces, para él se trata de salir al encuentro de nuestra inhumanidad, de la inhumanidad que sospechamos en el fondo de nosotros mismos y cuyo descubrimiento nos petrifica. Escandalosa piedra en el lugar del corazón, insoslayable piedra de escándalo, irrompible piedra de toque con que está construido el castillo de Silling¹. (Le Brun, 2008, p. 55)

2.4. NIHILISMO MORAL.

Se desprende de lo expuesto hasta ahora que cada quien debe hacer lo que le plazca y cuando le plazca y no lo impuesto por la soberanía popular. La voluntad general se adjudica a sí misma todo derecho y poder, condena y desplaza a todo aquél que no se comporte bajo su normativa e ideología, y el ser humano aun encima se deja engañar y cae ingenuo en la trampa social.

¹ Escenario principal de la novela sadiana *Las 120 jornadas de Sodoma*.

Permite así a la masa mayoritaria, constituida en pueblo soberano, considerarse representante por sí sola de las razones de ser de toda la especie. La voluntad general reposa de este modo en ese malentendido, inherente a la ética, de que el individuo no podría por sí solo representar a la especie de una manera intrínseca; en el seno de esa voluntad general solo cuenta aquel que, al reducirse él mismo a una reivindicación determinada, logra identificarse con otros individuos reducidos como él a esa reivindicación. La lógica ordena entonces retirar el derecho de existir a aquel que, al quedar fuera de la especie, es necesariamente un monstruo. (Klossowski, 2005, p. 131)

Sin Dios ni institución, sin ninguna naturaleza superior, el hombre puede ya y debe moverse por su propio interés. El más absoluto egoísmo será de ahora en adelante su única guía. Respetar al prójimo es absurdo, pues solo conduce a la innecesaria subordinación de los unos a los otros, de igual manera que entablar lazos entre individuos orienta al hombre a coartar su propia emancipación.

La verdad del erotismo es la traición.

El sistema de Sade es la forma ruinosa del erotismo. El aislamiento moral significa la abolición de los frenos: proporciona el significado profundo del gasto. Quien admite el valor del otro se limita necesariamente. El respeto por el otro le obnubila y le impide comprender el alcance de la única aspiración no subordinada al deseo de incrementar recursos morales o materiales. La ceguera debida al respeto es común: solemos contentarnos con rápidas incursiones en el mundo de las verdades sexuales, seguidas, el resto del tiempo, por la abierta denegación de esas verdades. La solidaridad hacia todos los demás impide que el hombre tenga una actitud soberana. El respeto del hombre por el hombre nos introduce en un ciclo de servidumbre donde ya no tenemos sino momentos de subordinación, donde finalmente faltamos al respeto que es el fundamento de nuestra actitud, puesto que en general privamos al hombre de sus momentos de soberanía. (Bataille, 2013, pp. 176-177)

Para Sade todas las personas somos iguales por naturaleza, ninguna vale más que otra y todas somos intercambiables. La naturaleza nos hace nacer solos y bien podríamos crecer y subsistir solos porque no existe relación natural alguna entre un

hombre y otro; somos nosotros quienes nos creamos la necesidad de establecer vínculos inútiles y nos atamos a ellos como esclavos. Por tanto, toda persona tiene pleno derecho de no sacrificarse por la conservación de los otros, incluso si su felicidad conlleva la ruina de los demás. Nadie ha de privarse de satisfacer uno solo de sus deseos por un otro que nada tiene que ver con él.

Las falsas ideas que tenemos sobre las criaturas que nos rodean siguen siendo la fuente de una infinidad de juicios erróneos sobre la moral: nos forjaremos deberes quiméricos hacia esas criaturas; y eso porque ellas creen tenerlos hacia nosotros. Tengamos la fuerza de renunciar a lo que esperamos de los demás y nuestros deberes hacia ellos terminarán en seguida. ¿Qué son, pregunto, todas las criaturas de la tierra frente a uno solo de nuestros deseos? ¿Y por qué razón me privaría del más insignificante de esos deseos para complacer a una criatura que no es nada para mí y que en nada me interesa...? (Sade, citado en Klossowski, 2005, pp. 96-97)

Así pues, la filosofía de Sade es la filosofía del interés y del placer, cuyo principio fundamental es que nos entreguemos a todos aquellos que nos desean y tomar a todos aquellos a quienes deseamos. Perseguir la virtud en un mundo de vicios resulta imposible (Sade, 2011); la víctima virtuosa está condenada a morir (Ibíd., 2009).

El mayor dolor de los demás cuenta siempre menos que mi placer. Qué importa, si yo debo comprar el más débil regocijo a cambio de un conjunto de desastres, pues el goce me halaga, está en mí, pero el efecto del crimen no me alcanza, está fuera de mí. (Blanchot, 1990, p. 3)

De este egoísmo íntegro no es salvable ni siquiera la figura de la madre, o quizá ella menos que nadie, a quien no se debe ni gratitud ni reconocimiento, absolutamente nada. Para Sade engendrar un hijo es un acto totalmente egoísta, que si bien es disimulado, busca finalmente el placer de uno mismo. La madre, bajo la aparente generosidad de traer vida al mundo y ofrecerle cuanto posee, cubre en realidad la necesidad de tapar un

vacío propio. El hijo nada ha tenido que ver en la decisión de ser concebido ni tampoco en su educación y cuidados.

(...) el ser al que yo ataco es el ser que me ha llevado en su seno. ¿Y qué?, ¿acaso esa vana consideración podría detenerme?, ¿qué título tiene para lograrlo? ¿Pensaba en mí esa madre cuando su lascivia le hizo concebir el feto del que he salido? ¿Puedo deberle agradecimiento por haberse ocupado de su placer? (...) Si nuestra madre procedió bien con nosotros cuando éramos capaces de disfrutarlo, podemos amarla, tal vez debamos hacerlo... si solo tuvo malos procederes encadenados por alguna ley de la naturaleza, no solo no le debemos nada, sino que todo nos lleva a deshacernos de ella, por esa fuerza poderosa del egoísmo que induce natural e invenciblemente al hombre a deshacerse de todo aquello que le perjudica. (Sade, citado en Klossowski, 2005, p. 136)

Rechazado todo cuanto nos une los unos con los otros se suprime no solamente la conciencia del prójimo, sino también la conciencia de sí mismo.

De ello resulta que si el otro no es *nada* para mí, no solamente no soy ya *nada* para él, sino *nada* tampoco en relación con mi propia conciencia y todavía es preciso saber que esa conciencia siga siendo mía. Pues si rompo con el prójimo en el plano moral, habré roto en el plano de la existencia misma con mi propiedad: a cada instante puedo caer a merced del otro, que haría la misma declaración. (Klossowski, 2005, p. 97)

La última consecuencia del hilo de su pensamiento es por tanto el nihilismo moral, la supresión de la conciencia de sí mismo y del prójimo en el plano de los actos. Sade no se conforma con cuestionar la existencia de un Dios, garantía del yo responsable, sino que interroga también el principio normativo de la individuación.

2.5. PODER Y CRIMEN.

En un mundo de igualdad el poder no está predestinado en manos de nadie; ha de conquistarse. Por supuesto, hay quienes tienen facilidad desde la cuna al nacer en

familias con posiciones privilegiadas, pero eso no significa que estos individuos no puedan caer y que los que nacen en la miseria no puedan emerger. Y para alcanzar el poder hay que empezar por superar los prejuicios que encadenan el mundo: hay que cometer el crimen.

El libertino sadiano no teme al castigo divino porque es ateo, no existe para él la amenaza de Dios, solo su egoísmo y placer. Se eleva como hombre soberano sobre las cabezas de los demás, sin posibilidad alguna de ser víctima, pues al hombre vinculado al mal nunca puede sucederle algo malo. “Para Sade, el hombre soberano es inaccesible al mal porque nadie puede hacerle mal; es el hombre de todas las pasiones y sus pasiones se complacen en todo” (Blanchot, 1990, p. 10). Autor o receptor de los males, siempre goza; solo importa que la violencia sea tan extrema que burle todos los límites posibles. Violar, torturar, amputar, desollar,... Ser violado, ser torturado, ser amputado, ser desollado,... El soberano absoluto ha de probarlo todo para no estar subordinado a nada. Padecer la desgracia y vivenciar el placer no son ya contrarios.

Así es el mundo: algunos seres que se han elevado a lo más alto y alrededor de ellos, infinitamente, una polvareda sin nombre y sin número de individuos que no tienen ni derecho ni poder. Veamos en qué se convierte la regla del egoísmo absoluto. Yo hago lo que me place, dice el héroe de Sade, solo conozco mi placer y, para asegurarlo, torturo y mato. Vosotros me amenazáis con una suerte parecida para el día en que encontraré alguien cuya felicidad será torturarme y matarme. Pero yo he adquirido precisamente el poder para elevarme por encima de esta amenaza. (Ibíd., p. 6)

Leyendo las novelas de Sade cabe pensar que sus héroes se alían entre ellos y mantienen relaciones entre iguales, como ocurre en *La Filosofía en el tocador* (2008), pero entre los cómplices siempre acecha silenciosa la traición y se desvela que su acuerdo obedece a una suerte de reglamento entre compañeros de juego con demasiado anhelo por hacer trampas. El juramento establecido entre ellos no es más que una excusa para tener el placer de romperlo, para multiplicar las posibilidades del goce.

Ni tan siquiera depende el libertino sadiano de sus súbditos como lo hace un rey; su poder no es limitado por lealtad ninguna. No obstante, el héroe de Sade, “libre ante los

demás, no deja de ser víctima de su propia soberanía” (Bataille, 2013, p. 180). Se encuentra esclavizado por la más absoluta voluptuosidad y ya nunca más podrá conformarse con goces menores. Sade nos habla de una violencia tan cruel que para alcanzar su culminación no importa ya el placer personal; solo importa el crimen. Así, aunque la negación del otro conduzca aparentemente a la afirmación del sí mismo, en realidad este carácter ilimitado lleva al extremo de lo posible, más allá del goce subjetivo. Es el imperio del egoísmo impersonal donde no hay cabida para el yo individual.

En la violencia de este movimiento, el goce personal ya no cuenta, solo cuenta el crimen y no importa ser su víctima; solo importa que el crimen alcance la cima del crimen. Esta exigencia es exterior al individuo o al menos coloca por encima del individuo el movimiento que él mismo desencadenó, que se separa de él y lo supera. Sade no puede dejar de poner en juego, más allá del egoísmo personal, un egoísmo de algún modo impersonal. (Ibíd., p. 180)

En consecuencia, el ateísmo de Sade es la religión de la monstruosidad. El rechazo de la existencia de Dios no trae consigo la felicidad para el ser humano, sino la tragedia. Ni siquiera defiende Sade la soberanía del hombre, sino la destrucción de la humanidad a través de la desintegración de las normas de la razón popular.

2.6. DESTRUCCIÓN Y NEGACIÓN.

En el pensamiento sadista se trata de negar al prójimo para descubrir la verdadera cara del erotismo. La sexualidad del hombre íntegro no complementa la sexualidad del prójimo, sino que se contrapone a ella e incluso la anula. Solo de esta forma el erotismo obedece a su naturaleza violenta y mortífera.

La satisfacción sexual acorde al deseo de todos no es la que Sade puede desear para los fines de sus personajes soñados. La sexualidad en la que piensa se contrapone incluso a los deseos de los demás (de casi todos los demás), que no pueden ser sus protagonistas,

sino sus víctimas. Sade propugna la unicidad de sus héroes. La negación de los otros protagonistas es, según él, la pieza fundamental del sistema. A sus ojos, el erotismo, si lleva al acuerdo, desmiente el movimiento de violencia y de muerte que en principio es. En lo profundo, la unión sexual está implicada en un punto medio entre la vida y la muerte: solo con la condición de romper una comunión que le limita, el erotismo revela por fin la violencia que en verdad es, y cuya realización es lo único que responde a la imagen soberana del hombre. Solo la voracidad de un perro feroz llevaría a cabo la furia de aquel al que nada limitase. (Bataille, 2013, p. 173)

Sin embargo, no solo la unión sexual une a las personas; también lo hace la muerte. Por ello el héroe de Sade ha de matar sin horizontes, porque cuando las víctimas se cuentan por millares el hombre se libera de toda relación que pueda encadenarlo a otros seres. Se vuelve amo y señor de todo.

El criminal se une posiblemente de manera indisoluble con aquel a quien asesina. Pero el libertino que, inmolando a su víctima no resiente sino la necesidad de sacrificar a otras miles, parece extrañamente libre de toda unión con ella. A sus ojos, ella no existe en sí misma, no es un ser distinto, sino un simple elemento, indefinidamente sustituible, en una inmensa ecuación erótica. (Blanchot, 1990, p. 14)

Como hombre soberano Sade todo lo quiere destruir, “no hay nada respetado que él no ridiculice, nada puro que no mancille, nada amable que no colme de horrores” (Bataille, 2000, p. 173), como se ilustra en *Las 120 jornadas de Sodoma* (1785). Los cuerpos se entrelazan, se separan, se funden y se deshacen al igual que las palabras del discurso del marqués. Todo es llevado a su ebullición y evaporación una y otra vez, sin descanso, hasta el infinito.

Sade retiene solo las realidades malas, suprimiendo su carácter temporal: de esta manera, en efecto, el mal llena por sí solo cada instante de la vida social y destruye un instante con el otro. Nacida del hastío y de la desgana de Sade, la utopía de la sociedad en estado de criminalidad permanente, si fuese tomada al pie de la letra, y si a los ideólogos del mal se

les ocurriese ponerla en práctica, naufragaría infaliblemente en la desgana y el tedio y contra la desgana y el tedio no puede haber otro remedio que una sobrepuja de nuevos crímenes *ad infinitum*. (Klossowski, 2005, pp. 65-66)

Y es que la esencia del pensamiento de Sade es destruirlo absolutamente todo, inclusive a sí mismo, puesto que no se limita a refutar en sus escritos la existencia de Dios, sino que piensa, actúa, vive y muere en consecuencia.

Al excluirse de la humanidad, Sade no tuvo en su larga vida más que una ocupación que decididamente le interesó: enumerar hasta el agotamiento las posibilidades de destruir seres humanos, destruirlas y gozar con el pensamiento de su muerte y sus sufrimientos. (...) Solo la enumeración interminable, aburrida, tenía la virtud de extender ante él el vacío, el desierto, al que aspiraba su rabia. (Bataille, 2000, p. 163)

Es la destrucción de los objetos lo que despierta la vida en el personaje sadista, hasta el punto de que su aniquilación no admite siquiera su existencia anterior, sino que desde el inicio son considerados objetos nulos. El hombre soberano ha de perseguir el desbordamiento de la negación y avergonzarse de los pequeños y escasos crímenes.

Dado que la felicidad no consiste en el goce sino en el deseo de romper los frenos que se oponen al deseo, no es en la presencia, sino en la espera de los objetos ausentes donde se gozará de esos objetos, es decir, que se gozará de su presencia real al destruirlos (asesinatos de depravación) o, si decepcionan y parecen negarse a la presencia (resistiéndose a lo que se querría hacerles sufrir), se los maltratará para hacerlos a la vez presentes y destruidos. (Klossowski, 2005, p. 126)

Esta concepción recuerda al deseo freudiano, deseo eternamente insatisfecho que en todo momento quiere para sí lo que no tiene, y que si llegara a obtenerlo, lo despreciaría en cierta medida con total frustración para reiniciar su travesía y conquista hacia nuevos objetos.

Para Sade incluso el alma debe ser aniquilada. El ensañamiento y encarnizamiento continuos contra las víctimas nos revelan la insaciabilidad del alma, muestra de su inmortalidad. Y a falta de poder asesinarla, Sade recurre al simulacro de la muerte del alma que es el suicidio en sus personajes; asesina el cuerpo porque no alcanza a destruir el alma. “Pues en su tedio el alma trata de darse muerte: separada de Dios, su inmortalidad se ha trocado en amargura” (Ibíd., p. 120). Sade se entrega a la búsqueda de la negación y del olvido.

Mediante esta reiteración frenética de crímenes Sade tantea la vía para alcanzar la negación absoluta que es el delirio de su razón.

2.7. SODOMÍA.

De igual forma que no hay que confundir al ateo íntegro con al ateo común tampoco hay que confundir al libertino sadiano con el libertino común. Mientras que el segundo goza de plena libertad de acto, el primero está, como ya mencionamos anteriormente, doblegado por su inmensa voluptuosidad y su fantasía irrealizable. “El perverso persigue la *ejecución de un gesto único*; es cosa de *un instante*. La existencia del perverso se convierte en la perpetua espera del *instante en que poder ejecutar ese gesto*” (Klossowski, 2005, p. 26). Es la repetición en busca de la perfección.

En medio de esta espera la sodomía es el gesto perverso por excelencia, pues ella misma representa una paradoja: únicamente puede ser concebida (y ser transgredida) dentro de la existencia de las normas institucionales. El acto sodomita es, por ello, símbolo de un doble sentido: rechazo y agresión hacia la vida.

(...) la sodomía se pronuncia por un gesto específico de contrageneralidad, el más altamente significativo a los ojos de Sade: aquel que afecta precisamente a la ley de propagación de la especie y que *atestigua así la muerte de la especie en un individuo*. No solo de una actitud de rechazo, sino también de agresión: al mismo tiempo que es el *simulacro* del acto de generación, es su *irrisión*. (Klossowski, 2005, p. 28)

La sodomía transgrede el orden de la reproducción, y con ello también la distinción entre los sexos, pues “(...) en el universo sadiano, las mujeres descargan, se empalman y enculan como los hombres” (Roudinesco, 2009, p. 57). Y por ello la transgresión es mayor si el cuerpo vejado es el de una mujer.

La moral libertina consiste, no en destruir, sino en desviar; desvía el objeto, la palabra, el órgano de su uso endoxal; para que este desfallo se haga realidad, para que haya prevaricación del sistema libertino a expensas de la moral habitual, el sentido tiene que permanecer, la Mujer tiene que seguir representando un espacio paradigmático, provisto de dos sedes para que el libertino, como lingüista respetuoso del signo, marque una y neutralice la otra. Al ocultar el sexo de la Mujer, al desnudar sus nalgas, el libertino parece igualar al muchacho y buscar en la Mujer lo que no es la Mujer, pero la abolición escrupulosa de la diferencia está trucada, porque esta mujer sin sexo no es sin embargo el Otro de la Mujer (el muchacho): entre los sujetos de depravación la Mujer ocupa un lugar principal (...); y es que el paradigma tiene que funcionar; solo la Mujer da a elegir entre dos puntos de intromisión: al elegir uno frente al otro en el campo del mismo cuerpo, el libertino produce y asume un sentido, el de la transgresión. (Barthes, 1997, p. 146)

Y si bien se puede engendrar nueva vida, dice Sade que los niños deben ser concebidos fuera de todo placer sexual, en cópulas múltiples que impidan la imposibilidad de identificar al padre, para después, en el nacimiento, separarlos inmediatamente de la madre para ser convertidos en objetos de placer. “El tocador sadiano se apoya, pues, en la abolición de la institución del padre y en la exclusión de la función materna” (Roudinesco, 2009, p. 58).

La sodomía es por tanto testimonio del ateísmo íntegro por ser una sublevación contra las normas heredadas del monoteísmo. La perversión se proyecta así al campo del pensamiento, dejando de ser una simple patología mental y comportamental para nacer como doctrina.

2.8. LA DOCTRINA DE LA APATÍA.

Sade brinda sus enseñanzas a aquél digno de ser su discípulo. Para ello, mediante sus obras introduce al lector en una iniciación progresiva que culmina en la práctica de una ascesis: la de la apatía.

Las instituciones nos intimidan y nos controlan mediante imágenes, algunas previas a los actos para incitarnos a actuar o a detenernos, y otras posteriores a los actos cometidos u omitidos que nos inculcan culpa y remordimiento y nos influirán en futuras decisiones. Debemos combatir y escapar a estas imágenes de sensibilidad, asco, miedo y horror. Sade propone como solución sustituir dichas imágenes por actos.

Extingue tu alma... trata de encontrar placeres en todo aquello que alarma tu corazón: no bien alcanzada... la perfección de ese estoicismo, sentirás nacer en esa apatía una multitud de placeres nuevos, mucho más deliciosos que los que crees encontrar en la fuente de tu funesta sensibilidad... ¿Crees que yo no tenía un corazón como el tuyo en mi infancia? Pero he comprimido su órgano y en esa dureza voluptuosa he descubierto el foco de una multitud de extravíos y de voluptuosidades que valen más que mis debilidades... de mis errores he hecho principios: y desde ese mismo momento he conocido la felicidad. (Sade, citado en Klossowski, 2005, p. 99)

Los placeres encontrados en este rechazo de las imágenes sociales son incluso mayores al orgasmo, un goce inútil que hay que refrenar porque rebaja el éxtasis del pensamiento, de igual modo que hemos de controlar la expresión de cualquier otra pasión. Dejarnos arrastrar por nuestras inclinaciones no haría más que arruinar la obtención del goce supremo.

Es necesario entender, en efecto, que la apatía no consiste solo en arruinar las pasiones “parasitarias”, sino también en oponerse a la espontaneidad de cualquier pasión. El vicioso que se abandona inmediatamente a su vicio, no es sino un aborto que se perderá. Incluso los pervertidos con genio, perfectamente dotados para llegar a ser monstruos, si se contentan con seguir sus inclinaciones, están destinados a la catástrofe. Sade lo exige: para que la pasión se convierta en energía, es necesario que esté comprimida, es necesario

que se mediatice pasando por un momento necesario de insensibilidad; entonces, tendrá la mayor grandeza posible. (Blanchot, 1990, p. 24)

Hay que vigilar también que no asome en ningún momento la virtud, o se echará a perder todo el poder alcanzado. De lo que se trata es de matar cada ápice de sensibilidad humana.

Por el contrario, si en ese estado de aniquilamiento en el cual no siente hacia los peores excesos sino una repugnancia sin gusto, encuentra un último excedente de fuerza para aumentar esta insensibilidad inventando nuevos excesos que le repugnan aún más, entonces pasará del aniquilamiento a la omnipotencia, del endurecimiento a la voluntad más extrema y “agitado por todas partes”, gozará soberanamente de sí mismo más allá de todos los límites. (Ibíd., p. 25)

Ante esta apología del acto y la abundancia, recordemos que justamente Freud propone que la neurosis es la contrapartida de la perversión, es decir, que mientras que el neurótico reprime, el perverso actúa.

Es clásico el aforismo freudiano: “la neurosis es el negativo de la perversión”. Negativo en el sentido de no visible, de algo que está ahí y que se haría visible si la neurosis se positivizara, al modo de una placa o un cliché fotográfico. De este modo, la neurosis es una perversión no manifiesta, no activa. (Castilla del Pino, 1973, p. 47)

Un sujeto neurótico (normal) ha internalizado las reglas de la moral que lo rodea y con ellas ha levantado los muros con los cuales canalizar sus pulsiones; reprime los impulsos del ello en detrimento de una mayor adaptación a la realidad. Por el contrario, el sujeto perverso, expuesto prematuramente a estímulos sexuales, no posee, al menos de una forma tan eficaz, un sostén para sus energías pulsionales, las cuales se desparraman, saliéndose de la imagen mental para convertirse en realidad, pasando del pensamiento al acto.

Volviendo a las enseñanzas de Sade, nos advierte que para mantener al monstruo dentro de la monstruosidad hay que mantenerlo fuera de la conciencia, en una transgresión permanente, para que las imágenes sociales no reaparezcan jamás, para que la nada no sea de nuevo invadida por la realidad del otro y la del yo. El monstruo debe permanecer en la apatía absoluta, es decir, en la reiteración de los actos criminales, cada cual más espantoso que el anterior. Es tras este fondo de tinieblas donde el libertino disfrutará de los más sublimes goces.

Todos aquellos grandes libertinos, que no viven más que para el placer, solo son grandes porque han aniquilado en sí toda capacidad de placer. Por eso se entregan a espantosas anomalías; en caso contrario la mediocridad de las voluptuosidades normales les bastaría. Pero se han hecho insensibles: pretenden gozar de su insensibilidad, de esa sensibilidad negada, anonadada, y se vuelven feroces. La crueldad no es más que la negación de uno mismo, llevada tan lejos que se transforma en explosión destructora; la insensibilidad, dice Sade, se vuelve estremecimiento de todo el ser: “El alma llega a una especie de apatía que se metamorfosea en placeres mil veces más divinos que los que les procuraban las debilidades”. (Bataille, 2013, pp. 178-179)

De este modo, en su repetición sin fin incluso la escritura del marqués, en un inicio incitador de lujuria, horror, o ambos, pierde todo afecto e introduce al lector en la insensibilidad y la apatía.

(...) cuando leemos algunos de sus grandes textos (y en especial las célebres *Ciento veinte jornadas*), nos encontramos sumidos en el núcleo de un relato aterrador que, a fuerza de narrar con semejante rabia las situaciones más monstruosas, acaba produciendo el efecto contrario, hasta el punto de semejar un juego recreativo adonde irían a parar todos los fantasmas propios de la perversidad polimorfa que caracteriza el mundo de la infancia. Un mundo cruel hecho de arañas sin patas, humanos deformes, quimeras, aves descuartizadas, en resumen, todo un breviario de la deconstrucción corporal respecto del cual sabemos que permite al niño proyectar fuera de sí mismo el terror que le inspira su entrada en el universo lingüístico. (Roudinesco, 2009, pp. 62-63).

Pero no todo es goce absoluto para el monstruo, sino que vive torturado por una maldición, por su némesis: la virgen, encarnación de la pureza y de la virtud. La imposibilidad de su posesión lleva a la virilidad a la exasperación, y con ello a la destrucción, porque ante este resentimiento del objeto perdido para siempre el héroe de Sade ha de buscar una compensación que no es otro que el ejercicio de la crueldad.

Toda la obra de Sade parece un único grito desesperado lanzado a la imagen de la virginidad inaccesible, grito envuelto y como engarzado en un cántico de blasfemias. *Estoy excluido de la pureza, porque quiero poseer a aquella que es pura. No puedo no desear la pureza, pero al mismo tiempo soy impuro porque quiero gozar de la ingozable pureza.* (Klossowski, 2005, p. 111)

La exasperación se erige de este modo como función del alma sadista.

Pero el alma soñadora de Sade, que está privada materialmente por una coacción quizá tanto interior como exterior de la ejecución de lo que sueña, solo conoce el tiempo que experimenta como una duración intolerable de sí misma: sufre por su ser en potencia como si no cesara de salir de la nada sin alcanzar jamás el ser: *Existo para no existir.* (Klossowski, 2005, p. 124)

CAPÍTULO III: LA PERVERSIÓN SEXUAL.

3.1. LA PERSPECTIVA MÉDICO-LEGAL.

Dos son los ámbitos profesionales donde un experto puede encontrarse con un individuo perverso: en el marco médico-legal y en la consulta clínica. Fue en el primero, pero de la mano de los penalistas y no de los médicos, donde se describieron por primera vez las conductas perversas con el interés de incluirlas como transgresión de la ley y ser condenadas. Hasta ese momento la perversión es “un estereotipo definido por la sociedad y que responde a un conjunto de condiciones constitutivas” (Aulagnier, Daumezon, Clavreul et al., 2000, pp. 8-9). Ahora bien, una vez que el acto perverso fue ya considerado como infracción, se necesitó del conocimiento del médico para determinar el castigo. “¿Se trata de ‘perversidad’ moral o de ‘perversión’ *patológica*?” (Julien, 2012, p. 100).

De este modo, en el seno de la medicina legal, desarrollada a lo largo del siglo XIX principalmente en Francia y luego en Alemania, comenzaron los primeros estudios acerca del comportamiento perverso. Orfila, pionero de esta ciencia, publicó en 1839 su *Tratado de Medicina Legal*, en el cual dedicó un capítulo a los problemas que las conductas sexuales producen en el ámbito forense. No hace alusión alguna a ningún aspecto que pueda ser relacionado con las perversiones tal y como fueron entendidas posteriormente; solo se extiende y analiza con cierta profundidad los atentados al pudor y los delitos contra la honestidad, como la sodomía y la pedofilia. Su interés se centraba en la peritación de dichas conductas y no en sus posibles explicaciones (Baca, 2014).

Recayó sobre el psiquiatra el deber de estudiar el estado mental de estas personas para que, con su peritaje, pudiera el juez contemplar o no algún tipo de atenuación de la penitencia. Envuelto en esta situación, “el psiquiatra se sintió investido de la misión de arrancar a los enfermos de la represión” (Aulagnier et al., 2000., p. 10). La forma más habitual de convencer a los jueces del carácter de enfermedad de un acto es acudiendo a patologías reconocidas, por lo que el primer paso era realizar la clasificación descriptiva de las conductas perversas, la cual no era tarea fácil dada la poca o nula experiencia del profesional clínico.

El psiquiatra se siente embarazado porque le falta una experiencia concreta de relación con semejantes sujetos. El psicopatólogo, lo mismo que el psiquiatra, corre peligro de caer en la trampa de la analogía con estructuras neuróticas y psicóticas cuyo manejo le es familiar. (Daumezon, citado en Chauzaud, 1976, pp. 17-18)

Concluyeron a grandes rasgos que las perversiones son desviaciones de los instintos: social, moral, de nutrición,... (Hirigoyen, 1999). Nada tenían claro acerca de los perversos ni qué hacer con ellos.

Se dibuja un mundo de la perversión, que no es simplemente una variedad del mundo de la infracción legal o moral, aunque tenga una posición de secante en relación con éste. De los antiguos libertinos nace todo un pequeño pueblo, diferente a pesar de ciertos primazgos. Desde las postrimerías del siglo XVIII hasta el nuestro, corren en los intersticios de la sociedad, perseguidos pero no siempre por las leyes, encerrados pero no siempre en las prisiones, enfermos quizá, pero escandalosas, peligrosas víctimas presas de un mal extraño que también lleva el nombre de vicio y a veces el de delito. Niños demasiado avispados, niñas precoces, colegiales ambiguos, sirvientes y educadores dudosos, maridos crueles o maniáticos, coleccionistas solitarios, paseantes con impulsos extraños: pueblan los consejos de disciplina, los reformatorios, las colonias penitenciarias, los tribunales y los asilos; llevan a los médicos su infamia y su enfermedad a los jueces. Trátase de la innumerable familia de los perversos, vecinos de los delincuentes y parientes de los locos. A lo largo del siglo llevaron sucesivamente la marca de la “locura moral”, de la “neurosis genital”, de la “aberración del sentido genésico”, de la “degeneración” y del “desequilibrio psíquico”. (Foucault, 1998, p. 26)

Por tanto, la perversión, dentro del marco médico-legal, no fue en realidad estudiada, sino simplemente investigada con fines prácticos en cuanto a la presencia o ausencia de signos concomitantes de enfermedad. Quizá pueda verse en esta relación del acto perverso y la criminalidad el por qué tantas veces se mezclan los conceptos de perversión y perversidad.

3.2. LA PERSPECTIVA DE LA PSIQUIATRÍA CLÁSICA.

3.2.1. ANTECEDENTES.

A comienzos del siglo XIX se inició un movimiento en pos de la humanización y del contacto con los locos. Este cambio de perspectiva hacía necesario fundar la base de una nueva psiquiatría y una nueva psicopatología, y así fue cómo algunos psiquiatras comenzaron a investigar y a describir, entre otros fenómenos mentales, tipos de personalidad socialmente inadaptados (Chiclana y Rodríguez, 2008).

Pinel reagrupó en 1809, bajo la denominación “manía sin delirio”, todas las patologías ligadas a la pluralidad de los instintos: las perversiones, los comportamientos antisociales, la piromanía, la cleptomanía,... sin afectar a los procesos mentales (Hirigoyen, 1999).

En 1812 Rush describió la “perversión de las facultades morales”.

Descontento con el concepto de Pinel, Esquirol propuso en 1814 la noción de “monomanía” para referirse a un estado de enfermedad caracterizado por delirios fijos y específicos, pero que igualmente no afectaba a las facultades mentales. Dividió la monomanía en tres variedades: intelectual o delirante (“el desorden intelectual está centrado sobre un objeto o serie de objetos circunscritos”), afectiva (“no desatinan, pero sus afecciones y su carácter están pervertidos”) e instintiva (“el enfermo, fuera de sus vías ordinarias, es arrastrado a cometer actos que la razón o el sentimiento no determinan, que la conciencia reprueba, que la voluntad no tiene fuerza para reprimir”) (Álvarez et al., 2004).

En el año 1835 Prichard, considerando que Pinel no había reunido suficientes casos para ilustrar su concepto de “manía sin delirio” e interesado por encontrar una categoría que le permitiera unificar a los pacientes sin delirios, creó la “insanidad moral” para referirse a aquellas personas que, en ausencia de delirios, están enfermas psíquicamente. Prichard divide la “insanidad moral” en “locura moral” y “locura intelectual”, explicando la primera como una “locura consistente en una perversión mórbida de los sentimientos naturales, afectos, inclinaciones, temperamentos, hábitos, disposiciones morales e impulsos naturales, sin ningún trastorno marcado o defecto de la inteligencia, conocimiento o facultades razonadoras, y particularmente, sin alucinaciones ni ilusiones” (citado en Chiclana y Rodríguez, 2008).

3.2.2. KRAFFT-EBING.

El psiquiatra Richard von Krafft-Ebing (1840-1902) introdujo el estudio de la perversión dentro del marco psiquiátrico con su obra *Psychopathia Sexualis* (1886), el primer manual científico dedicado íntegramente a las perversiones sexuales o, como las llamaba él: anomalías del instinto genésico, dejando entrever con este término su idea de que la conducta sexual humana es esencialmente procreadora (Baca, 2014). Escribió esta obra y la publicó en latín para establecer una distancia con el discurso popular y hacerla accesible solamente a la clase académica de la época. Condensó y detalló en ella una gran variedad de casos clínicos, proponiendo como causa de las perversiones la degeneración del sistema nervioso central, lo cual llevaba al predominio de la animalidad sobre la civilización, definiendo a los perversos como “hijos de la naturaleza salidos de un primer lecho” (Krafft-Ebing, citado en Roudinesco, 2009, p. 96). Así, aquellas personas con predisposición a la perversión serían sexualmente hiperexcitables, sensibles al “éxtasis sexual” (De Masi, 2004). No obstante, distinguió la conducta concreta de la estructura personal que subyace al acto.

Un acto sexual concreto, por monstruoso que sea no tiene un valor clínico decisivo. Para poder distinguir entre la enfermedad y el vicio es necesario considerar en su conjunto la personalidad de quien se trate, así como todas las motivaciones de sus actuaciones perversas. Ahí está la clave del diagnóstico. (Kraft-Ebing, citado en Baca, 2014, p. 115)

Se unen en su afirmación, de igual modo que defendería después Freud, la idea de que la finalidad de la sexualidad es la reproducción con la idea de que la desviación sexual aislada no debe ser considerada como patológica. “La patología, aunque se expresa en la conducta, ha de estar sostenida por una estructura que haga de esa conducta algo más que un desvío circunstancial del deseo” (Baca, 2014, p. 116).

También creó su propia terminología en un intento de instaurar neutralidad moral y distancia científica, además de construir su propia clasificación de desviaciones sexuales, la cual perdura hasta nuestros días, pasando por Freud, quien la hizo propia. Por supuesto, pese a su gran esfuerzo la perversión no logró jamás deshacerse del prejuicio.

Debemos también hacer notar que, a pesar de la enorme empresa realizada para despojar a esas formas de consideraciones de valor y darle un tratamiento científico, el concepto de perversión, tal cual lo forjó Krafft-Ebing, conserva un núcleo irreductible de juicio moral. Para que una conducta pueda definirse como desviada es necesario su comparación con un modelo ideal considerado normal. Y este modelo no es nunca ajeno a los valores morales y culturales de la época. Es como dice Lacan: el empirismo es siempre un moralismo encubierto. (Mazzuca, 2001)

Diferenció entre aquellas perversiones en las que la desviación se encuentra en la meta de la acción sexual, como ocurre en el sadismo y el masoquismo, y aquéllas en las que es el objeto lo que está desviado, como en la paidofilia, la homosexualidad, la zoofilia y el onanismo. Esta distinción caló hondo en las concepciones clínicas de la perversión sexual y permanece aún más o menos soterrada en las clasificaciones actuales (Baca, 2014).

Krafft-Ebing fue quien acuñó los términos “sadismo” y “masoquismo” a partir de los nombres de dos famosos escritores: el marqués de Sade y Sacher Masoch. En su manual definió el sadismo como:

(...) la experimentación de sensaciones placenteras sexuales (incluyendo el orgasmo) obtenidas mediante actos de crueldad, castigos físicos infligidos a uno mismo o a otros, tanto personas como animales, en presencia nuestra. Puede además consistir en un deseo innato de humillar, lastimar, herir o incluso destruir a otros para obtener así uno mismo placer sexual. (Krafft-Ebing, citado en Weinberg, 2008, p. 33)

Observó que el sadismo formaba parte de las perversiones sexuales, pero también de la vida sexual normal. Decía al respecto que “puede recorrerse sin dificultad la transición desde estas manifestaciones atávicas, que sin duda pertenecen a la esfera de la sexualidad fisiológica, hasta los actos más monstruosos de destrucción de la vida del otro miembro de la pareja” (Ibíd., p. 33). El sadismo supondría por tanto un continuo que va desde las “pequeñas comedias de amor” (Ibíd., p. 34) hasta las tendencias más horribles.

Propuso también una hipótesis etiológica al respecto:

Tales asociaciones se explican por un despertar de tendencias psíquicas latentes debido a circunstancias externas que en modo alguno afectan al individuo normal. No se trata de desviaciones accidentales del sentimiento o el instinto con arreglo a la doctrina moderna de la asociación. A menudo las sensaciones sádicas pueden remontarse a la primera infancia y existir durante un período de la vida cuando su reactivación no puede en modo alguno atribuirse a impresiones externas y menos aún al temperamento sexual. (Ibíd., p. 34)

Por otra parte, describió el masoquismo como la contraposición del sadismo: el deseo de sufrir dolor y ser dominado.

Por masoquismo entiendo una perversión peculiar de la vida psíquica sexual a consecuencia de la cual el individuo afectado está dominado en su sexualidad por la idea de hallarse total e incondicionalmente sometido a la voluntad de una persona del otro sexo, que se comporta con él como un amo, humillándolo y maltratándolo. Esta idea se encuentra teñida por un sentimiento de lujuria; el masoquista imagina fantasías en las cuales se inventa situaciones de ese tipo y a menudo trata de realizarlas. (Ibíd., p. 36)

Este deseo le obstaculiza en mayor o menor medida el poder llevar una vida sexual normal, haciéndolo poco o nada sensible a los encantos normales del sexo opuesto (impotencia psíquica); la tendencia perversa encuentra satisfacción en la aberración.

El estudio de los casos publicados por Krafft-Ebing nos revela la marcada disposición homosexual de los masoquistas, la evasión frente a la pareja. Los hombres son impotentes, las mujeres son anestésicas. La satisfacción de la fantasía masoquista trae el orgasmo. (Stekel, 1954, p. 154)

Así, algunos masoquistas pueden encontrar algo de placer en la sexualidad normal, mientras otros únicamente pueden disfrutar a través de la sumisión sexual. Los hay también quienes cuya impotencia parte de una base fisiológica.

En otros casos la impotencia no es puramente psíquica sino física, es decir, originada en la columna vertebral, ya que esta perversión, como casi todas las otras perversiones que atañen al instinto sexual, solo se desarrolla en una personalidad psicopática y, en la mayor parte de casos, heredada. (Ibíd., p. 37)

Sea como fuere, Kraft-Ebing relaciona esta impotencia ante la mujer con la homosexualidad no asumida por el sujeto masoquista.

El masoquista busca y encuentra un complemento para sus fines en el hecho de que confiere a su pareja caracteres sexuales psíquicos masculinos, y esto ocurre también aquí de manera perversa en tanto la mujer sádica representa su ideal. De aquí puede concluirse que el masoquismo es en realidad una forma rudimentaria de la sensibilidad sexual opuesta a la del sexo del enfermo, una *affeminatio* parcial que solo afecta los caracteres sexuales secundarios de la *vita sexualis* psíquica. Esta hipótesis halla asidero en lo siguiente: los masoquistas se revelan más como naturalezas de sensibilidad femenina y realmente presentan características femeninas. Ahora se comprende por qué los rasgos masoquistas aparecen con tanta frecuencia en hombres de sensibilidad homosexual. Pero también en el *masochismus feminae* hallamos esas relaciones con la sensibilidad del sexo opuesto. (Kraft-Ebing, citado en Stekel, 1954, p. 153)

Además, estas personas son propensas a los excesos, especialmente con la masturbación, a la cual acuden con frecuencia bajo la frustración de no lograr en la realidad la consecución de sus fantasías (Krafft-Ebing, citado en Weinberg, 2008).

De forma análoga al sadismo, en el masoquismo también existe todo un gradiente de gravedad, aunque el instinto de supervivencia impide su expresión más extrema en la realidad (no en la fantasía).

En el masoquismo existe una gradación de los actos, desde el más repulsivo y monstruoso al más pueril, regulados en función del grado de intensidad del instinto perverso y de la fuerza que posean los vestigios de los fundamentos morales y estéticos contrarios. No obstante, el instinto de autoconservación frena las consecuencias extremas del masoquismo y, por tanto, el asesinato y las heridas de gravedad que pudieran cometerse debido a la excitación sádica no tienen hasta donde sabemos, un equivalente pasivo. Pero los deseos perversos de los individuos masoquistas pueden llegar, con la imaginación, a esas consecuencias extremas. (Ibíd., p. 38)

Podemos observar cómo el psiquiatra define el sadismo y el masoquismo no solo en términos de dolor sino que también, y lo que es más importante, incide en la importancia de la fantasía de dominación y de sumisión, respectivamente. “Es un hecho reconocido desde hace tiempo y que ha sido observado con frecuencia que la lujuria y la crueldad suelen ir de la mano” (Ibíd., p. 34), hecho observable cuando en los momentos de lujuria intensa muchos individuos normales, en su gran excitación, realizan actos tales como morder o arañar, más acordes en apariencia con la ira que con el disfrute sexual, y esto es así porque:

Conviene recordar que el amor y la ira no solo son las emociones más intensas, sino que además son las únicas dos formas de emoción resistente. Ambos persiguen su objeto, tratan de poseerlo y se consumen naturalmente por un efecto físico sobre el objeto; ambos empujan la esfera psicomotriz hacia la excitación más intensa y así, mediante tal excitación, alcanzan su expresión normal. (Ibíd., pp. 34-35)

Lujuria y crueldad, ambas constituyen un estado de exaltación y excitación extrema de toda la esfera psicomotriz que lleva a actuar sobre el objeto que induce el estímulo, en cualquier forma posible y con la mayor intensidad.

Igual que la exaltación maníaca se convierte fácilmente en destructividad furiosa, la exaltación fruto de la emoción sexual suele inducir un impulso que se consume realizando acciones sin sentido y en apariencia dañinas. Y no se trata simplemente de una excitación

inconsciente debido a la intervención de los músculos (que a veces también se manifiesta como un episodio de violencia ciega); es una hipérbole verdadera, un deseo de ejercer el efecto más extremo posible en el individuo que propicia el estímulo. No obstante, el modo más intenso es causar dolor. (Ibíd., p. 35)

Aquellos casos en que esta ira termina por herir gravemente o matar al otro nos descubren el carácter psicopático de personas cuyo sentido moral incorrecto no lleva a la inhibición y al freno de la acción. Son normalmente hombres cuyo impulso sexual se haya intensificado de igual manera que su deseo por conquistar a la mujer, produciéndose entonces los brotes más violentos de sadismo.

Este instinto no tiene por qué ser conocido para el individuo, quien caerá en la compulsión en la medida en que los motivos que se esconden tras ese impulso atroz escapan de su conciencia y comprensión.

Propone además que ambas patologías se inscriben entre las anomalías primitivas de la vida sexual, siendo una desviación en la evolución de los procesos psicosexuales como resultado de la degeneración psíquica.

3.3. LA PERSPECTIVA EMPIRISTA.

3.3.1. MANUALES DIAGNÓSTICOS: DSM Y CIE.

Las modernas clasificaciones psicopatológicas corresponden a una perspectiva categorial, lo cual conlleva una serie de ventajas y desventajas que Belloch et al. (2008) explican de forma clara y concisa:

Diversas ventajas y desventajas se derivan del procedimiento por el que se opte en la clasificación psicopatológica. Entre las ventajas atribuidas a los modelos categoriales están el facilitar la comunicación o la creación de diseños para la investigación, el ser fácilmente memorizables, así como el responder mejor a las exigencias de una organización institucional asistencial, en los aspectos que tienen que ver con la administración y archivo de historias clínicas, con la planificación de servicios o con la realización de estudios epidemiológicos (Lorr, 1986). Otras evidentes ventajas se derivan

del hecho de que dan unidad a la psicopatología manifestada por una persona, al integrar diversos elementos en una única configuración, así como de la constatación de que constituyen un estándar de referencia ya establecido entre los clínicos. No obstante, entre las desventajas que conllevan los modelos categoriales se señala que contribuyen a la falaz creencia de que los procesos psicopatológicos incluyen entidades discretas, cuando de hecho son meros conceptos útiles para coordinar nuestras observaciones; plantean la duda de si las categorías son artificiales o derivadas empíricamente, existiendo siempre el riesgo de imponer a unos datos una estructura que tal vez no exista; no aciertan a identificar o incluir aspectos de la conducta, ante la necesidad de restringir la lista de atributos a un conjunto de características predeterminadas, con la consiguiente pérdida de información; obligan a enfrentarse con el dilema de desarrollar criterios diagnósticos restrictivos para incrementar la homogeneidad en los miembros correspondientes a cada clase, a costa de tener que añadir un determinado número de categorías mixtas o “cajones de sastre” para incluir a un elevado número de sujetos que no logran cumplir dichos criterios; y ponen de relieve que el número y diversidad de categorías suele ser muy inferior al de las diferencias interindividuales apreciadas en la práctica diaria (Millon, 1991). De hecho, en ocasiones no solamente existen problemas para asignar a los sujetos a un número limitado de categorías, sino que a veces se tiene la impresión de que cuanto más se va conociendo a los individuos, mayores son las dificultades de incluirlos en una categoría. (p. 99)

Las dos clasificaciones más empleadas a nivel mundial son el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM) de la Asociación Americana de Psiquiatría (APA), y la Clasificación Internacional de Enfermedades (CIE) de la Organización Mundial de la Salud (OMS).

Las categorías diagnósticas del DSM-I estaban organizadas en torno al concepto de “reacción” de Adolf Meyer y la influencia de Sigmund Freud. El primero, rechazando la perspectiva biologicista, concebía los trastornos mentales como reacciones ante las dificultades de la vida. El segundo, bajo una perspectiva cercana y compatible a la de Meyer, acentuaba el carácter subjetivo de los problemas psíquicos.

La segunda edición del DSM abandonó la noción de “reacción” de Meyer, aunque mantuvo los conceptos psicoanalíticos, tales como la categoría genérica de las neurosis y su asociación con los mecanismos de defensa. El DSM-II recibió grandes críticas por

la falta de un principio organizador general y por la vaguedad en la definición de las categorías diagnósticas.

Es a partir de entonces cuando el interés de la psiquiatría americana se centró en la validación empírica de los diagnósticos, buscando aumentar la fiabilidad y la validez. Surgió así la corriente neo-kraepeliniana, articulada en torno al influyente manual de Mayer-Gross, Slater y Roth (1954), muy críticos con las escuelas psicoanalítica, interpersonal y social. De este movimiento nacería el DSM-III que, en un intento aparente de ser un sistema atóxico y descriptivo, cayó en una visión reduccionista y biomédica.

No faltan autores, sin embargo, que pretenden ver en ello la intención explícita de apartarse de interpretaciones o puntos de vista psicológicos de los trastornos mentales para acentuar la dirección hacia explicaciones biologicistas, requeridas para mejorar el estatus de la psiquiatría entre las disciplinas médicas y por la necesidad de racionalizar o justificar el creciente uso de tratamientos farmacológicos. (Belloch et al., p. 102)

Desapareció de este modo, definitivamente, la influencia psicodinámica del manual diagnóstico de la APA.

Por otro lado, la CIE se utiliza a nivel mundial para fines estadísticos relacionados con morbilidad y mortalidad, los sistemas de reintegro y soportes de decisión automática en medicina. Esta clasificación está diseñada para promover la comparación internacional de la recolección, procesamiento, clasificación y presentación de estas estadísticas.

Los antecedentes de este manual se encuentran en la obra de Jacques Bertillon, director del servicio de estadística de París, quien en 1893 presentó al Congreso del Instituto Internacional de Estadística celebrado en Chicago una nueva nomenclatura de enfermedades que era el resultado de una refundición de las clasificaciones inglesa, alemana y suiza. En la sexta revisión, la CIE-6, publicada en 1948, se incorporó por primera vez un capítulo específico para los trastornos mentales, el capítulo V, codificado con la letra “F”.

3.3.2. PERSONALIDAD SÁDICA Y PERSONALIDAD AUTODESTRUCTIVA.

En el apéndice del DSM-III-R se propone la incorporación de dos nuevas categorías a los trastornos de personalidad: la personalidad sádica y la personalidad autodestructiva. La propuesta no es bien acogida: en la versión de 1991 la personalidad sádica es considerada como un trastorno mental codificable como trastorno sexual sadomasoquista, y en 1993 ya ni aparece en el apéndice. De igual forma, la personalidad autodestructiva aparece en el apéndice de 1991, sin incorporarla en los trastornos de personalidad bien definidos, y en 1993 desaparece del apéndice (Belloch et al., 2008, p. 453).

La entrevista creada a partir del DSM, la SCID (Structured Clinical Interview) contiene criterios para diagnosticar, además de los once trastornos de la personalidad bien definidos (dependiente, histriónico, narcisista, antisocial, compulsivo, pasivo-agresivo, esquizoide, por evitación, cicloide, paranoide, esquizotípico), la personalidad autodestructiva, pero no la sádica (Ibíd., p. 461).

Paralelamente, la segunda versión del MCMI (Millon Clinical Multiaxial Inventory), publicada en 1987, pretende establecer la estructura y la validez externa de la personalidad sádica y la personalidad autodestructiva que se proponen en el apéndice del DSM-III-R para su inclusión como trastornos de personalidad. Si bien en el DSM-IV desaparecen estas entidades, Millon las mantiene en la actualidad (Ibíd., p. 461).

Para añadir estos dos nuevos trastornos Millon agrega un elemento discordante, que es la tendencia hacia el dolor, al origen y a la fuente del refuerzo que motiva la conducta. De este modo, las personalidades discordantes son aquéllas que sustituyen el placer por el dolor. Como con el resto de factores, el elemento discordante tiene una variante pasiva, la personalidad masoquista o auto-agresiva, y una variante activa, la personalidad sádica o agresiva (Sánchez, 2003).

Recordar que Millon propone su propia teoría sobre los trastornos de personalidad desde una perspectiva que integra el modelo categorial con el dimensional. Define los trastornos de la personalidad como constructos evolutivos que derivan de las funciones principales de todo organismo: la lucha por la supervivencia (placer versus dolor), la adaptación al medio (pasivo versus activo) y la estrategia para invertir en los demás miembros de la especie o en uno mismo (otros versus self). Por tanto, para Millon los

trastornos de la personalidad representan diferentes estilos desadaptativos de funcionamiento que se deben a dificultades y conflictos para relacionarse con el medio. En la Figura 28 queda plasmada la equivalencia que realiza Millon de los trastornos de la personalidad del DSM-III-R con su teoría evolutiva (Ibíd.)

Polaridad	Objetivos de existencia		Estrategias de replicación			
	Mejoramiento de la vida	Preservación de la vida	Propagación reproductiva		Protección reproductiva	
	Placer – Dolor		Yo – Otros			
Deficiencia patológica, desbalance o conflicto	Placer – Dolor – +	Placer Dolor		Yo – Otros +	Yo + Otros –	Yo Otros 
Modo de adaptación		Trastorno de personalidad DSM-III-R				
Pasivo: acomodación	Esquizoide	Auto-agresivo	Dependiente	Narcisista	Compulsivo	
Activo: modificación	Evitativo	Sádico	Histriónico	Antisocial	Pasivo-agresivo	
Disfuncional	Esquizotípico	Límite - Paranoide	Límite	Paranoide	Límite - Paranoide	

Figura 28:

Representación de los trastornos de personalidad del DSM-III-R con respecto al modelo evolutivo de Millon

Nota Fuente: Sánchez, 2003, p. 167

La combinación de los distintos elementos da lugar a quince patrones patológicos agrupados en cuatro grandes categorías. La personalidad agresiva o sádica y la personalidad auto-agresiva o masoquista se engloban dentro de la categoría de personalidades con conflicto intrapsíquico (Ibíd.), tal como se puede apreciar en la Figura 29.

Personalidades con dificultades para el placer	Esquizoide Evitativo Depresivo
Personalidades con problemas interpersonales	Dependiente Histriónico Narcisista Antisocial
Personalidades con conflictos intrapsíquicos	Sádico Compulsivo Negativista Masoquista
Personalidades con déficit estructurales	Esquizotípico Límite Paranoide Descompensado

Figura 29:

Agrupamiento de los prototipos de personalidad de Millon

Nota Fuente: Sánchez, 2003, p. 168

3.3.3. PARAFILIAS O TRASTORNOS DE LA INCLINACIÓN SEXUAL.

Es probable que el área sexual de la conducta humana sea en la que más difícil es de establecer el límite entre lo normal y lo patológico, pues los criterios varían de un contexto a otro. Lo que es considerado normal en una época o cultura pasa a ser anormal en otra, como ocurre con la homosexualidad. Incluso la ciencia es causa de cambios en la práctica sexual, véase el impacto de la aparición de los anticonceptivos orales en los hábitos sexuales de la sociedad o la problemática del sida (Belloch et al., 2008, p. 310).

Por otro lado, la escasez de datos científicos (debido a los tabúes a la hora de investigar la vida sexual de las personas) ha dificultado el conocimiento de las conductas sexuales practicadas con mayor o menor frecuencia en la población. Los primeros estudios científicos tuvieron lugar en los años cuarenta de la mano de Kinsey con una amplia encuesta acerca de los hábitos sexuales de los americanos. Más tarde, en la década de los sesenta, serían Masters y Johnson quienes investigaron pormenorizadamente los aspectos psicológicos y fisiológicos de la respuesta sexual humana (Ibíd., p. 310).

Es en este panorama de falta de información y dificultades metodológicas donde surgen las concepciones científicas actuales: se puede establecer de forma general que la definición de lo que es un trastorno sexual en las clasificaciones diagnósticas se basa, por un lado, en la experiencia subjetiva de malestar o la producción de malestar a otra persona, y por otro lado, en algún aspecto anormal de la conducta sexual. En el diagnóstico deben tenerse en cuenta además las distintas facetas de la respuesta sexual: cognitiva, fisiológica, motor, afectiva, etc. (Ibíd., p. 310).

Actualmente en el DSM se encuentran, dentro del apartado de trastornos sexuales, las parafilias, caracterizadas por una orientación sexual hacia objetos o situaciones inusuales; las disfunciones sexuales, cuyo factor común es la existencia de alteraciones en alguna fase de la respuesta sexual; y los trastornos de la identidad sexual. Siguiendo la línea de interés de este estudio la atención recae en el primer grupo de trastornos.

A partir del DSM-III-R (1987) el término de “desviaciones sexuales” es sustituido por el de “parafilias”, porque “...subraya de una forma correcta que la desviación (para) yace en aquello que es atractivo para el individuo (philia)”. Ya sea “desviación sexual” o “parafilia” resulta difícil pensar en un descriptor sin connotaciones peyorativas. Quizá

podría utilizarse el término “deseos sexuales excéntricos” de Vicente Caballo (2007). En esta versión las parafilias están incluidas dentro de la categoría superior de trastornos de inicio en la infancia, la niñez o la adolescencia.

En general, las parafilias se caracterizan por intensas y repetidas fantasías sexuales, impulsos o conductas sexuales, que generalmente implican objetos no humanos, sufrimiento o humillación propia o del compañero, o niños o personas que no consienten y que persisten, al menos, por un período de seis meses. El DSM-III-R, El DSM-IV y el DSM-IV-TR distinguen nueve parafilias: exhibicionismo, fetichismo, frotteurismo, pedofilia, masoquismo sexual, sadismo sexual, fetichismo transvestista, y una novena categoría de parafilias no especificadas para aquellos casos en los que no se cumplen los criterios diagnósticos para las categorías anteriores. Se establecen también criterios de gravedad. A continuación queda reflejada en la Tabla 36 una breve descripción de cada una de estas parafilias especificadas.

Tabla 36:

Parafilias especificadas en el DSM

Exhibicionismo: exposición de los propios genitales a un extraño que no lo espera.
Fetichismo: uso de objetos inanimados.
Frotteurismo: tocamiento y frotamiento contra una persona que no consiente.
Paidofilia: utilización de niños o prepúberes.
Masoquismo sexual: acto de ser humillado, golpeado, atado o de sufrir de cualquier otra manera como medio de conseguir la excitación sexual.
Sadismo sexual: actos en los que el sufrimiento psicológico o físico de la víctima es sexualmente excitante.
Fetichismo transvestista: acto por el que vestirse con ropas del sexo opuesto produce excitación.
Voyeurismo: acto de observar ocultamente a personas desnudas, que se están desnudando o que se encuentran en plena actividad sexual.

Nota Fuente: Vallejo Ruiloba, 2011, p. 1361

En el DSM-IV las parafilias cambian de categoría para ser englobadas dentro de los trastornos sexuales y de la identidad sexual. Se aclara que el diagnóstico solo debe hacerse si el individuo ha actuado de acuerdo con dichos impulsos o si le causan una marcada molestia, permitiendo así que las personas puedan tener fantasías sexuales desviadas sin ser diagnosticadas bajo la etiqueta de parafilia. Asimismo, al contrario que en el DSM-III, ya no hace falta que el sujeto presente tanto impulsos como fantasías, sino que es suficiente con la existencia de fantasías, impulsos o conductas. Se incluye el criterio temporal de un período mínimo de seis meses.

En el DSM-5 se habla de “trastornos parafilicos” para resaltar que la mera presencia de una parafilia (práctica sexual no dirigida hacia un objeto o situación no perteneciente a los patrones sexuales normativos) no tiene por qué indicar la existencia de un trastorno. Para considerar el trastorno parafílico debe de existir un malestar clínicamente significativo, interferencia en la vida del sujeto o daño a terceros. Los trastornos especificados son los mismos que en las versiones anteriores del manual diagnóstico de la Asociación Americana de Psiquiatría. Se añaden los especificadores de curso “en un ambiente controlado” y “en remisión”.

En cuanto a la última Clasificación Internacional de Enfermedades (CIE) de la Organización Mundial de la Salud (OMS), la CIE-10, se habla de tres grupos de trastornos sexuales: de la identidad sexual, de la inclinación sexual (correspondientes a las parafilias de la APA), las disfunciones sexuales, y los trastornos psicológicos y del comportamiento del desarrollo y orientación sexuales. Los trastornos de la inclinación sexual se localizan dentro de la categoría superior de “Trastornos de la personalidad y de comportamiento adulto”. De forma similar al DSM, se distinguen los siguientes trastornos de la inclinación sexual: fetichismo, transvestismo fetichista, exhibicionismo, escotofilia, paidofilia, sadomasoquismo, trastornos múltiples de la inclinación sexual, otros trastornos de la inclinación sexual y trastornos de la inclinación sexual sin especificar. Dichos trastornos de la inclinación sexual están englobados bajo la categoría general de trastornos de la personalidad y del comportamiento del adulto.

Especial mención a la homosexualidad, incluida dentro de la categoría de parafilias hasta el DSM-II (APA, 1968). La presión de diversos colectivos hizo que en la siguiente edición del manual, el DSM-III (APA, 1980), se eliminara, preservándose la categoría de “homosexualidad egodistónica” para aquellos casos en los cuales la orientación sexual homosexual producía gran malestar. Ya en el DSM-III-R (APA, 1987) se suprimió toda posibilidad de diagnosticar la homosexualidad como un trastorno sexual, aunque sí se incluía entre los ejemplos de trastorno sexual no especificado el “malestar notable y persistente acerca de la propia orientación sexual” (APA, 1988, p. 354), sin especificar si el malestar viene determinado por una orientación hetero, homo o bisexual. En las versiones más recientes se mantiene esta concepción. En la CIE-10 (OMS, 1992) sí se mantiene la entidad diagnóstica de orientación sexual egodistónica, aunque no dentro de la categoría de los trastornos de la inclinación sexual, sino dentro

de los trastornos psicológicos y del comportamiento del desarrollo y orientación sexuales.

En la Tabla 37 queda reflejada la clasificación de las parafilias en las distintas versiones del DSM y en la CIE-10.

Tabla 37:

Clasificación de las parafilias en el DSM y la CIE

DSM-II	DSM-III-R	DSM-IV	DSM-5	CIE-10
Trastornos de personalidad y otros trastornos mentales no psicóticos	Trastornos de inicio en la infancia, la niñez o la adolescencia	Trastornos sexuales y de la identidad sexual	Trastornos parafilicos	Trastornos de personalidad y de comportamiento del adulto
	Trastornos sexuales			
Desviaciones sexuales	Parafilias	Parafilias		Trastornos de la inclinación sexual
Homosexualidad	Exhibicionismo	Exhibicionismo	Trastorno de voyeurismo	Exhibicionismo
Fetichismo	Fetichismo	Fetichismo		Fetichismo
Pedofilia	Frotteurismo	Frotteurismo	Trastorno de exhibicionismo	Paidofilia
Transvestismo	Masoquismo sexual	Masoquismo sexual	Trastorno de fetichismo	Sadomasoquismo
Exhibicionismo	Sadismo sexual	Sadismo sexual	Trastorno de frotteurismo	Transvestismo fetichista
Voyeurismo	Fetichismo transvestista	Fetichismo transvestista	Trastorno de pedofilia	Escoptofilia (voyeurismo)
Sadismo	Voyeurismo	Voyeurismo	Trastorno de masoquismo sexual	Trastorno múltiple de la inclinación sexual
Masoquismo	Parafilia no especificada	Parafilia no especificada	Trastorno de sadismo sexual	Otros trastornos de la inclinación sexual
Otra desviación sexual			Trastorno de travestismo	Trastorno de la inclinación sexual sin especificar
Desviación sexual no especificada			Otro trastorno parafilico especificado	
			Otro trastorno parafilico no especificado	

Para finalizar es importante señalar que las ofensas sexuales (violación, incesto y acoso sexual) no están incluidas en estas clasificaciones a pesar de su gran relevancia social. Rosenhan y Seligman (citados en Belloch et al., 2008, p. 318) justifican este hecho mediante dos razones. La primera se refiere al carácter exclusivo de la parafilia como modo de actividad sexual. En otras palabras, los delincuentes sexuales no suelen cumplir con ninguno de los diagnósticos del DSM para las parafilias, incluida la preferencia por un objeto o situación sexual no normativo. Por ejemplo, solo un porcentaje limitado de hombres que abusan sexualmente de niños cumplen los criterios diagnósticos para la pedofilia y un porcentaje todavía menor de los violadores cumplen con los criterios para el sadismo sexual. La segunda razón alude a que las ofensas sexuales son consideradas como delitos y su inclusión dentro de las clasificaciones diagnósticas pondría en duda la responsabilidad que tienen estas personas sobre sus actos (Caballo, 2007).

Lo cierto es que las clasificaciones actuales tienen todavía serias limitaciones. “Tal como se presentan actualmente, los criterios diagnósticos del DSM para las parafilias parecen ser muy poco relevantes para la práctica de la mayoría de los clínicos y un escollo para comparaciones precisas entre distintas investigaciones” (Ibíd., p. 301).

3.3.4. EPIDEMIOLOGÍA

Se desconoce cuál es el alcance numérico de las parafilias, principalmente porque las personas que las padecen suelen ocultarlo y no suelen solicitar tratamiento.

El exhibicionismo es probablemente la más común de las desviaciones sexuales. Algunos estudios (DiVasto, Kaufman, Jackson, Christy, Pearson y Burgeet, 1984, citado en Belloch et al., 2008, p. 336) señalan que entre el 30 y el 50% de las mujeres informan de haber sido víctimas de un exhibicionista en alguna ocasión.

En relación a la prevalencia por sexos las estadísticas apuntan a que las parafilias afectan con mucha más frecuencia a los hombres. Si bien en el masoquismo hay un elevado número de mujeres, incluso en esta perversión la razón es de 20 a 1 (APA, 1988). En las consultas especializadas las parafilias que se ven con mayor frecuencia son el exhibicionismo, el voyeurismo y la pedofilia (Kaplan, 1999, citado en Vallejo Ruiloba, 2011).

Respecto a la edad de inicio, las parafilias suelen comenzar en la adolescencia, estimándose que un 50% de estas personas inicia su práctica antes de los 18 años (Becker y Kavoussi, 1989, citado en Belloch et al., 2008, p. 336).

3.3.5. ETIOLOGÍA.

3.3.5.1. FACTORES BIOLÓGICOS.

No existe evidencia empírica que avale la presencia de una causa biológica que explique el desarrollo de las parafilias. Entre las hipótesis planteadas se encuentra, en primer lugar, la presencia de niveles anormales de andrógenos que contribuiría a una excitación sexual inapropiada (Aluja y cols., 1989; Bradford y McLean, 1984, citados en Belloch et al., 2008, p. 342). En esta línea se encuentra también la hipótesis de la importancia de la influencia hormonal prenatal, basada en el hecho de que el feto es inicialmente femenino; para la posterior diferenciación sexual del feto genéticamente masculino tiene que darse la producción de testosterona para la androgenización cerebral (De Dios, 2007).

En segundo lugar, se postula la presencia de una alteración del lóbulo temporal (Langevin, 1990; Kolarsky et al., 1967, citados en Belloch et al., 2008, p. 342), encontrando relación entre la epilepsia del lóbulo temporal y algunas parafilias, como el fetichismo y el travestismo compulsivos, que mejoran con tratamiento antiepiléptico o con electroconvulsoterapia. En este sentido las conductas parafilicas serían entendidas como fugas epilépticas o estados crepusculares.

En tercer lugar, Kafka (1997, citado en De Dios, 2007) planteó como etiología de las parafilias un descontrol en el sistema de las monoaminas (dopamina, serotonina y noradrenalina) basado en la evidencia de que estos neurotransmisores pueden facilitar o inhibir el comportamiento sexual.

Por último, ante la existencia de casos que mejoraron con litio, antidepresivos o estabilizadores del estado de ánimo, también se ha planteado la posibilidad de que las parafilias estén vinculadas con ciclos maníaco-depresivos heredados (Flores, 1999, p. 22).

Los resultados de todos estos estudios son contradictorios y poco esclarecedores.

3.3.5.2. FACTORES PSICOLÓGICOS.

Dentro de la comunidad psicológica las hipótesis más aceptadas son las relacionadas al condicionamiento clásico. Desde este planteamiento las parafilias tendrían su origen en la asociación accidental entre un estímulo atípico y la excitación sexual. Dicho aprendizaje quedaría reforzado por la repetición buscada de situaciones similares y por la inclusión de fantasías relacionadas con dichos estímulos durante la masturbación.

Por ejemplo un bebé puede excitarse sexualmente al ser tocado en los genitales durante el cambio de pañales, y tal acontecimiento puede coincidir con la mirada de una mujer de largos cabellos plateados. En su adolescencia, el muchacho se masturba y fantasea con cabellos plateados, dotándolos de muchas asociaciones eróticas. La combinación habitual del pensamiento de los cabellos y la excitación se vuelve tan fuerte, que la persona puede llegar a dudar de su capacidad de desempeñarse sin ella. (Tiefer, citado en Flores, 1999, p. 21)

Aunque existen datos que avalan esta hipótesis (Freund, Scher y Hucker, 1983, citado en Belloch et al., 2008, p. 342), existe un porcentaje significativo de sujetos normales que a pesar de informar de activación sexual ante fantasías de actividades sexuales desviadas no las realizan.

Por ello se han generado hipótesis alternativas, como la teoría de la terminación conductual (McConaghy, 1980, citado en Belloch et al., 2008, p. 342). Propone este autor, en vista a la compulsión e impulsividad de las parafilias, que el sujeto, frente a determinadas claves estímulares asociadas a conductas habituales, experimenta una intensa activación general (no necesariamente de índole sexual) que le lleva a no detenerse en la realización de la conducta y completarla, pues de este modo cesa la activación y la enorme incomodidad que conlleva.

Otra hipótesis alternativa compara y asemeja las parafilias con las adicciones (Herman, 1990, citado en Belloch et al., 2008, p. 342). También sin datos concluyentes.

Las parafilias podrían entenderse también como trastornos del cortejo (Freund, 1990; Freund et al., 1983, citado en Belloch et al., 2008, p. 342). Desde este punto de vista se

cree que las conductas sexuales están biológicamente determinadas, existiendo cuatro fases en las interacciones sexuales humanas: 1) localización y evaluación de la pareja; 2) fase de interacción pretáctil; 3) fase de interacción táctil, y 4) fase de unión genital. El autor señala que pueden producirse anomalías en el patrón de activación de cada una de estas fases dando lugar a una intensificación de la excitación del mismo y derivando por tanto en una desviación sexual. Cada una de las modalidades de la parafilia tendría su correspondencia con una de las fases: el voyeurismo conllevaría una alteración de la fase de localización y evaluación, el exhibicionismo de la fase de interacción pretáctil, el froteurismo de la fase de interacción táctil y la violación de la fase de unión genital. Queda sin explicar, sin embargo, el origen de dichas anomalías.

Por otro lado, hay quienes destacan la importancia de la imitación de modelos, encontrando que un porcentaje elevado de ofensores sexuales han tenido una pobre socialización durante la infancia, además de haber presenciado escenas de violencia y agresiones sexuales en el hogar (Marshall y Barbaree, 1990, citado en Belloch et al., 2008, p. 342).

Se ha planteado también la relevancia de las actitudes y cogniciones hacia el sexo que se van aprendiendo e internalizando a lo largo del desarrollo.

Por último, también se ha subrayado el déficit de habilidades sociales presente normalmente en los sujetos que padecen parafilias.

3.3.6. EVALUACIÓN Y TRATAMIENTO.

En la fase de evaluación hay que recoger toda la información relativa a las conductas sexuales, las actitudes hacia las mismas, las habilidades instrumentales y el medio donde se desenvuelven. El objetivo del tratamiento será no solo eliminar los comportamientos desviados, sino también establecer unos impulsos eróticos y unas conductas sexuales normales.

Bajo la teoría del condicionamiento clásico los primeros programas para el tratamiento de parafilias fueron desarrollados en los años sesenta y setenta con el fin de extinguir la excitación ante estímulos inadecuados y generar excitación ante estímulos normales, generalmente técnicas aversivas (sensibilización encubierta, aversión olfativa,

aversión eléctrica, etc.). Se hicieron patentes los prejuicios contra las personas cuya sexualidad no encajaba dentro de lo que se entendía por “normal”.

Gran parte de estos primeros procedimientos se caracterizaron, desgraciadamente, por actitudes llenas de prejuicio hacia esas personas. Por ejemplo, hasta mediados de los años setenta, uno de los principales grupos de sujetos considerados como objetivos de tratamiento eran los hombres homosexuales, la mayoría de los cuales no manifestaba rasgos egodistónicos. De modo similar, la terapia aversiva (que normalmente incluía la ingestión de un emético o la aplicación de una descarga eléctrica desagradable) era frecuentemente el método preferido de tratamiento. (Caballo, 2007, p. 301)

Aparte del recelo que se respiraba contra estos sujetos, tampoco parecía suficiente un enfoque meramente comportamental porque pronto se observó que en gran parte de los casos existía un importante déficit de habilidades sociales, por lo que se fueron añadiendo al tratamiento técnicas como el entrenamiento en asertividad, comunicación social y habilidades heterosexuales.

A partir de los años ochenta, con el auge de las terapias cognitivas se han incorporado también técnicas dirigidas a modificar distorsiones cognitivas e ideas irracionales (McConaghy, 1993, citado en Belloch et al., 2008, p. 343).

Hoy en día, como resultado de esta evolución, se emplean programas de tratamiento de amplio espectro con el objetivo de abordar las parafilias desde todas las vertientes posibles. Así, estos programas incluyen: eliminación de la excitación sexual ante estímulos desviados (técnicas aversivas y fármacos antiandrógenos), aumento de la excitación sexual adecuada (recondicionamiento del orgasmo, moldeamiento y desvanecimiento), disminución de la ansiedad heterosexual (desensibilización sistemática y exposición), mejorar el funcionamiento heterosexual (entrenamiento en habilidades sociales), y modificación de conductas desviadas asociadas al sexo (modelado, autoinstrucciones y ensayo conductual).

3.4. LA PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA.

3.4.1. SIGMUND FREUD.

3.4.1.1. FREUD Y SU ESTUDIO SOBRE LA PERVERSIÓN.

La perversión nunca fue el tema central pero se encuentra presente a lo largo de toda la obra freudiana, pudiendo establecer tres momentos cruciales: el primero corresponde a *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905) y sus primeras indagaciones acerca del tema, colocando la perversión dentro de la sexualidad normal y por tanto de la sexualidad infantil; el segundo a su propuesta de etiología en *Pegan a un niño* (1919); y el tercero al desarrollo de los conceptos de renegación y escisión yoica en obras como *Fetichismo* (1927) y *Escisión del yo en el proceso de defensa* (1938).

En la Tabla 38 quedan recogidas las principales obras de Freud que toda investigación acerca de la perversión sexual debería de analizar, y las contribuciones más importantes que cada una de ellas aporta al estudio en cuestión.

Tabla 38:

Obras principales de Freud para el estudio de la perversión

Freud	
Obra	Ideas principales
<i>Tres ensayos para una teoría sexual</i> (1905)	La perversión como parte de la sexualidad normal. Niño perverso-polimorfo. Semejanza entre perversión y sexualidad infantil. Predominio de pulsiones parciales. Exclusividad y fijación. Perversión como negativo de la neurosis. Clasificación de las perversiones.
<i>Tótem y tabú</i> (1912)	La represión de la perversión como base de la neurosis y de la sociedad.
<i>Los instintos y sus destinos</i> (1915)	Plasticidad de los modos de satisfacción pulsionales. Variabilidad del objeto en función de la historia personal.
<i>Pegan a un niño</i> (1919)	Etiología de la perversión. Fantasía de flagelación.
<i>Más allá del principio del placer</i> (1920)	Pulsión de muerte. Repetición.
<i>La cabeza de Medusa</i> (1922)	Relación entre perversión y agresividad.
<i>La organización genital infantil (Adición a la teoría sexual)</i> (1923)	Primacía del falo. Escisión del yo.
<i>El problema económico del masoquismo</i> (1924)	Tipos de masoquismo: erótico, moral y femenino. Complementación entre sadismo y masoquismo.
<i>Fetichismo</i> (1927)	Renegación. El fetiche como sustituto del falo materno.
<i>El malestar en la cultura</i> (1929)	La represión de la sexualidad y de la agresividad en detrimento de la convivencia en sociedad. La importancia de la culpa.
<i>Escisión del “yo” en el proceso de defensa</i> (1938)	Escisión del yo.
<i>Compendio del psicoanálisis</i> (1938)	Renegación y escisión del yo.

3.4.1.2. LA PERVERSIÓN COMO PARTE DEL DESARROLLO SEXUAL NORMAL.

Freud rompió con el lenguaje al que sus coetáneos estaban acostumbrados e introdujo una perspectiva nueva de la psique humana.

Esta dialéctica freudiana estaba destinada a permanecer largo tiempo incomprendida, puesto que reemplazaba las oposiciones cualitativas de “normal” y “anormal” por articulaciones en forma de “variaciones”, localizaciones, catexis y de relaciones estructurales (topológicas). Salud mental y patología (sexual) son, pues, organizaciones

diferentes de una misma humanidad, según los modos originales de una economía psíquica aleatoria cotizada en la bolsa de la historia (subjética) y del destino individual. (Chazaud, 1976, p. 20)

Comienza pronto, ya en su correspondencia con Fliess, a indagar acerca de las perversiones (Álvarez et al., 2004). Hijo de su tiempo, las vincula con la obtención de satisfacción sexual por una vía distinta a la del coito genital heterosexual, pero a la vez fue el primero en cuestionar las concepciones clásicas rechazando la idea de que son desviaciones respecto a la norma y defendiendo que surgen de la sexualidad normal. En toda relación sexual pueden incluirse prácticas perversas sin por ello tener que hablar de patología alguna.

Los médicos que primero estudiaron las perversiones en casos típicos y bajo condiciones especiales se inclinaron, naturalmente, a atribuirles el carácter de un estigma patológico o degenerativo, como ya vimos al tratar de la inversión. Sin embargo, es más fácil demostrar aquí, en los casos de perversión, el error de estas opiniones. La experiencia cotidiana muestra que la mayoría de estas extralimitaciones, o por lo menos las menos importantes entre ellas, constituyen parte integrante de la vida sexual del hombre normal y son juzgadas por éste del mismo modo que otras de sus intimidades. En circunstancias favorables, también el hombre normal puede sustituir durante largo tiempo el fin sexual normal por una de estas perversiones o practicarla simultáneamente. En ningún hombre normal falta una agregación de carácter perverso al fin sexual normal, y esta generalidad es suficiente para hacer notar la impropiedad de emplear el término perversión en un sentido peyorativo. (Freud, 1905, p. 1187)

Esta constatación tuvo lugar por la aplicación del psicoanálisis en pacientes neuróticos, en quienes “pueden revelarse las tendencias a todas las perversiones como poderes inconscientes, que actúan en calidad de generadores de síntomas” (Ibíd., p. 1230).

Añade Freud que personas de conducta normal en la vida cotidiana pueden presentar caracteres patológicos en la vida sexual, pero que, sin embargo, quienes presentan

conductas anormales en otras relaciones vitales se hallan siempre en conexión con una vida sexual anormal.

Conque la característica que distingue la práctica perversa normal de la práctica perversa patológica reside en la existencia o no de exclusividad y fijación. “El perverso típico tiene una sola manera de hallar placer sexual” (Fenichel, 1984, p. 369).

Cuando la perversión no aparece al lado de lo normal (fin sexual y objeto), sino que, alentada por circunstancias que la favorecen y que se oponen en cambio a las tendencias normales, logra reprimir y sustituir por completo a estas últimas; esto es, cuando presenta los caracteres de exclusividad y fijación, es cuando podremos considerarla justificadamente como un síntoma patológico. (Freud, 1905, p. 1230)

O, en otras palabras, la perversión radica en la consecución del goce sexual a partir del fantasma perverso.

Que una determinada modalidad de goce perverso pueda ser o no tildada de patológica depende más bien de que presente un carácter de absoluta y monótona exclusividad, esto es, de que la escena fantasmática perversa constituya la condición *sine qua non* para acceder al goce sexual (...) (Álvarez, 2004, p. 682)

Además de ofrecer una visión no aberrante de las perversiones, Freud, en el mismo año, asimila la sexualidad perversa a la sexualidad infantil al estar ambas sujetas a la predominancia de las pulsiones parciales. “(...) podemos deducir que el instinto sexual no es, quizá algo simple, sino compuesto, y cuyos componentes vuelven a separarse unos de otros en las perversiones” (1905, p. 1188).

La sexualidad infantil difiere de la sexualidad adulta en varios aspectos. La diferencia que más resalta es que la excitación más intensa no se localiza forzosamente en los genitales,

sino que estos juegan más bien el papel de *primus inter pares* entre otras muchas zonas erógenas. También los fines son diferentes; no tienden necesariamente al coito sino que se detienen en actividades que más tarde desempeñan un papel en el placer preliminar. (Fenichel, citado en Baca, 2014, p. 118)

Así, todo niño es un perverso polimorfo, cuyos componentes pulsionales, en un principio autónomos, se organizarán posteriormente, durante la pubertad, entorno a la zona genital. “(...) bajo una capa neurótico-normal todos conservamos los restos de un niño perverso-polimorfo” (McDougall, 2012, p. 56).

El niño pequeño es una criatura instintiva, llena de impulsos sexuales perversos polimorfos, o para expresarlo más correctamente, llena de una sexualidad total aun indiferenciada que contiene, en uno solo, lo que después serán los instintos parciales. (Fenichel, citado en Baca, 2014, p. 118)

Sin embargo, estas pulsiones parciales pueden persistir derivando en sexualidad perversa como resultado de una regresión a una etapa anterior de la evolución libidinal donde el sujeto queda fijado. Habría en toda perversión, por lo tanto, “algo de obstrucción del desarrollo y algo de infantilismo” (Freud, 1905, p. 1230). De igual modo que el superyó es el heredero del complejo de Edipo, la perversión es la heredera de la vida sexual infantil (Chazaud, 1976).

Efectivamente, el yo infantil, porque está inacabado e ignora el objeto, es ante todo un yo *ideal* que apunta, con su “omnipotencia narcisista”, a una situación de placer que refleja ampliamente el *autoerotismo* de las “pulsiones parciales”. Pero el narcisismo sufre un destino particular. Por diversas razones, de las que algunas son económicas (exceso libidinal, riesgo de estasis, etc...), un contingente de la “libido del yo” se vuelve hacia objetos que siguen las vías trazadas con el apoyo de diversas acciones conservadoras. Sin embargo, no todas las catexis del yo son transferidas al objeto (en sus partes). Una fracción de las mismas se elabora dentro de la instancia ética cultural que gobierna el respeto de sí mismo y el ideal represivo-crítico; ello acaece bajo la influencia modeladora

del “otro” que se convierte en el *ideal del yo*. Dicho de otra manera, el narcisismo “perdido” de la infancia, es proyectado posteriormente sobre el super yo, en el momento de la elección sexual total del objeto.

(...) Podríamos admitir, en consecuencia, que cuando el ideal del yo no adquiere forma completa (siempre la adquiere en el futuro neurótico), la tendencia sexual no reprimida se manifiesta entonces como una perversión. (Ibíd., pp. 40-41)

La fidelidad a la perversión será mayor cuanto más intenso sea el complejo de castración o, en otros términos, cuanto más fuerte sea el deseo. No obstante, que un individuo se adhiera con mayor fuerza a la perversión no conlleva necesariamente una mayor gravedad en la sintomatología y el comportamiento.

Ahora bien, no por más primitiva en una supuesta psicogénesis la conducta es más perversa o inmoral. Puede ser más placentera o más dolorosa, menos libre o más tumultuosa e incapaz, más infantil en definitiva, pero no más perversa por necesidad. (Colina, 2006, p. 119)

Hay en la perversión tal idealización de la pulsión parcial que convierte en prescindible e incluso despreciable la satisfacción a partir de la totalidad del objeto.

(...) las perversiones representan una *paradoja de la idealización*. Idealización de la *pulsión parcial*, intensamente satisfecha y “sobrestimada” en una *relación parcial* también con el objeto o con un objeto parcial. Esta idealización parcial reemplazaría de hecho las formaciones reactivas y las sublimaciones corolarias del reconocimiento de la totalidad del objeto idealizado del amor. (Ibíd., p. 42)

Este estancamiento ocurre porque en la infancia el pudor, la repugnancia y la moral, en su calidad de resistencias, están apenas desarrollados. Así el instinto sexual fácilmente se dirige fuera de los límites de la normalidad ante la influencia de la seducción y la corrupción.

La adquisición de las perversiones y su práctica encuentran, por tanto, en él muy pequeñas resistencias, porque los diques anímicos contra las extralimitaciones sexuales; o sea, el pudor, la repugnancia y la moral, no están aún constituidos en esta época de la vida infantil o su desarrollo es muy pequeño. (Freud, 1905, p. 1205)

De hecho, en un primer momento la pulsión, apuntalada en las funciones vitales, no necesita de la presencia de otro para satisfacerse. Es necesario un movimiento para que el ser eróticamente autosuficiente se convierta en un perverso polimorfo: la intrusión del Otro (Psicoanálisis y el hospital, 2006). Pero esta presencia debe ser comedida, sin invadir, ni agredir, ni seducir, para que el desarrollo psicosexual óptimo sea posible.

Por todo ello, Freud entiende que la sexualidad normal es aquella en que todas las excitaciones sexuales se subordinan a la primacía de las zonas genitales, de igual modo que los placeres parciales se subordinan al orgasmo heterosexual.

Ante tales descubrimientos, una consecuencia directa es la deducción de la independencia existente entre el instinto sexual y el objeto sexual, no llevando el segundo al primero, sino viceversa. Dice Freud, al respecto: “Probablemente, el instinto sexual es un principio independiente de su objeto, y no debe su origen a las excitaciones emanadas de los atractivos del mismo” (Ibíd., p. 1179).

Más tarde, Sigmund Freud (1915) aportará unas cuantas precisiones a este primer enfoque de las perversiones. Primero, una consideración que permite comprender mejor la sexualidad perversa desde el punto de vista de la plasticidad de los modos de satisfacción pulsionales. La satisfacción tiende siempre a satisfacerse. Si no puede hacerlo mediante un fin, buscará otro, aunque sea para satisfacerse solo parcialmente.

El fin de un instinto es siempre la satisfacción, que solo puede ser alcanzada por la supresión del estado de excitación de la fuente del instinto. Pero aun cuando el fin último de todo instinto es invariable, puede haber diversos caminos que conduzcan a él, de manera que para cada instinto pueden existir diferentes fines próximos susceptibles de ser combinados o sustituidos entre sí. La experiencia nos permite hablar también de instintos coartados en su fin, esto es, de procesos a los que se permite avanzar cierto espacio hacia la satisfacción del instinto, pero que experimentan luego una inhibición o una desviación.

Hemos de admitir que también con tales procesos se halla enlazada una satisfacción parcial. (p. 2042)

Segundo, nos aporta una precisión a propósito del objeto de la pulsión sexual. Dicho objeto es tomado por la pulsión para satisfacerse. Es inespecífico, variable y dependiente de la historia personal de cada sujeto.

El objeto del instinto es la cosa en la cual o por medio de la cual puede el instinto alcanzar su satisfacción. Es lo más variable del instinto; no se halla enlazado a él originariamente, sino subordinado a él a consecuencia de su adecuación al logro de la satisfacción. No es necesariamente algo exterior al sujeto, sino que puede ser una parte cualquiera de su propio cuerpo y es susceptible de ser sustituido indefinidamente por otro durante la vida del instinto. Este desplazamiento del instinto desempeña importantes funciones. Puede presentarse el caso de que el mismo objeto sirva simultáneamente a la satisfacción de varios instintos (...). Cuando un instinto aparece ligado de un modo especialmente íntimo y estrecho al objeto, hablamos de una fijación de dicho instinto. Esta fijación tiene efecto con gran frecuencia en períodos muy tempranos del desarrollo de los instintos y pone fin a la movilidad del instinto de que se trate, oponiéndose intensamente a su separación del objeto. (Ibíd., pp. 2042)

Por tanto, el incesante empuje hacia la satisfacción que opera sobre las pulsiones hace que éstas puedan tomar cuatro destinos posibles: ser reprimidas, ser sublimadas, transformarse en su contrario o ser desplazadas hacia otra persona. Son estos dos últimos destinos los que se relacionan especialmente con la aparición de rasgos perversos en el sujeto (Álvarez et al., 2004).

En esta primera etapa, si bien el autor introduce ideas fundamentales para la comprensión de la perversión, se halla todavía muy lejos de una conceptualización sólida. En este momento la perversión es explicada simplemente como la contrapartida de las neurosis (Freud, 1905); al contrario que el neurótico, el perverso no reprime, sino que actúa directamente en la realidad. Es decir, mientras que en la neurosis el retorno de lo sexual reprimido provoca displacer, en la perversión la fantasía sexual consciente

provoca placer (Carvalho, 2014). “En el instante del acto, el perverso está de acuerdo con su impulsión. Éste es el escándalo.” (Chazaud, 1976, p. 37).

En *Tótem y tabú* (1912) Freud plantea un paralelismo de este fenómeno a nivel social. En su mito de la horda primitiva coloca la doble prohibición del deseo de asesinar al padre y del deseo de desposar a la madre en el origen de la neurosis, y también en el origen de la sociedad. Los hermanos, tras asesinar al padre perverso, han de pactar la exogamia para poder convivir; la inhibición y la renuncia como fundamento de la neurosis y de la cultura.

Los hermanos, asociados para suprimir al padre, tenían que convertirse en rivales al tratarse de la posesión de las mujeres. Cada uno hubiera querido tenerlas todas para sí, a ejemplo del padre, y la lucha general que de ello hubiese resultado habría traído consigo el naufragio de la nueva organización. En ella no existía ya ningún individuo superior a los demás por su poderío que hubiese podido asumir con éxito el papel del padre. Así, pues, si los hermanos querían vivir juntos, no tenían otra solución que instituir (después de haber dominado quizá grandes discordias) la prohibición del incesto, con la cual renunciaban todos a la posesión de las mujeres deseadas, móvil principal del parricidio. (p. 1839)

Lacan (1962) haría después su propia lectura: el fantasma perverso es equivalente al fantasma del neurótico; el perverso actúa el fantasma neurótico.

3.4.1.3. CLASIFICACIÓN DE LAS PERVERSIONES.

Freud distinguió, dentro de la perversión, entre desviaciones respecto al objeto sexual y desviaciones respecto al fin sexual. Las primeras son aquellas en las cuales la atracción sexual no se dirige hacia una persona adulta y del sexo opuesto, esto es, la inversión u homosexualidad (persona del mismo sexo), la zoofilia (animales) y la pedofilia (impúberes). Las segundas, en cambio, son aquellas en las cuales la atracción y la satisfacción sexuales se descargan por otro medio diferente al del coito genital, subdividiéndose a su vez en transgresiones anatómicas de los dominios corporales destinados a la unión sexual (sexo oral, sexo anal, fetichismo, etc.) y detenciones en

fases intermedias que normalmente se recorren con rapidez en el camino hacia el fin sexual definitivo.

Se muestra en la Tabla 39 dicha clasificación.

Tabla 39:
Clasificación de las perversiones según Freud (1905)

Desviaciones sexuales	
Respecto al objeto sexual	Respecto al fin sexual
Inversión	Transgresión anatómica (sexo oral, anal, fetichismo)
Zoofilia	Fijación de los fines sexuales preliminares (masturbación, voyeurismo, sadismo y masoquismo)
Pedofilia	

3.4.1.4. GÉNESIS DE LA PERVERSIÓN.

Sigmund Freud, en su obra *Pegan a un niño* de 1919, hace una aportación de sus descubrimientos acerca del origen de las perversiones. Observa en sus casos clínicos que la fantasía de flagelación, aparecida por primera vez en la etapa infantil temprana y conservada posteriormente para la satisfacción onanista, puede ser un signo primario de perversión.

Uno de los componentes de la función sexual se habría anticipado a los demás en la evolución, se habría hecho prematuramente independiente y se habría fijado, escapando así a los procesos evolutivos ulteriores y testimoniando una constitución especial anormal del individuo correspondiente. (p. 2466)

Esta fantasía sufre distintas transformaciones a lo largo de tres fases. En la primera, la idea principal es: “el padre pega al niño”, siendo el niño un hermano pequeño, odiado y envidiado por tener que compartir con él el amor de los padres. Este suceso, presenciado solamente imaginado, será motivo de disfrute del niño, pues el castigo físico representa: “el padre no quiere a este otro niño; solo me quiere a mí”.

En una segunda fase surgen los sentimientos de culpa ante los deseos incestuosos. Frente a la conciencia de esta culpabilidad el niño busca el castigo mediante la idea: “yo soy golpeado por mi padre”, lo cual significa: “no, no te quiere, pues te pega”. La culpabilidad convierte el sadismo en masoquismo. La organización genital precoz de esta fase sucumbe a la represión y sufre una regresión a la organización pregenital anal de la vida sexual.

Este “ser pegado” constituye una confluencia de la conciencia de culpabilidad con el erotismo; no es solo el castigo de la relación genital prohibida, sino también su sustitución regresiva, y de esta última fuente extrae la excitación libidinosa, que desde este punto queda unida a ella y buscará una descarga en actos onanistas. (Ibíd., p. 2471)

Recordar que la fase anal de la evolución psicosexual es la primera en la que tiene lugar la dualidad entre lo activo y lo pasivo, entre expulsar y retener, hallándose pues en relación con el sadismo, pues se trata de destruir y controlar. Por esta razón esta etapa es conocida también como fase anal-sádica.

La ligazón entre el sadismo y el erotismo anal vendría marcada por el carácter bipolar y profundamente ambivalente de la pulsión sádica (que apunta contradictoriamente a la destrucción del objeto y a conservarlo dominándolo), y que encontraría su correspondencia simbólica en el comportamiento también bifásico del esfínter anal (expulsión-retención). (De la Hoz, 2000, p. 373)

Por último, en la tercera fase se retrocede a la primera, pues la segunda queda reprimida fuertemente en el inconsciente. Así, el niño aparece como simple espectador, mientras que el padre normalmente es sustituido por alguna otra figura de autoridad. Aunque a simple vista parezca una fantasía sádica, en realidad es masoquista, pues la satisfacción se halla en la carga libidinosa de la escena reprimida de la segunda fase, junto el sentimiento de culpa.

En la Tabla 40 quedan recogidas estas tres fases de forma resumida.

Tabla 40:Fases del origen de la perversión según Freud en *Pegan a un niño* (1919)

Fase secundaria generadora	Fase primaria intermedia	Fase estable
Mi padre le está pegando a un Niño que yo odio	Estoy siendo golpeado por mi padre	Alguien (un profesor) golpea a un niño o lo humilla
Mi padre <i>no</i> ama a mi rival	Mi padre me pega, mi padre me ama	Significado ambiguo que puede relacionarse al placer masturbatorio

Nota Fuente: Fundación del Campo Freudiano, 1990, p. 159

Freud deduce de este estudio, acerca de la fantasía de flagelación, una serie de resultados:

El primer resultado de nuestro estudio se refiere a la génesis de las perversiones. No tenemos por qué variar nuestra hipótesis, que atribuye en este punto máxima importancia a la intensificación constitucional o a la anticipación de un componente sexual; pero con esto no está dicho todo. La perversión no aparece ya aislada en la vida sexual del niño, sino que es acogida en el conjunto de los procesos evolutivos típicos (por no decir normales) que ya conocemos. Queda relacionada con el amor objetivado incestuoso del niño con su complejo de Edipo; surge por vez primera basada en este complejo, y a su desaparición queda subsistente como resto, muchas veces único, del mismo, como legataria de su carga libidinosa y sustentáculo de la conciencia de culpabilidad a él adherida. Por último, la constitución sexual anormal ha mostrado su energía imponiendo al complejo de Edipo una orientación especial y obligándole a subsistir en un fenómeno residual desacostumbrado. (1919, p. 2473)

En resumen, Freud se pregunta si la génesis de las perversiones puede derivarse, de forma general, del complejo de Edipo.

3.4.1.5. LA RENEGACIÓN Y LA ESCISIÓN DEL YO.

Más tarde, Sigmund Freud (1922) se dio cuenta de “que la perversión puede tener que ver con impulsos agresivos y no solo libidinosos” (Etchegoyen, 2009, p.221). En su obra *La cabeza de Medusa* nos muestra el empleo de los genitales con fines hostiles, los

femeninos por el terror que emanan, y los masculinos como símbolo de seguridad y desafío.

Si la cabeza de la Medusa sustituye la representación de los genitales femeninos, o si más bien aísla su efecto terrorífico de su acción placentera, cabe recordar que ya conocemos en otros casos la ostentación de los genitales como un acto apotropeico. Lo que despierta horror en uno mismo también ha de producir idéntico efecto sobre el enemigo al que queremos rechazar. (...)

También el miembro viril erecto tiene acción apotropeica, pero merced a otro mecanismo. Mostrar el pene (o cualquiera de sus sucedáneos) significa decir: “No te temo, te desafío; tengo un pene.” He aquí, pues, otra manera de intimidar al espíritu maligno. (p. 2697)

Solo un año después se da cuenta de que en la organización genital infantil se trata, no de la primacía genital, sino de la primacía del falo. Para el niño pequeño solo existe un órgano genital: el masculino, y está presente en todos los demás seres de la naturaleza, sean vivos o inertes.

El niño percibe, desde luego, las diferencias externas entre hombres y mujeres, pero al principio no tiene ocasión de enlazar tales diferencias a una diversidad de sus órganos genitales. Así pues, atribuye a todos los demás seres animados, hombres y animales, órganos genitales análogos a los suyos y llega hasta buscar en los objetos inanimados un miembro igual al que él posee. (Freud, 1923, p. 2699)

No obstante, la experiencia le muestra inevitablemente al niño que no todas las personas tienen un órgano genital como el suyo. La ausencia de pene en niñas y mujeres le crea tal angustia de castración que el niño intenta darse explicación mediante teorías infantiles. Por ejemplo, piensa que a la niña ya le crecerá en un futuro.

Ya es conocido cómo reaccionan a la primera percepción de la falta del pene en las niñas. Niegan tal falta, creen ver el miembro y salvan la contradicción entre la observación y el

prejuicio pretendiendo que el órgano es todavía muy pequeño y crecerá cuando la niña vaya siendo mayor. Poco a poco llegan luego a la conclusión, efectivamente muy importante, de que la niña poseía al principio un miembro análogo al suyo, del cual fue luego despojada. La carencia de pene es interpretada como el resultado de una castración, surgiendo entonces en el niño el temor a la posibilidad de una mutilación análoga. (Ibíd., p. 2699)

Y una vez que es aceptada la diferencia sexual anatómica, la ausencia de pene no es atribuida todavía a todas las mujeres, sino únicamente a aquéllas que son indignas.

(...) cree que solo algunas personas femeninas indignas, culpables probablemente de impulsos ilícitos, análogos a los suyos, han sido despojadas de los genitales. Las mujeres respetables, como la madre, conservan el pene. La femineidad no coincide aún para el niño con la falta de miembro viril. Solo más tarde, cuando el niño aborda los problemas de la génesis y el nacimiento de los niños y descubre que únicamente las mujeres pueden parirlos, es cuando deja de atribuir a la madre un miembro viril, construyendo entonces complicadas teorías encaminadas a explicar el trueque del pene por un niño. (Ibíd., p. 2700)

Es en esta obra cuando la perversión empieza al fin a cobrar individualidad, pues la investigación empieza a explorar un tema esencial: la escisión del yo. Tal como observa Etchegoyen (2009):

El punto de partida se encuentra en *La organización genital infantil* (1923), donde Freud afirma que, frente a la primera (y honda) impresión ante la falta de pene en la mujer, el niño verleugnet (reniega, reprueba, desmiente) el hecho y cree que ha debido ver un pene. (p. 221)

Este concepto de división en el yo perverso es perfilado en 1938 con *Escisión del yo en el proceso de defensa*. El niño, acostumbrado y gozoso de satisfacer su pulsión, se

enfrenta con una amenaza real que le obliga a tomar una decisión: reconocer el peligro y abandonar la satisfacción, o negar la realidad para poder continuar satisfaciendo su pulsión. El perverso en este punto elige ambas opciones a la vez, o lo que es lo mismo, no toma decisión alguna.

Así, hay un conflicto entre la exigencia del instinto y la prohibición por parte de la realidad. Pero en la práctica el niño no toma ninguno de estos caminos o más bien sigue ambos simultáneamente, lo cual viene a ser lo mismo. Replica al conflicto con dos reacciones contrapuestas y las dos válidas y eficaces. Por un lado, con la prohibición; por otro lado, al mismo tiempo, reconoce el peligro de la realidad, considera el miedo a aquel peligro como un síntoma patológico e intenta, por consiguiente, despojarse de dicho temor. Hay que confesar que ésta es una solución ingeniosa. Las dos partes en disputa reciben lo suyo: al instinto se le permite seguir con su satisfacción y a la realidad se le muestra el respeto debido. (Freud, 1938a, p. 3375)

Digamos que la perversión responde a un “*encogimiento* ante el complejo de Edipo” (Chazaud, 1976, p. 38). Por supuesto, esta solución tiene graves consecuencias para la identidad del individuo, el cual queda escindido, dividido en dos.

Pero todo esto ha de ser pagado de un modo u otro, y este éxito se logra a costa de un desgarrón del yo que nunca se cura, sino que se profundiza con el paso del tiempo. Las dos reacciones contrarias al conflicto persisten como el punto central de una escisión del yo. (Ibíd., pp. 3375-3376)

Vemos cómo ante la angustia de castración puede haber desenlaces muy diferentes, de los cuales dependerá que el niño desarrolle una organización neurótica o perversa. El neurótico acepta la castración sometándose a la ley, mientras que el perverso también acepta la castración, pero bajo la condición de transgredirla continuamente.

De manera sintética, recordemos que Freud distingue esquemáticamente tres posibilidades de salida ante la angustia de castración. Un tipo de salida donde el sujeto aceptará de buen o mal grado la imposición de la castración y de la ley sometiéndose, pero a riesgo de desplegar, hasta el infinito, una inagotable nostalgia sintomática ante la pérdida sufrida. Este es el patrimonio común de los neuróticos (histéricos y obsesivos). Otros dos tipos de salida se ofrecen igualmente a los sujetos que solo aceptarán la incidencia de la castración bajo reserva de transgredirla continuamente. Lo propio del proceso perverso es comprometerse en esta vía incómoda. (Dor, 2009, p. 96)

Estas dos vías se refieren a la homosexualidad y al fetichismo, ambas formas de perversión para Freud. Como dice Chazaud (1976), no se sabe exactamente por qué unos sujetos se vuelven fetichistas y otros homosexuales cuando ambos se resienten frente a los órganos genitales femeninos. Parece ser que el homosexual, al tener un yo más desarrollado, no niega tan firmemente la ausencia de falo femenino sino que centra su interés en el falo masculino, escapando así de la amenaza de castración sin necesidad de denegar realidad alguna.

Finalmente, ya en 1927, con los estudios sobre el fetichismo, comienza a perfilarse el concepto sobre el cual se constituyen las perversiones: la renegación. El perverso se escuda tras este proceso al no poder enfrentarse a la angustia de castración que le provoca la percepción de la realidad, la percatación de la ausencia de pene en la madre, resolviendo el conflicto con el objeto fetiche. Freud, en esta obra, afirma, entonces, que “el fetiche es el sustituto del falo de la mujer (de la madre), en cuya existencia el niño pequeño creyó otrora y al cual (bien sabemos por qué) no quiere renunciar” (p. 2993).

El proceso transcurrido consiste, pues, en que el niño rehúsa tomar conocimiento del hecho percibido por él de que la mujer no tiene pene. No; eso no puede ser cierto, pues si la mujer está castrada, su propia posesión de un pene corre peligro, y contra ello se rebela esa porción de narcisismo con que la previsora naturaleza ha dotado justamente a dicho órgano. (Ibíd., p. 2993)

Tiempo después, en 1938, con su obra *Compendio del psicoanálisis*, Freud propone una formulación aún más explícita sobre la renegación en el fetichismo:

Esta anormalidad, que puede incluirse entre las perversiones, se basa, como sabemos, en que el enfermo (casi siempre del sexo masculino) no acepta la falta del pene de la mujer, defecto que le resulta desagradable en extremo, pues representa la prueba de que su propia castración es posible. Por eso reniega de sus propias percepciones sensoriales, que le han demostrado la ausencia del pene en los genitales femeninos, y se aferra a la convicción contraria. Pero la percepción renegada no ha dejado de ejercer toda influencia, pues el enfermo no tiene el coraje de afirmar haber visto realmente un pene. En cambio, toma otra cosa, una parte del cuerpo o un objeto y le confiere el papel del pene que por nada quisiera echar de menos. Por lo común se trata de algo que realmente vio entonces, cuando contempló los genitales femeninos, o bien de algo que se presta para sustituir simbólicamente al pene. Pero sería injusto calificar de escisión yoica a este mecanismo de formación del fetiche, pues se trata de una transacción alcanzada con ayuda del desplazamiento, tal como ya lo conocemos en el sueño. Pero nuestras observaciones nos muestran algo más. El fetiche fue creado con el propósito de aniquilar la prueba según la cual la castración sería posible, de modo que permitiera evitar la angustia de castración. Si la mujer poseyera un pene, como otros seres vivientes, ya no sería necesario tener que temblar por la conservación del propio pene. (1938b, pp. 3415-3416)

Hay que puntualizar que para Freud esta doble actitud frente a la castración tiene lugar también en sujetos no fetichistas, pudiendo deducir que se refiere en general a los sujetos perversos (Dor, 2009).

En la misma obra Freud explica por qué el fetichismo está, en la mayor parte del tiempo, parcialmente desarrollado, y cómo a su vez el comportamiento fetichista coexiste en paralelo con el comportamiento sexual normal. Y es que en ocasiones la frontera entre normalidad y perversión es tan fina que permite que se entremezclen. “Sabemos, efectivamente, que toda pulsión sobreviene en oleadas, semejantes a las sucesivas bocanadas de un volcán, lo cual daría perfecta explicación de los cuadros mixtos” (Chazaud, 1976, p. 44).

Ambas actitudes subsisten la una junto a la otra durante la vida entera, sin afectarse mutuamente. He aquí lo que justificadamente puede llamarse una escisión del yo. Esta circunstancia también nos permite comprender que el fetichismo solo esté, con tal frecuencia, parcialmente desarrollado. No domina con carácter exclusivo la elección de objeto, sino que deja lugar para una medida más o menos considerable de actitudes sexuales normales, y a veces aun llega a restringirse a un papel modesto o a una mera insinuación. Por consiguiente, los fetichistas nunca logran desprender completamente su yo de la realidad del mundo exterior. (Freud, 1938b, p. 3416)

Una vez más el autor vuelve a defender que el origen de la sexualidad perversa se halla dentro de la sexualidad infantil, y por tanto, de la sexualidad normal. La diferencia radica en qué mecanismo de defensa predomina en cada persona, si la represión, o la renegación.

Retomemos nuestra indicación de que el yo infantil, bajo el dominio del mundo real, liquida las exigencias instintuales inconvenientes mediante la denominada represión. Completémosla ahora con la nueva comprobación de que en la misma época de su vida el yo se ve a menudo en la situación de rechazar una pretensión del mundo exterior que le resulta penosa, cosa que logra mediante la renegación o repudiación de las percepciones que lo informan de esa exigencia planteada por la realidad. (...) El desenlace depende, una vez más, de cuál de ambas posiciones logre alcanzar la mayor intensidad. (Ibíd., pp. 3416-3417)

Por lo tanto, Sigmund Freud defiende que la distinción primordial entre la perversión y la neurosis reside en una diferencia de orden topográfico y estructural. Mientras que en las neurosis las representaciones contradictorias se sitúan en sistemas diferentes (el yo y el ello), en las perversiones ambas representaciones se encuentran en el mismo sistema (el yo). En palabras de Joel Dor (2009):

Puesto que Freud nos conduce a la idea de una diferencia topográfica, no puede tratarse sino de una topografía del aparato psíquico, o sea una topografía a la vez intrasistémica e

intersistémica. En la neurosis, estamos en el seno de una topografía intersistémica puesto que las representaciones inconciliables se sitúan entre el yo y el ello. Con el fetichismo, y más generalmente con las perversiones, nos situamos en una topografía intrasistémica porque las representaciones inconciliables cohabitan en el interior de un mismo sistema. En el primer caso, el proceso de defensa actuante es por lo tanto la represión. En el segundo caso, se trata de negación. (p. 86)

3.4.1.6. EL FETICHISMO.

Resulta de interés continuar un poco más con las investigaciones de Freud acerca del fetichismo, ya que aquí se encuentra el eje central de su formulación de la perversión.

En 1905, con *Tres ensayos para una teoría sexual*, Freud ya empieza a interesarse en el fetichismo. En este momento el fetichismo es considerado como una perversión con respecto al objeto sexual.

El sustitutivo del objeto sexual es, en general, una parte del cuerpo muy poco apropiada para fines sexuales (los pies o el cabello) o un objeto inanimado que está en visible relación con la persona sexual, y especialmente con la sexualidad de la misma (prendas de vestir, ropa blanca). (p. 1183)

Freud se percata también, de forma similar a Stekel (1952b), de la estrecha relación entre el fetichismo y la sexualidad normal, pues en el enamoramiento existe siempre una sobrevaloración del objeto sexual, la cual se extiende a todo lo que tenga que ver con él.

Así pues, es regularmente propio del amor normal cierto grado de tal fetichismo, sobre todo en aquellos estadios del enamoramiento en los que el fin sexual normal es inasequible o en los que su realización aparece aplazada. (Ibíd., p. 1183)

Ocurre que tal sobrevaloración como condición fetichista de todo amor no cumple la fijeza y la exclusividad de la perversión y por tanto no sustituye a la pareja sexual.

Ya fueron expuestos anteriormente los hallazgos observados por Freud (1927) frente al fetichismo. En la misma obra Freud intuye ya que el origen del fetichismo está relacionado con las impresiones sexuales vividas en la primera infancia. El fetichista rechaza la percepción de la ausencia de pene en la madre y elabora una formación sustitutiva. “Se trata de un suceso que absorbe todo el interés inicial y es, incluso, reforzado defensivamente hasta convertirse en algo así como un *monumento conmemorativo* del horror de castración.” (Chazaud, 1976, p. 78). Para ello es empleado el mecanismo de defensa de la renegación: “El fetiche mismo aloja en su estructura la repudiación tanto como la afirmación de la castración” (Freud, 1927, p. 2996).

Al no tener pene la mujer en la realidad, el fetichista encarnará el objeto supuestamente faltante sustituyéndolo por otro objeto de la realidad. (...) El objeto fetiche así instituido contribuye, por su mediación, a reforzar diversos dispositivos de defensa. Por una parte, permite no renunciar al falo. Por la otra, conjura eficazmente la angustia de castración. (Dor, 2009, p. 97)

Como resultado, el fetichista tiene un yo escindido, coexistiendo en él dos contenidos psíquicos contradictorios. Por un lado, ha percibido la falta de pene en la madre, pero a la vez rechaza dicha percepción, pues le causa gran angustia.

El funcionamiento del fetichista pone de hecho en evidencia la paradoja siguiente: llega a hacer coexistir, a nivel intrapsíquico, dos componentes psíquicos inconciliables a primera vista: el reconocimiento de la ausencia del pene en la mujer y la negación de la realidad de este reconocimiento. En otros términos, la realidad es *negada* por el sujeto sobre la base de una ausencia mientras que la instauración del objeto fetiche constituye la prueba misma del reconocimiento permanentemente de esta ausencia. (Ibíd., p. 97)

En cuanto al fetiche, aparte de proteger al individuo del complejo de castración, lo protege también de la homosexualidad, “pues confiere a la mujer precisamente aquel atributo que la torna aceptable como objeto sexual” (Freud, 1927, p. 2994). Esta teoría es sostenida también por Joyce McDougall (1995).

La elección del fetiche parece estar relacionada con una fijación de la memoria en lo último visto por el niño antes del trauma, esto es, la percepción de la ausencia de pene en la madre. De esta forma el niño vuelve a un momento anterior donde la madre todavía conservaba el falo en un proceso similar al de la amnesia traumática. Así se explica por qué, por ejemplo, los zapatos, los pies y las prendas íntimas son tan comunes como objetos fetiche.

Parece más bien que el establecimiento de un fetiche se ajusta a cierto proceso que nos recuerda la abrupta detención de la memoria en las amnesias traumáticas. También en el caso del fetiche el interés se detiene, por así decirlo, en determinado punto del camino: consérvese como fetiche, por ejemplo, la última impresión percibida antes de la que tuvo carácter siniestro y traumático. Así, el pie o el zapato deben su preferencia (total o parcialmente) como fetiches a la circunstancia de que el niño curioso suele espiar los genitales femeninos desde abajo, desde las piernas hacia arriba. Como hace ya tiempo se presumía, la piel y el terciopelo reproducen la visión de la vellosidad púbica que hubo de ser seguida por la vista del anhelado falo femenino; la ropa interior, tan frecuentemente adoptada como fetiche, reproduce el momento de desvestirse, el último en el cual la mujer podía ser considerada todavía como fálica. (Freud, 1927, p. 2995)

El perverso recurre para su juego sexual a la presencia de alguno de estos objetos a fin de repetir la escena excitante, volviendo a aquel momento en el que su narcisismo no estaba todavía amenazado.

Además, como ya fue explicado, Freud defiende que en las perversiones priman las pulsiones parciales. Sadger reproduce las últimas opiniones del fundador del psicoanálisis acerca del fetichismo de prendas de ropa, en el cual predomina claramente el placer visual:

Un fetichista de prendas de vestir resultó ser un individuo que había visto desnudarse a su madre, desde su más tierna infancia. (...) Como es natural, esto acrecentaba el placer visual ya constitucionalmente muy fuerte hasta transformarlo en voyeur. (...) Cuando su placer visual experimentó más tarde una represión, el hijo llegó a ser un fetichista de prendas, desplazando su placer visual del desnudo a las prendas de vestir. En vez de

interesarse por la mujer desnuda, se interesaba por su vestimenta. (Sadger, 1922, citado por Stekel, 1952, pp. 26-27)

Hasta aquí el estudio freudiano de la perversión desde su teoría pulsional. Se sintetizan en la Tabla 41 los postulados principales. A partir de 1920 acontece el salto de la teoría monopulsional a la teoría dual de las pulsiones.

Tabla 41:

La perversión desde la teoría pulsional de Freud

1.	La perversión sexual en edad adulta se basa en los mismos elementos que constituyen la sexualidad infantil.
2.	Solo una o dos tendencias del polimorfismo de la sexualidad infantil son reproducidas en la perversión.
3.	La perversión es una forma de defensa frente a la angustia de castración, que no permite afrontar y superar con resultados positivos el complejo edípico.
4.	Esta forma de defensa implica una regresión de la libido, que se ubica a nivel pregenital, allí donde está más presente el componente sádico. La angustia y el sentimiento de culpa son “libidinizados”.
5.	En la perversión, el yo acepta al mismo tiempo tanto la pulsión primitiva como la defensa, y les concede una vía de escape circunscrita. Este compromiso se alcanza al precio de una escisión permanente del yo y una negación parcial de la realidad.

Nota Fuente: Gillespie, 1956, citado en De Masi, 2004

3.4.1.7. LA PULSIÓN DE MUERTE.

Freud se percató en la última etapa de su obra de que el ser humano no es movido únicamente por el principio de placer.

Mas fuérganos el decir ahora que es inexacto hablar de un dominio del principio de placer sobre el curso de los procesos psíquicos. Si tal dominio existiese, la mayor parte de nuestros procesos psíquicos tendría que presentarse acompañada de placer o conducir a él, lo cual queda enérgicamente contradicho por la experiencia general. Existe, efectivamente, en el alma fuerte tendencia al principio del placer; pero a esta tendencia se oponen, en cambio, otras fuerzas o estados determinados, y de tal manera, que el resultado final no puede corresponder siempre a ella. (Freud, 1920, p. 2508)

Con la introducción del concepto de pulsión de muerte Freud ayudó a entender un poco más la perversión y a distinguirla definitivamente de la neurosis y de la psicosis. Acercándose al pensamiento sadiano sin saberlo situó al hombre en una lucha continua contra su propia tendencia de destrucción de los demás y de sí mismo; en su integración en la sociedad encontrará su única salvación.

Freud nunca fue un gran lector de Sade, pero compartía con él, sin saberlo, la idea de que la existencia humana se caracteriza no tanto por una aspiración al bien a la virtud como por la búsqueda de un permanente goce del mal: pulsión de muerte, deseo de crueldad, amor al odio, aspiración a la desdicha y al sufrimiento. Pensador de las Luces sombrías, y no de las anti-Luces, rehabilitó la idea según la cual la perversión es necesaria para la civilización en cuanto parte maldita de las sociedades y en cuanto lado oscuro de nosotros mismos. Sin embargo, en lugar de anclar el mal en el orden natural del mundo, y antes que hacer de la animalidad del hombre el signo de una inferioridad infranqueable, prefirió sostener que solo el acceso a la cultura permite arrancar a la humanidad de su propia pulsión de aniquilación. (Roudinesco, 2009, p. 110)

Eros y Tánatos van de la mano desde el inicio.

La hipótesis más admisible es la de que este sadismo es realmente un instinto de muerte, que fue expulsado del yo por el influjo de la libido naciente; de modo que no aparece sino en el objeto. Este instinto sádico entraría, pues, al servicio de la fusión sexual, pasando su actuación por diversos grados. (Freud, 1920, p. 2535)

Recordar que el sadismo aparece ya en los primeros momentos de la vida, cuando el amor oral coincide con la destrucción de su objeto en la incorporación. No es hasta la fase genital cuando el sadismo se conducirá por el camino de la posesión del objeto al abandonar su forma destructiva y elaborarse bajo la dominación y el poder. Paralelamente, el masoquismo erógeno como vuelta del sadismo contra el yo toma, en su recorrido por los estadios del desarrollo libidinal, las diversas figuras que constituyen

el origen de los fantasmas de ser devorado (fase oral), ser golpeado (fase sádico-anal) y ser castrado (fase fálica) (Chazaud, 1976).

La existencia de una pulsión de destrucción condena al hombre a la repetición, que no es otro fenómeno que el intento del organismo de volver al estado inerte.

¿De qué modo se halla en conexión lo instintivo con la obsesión de repetición? Se nos impone la idea de que hemos descubierto la pista de un carácter general no reconocido claramente hasta ahora (o que por lo menos no se ha hecho resaltar expresamente) de los instintos y quizá de toda vida orgánica. *Un instinto sería, pues, una tendencia propia de lo orgánico vivo a la reconstrucción de un estado anterior*, que lo animado tuvo que abandonar bajo el influjo de fuerzas exteriores, perturbadoras; una especie de elasticidad orgánica, o, si se quiere, la manifestación de la inercia en la vida orgánica. (Freud, 1920, p. 2525)

Se puede afirmar entonces que el fin último de la vida es la muerte.

Si como experiencia, sin excepción alguna, tenemos que aceptar que todo lo viviente muere por fundamentos internos, volviendo a lo anorgánico, podremos decir: La meta de toda vida es la muerte. Y con más igual fundamento: Lo inanimado era antes que lo animado. (Ibíd., p. 2526)

En realidad Eros y Tánatos buscan la misma meta, aunque difieren en la velocidad a la que precipitan al ser a alcanzar su final. Mientras el primero estira la demora y disfruta perezoso del camino, el segundo se impacienta y anhela terriblemente el estado original.

Esto es como un *ritardando* en la vida de los organismos; uno de los grupos de instintos se precipita hacia adelante para alcanzar, lo antes posible, el fin último de la vida, y el otro retrocede, al llegar a un determinado lugar y prolongar así su duración. (Ibíd., p. 2527)

Freud (1929) destaca “el sentimiento de culpabilidad como problema más importante de la evolución cultural, señalando que el precio pagado por el progreso de la cultura reside en la pérdida de felicidad por aumento del sentimiento de culpabilidad” (p. 3060). Por tanto, es la culpa la que amarra los impulsos del hombre y permite que conviva con sus semejantes.

La pulsión de muerte fue un concepto muy cuestionado incluso dentro de la comunidad psicoanalítica. Así, Wilhelm Reich propuso su propia teorización acerca del masoquismo desligándolo del término en cuestión y asociándolo a la búsqueda del calor de la piel. El dolor no sería más que el precio a pagar por el calor que proporciona la flagelación en contraposición al frío de la soledad. En este sentido, el masoquista se ofrecería a las sevicias para provocar amor en el otro y escapar del miedo al abandono. No es casual que la pasividad, la sumisión y la dependencia caracterizan gran parte de la vida infantil (Chazaud, 1976).

Por otra parte, Melanie Klein señala la importancia del mundo fantasmático, tanto en el desarrollo del niño como en el adulto. Para Klein (1948) la fantasía arranca básicamente de lo biológico, de tal modo que lo que para Freud es pulsión para Melanie Klein es fantasía (Villamarzo, 1998, p. 20). La fantasía es la escenificación de las vicisitudes de la pulsión, su contraposición, su intensidad y sus transformaciones. En esta línea, los perversos poseen dos tipos de fantasías: aquéllas por las que conscientemente se mueven y aquéllas que forman parte de su inconsciente. Lo novedoso realmente de esta autora es que va a incluir en el mundo fantasmático la vertiente sádica o instinto de muerte. Y no solo la va a incluir como básica sino que va a ser la que permita después el desarrollo de la otra vertiente libidinal. Por eso en todo perverso existe odio, pero también amor. Klein (1927) llega a la conclusión de que no es precisamente la falta de superyó y de sentimientos de culpa lo que caracteriza a la personalidad antisocial y a la personalidad perversa, sino que por el contrario es un superyó severo el responsable de este tipo de comportamientos. Por tanto, en contraposición a Freud, que defiende la psicogénesis de la instancia superyoica a partir del complejo de Edipo, Klein cree en un superyó que se origina en edades mucho más tempranas del desarrollo.

Más tarde Fromm (1975) critica también la propuesta freudiana e incide en la importancia de analizar la sociedad para encontrar respuesta a la agresividad humana y no limitar su explicación al estudio del impulso tanático.

Nada que no sea un análisis en profundidad de nuestro sistema social puede revelar las razones de ese incremento de destructividad o sugerir modos y medios de reducirlo. La teoría instintivista se ofrece a ahorrarnos la pesada labor de realizar ese análisis. (p. 17)

3.4.2. WILHELM STEKEL.

Stekel, como buen alumno de Freud, creía que toda angustia era resultado de una contradicción, una confrontación entre fuerzas internas.

La angustia es un deseo del hombre interno, un deseo continuamente rechazado por la censura del ‘yo’ moral. Cuando los deseos de tendencias bipolares luchan en el corazón del hombre, uno como signo de sumisión social a la autoridad de la civilización, el otro como rebelde al servicio de la vida pulsional, el más fuerte se abrirá un camino como deseo, el más débil surgirá al consciente en forma de angustia. La angustia es lascivia reprimida. (Stekel, 1952a, p. 70)

Sin embargo, también disentía de su maestro. Criticaba que el psicoanálisis ortodoxo se había dedicado casi por completo a la especulación metafísica, incluido en el campo de la perversión. Él, en cambio, quiso mostrar datos claros e irrefutables derivados de la investigación exhaustiva de un gran número de casos clínicos, propios y de otros profesionales (Ibíd., 1954).

3.4.2.1. EL FETICHISMO.

3.4.2.1.1. EL FETICHISMO AUTÉNTICO.

Stekel (1952b) apunta a que muchas veces el proceso ocurre a la inversa de lo que Freud defendía, es decir, que debido a la represión de cierta pulsión parcial se destacan otras:

Precisamente el hecho de ver una parte prohibida del cuerpo puede llevar a la represión del apetito visual y hacer que se destaquen las demás cualidades sensoriales. (...) El hacer predominar una cualidad sensorial en detrimento de las otras cuatro se debe en muchos casos a que precisamente las cualidades sensoriales relegadas fueron objeto de represión, por estar asociadas a emociones prohibidas. (p. 28)

De todas formas, Stekel opina que estas hipótesis solo explican casos aislados de lo que él denomina “fetichismo normal” o “parcialismo”, el cual está basado en el “erotismo congénito y exagerado de determinadas partes del cuerpo” (Ibíd., p. 28), y para nada nos sirven para comprender al fetichismo auténtico.

El fetichista auténtico necesita su fetiche para suplantar por medio de él a la mujer; el fetichista normal otorga su predilección a determinadas zonas erógenas que hacen más valiosa la posesión de la mujer. El fetichista desvaloriza a la mujer; el fetichista normal sobreestima al ser dotado de la zona erógena preferida por él. (Ibíd., p. 29)

En líneas generales, para este autor un fetichismo auténtico ha de reunir las siguientes características:

- 1º El fetiche suple a la pareja. Se produce un distanciamiento neto de la sexualidad activa. El fetichista masculino rehúye a la mujer o la desvaloriza; el femenino, la fetichista, es frígida o evita el coito.

- 2º El fetichista sufre de infantilismo psicosexual y vive este infantilismo en sus fantasías onanistas.
 - 3º En la mayoría de los casos se lleva a cabo una formación de series, el culto de harén del fetichista.
 - 4º La tendencia a volver a vivir el goce infantil prohibido lleva a múltiples actos impulsivos. Los fetichistas son vagabundos, cleptómanos, exhibicionistas, etcétera.
 - 5º El fetiche nace por transferencia afectiva y simbolización. Poco a poco va absorbiendo la totalidad de la actividad sexual.
 - 6º El fetichismo es una neurosis obsesiva compleja y sirve también a las tendencias ascéticas. Es a la vez penitencia y goce.
 - 7º Los actos impulsivos se realizan en una especie de estado crepuscular. El fetichista es un soñador diurno ante quien se borran los límites entre la realidad y el sueño.
 - 8º En todos los casos se pone de manifiesto también un componente criminal. (...)
 - 9º El fetichismo es una especie de religión.
 - 10º El simbolismo del fetichismo solo puede ser dilucidado por un análisis profundo.
- (Ibíd., pp. 45-46)

3.4.2.1.2. COMO FICCIÓN.

El fetichista “llega a ser el poeta creador de su vida” (Stekel, 1952, p. 659) para huir de una realidad que no le satisface y esconderse en su ficción. En un principio el fetichista juega en esta ficción, pero paulatinamente esta ficción desplaza la propia realidad hasta convertirse por completo en el mundo del individuo. “Al principio vive en la ficción del juego. Después el valor afectivo de la ficción es tan fuerte que ya no sabe que está jugando” (Ibíd., p. 672).

De esta fantasía creada, el propio paciente no quiere deshacerse, por lo que en realidad no desea la cura.

Todos esos enfermos claman por la curación y prometen demostrar su gratitud eterna una vez liberados de las cadenas de su simbolismo sexual. No conviene creerles. En realidad no hacen más que fingir su deseo de curación; están apegados a su ficción; se aferran a sus símbolos y no quieren curarse. (Ibíd., pp. 89-90)

Etchegoyen (2009) coincide en esta afirmación al observar que los pacientes perversos suelen abandonar el análisis en cuanto sienten que el terapeuta pierde interés en su relato fantasioso o empiezan a desvelárseles parte de su verdad y curación.

3.4.2.1.3. COMO INFANTILISMO PSICOSEXUAL.

La necesidad de crear y vivir en una ficción se debe precisamente a que el fetichista es, en el fondo, un niño, un niño cuyo juego se niega a abandonar y termina por reemplazar la vida real.

Originariamente los mundos del fetichista estaban separados. Había un mundo de la ficción y otro, de la realidad. Al irrumpir la ficción en la realidad, el niño de los juegos y de los ensueños se convierte en un fetichista. El fetichista sigue siendo niño. Se aferra a su infancia. El infantilismo psicosexual del fetichista representa el mundo de ensueños de un niño normal. (Stekel, 1952b, p. 672)

Y estando el fetichista anclado a su infancia, no hace más que volver y repetir el pasado, en un intento de traerlo al presente.

El fetichista es el parapático que no puede ni quiere renunciar a su ideal infantil. Su tendencia es de orden retrospectivo. Él quisiera llevar a cabo lo imposible: reanimar el pasado y convertirlo en presente. Esta tendencia le aparta de la realidad y le obliga a construir una ficción. (Ibíd., p. 658)

El origen del infantilismo ligado al fetichismo parece encontrarse en la necesidad de superar con la voluntad la necesidad instintiva, biológica.

Es probable que la raíz infantil del fetichismo esté en la necesidad de superar una necesidad orgánica, en vencer por medio de la necesidad voluntaria la necesidad

instintiva. ¿Qué es un santo en última instancia? Sino un hombre que supera sus impulsos primitivos mediante el imperio de la religiosidad. (Ibíd., p. 128)

Ejemplos de esto los hallamos, por ejemplo, en la coacción que los niños aprenden a ejercer sobre el recto o la vejiga, el cual les produce sensaciones de placer al retener las heces o la micción. La coacción orgánica se convierte así en el símbolo de la educación.

En los primeros años de su vida, el niño puede dar rienda suelta a sus necesidades y eliminar el displacer que esas necesidades le producen por medio de la micción y la defecación. (...) Era necesaria la influencia de la educación para inducir al niño a dominarse y a someter la micción y la defecación a determinadas reglas. La educación comienza con la primera obligación de superar y dominar esa necesidad. Es la primera influencia de lo ajeno sobre lo propio. La coacción psíquica que el fetichista ejerce sobre sí mismo es un reflejo de aquella coacción, porque inmediatamente después de la lucha contra la satisfacción ilimitada de las funciones naturales, se inicia en el niño la lucha contra la sexualidad. (Ibíd., p. 675-676)

3.4.2.1.4. COMO OBSESIÓN.

El fetichismo, por su estructura, puede compararse a la neurosis obsesiva, pues es, a la vez, goce y penitencia (Stekel, 1952b, p. 25).

Si aceptamos como válida la equiparación que hace Stekel entre el fetichismo y la neurosis obsesiva, hemos de recordar que el mismo Freud comparó la neurosis obsesiva con la religión: “La histeria sería la caricatura de una creación artificiosa, la neurosis obsesiva de una religión, un delirio paranoico, la imagen desfigurada de un sistema filosófico” (Freud, 1912, citado por Stekel, 1952b, p. 355).

Guy Rosolato (1966) también ve el fetichismo y la obsesión como doctrinas religiosas: “Rosolato (1966) sostiene que la perversión fetichista entraña siempre una ideología, y concretamente la ideología gnóstica: la perversión es el gnosticismo como la neurosis obsesiva a la religión ritual” (Etchegoyen, 2009).

En cambio, Fenichel (1984) señala que tras la aparente semejanza entre perversión y neurosis obsesiva, en especial por su cualidad compulsiva, existen sutiles diferencias:

El neurótico obsesivo se siente forzado a hacer algo que no *le agrada* hacer, es decir, obligado a usar su capacidad volitiva contra sus propios deseos, mientras que el perverso siente forzado a que algo “le guste”, aun contra su voluntad. (p. 367)

3.4.2.1.5. COMO RELIGIÓN.

El fetichista siente placer con la coacción y la violencia sobre su cuerpo pues une la culpa y la expiación en un solo acto, como si de una religión se tratase.

El fetichismo es una religión sustitutiva. Bajo la forma de una perversión le ofrece al enfermo una religión nueva en la que puede satisfacer su necesidad de fe. El fetichismo nace de un compromiso entre una sexualidad poderosa y una religiosidad fuerte. Le proporciona al enfermo la posibilidad de volverse un asceta más o menos perfecto. Debajo de la imagen del satanismo y del libertinaje se esconde una religiosidad cuyos fines trascienden este mundo. (...)

(...) cada fetichista imita a Cristo. Estos enfermos sufren una “neurosis de Cristo”. El paciente se enorgullece de su sufrimiento y espera que la singularidad de su dolor le suponga una ventaja en el más allá. (Stekel, 1952b, p. 121)

El fetiche debe entonces representar simbólicamente la coacción. Por esta razón destacan los zapatos y las prendas ceñidas, como los pantalones estrechos y los corsés (Ibíd., p. 313).

Tanta culpa procede, por un lado, de las fantasías incestuosas que el fetichista experimenta durante el coito normal. La raíz de estas fantasías se halla en su fuerte impulso sexual, el cual fue dirigido prematuramente hacia las figuras familiares.

El sentimiento de culpabilidad empuja al fetichista hacia lo religioso. En el fondo no rehúye la relación sexual normal, rehúye el pecado. La relación sexual se vuelve pecado, porque durante el coito aparecen fantasías incestuosas y el objeto sexual se trueca por otro imaginario. (Ibíd., p. 128)

El fetichista es un ser con un instinto sexual anormalmente fuerte, que debido a ello se dirige prematuramente sobre los objetos familiares, y se caracteriza por una fuerte acentuación de todas las parafilias. Por eso busca medios de defensa y los encuentra en la religión. (Ibíd., p. 129)

Así, en el fetiche es depositado, mediante transferencia afectiva, el deseo originario hacia una figura familiar (Ibíd., p. 658). El sujeto fetichista piensa que si no puede alcanzar su objetivo sexual original, renunciará a la práctica sexual con cualquier objeto amoroso (Ibíd., p. 679).

La culpa, por otro lado, sirve como defensa contra el propio sadismo.

A primera vista, el fetichista parece ser un masoquista puro. Se hace daño a sí mismo, se ata a sí mismo y padece por su parafilia. Pero detrás de este masoquismo se oculta un sadismo ilimitado. La crueldad orientada originariamente hacia fuera se vuelve contra el propio cuerpo y contra la propia alma. Es precisamente esa crueldad la que empuja al fetichista hacia la religión. En Dios busca la protección contra sí mismo y sus impulsos salvajes. (Ibíd., p. 482)

3.4.2.2. EL SADISMO Y EL MASOQUISMO.

3.4.2.2.1. COMO LOS DOS EXTREMOS DE LA BIPOLARIDAD.

Siguiendo la idea de Freud, para Stekel (1954) sadismo y masoquismo corresponden a los dos polos de un binomio de igual forma que cualquier manifestación psíquica.

No hay sadismo sin masoquismo ni viceversa; esto está en la esencia de la bipolaridad. Todo fenómeno psíquico consta de esta doble capacidad de reacción. Sería, pues, superfluo averiguar cuál de los dos elementos es el primario. (...) La naturaleza de la

bipolaridad es tal que todas las reacciones de la vida amorosa han de expresarse en dos fases: la negativa y la positiva. Miedo y deseo, repugnancia y avidez, odio y amor, etcétera. (p. 150)

Así pues, toda persona es bisexual por naturaleza y en el perverso queda más patente esta realidad. “La predisposición orgánica del individuo a esta forma de parafilia es para mí una acentuación física de la bisexualidad. Esto confirma mi opinión de que todas las parafilias son en cierto sentido ‘fenómenos de reversión’ (Ibíd., p. 154). El autor señala la alta concurrencia del fenómeno del sadomasoquismo con la homosexualidad.

Pero Stekel va más allá y propone su visión trinitaria: el hombre no es solo hombre y mujer a la vez, sino también niño.

El ser humano no es solo hombre y mujer a la vez, sino hombre, mujer y niño a la vez. El ser normal realiza la unificación de estos tres componentes, siendo el componente heterosexual el que marca la dirección y los otros los que lo siguen. El enfermo no puede lograr esta unificación. (Ibíd., p. 154)

Aplica a esta división triple del sujeto la idea freudiana de que el masoquismo es un sadismo vuelto contra sí mismo.

Se cumple la ley del Tali6n. Quien quiso castigar a otros se castiga luego a s6 mismo. El placer se transfiere al castigo, el cual, como consecuencia del desdoblamiento del ego en tres componentes, permite amplio campo a la fantas6a. El “ego” es la parte que castiga (sadista y hombre), la parte del ni6o siente el castigo y la parte de la mujer y tambi6n la del ni6o sienten el placer. (Ib6d., p. 156)

De esta forma, el perverso ama un objeto de la infancia y desdobra el componente de odio para proyectarlo sobre un objeto actual.

Esta bipolaridad original, es decir, el acoplamiento entre amor y odio, configura la base de la parapatía sado-masoquista.

El odio se dirige en parte hacia fuera y en parte hacia dentro. Pero el enfermo no odia a la personalidad total, sino a uno de los componentes de la trinidad: hombre, mujer, niño. El conflicto interior vuelve a proyectarse hacia fuera y descargarse en un símbolo. (Ibíd., p. 825)

En este sentido, el sado-masoquismo es una respuesta normal en cualquier ser humano por su naturaleza bipolar: todo niño alberga emociones contrapuestas hacia sus padres y todo niño se siente mal por sus sentimientos hostiles. Ya depende del ambiente y no de la genética que el niño encuentre o no el medio idóneo para desarrollar y consolidar la perversión.

Las parafilias del sado-masoquismo no son congénitas. Creo que lo hemos podido demostrar. Son una reacción vital y se originan cuando el odio infantil halla campo propicio para echar raíces en el corazón del niño. Todos los niños son en cierto sentido sadistas. El medio y la educación deciden luego si siguen siéndolo o si se adaptan a la civilización. (Ibíd., p. 849)

3.4.2.2.2. COMO INFANTILISMO PSICOSEXUAL Y OBSESIÓN.

Sádicos y masoquistas están predispuestos a la perversión debido a su intensa vida instintiva, lo cual les ancla en su desarrollo libidinal.

Repito: *el sado-masoquismo es una forma de infantilismo psicosexual. El impulso reviste carácter obsesivo y se manifiesta como necesidad de repetición [Wiederholungszwang].* En todos los casos de sado-masoquismo hallaremos íntegras las manifestaciones de infantilismo, amén de un fetichismo bien desarrollado, esto es acompañado del fenómeno que le es más propio: huir de la pareja. El análisis minucioso revela que todos estos son casos de neurosis obsesiva. La neurosis obsesiva trata de superar por compulsión las resistencias internas; como resultado de un desplazamiento afectivo, el impulso queda fijado por un síntoma obsesivo. (Stekel, 1954, p. 83)

Se trata de revivir continuamente una escena infantil con gran carga afectiva. “El infantilismo es una regresión al estado bisexual de la niñez” (Ibíd., p. 233), donde hombre, mujer y niño no logran integrarse y conviven en conflicto. Dicha repetición obedece a una férrea lealtad al objeto infantil. “En todos estos casos podemos observar el fenómeno de la fidelidad patológica. Los sadistas son hombres que tienen la cualidad de no olvidar. Su pensamiento es *autístico* (Bleuler)” (Ibíd., p. 824).

El perverso, en su regresión, protesta contra la sociedad transgrediendo aquellos imperativos educacionales vividos injustamente durante su niñez, alzando la venganza por bandera.

El niño es educado para la civilización, imponiéndosele tres barreras: la vergüenza, el asco y el miedo. El placer infantil de la defecación, la micción, la exhibición y los juegos autoeróticos es reprimido por la prohibición de los padres. El odio de los niños se dirige en primer lugar contra las personas que expresan esta prohibición y que la hacen cumplir; más adelante, odia a la sociedad que ha hecho posibles estas prohibiciones. Una de las primeras comprobaciones que permite hacer el análisis es la de que el sado-masoquista carece del “sentimiento de comunidad”. Odia a la civilización que lo limita con sus prohibiciones, y el transgredirlas por medio de su parafilia le causa un placer especial. (Ibíd., p. 211)

De igual modo que en el fetichismo, el sadomasoquismo sirve de defensa contra una auténtica relación con el otro. “La inclinación al aislamiento es demasiado pronunciada; el temor a la mujer y al amor es demasiado intenso” (Ibíd., p. 94). En un intento de controlar los afectos negativos contra la mujer, el perverso recurre al ensalzamiento máximo. “Este endiosamiento del ideal corresponde al anhelo de asexualizar a la mujer, de alejarse de la línea femenina. ‘Sobreestimo a la mujer porque temo despreciarla’” (Ibíd., p. 385). De este modo, la mujer queda escindida en dos: “Los hombres que endiosan a la mujer muestran una valoración bipolar del sexo femenino. Con mujeres decentes son impotentes y con las prostitutas tienen buena potencia (...)” (Ibíd., p. 385).

Incapaz de acceder de forma auténtica al amor, no hay mayor deseo en el sadomasoquista que conseguirlo algún día.

Todos nuestros enfermos son incapaces para el amor, y se corroen de ansias de amar. Transfieren su situación a todo el mundo. Anhelan que los comprendan y compadezcan, pero simulan no querer saber nada de esto. Son muy ambiciosos y a la vez impotentes; sus ambiciosos planes consisten en el cumplimiento de una gran misión histórica. De este modo, la envidia y los celos los precipitan en el papel del vengador y del penitente. Se sienten engañados en la anhelada felicidad y se aturden con la voluptuosidad de la injusticia que se hacen a sí mismos y a los demás. La coerción del mundo exterior produce una coerción interior. Toda presión produce una presión contraria. (Ibíd., p. 875)

Tanta idealización de la mujer encubre un gran deseo de destrucción. “El sadista anhela en principio la destrucción total del objeto. En realidad, es un asesino” (Ibíd., p. 824), tal como ocurre con el obsesivo.

La neurosis obsesiva y el sado-masiquismo tienen en común el odio, que obra como elemento impulsor. La crueldad expresa esta inextinguible predisposición al odio.

La investigación de la parafilia de carácter sado-masquista equivale a un viaje por el infierno de las crueldades humanas. (Ibíd., p. 825)

3.4.2.2.3. COMO FICCIÓN.

El sadomasiquismo es una ficción que encubre verdades demasiado dolorosas. Es más fácil esconderse tras la fantasía que afrontar la realidad.

Estos parafílicos poseen una fantasía ilimitada, pero se espantan ante la perspectiva de realizar sus fantasías. La escena real los desengaña, pero no corresponde al deseo inconsciente; es nomás una ficción que encubre una escena muy diferente; las personas no son más que sustitutos y hasta los papeles que cada una desempeña aparecen cambiados. (Stekel, 1954, p. 95)

De este modo, el perverso juega a ser niño otra vez, como si nada hubiera ocurrido y el pasado pudiera reescribirse.

La escena específica sado-masoquista proviene originariamente de un juego de fantasía. El parafilico concluye por convertir el juego en meta sexual. Pero, al igual que en todo juego, también el juego del parafilico constituye una preparación para la vida. El sentido de la regresión es, como sabemos, el siguiente: “Vuelvo a ser niño y tengo toda la vida por delante. Todavía puedo jugar; mientras no tome esto en serio, no hay peligro”. (Ibíd., p. 212)

Busca desesperadamente la escena primera, perdida para siempre entre los recuerdos familiares.

Es importante que admita que no busca experimentar escenas sino estados afectivos de angustia. Ya lo he subrayado antes: el parafilico busca la embriaguez afectiva. El enfermo experimenta el afecto dentro de una escena alterada, pero el afecto permite identificarla con la escena específica original, relegada en el pasado (algo parecido al *déjà vu*). (Ibíd., p. 117)

En realidad, esta escena funciona como un símbolo condensado que esconde mucho más de lo que muestra.

La escena específica del sado-masoquista ha de entenderse únicamente como símbolo, como una ficción en la cual se condensan en una sola las diversas escenas infantiles. Esta ficción ha de resolverse como un sueño o como un recuerdo encubridor, de modo parecido a lo que sucede con los actos obsesivos del neurótico obsesivo. (Ibíd., p. 825)

Olvidada la escena original, el perverso busca repetir los afectos vivenciados entonces. “Todo sado-masoquista es un ser hambriento de afectos. Necesita de un

continuo espectáculo afectivo” (Ibíd., p. 85). Y es precisamente el afecto el cual transforma el dolor en placer, pues fuera de la esfera sexual sufren el dolor como cualquier persona. “Tanto los sádicos como los masoquistas son muy sensibles al dolor cuando éste ocurre sin afectos, es decir, al margen de su vida sexual” (Ibíd., p. 84), y esto ocurre porque “todo amor al dolor proviene de un odio primitivo” (Ibíd., p. 87). Avisa Stekel de que “tampoco debemos olvidar que el castigo responde a una necesidad de contacto. El niño no soporta la falta de afectos. El castigo expresa la intensidad del afecto y al mismo tiempo proporciona un contacto” (Ibíd., p. 391).

Así pues, en realidad el dolor no es ansiado en sí mismo sino que es temido. “*El secreto del masoquismo está en el miedo al dolor*. Este miedo crea la excitación que transforma el dolor en placer” (Ibíd., p. 117). Esta asociación del dolor al placer es aprendido por el niño a través del castigo físico, pues “el castigo corporal es evidentemente el mejor método de educación sado-masoquista” (Ibíd., p. 836), y durante sus períodos de enfermedad.

Nada impresiona más a los padres cariñosos que la idea de que su hijo sufre. Hay madres que no descansan hasta ver que sus hijos enfermos sonrían. El contraste es aún mayor cuando los padres son severos: modifican su conducta en cuanto el niño se queja de dolores. Se llega así a concluir que la inclinación al masoquismo no proviene de castigos sino de caricias que prodigan los padres a los hijos cuando éstos sufren. El niño se da cuenta de que el rigor de los padres puede convertirse en ternura al menor indicio de dolor o de enfermedad. Nace de ese modo una asociación indestructible entre la enfermedad y la ternura, entre el dolor y el placer. (Ibíd., p. 222)

3.4.2.2.4. COMO RELIGIÓN.

En todo caso de sadomasoquismo se encuentran componentes religiosos. “Es indudable que subsiste en el enfermo una religiosidad íntima que lo lleva a huir del pecado y del *instrumentum diaboli*, la mujer” (Stekel, 1954, p. 118).

“*El masoquismo es un sadismo transformado por religiosidad interior*” (Ibíd., p. 156), porque al perverso lo corroen los imperativos de su conciencia. Cuanto mayor es

la tensión existente entre las exigencias ideales y la satisfacción real, tanto más grave es su enfermedad y su desdicha.

El parapático es un criminal sin valor para cometer el crimen, y está enfermo a raíz de este desdoblamiento de su naturaleza, dado que oscila entre el bien y el mal. Presenta los rasgos del hombre normal pero con cierta distorsión, tal como Satán en la caricatura de Dios. (Ibíd., p. 826)

Por tanto, la conjunción entre el sadismo de la religión y la severidad de la familia prepara el escenario idóneo del nacimiento de un nuevo perverso en el mundo.

¡La religión y la familia deciden el destino del hombre! La familia permite que “el pobre cometa el pecado” y la religión arraiga en su receptivo corazón la conciencia del pecado cometido. El primer pecado es el complejo de incesto y la actitud de odio al prójimo. (Ibíd., p. 850)

3.4.3. LA VISIÓN LACANIANA.

3.4.3.1. LA PROBLEMÁTICA FÁLICA.

Partiendo de la idea freudiana de la escisión del yo, de la paradoja psíquica del saber y no saber de la castración, la perversión nos lleva no solo a las teorías sexuales infantiles, sino de una forma más general a la diferencia sexual anatómica o, lo que es lo mismo, a la problemática fálica (Dor, 2009). Es aquí donde Lacan y sus seguidores continuarán el camino previamente recorrido por Freud.

Para entender el porqué de la elección perversa hay que introducirse en la lógica fálica, es decir, en la atribución del significante fálico en la economía del deseo del sujeto.

Ese encuentro se da en un momento en el que no hay diferenciación sexual, no hay ni femenino ni masculino. No hay más, ni menos, mejor ni peor, falta ni completud. El

llamado orden fálico no está presente en la psique del *infans*. Sin embargo, se instalará en algún momento una teoría sexual infantil: las mujeres han perdido el pene que alguna vez o nunca tuvieron (y la madre será señalada como la culpable). Los varones pueden perderlo. Y será investido de valor fálico. Esto es importante: si valor fálico y pene coinciden, también pueden dejar de hacerlo. Bien podría tratarse dicha coincidencia de un accidente de nuestro histórico-social. Que también hace que entre en relación simbólica todo aquello que ocupe un lugar fálico. Lo fálico se opone a la castración. Es fálico o castrado. (Franco, s.f.)

Como afirma Joel Dor (2009), el punto de origen se halla en la identificación pregenital, que no es otra cosa que identificación fálica en la medida en que esa identificación lo es con el falo materno.

Esta doble vivencia psíquica que asigna a la madre al lugar del Otro, destina al niño por otro lado, a captar la instancia del deseo materno como principal soporte de su propia dimensión identificatoria. El deseo del niño se hará así de buen grado deseo del deseo del Otro vivido en un principio como un Otro omnipotente y a continuación como un Otro faltante. Por otra parte, su deseo en una dialéctica donde se identifica él mismo con el objeto susceptible de colmar la falta en el Otro. El fundamento de la identificación preedípica en tanto que es identificación fálica es, por lo tanto, identificación con el objeto que colma el deseo del Otro. (p. 90)

En un primer momento, el primer tiempo del Edipo planteado por Lacan, el niño atribuye el falo a la madre, una madre absoluta y todopoderosa, y se identifica con el objeto de deseo de la madre. Se trata de ser o no ser el falo de la madre. Sin embargo, esta identificación fálica del niño se verá pronto cuestionada con la intrusión de la figura paterna, y con él, un nuevo conocimiento sobre el deseo del Otro, la constatación de la diferencia entre los sexos y el miedo a la castración. Esta aparición de la figura paterna hay que entenderla como una instancia simbólica mediadora, pues posibilita la simbolización de la falta.

El padre, en efecto, no es nunca aprehendido psíquicamente por el niño de otro modo que bajo la forma de esta imagen paterna, es decir tal como el niño tiene interés en verlo en la economía de su deseo y a través del discurso que la madre pueda dedicarle. Es a la vez polo de las proyecciones significantes de la madre y polo de las proyecciones personales del niño. Por esta razón, la presencia del padre para el niño es siempre más presencia del padre imaginario que del padre real. Asimismo, con esta consistencia ilusoria el padre hace su entrada en la dinámica edípica. Por su parte, el padre simbólico, en tanto interviene de modo estructurante en el complejo de Edipo, no es otro que un padre cuya consistencia se asocia a una investidura puramente significativa respecto de la atribución fálica. (Ibíd., p. 91)

Así pues, en el segundo tiempo del Edipo interviene el Nombre del Padre como un más allá de la ley materna y el pequeño se dará cuenta de que la madre está castrada. La entrada de la ley paterna lo separa para siempre de ese lugar de ser el falo materno, incluyéndolo en un orden simbólico, como sujeto deseante. El último y tercer tiempo del Edipo alude al momento en el cual se bifurcan los caminos para ambos sexos. El niño deja atrás la creencia de ser el falo materno para entrar en la dialéctica del tener, mientras que la niña tratará de tramitar aquello que no tiene. El fracaso del fetichista radica precisamente en el fracaso de la ley paterna en el pasaje del ser al tener (Psicoanálisis y el hospital, 2006).

Varios son los autores (Greenacre, 1960; Mahler, 1968, citados en Welldon, 2013) que hacen hincapié en la importancia del papel del padre a la hora de ayudar al niño a resolver la simbiosis con la madre. “La postura paterna contra esta amenaza de engullimiento materno no supone otra amenaza u otro peligro sino un apoyo de poderosa fuerza” (Loewald, 1951, citado en Welldon, 2013, p. 69).

Pero para que el padre haga su aparición la madre debe favorecerlo. “(...) convendría ocuparse no únicamente de la manera en que la madre se acomoda a la persona del padre, sino del caso que ella hace de su habla, digamos la palabra, de su autoridad” (Lacan, 1957, citado por Dor, 2009, p.92). En otras palabras, “la madre *debe estar dispuesta a permitir* que el niño se identifique con la figura del padre” (Greenson, 1968, citado en Welldon, 2013, p. 69).

Esto lleva a lo que Lacan llama “la cuestión previa” de la posición del niño para la madre, si es “la metáfora de su amor por el padre, o si es la metonimia de su deseo del falo, que no tiene y que no tendrá nunca”. (Psicoanálisis y el hospital, 2006, p. 160)

3.4.3.2. EL PUNTO DE ANCLAJE.

Es entonces en este último momento, con la aparición del padre en la diada, cuando se induce en el niño la vacilación de identificación fálica. Se da cuenta de que él no es el falo que colma la falta de la madre. Ante esta angustia de castración el niño llevará a cabo reacciones defensivas en un intento de neutralizarla, y según qué procesos defensivos persistan, se orientará la economía psíquica hacia una estructura psíquica específica. El sujeto perverso falla precisamente en esta última fase, en conferir al padre el estatuto de padre simbólico.

De alguna manera, la sombra proyectada del padre simbólico es precisamente esa instancia mediadora de la cual el perverso no quiere saber nada, en la medida en que le impone tener que reconocer algo del orden de la falta en el Otro. (Dor, 2009, p. 99)

El mecanismo de defensa utilizado es la escisión de la que habla Freud (1923). Coexisten en el sujeto dos ideas contradictorias: la percepción de la falta de pene en la madre y el rechazo de las implicaciones que acarrea dicha percepción, a saber, el niño no es el falo de la madre. En consecuencia, madre e hijo se complementan mutuamente y no hay cabida ni para la metáfora del padre ni para la simbolización de la falta.

El perverso se encierra en la imposibilidad de asumir simbólicamente esta falta al mantener la coexistencia simultánea de una actitud que toma en cuenta la diferencia de sexos y de otra que la recusa. Más exactamente, junto al reconocimiento de esta diferencia, mantiene el rechazo de sus implicaciones. Ahora bien, más allá del hecho de que la madre no tiene pene, la implicación esencial que impone es sobre todo la de no tener el objeto del deseo. No pasa a ser el lugar de la omnipotencia del deseo sino en la

medida misma en que el padre tiene algo que hacerle desear. Tal es la implicación lógica de la diferencia de los sexos como causa significativa del deseo. (Dor, 2009, p. 101)

En la línea de la concepción freudiana de la perversión como negativo de la neurosis, “si la neurosis, por el hecho de la barrera de la represión, puede ser considerada como una especie de ‘lenguaje’, la perversión se expresa como retorno hacia una ‘realidad’ brutal” (Chazaud, 1976, p. 50) carente de ciertas palabras. Y es que “el perverso es el caso típico del que, al máximo y en exceso, borra todo posible lenguaje con su goce” (Ibíd., p. 134).

3.4.3.3. EL FETICHE Y LA ESCISIÓN.

De igual modo que Freud, para Lacan y sus discípulos el fetichismo es el caso ejemplificador de la escisión del perverso. En palabras de Lacan (1957), el fetichismo es la perversión de las perversiones. El sujeto proyecta una imagen fálica, un velo, un monumento a la castración, para ocultar la Nada.

El velo es a la vez lo que oculta y lo que designa. En la perversión, la tarea del sujeto es ocultar la falta fálica de la madre, a un tiempo que designa con la ayuda del velo la figura de aquello que falta. (Julien, 2012, p. 109)

Etchegoyen (2009) sintetiza su teorización de la siguiente manera:

Lacan (1956) sostiene que el fetichista ha pasado por la castración pero la desmiente. Reconoce la castración; pero ‘presentificando’ la imago del pene femenino, imagina lo que no existe. La ‘presentificación’ es la otra cara de lo renegado. El fetiche, dice Lacan plásticamente, presenta (encarna) y vela al mismo tiempo el pene femenino. (p. 222)

Para Lacan el fetichismo opera tal como lo enunció el maestro vienés: el fetichista por un lado reconoce la castración, pero por otro la desmiente mediante el fetiche, la encarnación del falo faltante en la mujer. “La mujer, por lo tanto, tiene el falo en el marco del hecho de no tenerlo” (Lacan, citado en Julien, 2012). Siguiendo a Freud, considera el fetiche como defensa contra la homosexualidad y la angustia de castración.

Utiliza allí la metáfora del velo como aquella cortina que se instala entre el sujeto y el objeto permitiendo suponer un más allá del objeto, más allá que es siempre una nada. El fetiche es ese objeto que se proyecta sobre el velo y permite que la ausencia en el más allá se realice allí como imagen; es decir, permite positivar el $(-\phi)$ de la castración imaginaria. (Psicoanálisis y el hospital, 2006, p. 153)

Así, mientras que el síntoma neurótico se constituye en referencia a su estructura de metáfora, el fetiche se define, por el contrario, en relación con una estructura metonímica. Para Lacan el fetiche es como una “detención en la imagen” que opera sobre la insoportable castración materna (Álvarez et al., 2004).

Pero el fetiche no necesariamente es un objeto facticio, como afirmaría Lacan más adelante en Kant con Sade (1962): el propio sujeto puede colocarse en su lugar, convirtiéndose en instrumento de goce. “En términos fantasmáticos, el fetichista (y el perverso en general) se identifica con el objeto para hacerse instrumento del goce del Otro, para restituirle al Otro ese goce sustraído por la castración y hacer aparecer al Otro-supuesto-Gozar” (Psicoanálisis y el hospital, 2006, p. 153). En este sentido, no existe cosificación del otro.

No se trata del desprecio por el partenaire, de negar al otro, cosificarlo, usarlo, no respetarlo; el acto del perverso no se reduce a la relación imaginaria narcisista con el semejante, sino que se especifica en relación al Otro simbólico, por quien el perverso actúa, y donde su partenaire se incluye. Su objetivo: devolver el objeto suplementando al Otro. En Lacan, exhibicionismo, voyeurismo, masoquismo, sadismo, involucrarán diferentes estrategias subjetivas, en la que el perverso se ofrecerá como objeto a del Otro; empedernido, defensor de la fe, auxiliar de Dios, lo que se sostiene en un acto sacrificial

que se ofrece a un goce que no le es propio, el perverso se constituye a sí mismo como instrumento del goce del Otro. (Yesuron y Rotagnotto, 2014, p. 10)

Guy Rosolato (1966) considera el fetiche como defensa contra la escisión yoica. El fetiche es, simultáneamente, metonimia y metáfora del pene ausente de la madre.

El fetiche, afirma Rosolato (1966), es la contraparte de la escisión del sujeto. El fetiche aparece *cortado* de su dependencia corporal y a la vez en *continuidad* (metonímica) con el cuerpo (faneras, vestidos). Si en razón de esta continuidad el fetiche es una *metonimia*, en cuanto representa (“presentifica”) el pene faltante de la madre es también su *metáfora*. (Etchegoyen, 2009)

3.4.3.4. FACTORES INDUCTORES.

Habiendo descubierto ya el punto de anclaje de la perversión como estructura, se puede también investigar cuáles son los factores inductores en este momento decisivo para la estructura psíquica del niño. Como en la vida de cualquier bebé, la madre es el primer sostén, quien lo alimenta y lo asea, y quien también lo posibilita como ser deseante.

Cómo podría el psicoanálisis olvidar alguna vez el hecho clave que lo funda: que comenzamos nuestra vida mirando a una mujer para desearla (cualquiera sea nuestro sexo), que este deseo nunca puede ser eliminado y, lo que es más importante aún, que sin este deseo nunca nos volveríamos seres humanos y hasta no podríamos siquiera simplemente sobrevivir. (Cornelius Castoriadis, citado en Franco, s.f.)

El conflicto surge cuando el deseo se estanca en esa primera relación como consecuencia del aferramiento de la madre.

Este período de idilio es interrumpido por la acción del padre que prohíbe que la madre reintegre su producto. Se produce una renuncia pulsional y el perverso polimorfo entra en la latencia. Pero esta renuncia puede no ocurrir y el niño puede no ser cedido y seguir constituyendo ese objeto que niega la falta. Si el abandono de esta posición no se produce, sí nos acercamos a lo perverso como estructura psicopatológica quedando revelada la posición del niño como fetiche. (Psicoanálisis y el hospital, 2006, p. 158)

A grandes rasgos podemos hablar de la ambigüedad creada por una madre seductora y un padre silencioso o ausente.

La esencia de esta ambigüedad puede sintéticamente circunscribirse en los límites de dos factores predisponentes cuya sinergia captura al niño en la frontera de la dialéctica del ser y del tener. Se trata, por una parte, de la complicidad libidinal de la madre y, por la otra, de la complacencia silenciosa del padre. (Dor, 2009, p. 103)

La seducción de la madre es ejercida en la realidad y no solo en la fantasía, siendo una madre que responde constantemente a las demandas eróticas del niño y lo hace sentir como “su pareja perfecta, con su pene prepúber” (Chasseguet-Smirgel, 1985, citado en Welldon, 2013, p. 82). El futuro perverso mantiene una relación de complicidad con su madre.

(...) lo que me parecía esencial en la relación del perverso con la madre era un lazo de complicidad: de dicha complicidad con una madre seductora (y en el caso del perverso no se trata de un puro fantasma de seducción forjado por el sujeto) (...). (Aulagnier, 2000, p. 33)

En medio de esta relación cómplice entre madre e hijo no es de extrañar que la figura del padre sea vivida como un intruso.

En la complicidad erótica que la madre comparte con el niño, éste puede engañarse sobre la ausencia de mediación paterna respecto del deseo de la madre. Sin embargo, el padre no deja por eso de aparecer como un intruso y tanto más cuanto que la madre, sin confirmar en nada el compromiso de su deseo por él, no invalida nunca tampoco la eventualidad de ese deseo respecto del niño. (Dor, 2009, p. 104)

La ambigüedad de la madre es alimentada por el propio padre, quien no entra en la relación para imponer la ley. El padre mismo le otorga poder a la palabra de la madre y fomenta que el niño no salga de la díada.

Semejante ambigüedad materna no tiene, sin embargo, incidencia determinante sino en la medida en que recibe, como eco, un cierto refuerzo por el lado de la complacencia tácita de un padre; complacencia tácita a dejarse desposeer de buen grado de sus prerrogativas simbólicas delegando su propio habla en el de la madre con todo el equívoco que este mandato supone. (Ibíd., p. 104)

Piera Aulagnier (2000) aclara que el perverso “reniega de esa ley en tanto que palabra del padre, pero no en tanto que ley” (p. 51), situando esa ley en un Otro anterior a la castración. Por tanto, no hay que entender que el perverso esté fuera de la ley, sino simplemente fuera de la ley paterna.

La relación que establece con el padre es “ir hacia el padre”, como decía Lacan, cuando utilizaba un juego de palabras: “per” se pronuncia como padre en francés, “versión” viene del latín, significa “ir hacia”. El perverso trata de establecer una relación imaginaria con el padre, de tal manera que el padre no aparece como alguien que puede transmitirle algo al sujeto. Por el contrario es el sujeto quien va a transmitirle algo al padre. (Eiguer, s.f.)

Más adelante esta idea quedará reforzada por otros autores. Por ejemplo, Wilhelm Stekel (1952b), en su experiencia con el fetichismo, defiende la fuerte vinculación existente entre esta perversión y la religión, portadora de una ley también.

Y es que el perverso, aunque pueda parecerlo, no está libre de toda ley, sino que tiene la suya propia y la profesa con total compromiso. Sade propone su propia ley e intenta fundar con ella una nueva sociedad en la cual la perversión no es la excepción, sino la norma.

(...) al inventar un mundo centrado en la absoluta transparencia de los cuerpos y de la psique, es decir, en una infantilización fantasmal de las conductas humanas, Sade propone un modelo de vínculo genealógico que elimina la perversión con el fin de normalizarla mejor y, en consecuencia, prohibirle que desafíe la Ley. Por ese procedimiento intenta, sin conseguirlo puesto que aspira a convertirla en Ley, abolirla en cuanto lado oscuro de la existencia humana. (Roudinesco, 2009, p. 63)

Tal como indica Jean Clavreul (2000), el perverso ha eliminado la oposición entre placer y ley y ha encontrado un vector en común para ambos.

(...) se dirá que si el perverso actúa allí donde el neurótico reprime sus impulsos, es porque el primero carece de superyó. Afirmación ésta que no tendrá otro alcance que colmar de gozo al perverso, que solo el deseo hace la ley. Sin embargo, será precisamente a la inversa como deberemos interpretar ese pasaje al actuar, pues es en función del orden de los valores que tiende a promover como el perverso da a su deseo esa fuerza de Ley que no dará intervención a consideración ajena alguna fuera de su propio desenlace. Y en el momento en que consigue hacer de su propio deseo la ley de su comportamiento, el perverso logra instaurar la única ética a la que se puede adherir. (p. 66)

Esta situación confusa mantenida por ambos padres tiene como consecuencia el refuerzo del fantasma de una madre todopoderosa, una madre fálica a la que jamás renunciará el perverso. Esta imagen de madre fálica le acompañará para siempre en su economía del deseo con las mujeres, complicando toda relación que intente establecer con ellas. A pesar de buscar permanentemente a la mujer idónea, se encontrará una y otra vez con una virgen o con una puta, ambas encarnaciones de su doble fantasmaticización de la madre castrada y la madre fálica.

Por un lado, la mujer puede encarnar la madre fálica completamente idealizada. Esa idealización no tiene entonces otra función que la de continuar, a través de la mujer, protegiendo al perverso de la madre como objeto de deseo. Desde que esta idealización es un proceso de defensa, la mujer es no solamente todopoderosa sino también virgen de todo deseo. Objeto puro y perfecto, el brillo de sus perfecciones la sitúa en el lugar de un objeto fuera del alcance, tan prohibido como imposible. Encarna así el modelo del ideal femenino. (...)

Por otro lado, la mujer puede igualmente bien metaforizar a la madre repugnante y abyecta; madre sexuada tanto más repugnante cuanto que es, por esta razón, deseosa y deseable a los ojos del padre. Esta mujer/madre no tiene otra salida, para el perverso, que ser prácticamente relegada al rango de puta, es decir, en el lugar de objeto inmundo ofrecido al deseo de todos, puesto que ella no está reservada exclusivamente a los buenos oficios de su deseo propio. Tal es la encarnación femenina que convoca ipso facto al perverso ante el horror mismo de la castración. (Dor, 2009, pp. 105-106)

El perverso no acata la ley porque no encontró antaño en ella protección ni consuelo.

Ahora bien, es interesante preguntarnos: ¿por qué la ley no tiene efecto sobre los perversos? Pertenecieron, en general, a una cultura familiar singular, son como los testigos vivientes de ilegalidad o aparecen como rescatados de un drama que los hubiera conducido a la desaparición prematura. No respetan la ley ni la temen porque vivieron situaciones extremas, entre otros problemas. (Eiguer, s.f.)

En definitiva, lo que el sujeto perverso trata de esconder detrás de su juego es precisamente esta invasión que en su momento vivió por parte de aquéllos a los que amaba y demandaba protección.

En esto realmente consiste la pobreza y la decepción de la perversión: Por más que el perverso trate de creerse en acuerdo consigo mismo y de reivindicar en su síntoma la marca de su libertad, no es menos cierto que, a través del juego sutil de las intenciones, de las palabras, de las acciones y de las omisiones que forman la trama de la relación

intersubjetiva, se patentiza que él *ha sido* pervertido. La tentativa de dominio perverso no es otra cosa que la ilusoria tentativa de negar un servilismo. (Chazaud, 1976, p. 136)

Esta estimulación sexual temprana puede apreciarse en la biografía de Sacher-Masoch en dos experiencias específicas. Una, con su nodriza, quien le narraba historias de crueles princesas y zarinas que torturaban o asesinaban a los hombres. La otra, la de su tía Zenobia, mujer envuelta en majestuosas pieles que engañaba y maltrataba a su marido con su crueldad y su fusta, con la cual llegó a pegar también al pequeño Sacher-Masoch de ocho años (Deleuze, 2008).

Hay también en la vida del marqués de Sade detalles que recuerdan a este peculiar marco familiar: pasó la infancia entre un padre libertino y sodomita y una madre que lo confió muy joven a la amante de su marido, para luego pasar a cargo del conde de Charolais, conocido por su crueldad y sus depravaciones. Con cinco años ya no mostraba ni afecto ni culpabilidad, y a la edad de diez años presenciaba las orgías que celebraba su tío paterno, abad de Saint-Léger d'Ebreuil y afamado libertino, por las noches en el castillo. Iniciado en la sodomía y en los castigos físicos por maestros y alumnos del colegio, a partir de la adolescencia empezó la práctica del libertinaje (Roudinesco, 2009, p. 65).

3.4.3.5. DESAFÍO Y TRANSGRESIÓN.

El perverso, para manejar su angustia de castración, desafía cualquier tipo de ley externa, pues la ley apoya y representa una realidad que él rechaza y quiere invertir para su propio beneficio y goce. Desaparece el principio de no contradicción. Transforma lo real para convertirlo en apto para su deseo. “En la estructura perversa se trata de la defensa por fetichización del goce” (Fundación del Campo Freudiano, 1990, p. 251).

A ese saber se dirige el desafío del perverso, a ese saber que quiere hallar, en la realidad del cuerpo, en la realidad del afecto o en la realidad del orden del mundo, sus garantías. Desafiará a la realidad del sexo femenino, y lo hará ya sea por medio del fetiche en su función de velo, ya sea disfrazando a la mujer de agente de la castración, delegándole ese

poder absoluto que, en recompensa, hace de él al que por su propio deseo propone su cuerpo a la mutilación y prueba, por medio de ese goce que es suyo, que el dolor es placer, que el horror es fascinación, que la castración es una forma depurada de goce. A la supuesta realidad del afecto que plantea una equivalencia entre lo bueno y lo bello, la exigencia moral y la buena conciencia, el crimen y la culpa, opondrá su desafío, que viene a invertir los signos y a poner en cuestión la legitimidad de todo soporte ético. (Aulagnier, 2000, p. 44)

Se trata, por tanto, de transgredir las leyes de la realidad. El dolor se convierte en placer y la castración desaparece tan pronto aparece, tal como lo hacen las marcas sobre la piel.

(...) aquí tenemos otra demostración de la función de la renegación y del desafío: lo que el perverso viene a demostrar es que ni la castración ni el horror pueden oponerse al goce, que ambos son sus corolarios indispensables, así como la supervivencia de la víctima y esa integridad de su cuerpo siempre recuperada (...) prueban que la castración se anula en el mismo momento en que se cumple. (Ibíd., p. 49)

En efecto, mientras que el neurótico limita su placer ante la imposición de la realidad, el perverso rechaza someterse a la prohibición para seguir jugando a ser Dios sin darse cuenta apenas de que la tan ansiada satisfacción absoluta no es más que un cruel espejismo al que se aferra porque no es capaz de soportar la angustia de pérdida.

Toman el partido de la inocencia: disfrutan, saborean el goce. Pero, ¡ay!, eso es lo que ellos quisieran; porque, en realidad, simplemente se lo “imaginan”. Confunden sus deseos con las realidades. De hecho, estos “perversos” ya no son niños, si bien se comportan como tales. Lo que ellos quieren actualizar, con obstinación, angustia o terquedad, es lo que han perdido para siempre: una satisfacción “infinita”, pero reconstruida demasiado tarde. Lo que ellos ritualizan es el *mito*, en el que, en el fondo (y de aquí su desgracia), creen todavía menos que el honesto filisteo de la calle a quien desprecian por saber contentarse con un uso moderado de la cosa según una explicación “muy de estar por casa”; según la consideración de *ley* y el olvido de la *muerte*. Y que, en su placer trivial,

apenas surtido de algunos “preliminares” reencuentra como el resabio de todo aquello a lo que ha sabido renunciar, pero que, ahora, se le representa sin afectación, a la pata la llana, sacando aún “provecho” después de arriesgar todo el capital... (Chazaud, 1976, p. 12)

Por supuesto, darle la espalda a la norma tiene su precio: el de la repetición, “porque convendría quizá no decir ya más que el perverso es perverso *por* placer, sino *para* el placer” (Ibíd., p. 48).

Entre el árbol de la vida y la corteza de lo real, hemos tenido que introducir el “tú debes”. Y el que rechace la ley tiene que hacer del deseo su super-ley. Esta esclavitud es tanto más terrible cuanto más desmedido es el deseo. Ello puede servir de consolación a los enfermos de la virtud. (Ibíd., p. 13)

A propósito de este carácter condenatorio de la perversión, podríamos realizar una precisión en cuanto a la transgresión en el sentido de que ésta no es necesariamente perversa.

La transgresión, por lo tanto, puede ser perversa o no, extremos que no depende del tipo de conducta que se practique sino del trato que se ofrezca a quien es llamado a cumplimentar y despertar nuestros deseos. A su vez, la perversión, por su parte, no tiene por qué ser transgresora. De hecho, raramente lo es. El universo perverso es más afín a la repetición que a la novedad. Escapa inicialmente a la ley moral pero permanece rígidamente presa en los límites del deseo. Es repetitiva con este aburrimiento maquinal de lo destructivo y lo sadiano. Repite el abuso y la opresión. La perversión en realidad, aunque simule transgredir las leyes, se somete a la peor de todas, que no es otra que el principio de repetición. La transgresión es un desplazamiento estratégico y técnico del deseo y el placer, mientras que la perversión, en cambio, es un concepto de orden puramente moral. (Colina, 2006, p. 117)

De este modo, la transgresión no representaría ya la característica fundamental de la perversión, sino que la perversión obedece a la búsqueda de la repetición mientras que la transgresión obedece a la búsqueda continua de lo nuevo y diferente, algo inherente a la naturaleza del deseo.

“La perversión, por lo tanto, es aquel dispositivo que suprime injustificadamente la libertad de los demás” (Ibíd., p. 118). El perverso no se dedica a incumplir la moral social establecida, sino a vulnerar la moral autónoma de cada persona al no respetar la igualdad y el equilibrio. El deseo del perverso “se convierte en el derecho sadiano a gozar del otro al margen de su consentimiento” (Ibíd., p. 119), y no satisfecho con transgredir al otro, puede recurrir incluso a seducir al otro para que también transgreda. Recordemos *La filosofía en el tocador* (2008) de Sade: una joven inocente y virginal es corrompida e iniciada en la sexualidad perversa y el asesinato.

Ello nos remite al universo anal: aquello que es blanco y puro debe ser revelado en su negrura. Es un combate lanzado contra la pretendida pureza narcisista total. Sin embargo, se trata aquí de una analidad particular, pues lo verdadero sería en última instancia denigrado. En esta concepción del mundo, dominado por una moral invertida, la impostura sería creer en lo blanco.

Entonces, puesto que cada ser es vil y lo ignora, hay que preconizar el envilecimiento. El perverso se propone hacerle descubrir a la víctima lo que tiene en el fondo de no inocente y desplegarlo. Su verdad, su brújula, es el goce. Numerosos perversos buscan jóvenes perdidas, semimarginales, proponiéndoles ser sus guías y maestros. La enseñanza tiende a demostrarle al otro que posee una fuente inagotable de goce. Privarse sería un sacrilegio, ya que las satisfacciones que ella procura justifican privaciones y transgresiones. (Eiguer, 2002, p. 716)

Creyéndose el perverso un preceptor no es extraño descubrir pederastas entre los educadores, pues la educación es la sublimación de las pulsiones pedofílicas. “El perverso se siente animado por un espíritu pedagógico. En nombre de lo maternal fálico, espera devenir padre” (Ibíd., p. 718). Y es que la perversión se guía por el deseo de imitar un ritual social en un intento de reparar su ruptura simbólica (Bonnet, 1993, citado en Eiguer, 2002).

Mientras que el pedagogo sublima la pedofilia fantaseada, el pedófilo hace un simulacro del gesto pedagógico. Esto se reproduce en otras perversiones sexuales. Es una mascarada que el paciente inventa imitando una actividad social, en un impulso de apoderarse de lo simbólico. El sádico imita el sacrificio del niño; el travestido, la utilización de las máscaras, el disfraz del carnaval, influenciado por el deseo de cubrirse con la piel de un difunto; el fetichista, la adoración de las reliquias; el homosexual, el rito de iniciación que lo transformaría en un “verdadero hombre”; el voyeur, la actitud del investigador, que quiere descubrir lo oculto sin interferir en el desenvolvimiento de la experiencia. (Eiguer, 2002, p. 717)

3.4.3.6. EL CONTRATO Y EL RITUAL.

Junto a este empuje constante hacia el desafío y la transgresión de la ley también existe en el ritual perverso, paradójicamente, un contrato no escrito pero aceptado y respetado por ambos partícipes, el cual regula la propia ley de su acto sexual.

(...) observé que lo más llamativo para mí era la minucia, la exigencia de rigor con la que se definían los menores actos, las menores posturas exigidas al compañero. En este tipo de contrato, nada recuerda a una declaración de amor, como tampoco a la fogosidad de la pasión. Es mucho más del estilo del acta notarial, del artículo del Código; en otras palabras, ese discurso es pronunciado en nombre de la ley y no en el del amor, y ni siquiera, en cierto sentido, en nombre del deseo. (Aulagnier, 2000, p. 35)

El porqué de este contrato se halla en la imposición de las reglas del juego erótico, en la inmutabilidad del acto sexual que se va a desarrollar, independientemente del deseo en el momento de aplicar el contrato. De esta forma, ley y deseo van unidos en la perversión; el goce se convierte en una obligación, en un acto de sacrificio ante un Otro.

Es ésta, pienso, una primera clave para comprender la relación particular y específica que viene a ligar ley y deseo para el perverso. Ahora bien: ¿de qué ley se trata? Ella está claramente explicitada en el contexto mismo del contrato: el imperativo impuesto al sujeto no es otra cosa que el goce, el goce concebido no como un derecho o como el

extremo placer, no ya como el efecto de una elección, sino como un deber, como algo del orden del sacrificio que es debido y que ha de ofrecerse a un Otro del que tendremos que decir qué punto de vacío en la cadena significante viene a colmar. (Ibíd., p. 36)

Entendiendo la actuación perversa como un sacrificio, resulta normal que la mayoría de las veces sea el sujeto masoquista el creador del contrato, el cual impondrá y exigirá al compañero que acepte entrar en su juego.

No carece de interés señalar que en la mayoría de los casos (...) el contrato es obra del partícipe masoquista. Él es quien regula el juego, quien dicta y enuncia los caminos del sufrimiento por los cuales tendrá que pasar para alcanzar, pese a esto y en función de esto, la apoteosis que es su goce. Pero no olvidemos que ese goce es no solo lo que él propone, sino lo que impone a aquél que acepta cumplir el papel de compañero sádico. (Ibíd., p. 36)

Por consiguiente, el contrato encierra las características de la puesta en escena del ritual perverso para garantizar la repetición de la fantasmaticización de la escena de castración, momento el cual el niño percibió la ausencia de pene en la madre. Dicha escena se actúa, primeramente, para que el sujeto esta vez intente dominar el horror de la castración, para seguidamente, de la mano de la renegación, convertir ese horror en el único camino hacia el goce. “En las perversiones, la hostilidad cobra forma en una fantasía de venganza escondida en las acciones que constituyen la perversión y sirve para convertir el trauma infantil en un triunfo adulto” (Stoller, 1975, citado en Welldon, 2013, p. 76).

¿Qué va a suceder entonces entre ambos partícipes? Un juego dramático cuyo rasgo característico me parece ser la marca, marca dejada sobre el cuerpo del otro, marca que viene a desgarrar, mancillar esa superficie corporal para abrirla, para trazar en ella los labios de una abertura [béance], para reproducir allí, en una palabra, esa mutilación original que para el perverso representó la ausencia de pene en la Madre.

Así, una primera cara del escenario puede interpretarse como la repetición de una escena fantaseada (aquella en que la madre habría sido castrada), escena en la cual esta vez el sujeto toma parte activa en una tentativa de dominio del horror primero. Pero de inmediato es preciso agregar que lo que el contrato nos demuestra es que la víctima supuestamente ha de gozar (yo diría incluso que se compromete a ello) del dolor que se impone. Aquí toma su sentido un aspecto particular de la renegación; entiendo que lo que con ello se reniega es el horror primero o, para decir mejor, ese horror mismo es transformado en vía única y privilegiada del goce. (Aulagnier, 2000, p. 37)

3.4.3.7. EL INTERCAMBIO DE ROLES.

Según Piera Aulagnier (2000) es común que los partícipes intercambien sus roles. Masoquista o sádico, tanto da, puesto que en ambos casos es el perverso quien tiene el falo y quien decide conservarlo en el rol de amo u otorgarlo en el rol de sumiso.

Para el sádico esto parece suceder a cielo abierto, él es quien viene a marcar el cuerpo de la mujer con la impronta de su látigo (o de sus equivalentes). Para el masoquista, el juego es más sutil: demanda y exige que sea Ella quien tome la responsabilidad de castrar. Pero él es quien le otorga ese derecho; si no es el agente de la castración, sigue siendo aquel que posee el poder extremo de investir a otro con la Potencia fálica. Así, en ambos casos, es precisamente del lado del perverso, del lado del hombre que está el Dominio, la posesión del emblema fálico; lo conserve o lo dé, ambas opciones implican ante todo que lo posee. (p. 49)

Este juego circular en el que se pueden intercambiar los papeles obedece a lo que se supone que el deseo del otro es para el perverso. El sujeto perverso cree poseer el saber sobre el goce del otro, saber que además el otro desconoce.

El masoquista, como el sádico (poco importa el lugar de partida del sujeto) postula que el otro, sujeto de una demanda, es aquel que ignora lo que tiene que ver con el objeto de su deseo, que es él, el perverso, el único que sabe la verdad sobre el goce del otro, que ese saber sobre la ley del goce lo inviste de su papel de iniciador y demistificador, que lo que

él demanda al compañero coincide con lo que éste ignora de su deseo, que él le trae la revelación de su verdad, lo no sabido de su goce; tal es el punto nodal de la temática perversa. (Ibíd., p. 48)

Mientras Piera Aulagnier defiende que el perverso demanda al otro lo que precisamente ese otro ignora de su propio deseo, Michel De M'uzan (1972) llega a una conclusión muy distinta: el perverso “niega al otro como sujeto susceptible de deseo, rebajándolo a una función meramente instrumental” (p. 27). El compañero erótico no es más que un medio para alcanzar y satisfacer el placer de uno mismo.

3.4.3.8. EL SECRETO Y EL TERCERO CÓMPLICE.

Dor (2009) afirma que el goce del deseo se halla entonces en el deseo y la transgresión de la ley, que supone, a la vez, aceptarla y rechazarla, asumir la ley del padre e imponer la propia. Pero este goce necesita de la presencia de un tercero cómplice: la representación de la madre.

El perverso es así conducido a plantear, primero, la ley del padre (y la castración) como un límite existente, a fin de demostrar mejor, a continuación, que quizá no lo es puesto que se puede siempre asumir el riesgo de franquearla. En la estrategia de este pasaje el perverso se ofrece el beneficio de su goce. Sin embargo, la voluptuosidad del estratega no podría ser adquirida sin la complicidad (imaginaria o real) de un testigo que asista, sobrecogido, a la diestra maniobra fantasmática en la cual se encierra el perverso frente a la castración.

La convocación de ese tercero cómplice, necesaria para sostener la asunción del goce perverso, no es nunca sino la reiteración metonímica de ese tercero inaugural que lo hizo nacer y además lo sostuvo, es decir, la madre. (p. 128)

Aulagnier (2000) apunta que el tercero cómplice puede encarnar, además de a la madre, también a la figura paterna idealizada. Este testigo que garantiza su goce puede estar proyectado sobre cualquiera que comparta su secreto, incluido su analista. Desde

luego que el analista debe abstenerse ante tal seducción, aunque puede ser complicado, porque “entonces aparece toda la paradoja: lo que debe ser ocultado, y que no puede ser más que inferido, reencontrado (por no decir fantaseado), algunos (los perversos) nos lo plantan *positivamente* ante las narices” (Chazaud, 1976, p. 13). Etchegoyen afirma que cuando el perverso percibe desinterés por parte del terapeuta hacia sus anécdotas sexuales abandona la terapia, pues ya no le sirve como cómplice.

Queda por decir que para el perverso, el Otro es aquel que se hace garante de la verdad de su discurso y de la legitimidad de su actuar y que, en la puesta en escena, es representado por ese testigo, ese tercero que casi siempre se encarna en la mirada anónima que el sujeto proyecta siempre en el horizonte de su campo, sea el desconocido que supuestamente va a hacerse voyeur o la amiga a la que hará compartir su secreto, o, o por último, el analista, poco importa. A esa mirada se ofrece la puesta en escena, esa mirada de la que se supone que es garante del goce, que asegura al sujeto que está dentro de la ley y lo protege así de su angustia de castración.

Que esa mirada representativa del Otro deba referirse a una imagen primera de la madre fálica, o que por el contrario haya que referirla a un padre idealizado y mítico que habría tomado el lugar del padre real destituido de su función, tales son las dos tesis que con más frecuencia se han evocado para tratar de explicar la relación del perverso con la ley o, de manera más general, su relación con la instancia superyoica. (p. 50)

Este tercero cómplice, por tanto, es el testigo privilegiado del secreto tan bien guardado por el perverso, una suma de teorías sexuales no discutibles por los que se rige en la vida.

Entre las teorías específicas a cada cuadro clínico, citemos la del sádico, quien se da como objetivo ser justiciero y punitivo. Numerosos sadomasoquistas parecen proponer un remedio contra la morosidad, que estaría causada por una culpa profunda. El exhibicionista, a su vez, busca la mutación de las identidades. Para él, ser sí mismo es una cuestión de espectáculo; entrar en campo visual del otro; es recibir una respuesta que finalmente sería una especie de íntimo reconocimiento de que él permitió a este otro hacer un descubrimiento. El voyeur piensa que la vista resume toda la sexualidad: predica

la superioridad del ojo sobre la mano que acaricia y sobre toda sensación táctil o de mucosa. Además, la contemplación le es más aseguradora que la experiencia vivida. En el fondo, ningún perverso quiere confirmar su doctrina; la duda no pertenece a su campo lógico. El fetichista cuenta con encontrar la síntesis vital, pero obtiene tan solo la apariencia, no lo esencial. El frotteur cree que la mujer es únicamente una piel excitable.

Muchas de estas creencias reducen el ser al órgano, los afectos a las sensaciones. Pero más allá de estas disparatadas construcciones teóricas, el perverso sabrá exaltar la belleza de las cosas y sus formas. Posee una fuente de sensibilidad, lo que explica que ciertos perversos sean estetas y que sus contribuciones al arte sean remarcables. (Eiguer, 2002, p. 719)

3.4.4. JOYCE McDougall.

3.4.4.1. LA COMPULSIÓN.

McDougall (2012) deja constancia de la dificultad para definir quién es o no es perverso, puesto que, tal como ya lo indicaba Freud (1905), muchas prácticas consideradas como perversas pueden formar parte de las relaciones sexuales normales, como los juegos sadomasoquistas. Tampoco se puede definir la perversión en función de la naturaleza de los fantasmas, pues no existen fantasmas específicamente perversos. “En el reino de la fantasía erótica, toda persona es libre de restricciones externas; los únicos factores inhibitorios son aquéllos impuestos por las figuras parentales internas”² (McDougall, 1995, p. 177). Es más, McDougall (1972) señala que los perversos tienen una vida fantasmática pobre, pues “su estructura superyoica no le permite imaginar relaciones sexuales sino dentro de una perspectiva limitada” (p. 37). A la misma conclusión llega De M’uzan (1972). Para él, cuanta más actuación, menos imaginación.

Imposible considerar aquí el fantasma como el motor primero del acto perverso. Está tanto menos comprometido cuanto más lo están el comportamiento y la acción, o, en otros términos, acción y actividad de representación se encuentran en una relación inversa (...) (pp. 27-28)

² La traducción es nuestra

De igual modo, Eiguer (2002) cree que el perverso forcluye la fantasía inconsciente. “Fantasear puede conducir lejos, y, sobre todo, a no tener necesidad de actuar” (p. 718).

La diferencia radica en el componente compulsivo, el cual explicaría por qué el sujeto perverso tiene tan poca libertad de expresión erótica, tanto en actos como en fantasmas.

(...) uno de los factores que podrían caracterizar al perverso es que no puede elegir; su sexualidad es fundamentalmente compulsiva. No elige ser perverso ni tampoco la forma de su perversión (como el obsesivo no elige sus obsesiones, ni el histérico sus cefaleas o sus fobias). (McDougall, 2012, p. 57)

Recordemos que Freud (1905) no hablaba de compulsión como tal, aunque sí de exclusividad y fijación.

Esta compulsión conlleva ocupar mucho tiempo preparando la consumación del acto sexual perverso, por lo que el motivo de consulta es muchas veces el problema laboral por no conseguir compatibilizar una actividad con otra. Sabemos ya, por la realidad clínica, que los perversos no suelen acudir a terapia por su perversión, sino por problemas colaterales. El perverso repite una y otra vez la escena fantasiosa inventada para escapar de una realidad que no entiende ni le interesa.

Las horas de preparación ritual, los argumentos consignados en papel o largamente desarrollados en las reflexiones, los proyectos complicados del voyeurista, del exhibicionista, del homosexual que “liga” hasta altas horas de la noche, toda esta actividad no deja tiempo, y *a veces ni siquiera el deseo* de vivir fuera de este reino erótico en donde el sujeto es rey. Fuera de esta escena repetida sin cansancio, el mundo de los otros es vivido, a menudo, como insípido, inútil, incluso *incomprensible* para el sujeto, si su descatectización libidinal va muy lejos. (McDougall, 2012, p. 172)

Así pues, tal como lo expresa la autora, la perversión es la última defensa contra la psicosis. Bajo todos los aspectos, la perversión es un “fenómeno límite” (Chazaud, 1976, p. 23).

3.4.4.2. LA CONSTELACIÓN FAMILIAR.

Partiendo de la constelación edípica, esta autora encuentra en los perversos una escisión patológica mediante el cual todo lo “bueno” es atribuido a la madre y todo lo “malo” es atribuido al padre. Pero tras la apariencia se esconde otra realidad, una realidad donde la madre es vivida como una gran amenaza y donde el padre está investido con un falo ideal, pero relacionado con la muerte.

(...) lo “bueno” se encuentra del lado de la madre, ideal fálico inatacable, y lo “malo” se encuentra del lado del padre, objeto renegado, denigrado. Detrás de esta explosión de los retratos de la familia se encuentra otra madre, mortalmente peligrosa para su hijo, y el odio y la agresión vinculados a esta imagen están orientados hacia otros objetos. La imagen del padre denigrado, igualmente fragmentada, esconde un padre idealizado (papel atribuido frecuentemente al padre de la madre, a un sacerdote, incluso a Dios mismo); con mayor frecuencia aún encontramos el fantasma de un falo ideal con el que el sujeto no puede identificarse, pero que juega un papel estructurante importante a pesar de su carácter escindido. (McDougall, 2012, pp. 62-63)

McDougall, para entender mejor el retrato familiar del perverso, hace una ingeniosa comparación con los protagonistas del cristianismo.

La estructura edípica de estos sujetos es sorprendente por su homogeneidad misma: es la pareja mística del pequeño Jesús-madre idealizada, asexuada y padre inasible, aéreo como el Espíritu Santo. (Ibíd., p. 178)

Estas constelaciones familiares son inducidas a menudo por los propios padres, quienes, por un lado, tal como lo decían ya los lacanianos, las madres seducen a los hijos, a veces exponiéndolos prematuramente a una estimulación sexual, y siendo habitual que la madre denigre la función fálica del padre y dé a entender al niño que él es un sustituto fálico. O por el contrario, educan con actitud de desprecio ante la sexualidad de sus hijos. “Con la aparente renegación de las pulsiones sexuales de sus hijos, estos padres favorecen las organizaciones sexuales perversas de sus hijos” (Ibíd., p. 182). Éstos suelen ser padres que, por ejemplo, se pasean desnudos delante de los hijos y les restringe su privacidad.

De este modo, mediante el acto sexual, el perverso intenta ganar, conservar o controlar el falo paterno idealizado. Aquí surge la compulsión de la perversión, en la búsqueda eterna del padre como defensa contra la madre fálica. Es buscado en el exterior aquel objeto interno faltante que es la imago fálica, un símbolo imprescindible para la organización de la realidad y la identidad narcisística y sexuada del sujeto.

Aquello que falta en el mundo interno es buscado en un objeto o una situación exteriores, puesto que un fracaso de la simbolización ha dejado un vacío en la estructuración edípica. Este fracaso concierne a la función del pene paterno y a la significación de la escena primaria. (Ibíd., p. 63)

Este fracaso simbólico en el complejo de Edipo se construye sobre otro fracaso más primitivo todavía, ocasionado precisamente por una madre que no frustró lo suficiente al niño, y con ello, no permitió la simbolización de la falta.

Este fracaso primitivo concierne a la falta primordial de la madre, allí en donde se funda la alteridad, allí en donde se origina la capacidad de “simbolizar” esta falta y de crear las primeras ilusiones para llenar el espacio psíquico dejado por la ausencia del Otro. (Ibíd., p. 179)

La ausencia de ciertas representaciones internas, provocada por la no identificación con el padre y la no simbolización de la falta, hace que se tambalee su sentimiento de identidad (Lin-Ku, en prensa).

En su origen, el perverso fue un niño que se desilusionó tardíamente. La madre primeramente lo sedujo, pero finalmente se opuso a la realización del deseo. En la estructura inconsciente la figura castradora es la propia madre.

El hijo de una madre “idealizada” ha podido creer que él también era un niño “ideal”, el centro de su universo, hasta el momento de la revelación fatal de que él no posee la respuesta al deseo de su madre. En el derrumbamiento tardío de su ilusión, ya no sabe quién es para ella ni qué le dará satisfacción. En alguna parte debe existir un falo ideal, capaz de colmar a la madre. El padre, raramente reconocido por la madre como objeto de deseo sexual, seguramente no lo tiene, así pues, el niño no siente ganas de volverse hacia él ni de identificarse con él. (McDougall, 2012, pp. 68-69)

En muchas ocasiones esta desilusión aparece con el nacimiento de un hermano o un nuevo matrimonio, pruebas irrefutables de la infidelidad de la madre hacia el niño perverso (Ibíd., 1972, p. 49).

3.4.4.3. LA RETRACTACIÓN.

Ante una madre completa no hay cabida para un padre. El niño cree y desea ser el falo que colma la falta de la madre. Por esta misma razón, para no romper la diada perfecta, ante la diferencia sexual anatómica el niño responde con la retractación.

Con el término “retractación” Joyce McDougall (1972) traduce el “Verleugnung” de Freud. Considera que “retractación” expresa, de manera más adecuada que “renegación” (elegido por Laplace y Pontalis para su diccionario de psicoanálisis), la fuerte repudiación de la realidad mediante la palabra y la acción.

El niño no puede aceptar la carencia de pene en la madre, ya que tal percepción lleva a una verdad intolerable: los órganos genitales de sus padres son distintos y se complementan, por lo que él se queda necesariamente fuera del juego.

Así, el sexo abierto de la madre suministra la prueba del papel del pene paterno. Pero el niño no quiere saber nada de esto. Hasta prefiere tener la alucinación de un pene, destruyendo con ello su reconocimiento de la diferencia, antes que aceptar la idea de que los órganos genitales de sus padres son diferentes y complementarios, y antes, igualmente, que aceptar que él ha sido excluido para siempre del círculo cerrado y que, de persistir en su deseo, se expondría a la amenaza de castración. (McDougall, 1972, p. 60)

La retractación no solo defiende al perverso de las implicaciones de la diferencia entre los sexos, sino también de su ira contra sus objetos. “El perverso protege sus objetos contra su odio destructor, destruyendo en cambio una parte de sus conocimientos perceptivos e intuitivos” (Ibíd., p. 64). La perversión puede interpretarse entonces como una defensa maníaca ante la angustia y los impulsos asesinos o suicidas desencadenados frente la desilusión de no tener la respuesta al deseo de la madre (Ibíd., p. 43).

3.4.4.4. EL FETICHISMO.

Esta retractación es llevada a cabo a través del fetiche, un proceso que participa aparentemente de la defensa neurótica y psicótica a la vez.

McDougall (2012) marca la diferencia entre fetiche y objeto transicional:

Tomemos el ejemplo del fetiche: el objeto transicional es una etapa normal en la evolución del niño, mientras que el objeto fetiche da cuenta de un *fracaso* en la capacidad de simbolizar la verdad sexual y en los renunciamentos a la omnipotencia que ello exige. (...) Los dos objetos pertenecen a dos estadios distintos de la evolución del niño. (...) Es probable que el tipo de madre que

impide a su bebé encontrar y crear su objeto transicional es el mismo que prepara un terreno propicio para un desenlace perverso del Edipo. Al negarse a renunciar al objeto incestuoso, el niño deja pasar la alternativa de la identificación secundaria con el objeto del mismo sexo y se condena, pues, a una recuperación narcisista de su identidad sexual lesionada. (p. 180)

El fetiche es, entonces, el sustituto de un objeto interno dañado mediante el cual el perverso intenta repararlo o controlarlo.

El fetiche (...) ocupa el lugar de un objeto interno que ha sido gravemente dañado y que entonces debe ser resucitado eternamente para ser, una vez más, reparado o controlado en la escena sexual perversa. Castrar, humillar y renegar al padre, o a su representación parcial, es la prueba, al menos, de que su existencia tiene un sentido. (Ibíd., p. 87)

3.4.4.5. EL SECRETO Y LA ESCENA PERVERSA.

Este niño frustrado intentará convencerse a sí mismo y a los demás de que posee el secreto del deseo sexual, mediante el cual confirma y refuerza su frágil identidad del Yo.

Su permanente búsqueda de una confirmación de su ser (destinada a contener el pánico que se apodera de él cuando se ve amenazado de perder su sentimiento de identidad) puede incluso aventajar a las miras libidinales y agresivas en el curso de su ritual sexual, y así, en medio de un complicado sistema de negación, retractación y desplazamiento, pretenderá a menudo que *ha nacido* homosexual, travesti, masoquista, etcétera, es decir, que la forma que adquiere su sexualidad forma parte integrante de su identidad. (McDougall, 1972, p. 47)

Orgullosa de tener el secreto, la perversa desprecia las prácticas sexuales normales. Tal como lo expresa McDougall (1972): “Así, paradójicamente, considera al sencillo

heterosexual como castrado, víctima de la presión paterna y social y representante de una imagen paterna castrada” (p. 47). De igual manera que aborrece a quienes practican sexo según la norma, siente también que los demás lo envidian a él y a su secreto.

Aunque, entrando en contradicción, McDougall (1972) también sostiene la idea de que muchos perversos se lamentan de no compartir la sexualidad normal. Viviendo la sexualidad de una forma diferente, se sienten extraños entre las personas que los rodean (pp. 57-58). La aparente contradicción no sería tal si entendemos que ambas posturas obedecen a dos momentos diferentes. Primero, el perverso, en comparación con los demás, se da cuenta de su manera particular de comprender la sexualidad. Pero ante el desconcierto e incluso la ansiedad generada ante la diferencia no puede tampoco abandonar su perversión, pues su perversión es su escudo contra la castración y la desintegración de su identidad. Solamente le queda mantener y defender la sexualidad perversa como una opción mejor que la sexualidad normal.

Sea como fuere, el perverso cae en la ironía de rebajar su placer sexual al someterlo a la inmediatez y la totalidad del goce. “El placer perverso es, en resumidas cuentas, un placer pobre, un pobre placer, por culpa de su descarga “precoz”; es un cortocircuito por defecto en el condensador.” (Chazaud, 1976, p. 134). Un grado mínimo de inhibición es necesario para controlar las tensiones y aumentar por ello el placer y el terreno sexual no escapa de este postulado.

Pero este secreto no es otro, a nivel inconsciente, que la no diferenciación entre los sexos. “Para la conciencia del sujeto hay diferencias de sexos, pero éstas no tienen una función simbólica y no son ni la causa ni la condición del deseo sexual” (McDougall, 2012, p. 72). Esta no diferenciación entre los sexos implica la renegación de la falta de pene en la madre, pero no libera al individuo de la angustia de castración, del cual todo perverso se protege creando su propia escena, dirigiendo así su deseo sexual hacia objetos, fines y zonas nuevas.

El decorado, los intérpretes y los objetos varían, pero el tema es inmutable: es el tema de la castración y apunta al control de la angustia que le es propia. Que se trate del sadomasoquista, centrado sobre su dolor, apuntando incluso a sus órganos genitales o a los de su pareja; que se trate del fetichista, que reduce el juego de la castración a un juego de nalgas azotadas o a constricciones corporales (las huellas de la sevicia simbolizan la

castración y se borran fácilmente); que se trate del travesti, que hace desaparecer sus órganos genitales deslizándose en la ropa de su madre con el fin de apropiarse de su identidad; o aun del homosexual con su búsqueda eterna del pene que absorbe de modo mágico (oral o analmente), reparando así la fantasía de su propia castración y al mismo tiempo castrando (y) reparando a la pareja gracias al control del goce del otro...; en cada caso la intriga es la misma: *la castración no hace sufrir, no es irreparable, y más aún, es la condición misma del placer*. Cuando, a pesar de todo, la angustia aparece, es erotizada e incluida como nueva condición de excitación (Ibíd., pp. 72-73)

Intenta recuperar del exterior lo que ha perdido en el interior por medio de una “ilusión a la que controla y delimita” (McDougall, 1972, p. 63). La falta de un falo internalizado obliga al perverso a buscar un objeto en el mundo exterior para no perder los límites de su yo y fundirse con el universo, o lo que es lo mismo, perder su identidad y fusionarse con la madre. “Ser el objeto fálico imaginario para colmar el deseo de la madre es la angustia misma de ser tragado por ella” (Julien, 2012).

Uno de los resultados obtenidos por el ‘objeto-collage’ interno [collated internal object] en la realidad psíquica del perverso es el de proporcionarle a éste la posibilidad de instituir en su realidad interior una pantalla paradójica que lo protege de una invasión total de su persona por la intrusa omnipresencia del inconsciente de la madre en su experiencia infantil. (Khan, citado por McDougall, 1972, p. 67)

Este intento de controlar la angustia recuerda al juego del carretel que describía Freud (1920) en *Más allá del principio del placer*. En esa viñeta Freud descubrió que el niño, tirando dentro de la cuna su carretel para luego recogerlo, estaba elaborando la separación con la madre, su ausencia y presencia. De una forma similar el perverso, frente a la angustia de castración, hace un intento de gobernar su emoción siendo él, esta vez, el agente inductor de la angustia.

La escena perversa funciona como un sueño, siendo el contenido manifiesto la fantasía creada y el contenido latente la verdad de la cual el sujeto no quiere saber nada,

de la cual se protege. El perverso crea para sí mismo y los demás otra realidad sustitutiva.

Todas estas escenas ocultan un argumento complicado; como un sueño, se parecen a una obra de teatro en la que faltan algunos lazos esenciales para su comprensión. Se trata, sin embargo, de un *contenido manifiesto* que hace uso del proceso primario: condensaciones, desplazamientos, equivalentes simbólicos. Y el actor principal mismo ha perdido, invariablemente, la clave de su mitología sexual. Él trata, absolutamente, de convencerse y de convencer a los demás de que posee el secreto del deseo sexual, y es lo que monta en espectáculo en su creación erótica. Pero el *contenido latente* se le escapa. (McDougall, 2012, pp. 184-185)

En suma, la perversión es creada por el sujeto para protegerse de la angustia de castración, de la frágil imagen corporal y de la muerte psíquica.

La observación clínica me ha convencido de que aquellos niños destinados a necesitar de un comportamiento sexual desviado en la vida adulta crearon su teatro erótico, en un principio, como un intento de protegerse y curarse: confrontados con la abrumadora angustia de castración derivada de los conflictos edípicos, al mismo tiempo, se enfrentaron con la necesidad de llegar a un acuerdo con la imagen introyectada de un cuerpo frágil o mutilado. Así se protegen de la terrorífica sensación de la propia muerte libidinal.³ (McDougall, 1995, p. 181)

3.4.4.6. EL DESAFÍO.

McDougall (1972), en la línea de los lacanianos, le otorga a la sexualidad perversa la función desafiante. En un primer momento sostiene que el perverso desafía al padre mediante su actuación erótica, buscando fuera el imago fálico que le falta dentro. Al desafiar al padre también está buscando su existencia.

³ La traducción es nuestra.

Si la puesta en escena perversa constituye un desafío (al padre, a todo el mundo), también es una tentativa de recuperar el objeto interno perdido. Engañar y humillar al padre es una manera de hacerlo existir. (p. 44)

Años más tarde, McDougall (1995) completa esta primera teoría. Defiende que en los casos en los que la sexualidad es empleada como una droga, el desafío no es solo contra el padre, sino también contra la madre y contra la propia muerte. Aunque debemos recordar que la autora define las perversiones como compulsiones sexuales, pudiendo entonces generalizar que todas las perversiones son formas de adicción.

Este desafío es triple:

1. Hay un *desafío al objeto materno internalizado* (vivido como ausente o carente en la capacidad de calmar al niño). La sustancia adictiva estará siempre disponible como sustituta de las funciones maternas ausentes. (En esencia, el mensaje es, “Nunca podrás volver a abandonarme; de ahora en adelante, ¡yo te controlo a ti!”).
2. Hay un *desafío al padre internalizado*, quien ha fallado en sus funciones paternas y por tanto es rechazado. Esta actitud es comúnmente proyectada sobre la sociedad. (“No me importa lo que pienses acerca de mí o de mis actos, ¡puedes irte al infierno!”).
3. Hay un último *desafío a la muerte misma*, la cual toma dos formas. La primera es una postura omnipotente (“Nada puede tocarme, la muerte es para otros”). Después, cuando este mecanismo de defensa en forma de grandiosidad se viene abajo y el sentimiento de muerte interna no puede ser ya negada, se cede a los impulsos de muerte (“Quizá la próxima dosis (combate o encuentro) será la sobredosis (¿y qué?, ¿qué importa?”).⁴ (pp. 188-189)

3.4.4.7. EL ESPECTADOR.

La escena inventada debe ser validada por un tercero, por lo que siempre hace falta un espectador, función desempeñada normalmente por el propio sujeto que observa mediante un espejo el desarrollo de la escena. Hay aquí una inversión de roles. El

⁴ La traducción es nuestra.

perverso ya no es el niño pasivo que observa; ahora actúa como protagonista y controla como director de teatro.

Antes, sometido a la excitación, en tanto espectador impotente, excluido de las relaciones parentales o víctima de una estimulación inhabitual que no podía encarar, es ahora el que controla y el que produce la excitación, la suya propia o la de su pareja. Así pues, el interés dominante de muchos perversos es el de manipular a su antojo la respuesta sexual del *otro*. (McDougall, 2012, p. 73)

3.4.4.8. LAS NEOSEXUALIDADES.

“La sexualidad humana es inherentemente traumática”⁵. Así comienza Joyce McDougall su obra de 1995, *The many faces of Eros*. Siguiendo esta afirmación entiende que gran parte de los conflictos psíquicos surgen como resultado del choque entre los deseos del mundo interno y las limitaciones del mundo externo. El ser humano, en su búsqueda eterna de amor, de satisfacción, en definitiva, de un otro que lo complemente, siempre termina por frustrarse. Esta decepción es vivida ya desde la primera relación interpersonal: la del bebé con su madre. Así, los síntomas son defensas contra el sufrimiento, no olvidando los síntomas sexuales.

Bajo esta forma de entender la sexualidad, la perversión no es más que una de las muchas soluciones encontradas para sobrevivir. Albergando la palabra “perversión” tintes peyorativos, McDougall prefiere emplear el término “neosexualidad”, pues vivir la sexualidad de una forma distinta a la establecida por la sociedad no tiene por qué ser negativo ni motivo de análisis. La autora nos pone el ejemplo de los homosexuales (a quienes no considera necesariamente perversos), algunos de los cuales llegan a consulta con culpa y vergüenza, con la esperanza de encontrar la heterosexualidad en su interior y, por tanto, poder ser más felices.

La autora entiende que la sexualidad puede ser heterosexual, homosexual o autoerótica, y dentro de estas tres formas de expresión sexual puede haber tanto normalidad como patología, según el caso específico, difícil de decidir, ya que las

⁵ La traducción es nuestra.

prácticas y fantasías perversas son comunes en todas las personas. A pesar de admitir la dificultad diagnóstica, McDougall (1995) reserva el término “perversión” únicamente para dos casos:

En general, yo reservaría el término *perversión* como una etiqueta para los actos en los cuales el individuo (1) impone sus deseos y condiciones personales sobre alguien que no desea ser incluido en el escenario perverso (como en el caso de la violación, el voyerismo, y el exhibicionismo); o (2) seduce a un individuo no responsable (como un niño o un adulto con trastorno mental).⁶ (p. 178)

Las neosexualidades aluden a las creaciones inventadas por algunos sujetos para poder acceder al encuentro con el otro, sentir placer y mantener su identidad. Esta construcción de neorrealidades y neonecesidades no concierne únicamente al acto sexual, sino que alude también a las actividades sublimatorias, como lo es la elección laboral. Las inquietudes profesionales parecen derivar también de la solución neosexual encontrada ante el conflicto psíquico.

A pesar de la parte compulsiva, adictiva y restrictiva de las neosexualidades, McDougall nos recuerda que hay que reconocer que cumplen buenamente su función: “los impulsos destructivos de Thanatos están encadenados de la misma manera que Eros triunfa sobre la muerte”⁷ (Ibíd., p. 214).

3.4.4.9. PERVERSIÓN VERSUS SUBLIMACIÓN.

McDougall analizó la relación existente entre la creación perversa y la creación artística, o lo que es lo mismo, la relación entre la perversión y la sublimación, encontrando grandes similitudes. Señaló que el mismo Freud (1930) definió la sublimación con los mismos términos que la perversión sexual, ya que muchas desviaciones sexuales son verdaderas creaciones. “Se asemejan a obras de teatro

⁶ La traducción es nuestra.

⁷ La traducción es nuestra.

complicadas, que sus autores conciben, construyen y ponen minuciosamente a punto, a veces con días o incluso semanas de anticipación” (McDougall, 1998, p. 229).

En psicoanálisis, las personalidades creativas pocas veces presentan una estructura neurótica relativamente estable, como la de los pacientes neuróticos con su marco interno; los artistas, en todos los dominios, se inclinan más bien a “hacer estallar las fronteras” y a recurrir a la proyección externa, abrumando al tercer poder, el público, que recibe toda la fuerza del proceso de identificación proyectiva con la obra. Se trata de un fenómeno particularmente sensible cuando el proceso reactiva los antiguos esquemas familiares de rechazo, humillación o abandono. (Ibíd., p. 89)

En primer lugar, perverso y artista necesitan de un público. El del artista es un gran público real, y el del perverso es un público mínimo, normalmente reducido a su pareja, e incluso únicamente a su espejo. Tenemos como ejemplo al exhibicionista, en el cual el rol del espectador es necesario y fundamental. Sin embargo, la relación que existe con sus respectivos públicos no es la misma. El sujeto perverso, al contrario que el artista, busca como fin último el goce sexual, aunque prioriza a menudo el goce del otro por encima del goce propio, mostrándose entonces el perverso como un artista pues, a fin de cuentas, ambos buscan el goce de su público con su creación.

El artista trata también de alcanzar a su pareja, el público, para hacerle *sentir* algo, para invadirlo *con su visión personal*, comunicarle *su ilusión de la realidad*, así como el perverso trata de imponer el goce sexual según su creación personal. (McDougall, 2012, p. 173)

(...) Hemos dicho que la producción prima sobre el producto. Sin embargo, para la personalidad creadora, más allá del placer de la producción, hay un segundo momento de la entrega de su producto *al público* (...). La espera ansiosa de la reacción del público está ligada a la espera de una confirmación que le asegure que su producción (...) y su producto (...) son aceptables, válidos, deseados y, además, fuente de goce para el público. (Ibíd., pp. 196-197)

Recordar la observación de Piera Aulagnier (2000). Cuando el perverso cree ser conocedor de la verdad sobre el deseo del otro y se lo revela, cuando le ofrece al otro escenificar el juego de su goce, está precisamente anteponiendo el goce del otro al suyo propio.

Aunque existe una diferencia significativa en este aspecto: el compromiso afectivo que el artista mantiene con su público no es el mismo que el que mantiene el sujeto perverso con el suyo. En su relación con el público el perverso pone más en juego de su propio narcisismo.

El perverso tiene aún más necesidad que el artista de una confirmación narcisista, de una validación de su creación, porque, contrariamente al artista, frente a su actividad creadora, está más movido por la angustia que por el deseo. (...) *el artista, por su creación misma, se expone al juicio del Otro*, mientras que *el perverso lo elude*. La creación sexual perversa, en tanto que acto de creatividad precoz, ha triunfado casi demasiado; colada hirviente de la megalomanía infantil, se solidifica en su molde y servirá, en adelante, como respuesta mágica a toda herida narcisista, a todo deseo naciente; gesto de desafío, de desesperación, petrificado para siempre. (McDougall, 2012, pp. 197-198)

En segundo lugar, ambos se enfrentan a sus objetos internos e intentan engrandecer su narcisismo mediante la creación. La diferencia radica en que el artista es libre, pero el perverso es preso de su repetición.

En la transformación de la expresión sexual que funda la obra creadora, el artista es libre, no solo con respecto al desenlace orgásmico sino también con respecto a la forma y al contenido de su creación. (...) La creación, aunque lleve el sello de la personalidad de su creador, está libre del elemento de compulsión que marca las producciones pervertidas, y los temas creados, pero jamás serán idénticos a los que los precedieron. El perverso trata de recrear una puesta en escena idéntica a la de siempre. (...) Es una creación hecha de una vez, poco modificable en cuanto a su contenido fantasioso o a su forma de expresión. (Ibíd., p. 173)

En tercer lugar, tanto en la creación artística como en la perversa se canalizan la agresividad de dos maneras: la depresiva y la persecutoria.

(...) puede encontrarse allí, la ilusión de *reparar* al otro, a la pareja, por los ataques castradores fantaseados. Esto sigue la variante *depresiva*. También está la variante *persecutoria*, en donde la finalidad es *el control y el dominio del objeto*, para *protegerse* contra el ataque. El orgasmo del otro equivale a su castración, y de esta manera, el sujeto escapa al peligro de convertirse en objeto y víctima, manipulado, “influido” por el deseo sexual.

Es evidente que estas dos fantasías fundamentales están incluidas en los actos creativos: en la relación entre el artista y su público está el deseo de *dominar* al Otro para combatir su miedo, y de *reparar* al Otro para escapar al sentimiento de culpa. (Ibíd., pp. 193-194)

En cuarto lugar, es común en todo creador, artístico o perverso, la transgresión. Dice McDougall (2012) al respecto: “El perverso, como el artista y el intelectual, tiene el coraje de transgredir al crear lo que no existe y está preparado para enfrentar la intensa ansiedad que su actividad le provoca” (p. 196).

Como última característica a tener en cuenta, se podría decir que perverso y artista son maestros de la ilusión, cada uno a su forma.

El arte es la ilusión de la realidad, que el artista crea para él mismo y para los otros, con la esperanza de comunicar, de hacer sentir (y finalmente imponer) *su ilusión a los otros y de que éstos la acepten*. La puesta en escena del perverso, con su actuación propia, es *una ilusión que se impone a él mismo*, y el sujeto pasa su vida intentando imponerla a los otros, quienes deberán aceptar esta ilusión *como una realidad*. (Ibíd., p. 198)

Finalmente, bajo estas premisas que acercan la perversión y la sublimación, queda para la reflexión en qué posición se colocan el cine erótico y la pornografía, así como el arte con desnudos y los iconos religiosos. “El arte tiene los pies en el barro de la descomposición. Nacido de una irregularidad, de un encabalgamiento entre registros

distintos, entre incompatibles, ¿el arte no sería engendrado por esa curiosa proximidad entre lo bello y la muerte?” (Maier, 2005, p. 70).

En la Tabla 42 quedan recogidas las semejanzas halladas entre la perversión y el arte.

Tabla 42:

Semejanzas entre perversión y sublimación según McDougall (1978)

Necesidad de público
El goce del otro como fin último
Búsqueda de engrandecer el narcisismo
Enfrentamiento contra objetos internos
Canalización de la agresividad: control y reparación
Transgresión
Maestros de la ilusión

Y en la Tabla 43 se muestra una comparativa entre el perverso y el artista.

Tabla 43:

Diferencias entre perversión y sublimación según McDougall (1978)

Perversión	Sublimación
Público mínimo	Gran público real
El goce sexual como fin último	El goce del otro como fin último
Movido por la angustia	Movido por el deseo
Necesita confirmación narcisista	Se expone al juicio del Otro
Repetición y compulsión en la creación	Libertad de creación
Impone su ilusión como realidad a sí mismo y al otro	Impone su ilusión como realidad al otro

3.4.5. OTROS AUTORES.

3.4.5.1. ROBERT STOLLER.

Los seres humanos, por su condición de castrados y deseantes, buscan con ilusión aunque inútilmente llenarse y completarse a través de los demás, cayendo inevitablemente una y otra vez en la frustración. Es en este desencuentro donde nacen las defensas.

(...) la mayoría de nosotros, todos sadomasoquistas, tratamos por momentos de vivir moralmente, es decir, jugar de manera consensual nuestros juegos, una condición que llamamos *amor*. Pero por lo común (Freud lo sabía; claro que no fue el primero) no tenemos éxito. Las defensas psíquicas (signos y síntomas que construimos voluntariosamente) contienen el triunfo del mal: autoengaño y engañar a otros, y derrumbe de la confianza. (Stoller, 1998, p. 294)

Y es que no toda persona posee la capacidad para poder asumir dicha desilusión sin quebrarse. Precisamente Stoller (1975) entiende la perversión como forma erótica del odio, como “heterosexualidad decepcionada” (citado en De Masi, 2004). La excitación sexual se vincula estrechamente con la hostilidad en una fantasía de venganza donde la situación infantil de víctima se invierte en el triunfo del adulto.

Para Stoller el desencadenante de la perversión no estaría entonces tan relacionado con la fuerza pulsional y su represión ante la angustia de castración, sino que tiene más que ver con la influencia de los padres y cómo éstos posibilitan un desarrollo sano de la sexualidad del niño (Ibíd.).

3.4.5.2. FRANCO DE MASI.

De Masi (2004) denuncia la disparidad existente dentro de la teoría psicoanalítica al afrontar el tema de la perversión, dando lugar a múltiples ópticas, cada cual centrada únicamente en uno de los muchos aspectos de una totalidad. Propone entonces un estudio más global, y también diferente a la tradición freudiana. De Masi concibe la perversión como la encarnación de Tánatos.

Soy de la opinión de que, si bien mantiene una cierta continuidad con la sexualidad compartida, la experiencia perversa no es asimilable ni integrable a la sexualidad compartida. Por lo tanto, me parece difícil seguir las teorizaciones psicoanalíticas que consideran los componentes perversos como pertenecientes a la sexualidad normal o ponen en la perversión aspectos potenciales que serían compatibles con el mundo afectivo y de relación. (p. 29)

El perverso necesita realizar libremente su fantasía, la cual tiene mucho que ver con los juegos infantiles de su pasado, y debe ser con un compañero desprovisto de toda humanidad, puesto que un partenaire auténtico con demandas propias supondría un límite para su imaginación.

El perverso es un director de escena que no tolera tener un compañero de dirección artística y que, en la coreografía de la fantasía, puede creer que es el emperador que dispone totalmente del esclavo, dedicado todo él a satisfacer sus deseos (Ibíd., p. 116)

Así pues, la auténtica perversión es aquella que guarda estrecha complicidad con la maldad y el deseo de destrucción. “El placer extático y sensual está intrincado con el mal, y de éste se alimenta. El bien no da placer: no es visible y solo es pensable. El mal, en cambio, es corporal y concretamente sensual” (Ibíd., p. 200). Se trata de la sexualización de la destructividad primaria y el aniquilamiento de Eros, no como defensa contra la angustia, no como infantilismo psicosexual, no como parte de la sexualidad normal. La perversión es el mal puro.

3.4.5.3. OTTO KERNBERG.

Kernberg propone en 1977 una clasificación dimensional de los trastornos del carácter, en la cual distingue tres niveles: superior, intermedio e inferior.

En el nivel superior de organización de la patología del carácter el sujeto presenta un superyó relativamente bien integrado, pero severo, punitivo y perfeccionista, por el origen sádico de sus precursores. Se encuentran también bien integrados el yo, la identidad del yo y sus componentes, y el mundo de las representaciones. Los mecanismos de defensa contra los conflictos inconscientes son generalmente excesivos y se circunscriben a la represión. Predominan los vínculos objetales profundos y estables y es capaz de experimentar gran variedad de afectos, incluida la culpa y el duelo. Prevalecen los conflictos de la fase genital. Corresponden a este nivel la mayoría de los caracteres histéricos, obsesivo-compulsivos y depresivo-masoquistas.

En el nivel intermedio de organización de la patología del carácter el superyó está menos integrado y es más punitivo que en el nivel superior, de tal forma que las demandas de grandeza, poder y atractivo físico coexisten con las de estricta perfección moral, desvaneciéndose parcialmente el límite entre el superyó y el yo del sujeto. Se deriva de ello también una disminución de la capacidad para sentir culpa, la tendencia paranoide y los cambios en el estado de ánimo. La represión es también el principal mecanismo de defensa, junto con otros afines como la intelectualización, la racionalización y la anulación. A pesar de haber alcanzado la fase genital del desarrollo psicosexual aparecen conflictos pregenitales, fundamentalmente orales. Los vínculos objetales son ambivalentes y conflictivos. Corresponden a este nivel la mayoría de los desórdenes caracterológicos de tipo oral, especialmente la personalidad pasivo-agresiva, algunas de las personalidades infantiles de mejor funcionamiento, muchas de las personalidades narcisistas, y las desviaciones sexuales que permiten relaciones estables y estructuradas.

Por último, en el nivel inferior de organización de la patología del carácter apenas hay integración del superyó, por lo cual existe un grave deterioro de la capacidad de autocrítica y de sentir preocupación y culpa. La escisión es el principal mecanismo de defensa, dando lugar a grandes dificultades para integrar imágenes contradictorias, buenas y malas, de uno mismo, del objeto y del mundo. Los vínculos objetales son pobremente integrados. Corresponden a este nivel la mayoría de las personalidades infantiles y muchas personalidades narcisistas (incluidas las antisociales), los caracteres caóticos e impulsivos, las personalidades “como si”, las personalidades inadaptadas, la mayoría de los caracteres “automutiladores”, las desviaciones sexuales múltiples (o con una combinación de desviación sexual y toxicomanía), y las estructuras prepsicóticas (personalidades hipomaníacas, esquizoides y paranoides).

A continuación, en la Tabla 44, se recoge de manera resumida dicha clasificación.

Tabla 44:

Clasificación de los trastornos del carácter según Kernberg (1977)

Nivel superior	Superyó sádico Culpa Mecanismos de defensa desarrollados: represión Vínculos objetales estables Conflictos de la fase genital	Caracteres histéricos Caracteres bsesivo-compulsivos Caracteres depresivo-masoquistas
Nivel intermedio	Superyó parcialmente integrado Culpa disminuida Mecanismos de defensa desarrollados y primitivos Vínculos objetales ambivalentes Conflictos genitales y pregenitales	Desórdenes caracterológicos de tipo oral Personalidades infantiles Personalidades narcisistas Desviaciones sexuales con vínculos estables
Nivel inferior	Superyó poco integrado Culpa muy disminuida Mecanismos de defensa primitivos: escisión Vínculos objetales poco integrados Conflictos pregenitales	Personalidades infantiles Personalidades narcisistas Caracteres caóticos Personalidades “como si” Personalidades inadaptadas Caracteres “automutiladores” Desviaciones sexuales múltiples Estructuras prepsicóticas

Puede observarse en la Tabla 44 cómo este autor coloca la perversión en los niveles intermedio e inferior de organización de la patología del carácter según el nivel de gravedad del individuo.

Por otra parte, Kernberg (1977) distingue entre tres organizaciones estructurales de la personalidad: la neurótica, la límite y la psicótica. Cuando la perversión se presenta en el nivel neurótico, depende de la distorsión del impulso y del conflicto libidinal. Si se presenta dentro de la personalidad límite cursa con exceso de agresividad preedípica y condensación de conflictos edípicos y preedípicos. Únicamente las perversiones de las estructuras narcisistas muestran la constelación dinámica del universo anal regresivo descrita por Chasseguet-Smirgel, aquellos casos de intolerancia hacia la realidad y de negación de la diferencia entre sexos y entre generaciones.

3.4.5.4. ESTELA WELLDON.

Welldon (2014) propone su propio diagnóstico de la perversión. Enumera una lista de rasgos psicodinámicos y fenomenológicos de los cuales deben estar presentes al menos cuatro:

1. Encapsulamiento (escisión).
2. Compulsión y repetición.
3. Participación activa del cuerpo.
4. Relación de objeto parcial.
5. Interferencia emocional en la consecución de una relación amorosa y sexual.
6. Deshumanización del objeto parcial.
7. Sexualización.
8. El significado simbólico escapa a la conciencia del paciente.
9. Inscripción fija.
10. Hostilidad.
11. Temores extremos a sentirse atrapado o invadido.
12. Necesidad de tener el control total.
13. Engaño, con el matiz de vivir como si fuese otro.
14. Asuntos públicos/privados que aparecen entrelazados con sentimientos reales/ilusorios de poder.
15. Correr riesgos.
16. Incapacidad para el duelo.
17. Defensa maníaca contra la depresión.

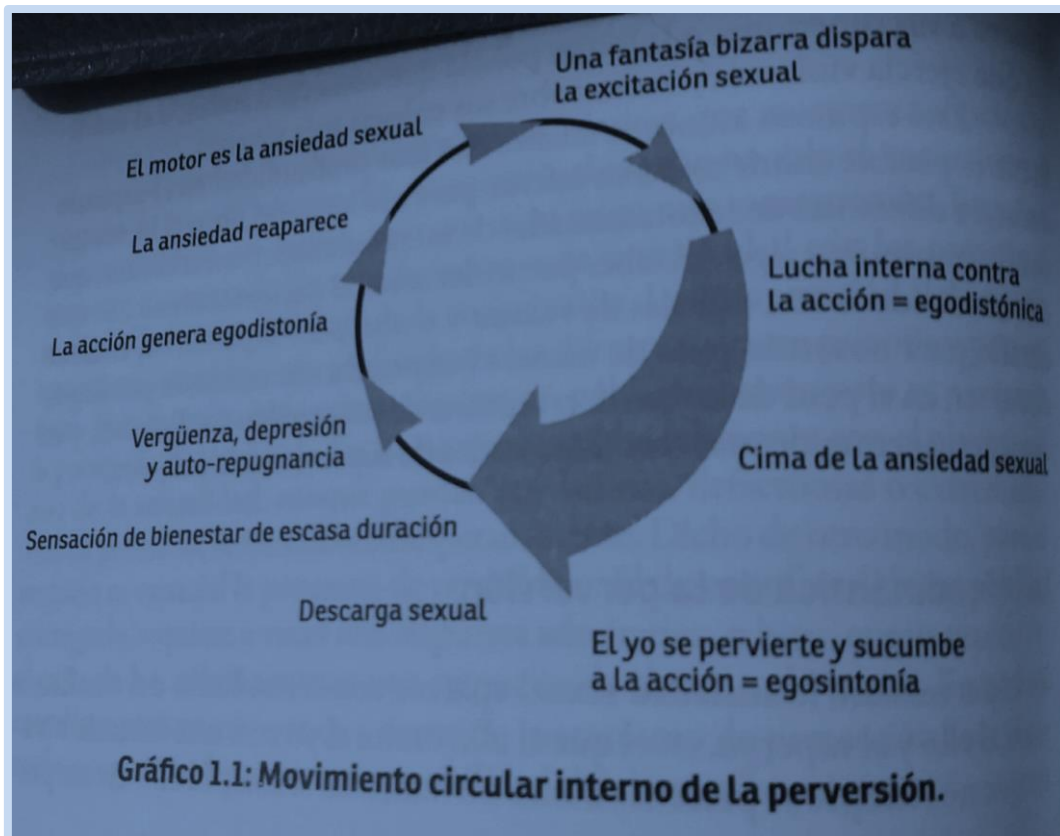
En la Tabla 45 quedan recogidos los criterios para una valoración psicodinámica de la perversión.

Tabla 45:

Puntos clave para una valoración psicodinámica de la perversión según Welldon (2014)

Falta de libertad en la elección de objeto
Relación de objeto parcial y no de objeto total
Acción compulsiva y repetitiva
Encapsulamiento
La acción se experimenta como ajena o bizarra
Liberación de la ansiedad sexual versus creación de intimidad
Hacer el odio en lugar de hacer el amor
Las fantasías no bastan: barrera corporal
Engañar o un estilo personal de ser un impostor
Incapacidad para el duelo
Defensa maníaca contra la depresión

La Figura 30 representa el movimiento interno de la perversión según esta autora.

**Figura 30:**

Movimiento circular interno de la perversión según Welldon (2014)

Nota fuente: Welldon, 2014, p. 86

CAPÍTULO IV: LOS LÍMITES DE LA PERVERSIÓN.

4.1. PERVERSIÓN SEXUAL Y PERVERSIÓN MORAL.

Dentro del diagnóstico diferencial es necesario, en primer lugar, cuestionarse acerca de los puntos de unión y separación entre la perversión sexual y la perversión moral. La base común obedece al vacío interior que se intenta llenar en vano a través del vaciamiento del otro.

El hombre moderno busca desesperadamente un encuadre y objetos de apuntalamiento, así como fuentes eróticas para atizar una pulsión que se le agota. La dimensión narcisista de las perversiones aparece en el centro de este debate. Tanto en el perverso como en su víctima, es una lucha para superar el sentimiento de no existencia, mejorar una identidad hecha jirones. Es por lo que la perversión narcisista se muestra interesante para entender a todo perverso: alzarse a expensas del amor propio de algún otro, que termina rebajado, ultrajado. (Eiguer, 2002, p. 720)

Además de la asimetría y el desencuentro con el otro comparten ambos también el placer por la transgresión.

En los perversos narcisistas hay un enorme goce asociado a la transgresión. Les da placer herir el sentido moral del otro o pervertirlo. Para ellos la noción de ley no se ha borrado, al contrario, les gusta burlarla, darle la vuelta para presentarse en definitiva como portadores de la verdadera ley. (Hirigoyen, 2012, p. 154)

El perverso es, por tanto, como un psicótico sin síntomas (Ibíd., 1999). Sin llegar a caer en el delirio vive indefinidamente en su propia ilusión y se relaciona con los demás a través de su fantasma.

Así pues, perversión sexual y perversión moral comparten mucho más de lo que discrepan entre ellas, radicando la diferencia en el componente sexual explícito.

En la Tabla 46 quedan recogidas las semejanzas entre la perversión sexual y la perversión moral, y en la Tabla 47 las diferencias.

Tabla 46:

Semejanzas entre perversión sexual y perversión moral

Renegación
Infantilismo psicosexual
Yo escindido - Problemas de narcisismo
Historia personal de seducciones, abusos o maltrato
Fijación y exclusividad - Repetición de escenas y fantasías
Inversión de roles - Coloca al otro en la experiencia de la angustia
Parasitismo – Necesita del otro - El otro como objeto
Elige un objeto deseable
Empatía utilitaria
Pobreza de reacciones afectivas
Sexualidad trivial y poco integrada
Placer por la transgresión
Satisfacción de la necesidad de agresión
Un perverso nunca está solo; ejerce la perversión en otro
Rol de preceptor – Conduce al otro a transgredir y le enseña la ley
Dominación y manipulación con disimulo y secreto
Voluptuosidad

Tabla 47:

Diferencias entre perversión sexual y perversión moral

Perversión sexual	Perversión moral
El conflicto sexual ocupa un lugar prioritario	El conflicto sexual no ocupa un lugar prioritario
El acto perverso es acompañado de descarga genital	El acto perverso no es acompañado de descarga genital

4.2. PERVERSIÓN Y NEUROSIS.

La sexualidad es perversa por naturaleza, está desviada por estructura. Por esta razón la tendencia a la perversión es la disposición originaria y universal de las pulsiones. “Detrás de cada deseo late de un ideal de libertad, una ambición de eliminar la culpa y una vocación de perpetuar el goce pasional. La transgresión, desde este punto de vista, está en la raíz del principio de placer” (Colina, 2006, p. 114), puesto que “el fantasma inconsciente del neurótico es el reverso exacto del acto perverso en la realidad” (Jarque, 2014, p. 51).

Todo sujeto ha pasado por una infancia marcada por los excesos de la pulsión parcial, y de ahí que siempre quede un residuo de perversión, incluso en el más normal de los neuróticos. En este sentido los rasgos de perversión pueden entenderse como exteriorizaciones de la pulsión parcial y de la inmoralidad infantil que no es otro que el tiempo lógico de la no inhibición. “Puesto que los fines de la sexualidad perversa son idénticos a los de la sexualidad infantil, la posibilidad de todo ser humano de transformarse, en determinadas circunstancias, en perverso, radica en el hecho de haber sido niño alguna vez” (Fenichel, 1984, p. 368). El rasgo perverso es el heredero del polimorfismo infantil.

En el interior de cada hombre habita un niño que asoma de cuando en cuando e impone sus gustos y su respuesta con total libertad. Ese niño generalizado, esa criatura “perverso-polimorfa”, que en el sentir freudiano nos habita, propone a menudo placeres infantiles y transgresores que no pueden calificarse de perversos salvo que el infante que nos acompaña los exija también con tiranía, violencia y crueldad. El mozuelo que nos anima y acompaña es capaz de hacernos más placenteros y felices, más libres y variados en nuestras satisfacciones, más jocosos y amorosos en las relaciones personales, aunque también puede ser una fuente de odio, esclavitud, yugo e inmadurez. De esta suerte, en un caso el joven transgrede, en el otro pervierte. (Colina, 2006, p. 119)

Sin embargo, el rasgo de perversión en el neurótico no excluye el lenguaje de la ecuación, sino que lo integra. “Mientras que la neurosis se caracteriza por una pregunta, la característica de la perversión es la falta de pregunta; el perverso no duda de que sus actos sirven al goce del Otro” (Evans, 2007, p. 151), puesto que se sitúa como objeto de la pulsión, invirtiendo la estructura del fantasma. No se trata de buscar su placer, sino de buscar el placer del gran Otro, de ir más allá del principio de placer.

Así, neurosis y perversión describen diferentes estrategias en relación al narcisismo: el neurótico sostiene una falta imaginaria en el cuerpo que atribuye al Otro, abriéndose a la demanda; mientras que el perverso pone en juego el propio cuerpo como instrumento para el goce del Otro, cerrándose a la demanda. (Fundación del Campo Freudiano, 1990, p. 129)

Frente al intento de comunicación de la neurosis, en la perversión uno se encuentra con unilateralidad. “Ese es todo el secreto de la perversión. Allí donde el poder es compartido y pactado, la perversión retrocede, expulsada por la independencia de sus protagonistas” (Colina, 2006, p. 118). Además, la perversión, en cuanto expresión de soberanía, debe implicar la barrera corporal, traspasar la imaginación y convertirse en acto. “El poder atraviesa los cuerpos. Parte de un cuerpo y acaba en otro como él, aunque sus satisfacciones no tiendan necesariamente a ser simultáneas ni simétricas” (Ibíd., p. 146).

Pero en ocasiones los límites son difusos. “La transgresión es sacudida de libertad que, sin embargo, posee en su seno el germen del fracaso que arrastra a la perversión, su avatar indecente, con gran facilidad” (Ibíd., p. 114). El neurótico se ve tentado a menudo por la perversión, y si se inhibe constantemente es porque sabe que no podrá pagar el alto precio del acto. “(...) el psicoanálisis revela que los síntomas del neurótico son actos perversos disfrazados” (Fenichel, 1984, p. 368).

La diferencia entre las neurosis y las perversiones radica en el hecho de que en las neurosis el síntoma está “desexualizado”, mientras que en las perversiones es un componente de la sexualidad infantil, y además, en que la descarga es penosa en las neurosis, en tanto que en las perversiones acarrea el orgasmo genital. (Ibíd., p. 369)

De esta forma, mientras el neurótico sigue el camino del deseo, el perverso se entrega al goce.

Para el neurótico es prevalente la dimensión del deseo en detrimento del goce de la satisfacción pulsional que, en las neurosis, queda sujeta más fuertemente a la eficacia de la represión y otras vicisitudes pulsionales. Visto desde otra de sus caras es equivalente a afirmar que el goce neurótico siempre implica un alto grado de sufrimiento: la satisfacción pulsional termina produciéndose por vías indirectas y sobre todo a través de la satisfacción del síntoma como retorno de lo reprimido. En la perversión, por el contrario, es prevalente la vía del goce y el deseo mismo se convierte en voluntad de

goce. La satisfacción pulsional se obtiene por vías más perentorias, la llamada impulsividad del psicópata. (Mazzuca, 2007)

Y es que cada cual se enfrenta como puede al Otro y a su castración. Mientras el neurótico renuncia a su satisfacción y se conforma con la promesa de obtener aquello tan ansiado en un futuro, el perverso se entrega a la compulsión y la inmediatez del goce pulsional.

Cabe destacar, finalmente, que el fin último del goce perverso puede ser entendido como el intento de recuperar, mediante la elección de un objeto de goce, aquel otro goce del objeto perdido irremisiblemente por la prohibición del incesto; se aprecia aquí una elección perversa harto diferente a la que efectúa el sujeto neurótico, sin duda más interesado en los efectos de la falta sobre el deseo. (Álvarez et al., 2004, p. 688)

Esta búsqueda de goce condena al perverso a la repetición y a la constante metonimia, mientras que el neurótico disfruta de cierta libertad en su búsqueda de sustitutos, de metáforas. “Las neurosis son más plásticas y móviles y las parafilias impresionan por su rigidez e inmutabilidad” (Flores, 1999, p. 18).

Por otra parte, la asunción de la castración conduce al neurótico a la frustración constante, al displacer, a la queja. En cambio, el perverso disfruta de su síntoma porque no termina de aceptar la realidad y vive más en la fantasía que en la realidad.

La diferencia entre perversión y neurosis radica más bien en que el síntoma neurótico es egodistónico (extraño al individuo), mientras el síntoma perverso es sintónico con el Yo, y se acompaña de una descarga de placer en forma de orgasmo genital. La egosintonía de los actos parafilicos es común con la de los actos psicopáticos, psicóticos, los adictos a las drogas y los caracteriales. Pero a diferencia de ellos, el acto parafilico se acompaña siempre de una descarga genital y esto lo destaca clínicamente del resto. (Etchegoyen y Arensburg, citado en Flores, 1999, p. 19)

La perversión y la neurosis, en cierta medida, se complementan, pues, tal como aprendió Freud (1897) de sus histéricas, el neurótico ubica el papel del seductor perverso en su realidad psíquica (Salcedo, 2015).

No debemos olvidar un elemento fundamental a la historia psicoanalítica de la perversión: el perverso, es desde el principio, el Otro de la histeria. La angustia de sentirse amenazado por un Otro, perverso, padre, capaz de penetrar y destruir. Este padre perverso, padre del fantasma de la neurosis, es el padre castrador. El padre del traumatismo. (Bedouelle, 2006, p. 7)

Dejando de lado el plano sexual, se expone más adelante (véase apartado 7.4.8) que la víctima del perverso moral puede ser cualquier neurótico. El primero demanda, y el segundo sirve.

A continuación puede observarse en la Tabla 48 a modo resumen las diferencias entre la perversión y la neurosis.

Tabla 48:
Diferencias entre perversión y neurosis

Perversión	Neurosis
Renegación	Represión
Síntoma egosintónico	Síntoma egodistónico
El síntoma como metonimia	El síntoma como metáfora
Pasa al acto	Fantasea con el pasaje al acto
Mundo imaginario limitado	Mundo imaginario normal
Se relaciona a través de su mundo imaginario, introduciendo al otro en él	Mundo imaginario privado
Sexualidad trivial y poco integrada	Puede tener una sexualidad normal
Sobreestimación erótica de un rasgo que posibilita la relación con el objeto sexual degradado	Sobreestimación erótica de un rasgo del otro que potencia la relación amorosa
Dimensión del goce	Dimensión del deseo
Certeza acerca del goce del Otro	Cuestionamiento acerca del deseo del Otro

4.3. PERVERSIÓN Y PSICOSIS.

Perversión y psicosis. A primera vista pudieran incluso confundirse. En ninguno de los dos casos existe un contacto pleno y auténtico, ni con la realidad ni con el otro.

Hay una fuerte analogía entre el paciente psicótico, que crea una realidad omnipotente en la que puede hacer todo lo que quiere, y el paciente perverso, que crea un mundo en el que puede subvertir el orden simbólico de las relaciones humanas. (De Masi, 2004, p. 139)

Tanto el perverso como el psicótico (paranoico) ejercen una supresión que, además de provocar un estrechamiento mental, los conduce a negar la perspectiva particular del otro.

Ambas posibilidades resumen lo que se han llamado relaciones de objeto parciales, donde la alternativa es evidente: que el otro goce de mí, de manera más o menos imaginaria, o yo gozo del otro sin dar posibilidades a que el deseo fragüe en una experiencia guiada bajo el ideal del encuentro y la simetría. Esta oposición une de forma indisociable las manifestaciones de la paranoia y la perversión, dado que comparten el modo de desconocer e ignorar al otro, aunque diverjan luego en cuanto a los modos de relacionarse con las instancias del placer y del poder. (Colina, 2011, p. 151)

No obstante, pueden enumerarse varias diferencias a nivel subjetivo. Si bien es cierto que en la perversión existe una relación de complicidad con la madre, a veces incluso incestual como diría Racamier, el hijo no se pierde del todo en la identidad de ella.

Lo que está en juego, fundamentalmente, es la falta de distancia entre el hijo y la madre en la comunicación, que no deja sitio a un espacio de representación. “Fusión-sin fusión” podríamos decir, porque la fusión total conduciría al delirio. En este sentido el incesto es cabalmente una perversión que protege del derrumbe psicótico mediante la renegación de la separación y, por lo tanto, de la falta. (Balier, 2000, 120)

A pesar de que en la perversión la castración se desmiente, tiene lugar cierta inscripción ausente en la psicosis. La primera se posiciona en el lugar de la fantasía, la renegación y la escisión, mientras que la segunda se encuentra en el terreno de la certeza

y la forclusión, y por ello también de la soledad. En la locura se pierde la razón por no perder la vida.

La certeza es un modo del pensamiento no afectado por la castración; el saber implica que hay una marca de la castración a nivel del pensamiento. Un pensamiento que se considera no-todo, provisorio, fragmentario, ligado a una verdad que será parcial, transitoria, pero que lo es. (Franco, s.f.)

Dentro del mundo de parcialidades el perverso no es capaz de reconocer al otro en su totalidad; la relación es posible únicamente a través de la cosificación del partenaire. En cambio el psicótico vive desconectado de los demás sin posibilidad de un encuentro auténtico.

Los otros no son considerados como personas sino objetos de manejo. Eso no quiere decir que el otro sea ignorado o que desaparezca como en el autismo o como en las psicosis; el otro existe en la medida en que puede servir los designios del perverso. (Eiguer, s.f.)

Ciertos autores sostienen que una protege de la otra. Glover, por ejemplo, propone que muchas perversiones son, no la contrapartida de las neurosis como sostiene Freud, sino una defensa contra la locura. “(...) Glover (1933) afirma que muchas perversiones son, por decirlo así, el negativo de la psicosis, en cuanto intentos de cerrar las brechas que quedaron en el desarrollo del sentido de la realidad” (Glover, 1933, citado por Etchegoyen, 2009, p. 221).

McDougall (1972) está de acuerdo con Glover. Explica que el perverso recurre a la creación de una ilusión como solución a la creación de un delirio, pues “la escena primitiva reinventada, representada al infinito, y forma privilegiada de la defensa maníaca, es una creación preferible a la locura” (p. 68).

Etchegoyen (2009) defiende también la fuerte relación existente entre ambas estructuras, pero considera erróneo entender la perversión simplemente como una

defensa contra la locura. La psicosis puede ser, además de consecuencia, causa misma de la sexualidad perversa.

Debe aceptarse sin reservas que la perversión tiene mucho que ver con la parte psicótica de la personalidad; pero proponerla como una simple defensa contra la psicosis, una especie de mal menor (para decirlo en forma que denuncie su raíz ideológica), connota más un juicio de valor sobre la salud mental que una fórmula psicopatológica. Cuando vemos los hechos clínicos sin este prejuicio, nos damos cuenta de que la perversión puede ser tanto una defensa contra la psicosis como una de sus causas. (p. 221)

El autor incluso va más allá. Piensa que si el perverso abandona su fantasía creada y retoma el contacto con la realidad, caerá en la locura al redescubrir las verdades anteriormente rechazadas. La perversión es la máscara de la psicosis.

En su forma más específica, sin embargo, la locura surge del re-contacto con la realidad: descubrir el mundo en su infinita variedad y riqueza es como un error de los sentidos: la realidad tiene que resultar enloquecedora para quien vive en un mundo de alucinaciones negativas. En este sentido, la perversión no es una defensa contra la psicosis sino la psicosis misma. (Etchegoyen, 1970, citado por Etchegoyen, 2009)

En una posición similar se coloca Balier (2000) al afirmar que “cuando la renegación vacila, aunque solo sea por efecto de la sorpresa, solo queda la alucinación negativa como última defensa contra el objeto amenazador” (p. 166).

Welldon (2014) propone una línea de pensamiento diferente. Para ella la perversión es una defensa contra la melancolía y el suicidio.

La perversión no es el negativo de la psicosis, ni tampoco la defensa contra la psicosis o la psicosis misma (ideas mantenidas por Glover, por los seguidores de Klein y por Etchegoyen), sino una defensa contra el temido y oscuro pozo de la depresión que contiene ideas suicidas o, lisa y llanamente, el suicidio puro y duro. (p. 77)

De modo sintético se plasma en la Tabla 49 las semejanzas entre la perversión y la psicosis y en la Tabla 50 las diferencias entre ellas.

Tabla 49:

Semejanzas entre perversión y psicosis

Historia personal de seducciones, abusos o maltrato
Síntoma egosintónico
Problemas de narcisismo
Pasaje al acto
No existe contacto pleno y auténtico con la realidad ni con el otro
Pobreza de reacciones afectivas

Tabla 50:

Diferencias entre perversión y psicosis

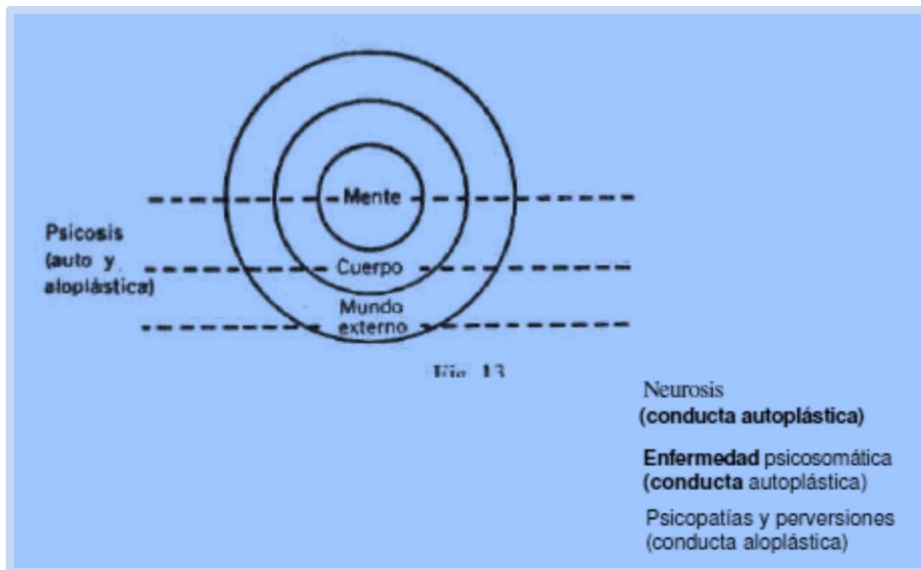
Perversión	Psicosis
Relación cómplice con la madre	Relación fusional con la madre
Renegación	Forclusión
Yo escindido	Yo fragmentado
Alteración del ello	Alteración del yo
El otro existe en la medida en que puede servir a sus deseos	El otro no existe
Sexualidad trivial y poco integrada	Sexualidad forcluida
Mundo imaginario limitado	Se mueve en el registro de lo real
Puede haber conciencia de enfermedad	No conciencia de enfermedad
Hay conciencia de realidad	No hay conciencia de realidad

4.4. PERVERSIÓN Y PSICOPATÍA.

La frontera entre la perversión y la psicopatía no está nada clara y a menudo las diferencias son sutiles.

Desde un punto de vista, bien podrían concebirse como manifestaciones de una misma dimensión, sobre todo en el extremo de mayor gravedad dentro de la perversión. “Los llamados psicópatas sexuales, que no mantienen en la intimidad sus preferencias y las viven con caracteres antisociales y criminales, tienen con las perversiones únicamente diferencias de grado, no de naturaleza” (Flores, 1999, p. 19).

Ambos, perverso y psicópata, actúan en el mundo externo, escenificando sus conflictos en la relación con los demás, tal como propone Bleger (1963) en la Figura 31.

**Figura 31:**

Áreas de la conducta y patologías mentales asociadas según Bleger

Nota Fuente: Bleger, 1963, p. 68

Pero por otro lado también pueden entenderse como entidades separadas, que si bien pueden confundirse y fundirse a veces, son independientes. Para empezar, proceden de campos referenciales diferentes: la perversión del psicoanálisis, y la psicopatía de las clasificaciones diagnósticas y una larga historia psiquiátrica. Muestra de ello es que Freud solo mencionó el término en tres ocasiones: en *Sobre el sueño* (1900) como sinónimo de “enfermedad de la psique”, en *Personajes psicopáticos en el escenario* (1905), y en la Correspondencia con Arnold Zweig (1934). Lacan, por su parte, se refirió a la psicopatía también en tres ocasiones: en *De la psicosis paranoica en su relación con la personalidad* (1932), citando a los psiquiatras Tanzi y Riva, que la definieron como “lesión exclusiva de las facultades intelectuales superiores de origen degenerativo”; en *Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología* (1950), como expresión carcelaria de conductas simbólicas; y en *Conclusiones en las Jornadas de noviembre de 1975* como equivalente al síntoma perverso. En contraste, Freud trató la perversión en 98 ocasiones y al perverso en 77, mientras que Lacan hizo referencia a la perversión en 114 ocasiones y al perverso en 73 (Jarque, 2014).

Álvarez et al. (2004) prefieren reservar la noción de “perversión” para el campo sexual y utilizar la de “psicopatía” o la de “perversidad” para todas aquellas transgresiones morales o sociales.

Sea como fuere, de la perversión ya se habla extensamente a lo largo de este estudio; la psicopatía en cambio podría entenderse como una neurosis de carácter (Fundación del Campo Freudiano, 1990, p. 127).

En este sentido, podemos referirnos al psicópata como una de esas figuras de la perversidad actual. Y si encontramos descripciones del psicópata como aquel al que se le atribuye la capacidad para manipular al otro, hacerlo pensar, actuar, sentir; podemos establecer un paralelismo con lo que desde el psicoanálisis francés se conoce como la posición del canalla, aquel que ocupando el lugar del Otro, tiene la capacidad para mandar sobre el deseo y el goce del otro, un sujeto que ocupa el lugar del Otro en relación a los pequeños otros. (Yesuron y Rotagnotto, 2014, p. 12)

Si la psicopatía se define en términos de trastorno del control de impulso, conducta desadaptada y transgresión de la norma, en la perversión no se trata de esto necesariamente. “Identificar a la perversión con la psicopatía en cuanto conducta desadaptada y transgresora resulta problemático aún desde la experiencia ya que, frecuentemente, se constata en la perversión una sobreadaptación a las condiciones sociales” (Psicoanálisis y el hospital, 2006, p. 202). Porque la psicopatía es una respuesta por la vía del acto frente a la angustia que suscita la falta del Otro, mientras que la estrategia perversa opera de otra manera con la castración: no se trata de cubrir la falla como en la psicopatía, sino de hacer que el Otro goce (Ibíd.).

En esta línea, no hay que confundir el lado perverso con el lado canalla. Así, el psicópata no es un perverso, aunque puede serlo. De igual forma que el perverso no es un psicópata, pero puede serlo. El ejemplo por excelencia es el marqués de Sade.

En efecto, Sade nunca cayó en el crimen radical puesto que, más que por sus actos, fue a través de su escritura como realizó su utopía de la inversión de la Ley. Príncipe de los perversos, encerrado por espacio de veintiocho años durante tres regímenes diferentes (de la fortaleza de Vincennes al manicomio de Charenton, pasando por la Bastilla), en su obra triunfa el principio de una sociedad perversa que descansaba no en el culto del espíritu libertino, sino en su parodia y su abolición. (Roudinesco, 2009, p. 51)

Y es que Sade, como buen perverso, y por tanto preceptor, ardía en deseos de compartir con el mundo su doctrina y desatar la lascivia y la maldad enterradas en toda alma humana, pero no como derecho individual defendido por los libertinos franceses, sino como desbordamiento de las pasiones.

En consecuencia, Sade muda la Ilustración en “una filosofía del crimen y el libertinaje en una danza de muerte”. Frente a los enciclopedistas, que se esfuerzan por explicar el mundo a través de la razón y de una exposición de los conocimientos y las técnicas, Sade construye una Enciclopedia del mal basada en la necesidad de una rigurosa pedagogía del goce ilimitado. (Ibíd., p. 52)

Así pues, “el perverso se goza, pues, en la eliminación consciente y deliberada de la humanidad de su víctima” (Baca, 2014, p. 11), en corromperla, aunque para ello debe primero de asumir la subjetividad del otro. El psicópata en este aspecto se muestra más frío y utilitario.

El perverso es, efectivamente, un monstruo, pero un monstruo que sigue mostrando lo más propio de la humanidad en su deshumanización: la inmensa capacidad del hombre de dejar de ser y de abismarse en el precipicio sin fondo de la maldad instrumental. (Ibíd., p. 11)

Tal vez la diferencia radique en si existe o no consentimiento por parte del otro, o sea, cierta comunicación y pacto.

En cuanto la fantasía de descarga de la hostilidad se ejerza sobre los objetos que consienten ese vínculo, estaríamos en el campo de una perversión que podríamos llamar de “no psicopática”. En cambio, en los casos de abusadores, violadores y pedófilos, cuyo *acting out* se dirige a objetos incapaces, por medio de la violencia o del abuso de su inocencia, verificamos el paso no elaborado de una hostilidad sufrida pasivamente a una hostilidad dirigida activamente al otro. (Carvalho, 2014)

Por tanto, mientras que el perverso se ríe de la ley transgrediéndola, el psicópata ignora toda norma y le es indiferente.

El psicópata, por lo contrario, solo puede ser calificado como transgresor desde el punto de vista de un observador externo. Desde su propia posición subjetiva no es ni se siente transgresor, hay una ausencia de culpabilidad que desdibuja los contornos y las barreras entre lo prohibido y lo permitido en el lazo social, se guía por sus propios códigos. (Mazzuca, 2007)

De igual modo, el perverso medita y confecciona su plan con deleite proyectándose en el futuro, mientras que el psicópata obra más en el presente y puede dejarse llevar por la impulsividad y la inmediatez de su deseo.

La diferencia con la psicopatía es la amplia capacidad que tiene el perverso para desplegar y diversificar este tipo de manipulaciones, en tanto que el psicópata es alguien quien descarga rápidamente su problemática interna a través de sus conductas y de sus movimientos. En cambio, el perverso es alguien que se prepara de manera clandestina, subterránea; calcula y sabe utilizar el habla. (Eiguer, s.f.)

En la Tabla 51 se recogen las semejanzas entre la perversión y la psicopatía. Igualmente, en la Tabla 52 se recogen las diferencias entre ellas.

Tabla 51:

Semejanzas entre perversión y psicopatía

Historia personal de seducciones, abusos o maltrato
Síntoma egosintónico
Alteración del ello
Desafío de la ley
Pasaje al acto
Siempre existe un otro
Parasitismo - El otro como objeto
Empatía utilitaria
Profunda envidia
Pobreza de reacciones afectivas
Sexualidad trivial y poco integrada
Manipulación y seducción
Inversión de roles - Coloca al otro en la experiencia de la angustia
Goce en la destrucción
Gran fondo narcisista

Tabla 52:

Diferencias entre perversión y psicopatía

Perversión	Psicopatía
Yo escindido	No tiene por qué haber un yo escindido
Necesita del otro	No necesita del otro
Le otorga cierta humanidad al otro	Cosifica por completo al otro
Puede no tener conciencia ni intención de destrucción	Destruye deliberadamente
Proyecta sus planes hacia el futuro	Vive más en el presente y puede dejarse llevar por la impulsividad y la inmediatez de su deseo
Prefiere la violencia psicológica y que la víctima se mate sola	Puede asesinar en el momento sin dudar
Elige un objeto deseable	El objeto es indiferente
Su fin es sentirse completo	Sin fin aparente o fin práctico
Disfruta transgrediendo la ley	Le es indiferente transgredir la ley

CAPÍTULO V: SADISMO Y MASOQUISMO.

5.1. SADISMO Y MASOQUISMO COMO REPRESENTANTES DE LA PERVERSIÓN.

De entre las múltiples caras de la perversión cobran especial relevancia el sadismo y el masoquismo. Autores de todos los tiempos apuntan a que ambos son las expresiones fundamentales de dicha estructura, o al menos que su presencia es muy común dentro de la diversidad de manifestaciones perversas.

Krafft-Ebing señala que el sadismo, sobre todo en sus manifestaciones rudimentarias, parece ser algo común en todas las perversiones sexuales (citado en Weinberg, 2008). Stekel (1954) identifica sadismo y masoquismo con las dos formas básicas de la sexualidad dentro de su creencia de que todo fenómeno psíquico se manifiesta en el ser humano como dos fuerzas contrarias.

No haremos justicia a estas parafilias si no volvemos a las dos formas fundamentales en que puede manifestarse la sexualidad. Todo proceso psíquico está al servicio de dos fuerzas, que a veces se equilibran y a veces predominan una sobre otra. Tales fuerzas son, como sabemos, la voluntad de poder y la voluntad de sumisión. (p. 151)

Continuando con esta idea de la bipolaridad psíquica, afirma Freud que “el sadismo y el masoquismo ocupan entre las perversiones un lugar particular, pues la antítesis de la actividad y pasividad que constituye su fundamento pertenece a los caracteres generales de vida sexual” (Freud, 1905, p. 1186).

En la misma línea Stekel dice que en toda perversión hay goce en el dolor.

En todas las parafilias, el castigo produce goce, pues no es más que la forma de expresión negativa (bipolar) del deseo positivo. El placer que produce el acto de castigar se asocia al placer que produce ser castigado; y el placer de ser castigado oculta en sí la fantasía positiva de castigar. Ya he hecho notar que el dolor que produce una alta tensión afectiva se siente como placer. (Ibíd., p. 156)

Igualmente Stoller (1998) propone que en toda perversión hay humillación y fantasías de venganza, aunque para él no existe *la* perversión sadomasoquista, sino muchas perversiones sadomasoquistas.

Por último, Fromm (1975) se refiere al sadismo y al masoquismo como las dos perversiones sexuales verdaderas por su condición contraria al impulso de vida.

El deseo sexual, cuando no hay amor, es una expresión de la vida y del mutuo dar y recibir placer. Pero los actos sexuales que se caracterizan por el hecho de que una persona es objeto del desprecio de la otra, de su deseo de lastimar, de mandar, son las únicas perversiones sexuales verdaderas; no porque no sirvan para la procreación sino porque pervierten un impulso favorable a la vida y lo convierten en contrario. (p. 283)

5.2. LA CUESTIÓN DE LA COMPLEMENTARIEDAD.

Clásicamente el sadismo y el masoquismo han sido conceptualizados como binomio. Desde el planteamiento psicoanalista reflejan la pareja antagonista de masculino y femenino, actividad y pasividad, las dos caras de la misma moneda. Luego en el ámbito clínico sadismo y masoquismo suelen estudiarse a la par, y es así ya desde antes de que les prestara atención Freud; la entidad sadomasoquista aparecía ya en Krafft-Ebing y Havelock Ellis.

Como ya vimos anteriormente, Krafft-Ebing defiende la dualidad sadomasoquista como una desviación sexual con dos extremos opuestos entre ellos.

Krafft-Ebing, mucho antes que Freud, cree en la íntima conexión entre polaridades como sadismo/masoquismo y masculino/femenino, y en la disposición bisexual del ser humano. El varón, más activo y agresivo, evolucionaría en sentido sádico, mientras que la mujer reproduciría el elemento masoquista. El varón masoquista representaría una forma de inversión sexual en la que, dado el potencial bisexual, se transfiere una posición femenina al hombre. (De Masi, 2004, p. 36)

Havelock Ellis iba un paso más allá afirmando en *Estudios sobre la psicología del sexo* (1897) que la distinción establecida entre el sadismo y el masoquismo es artificial y que en realidad “sadismo y masoquismo pueden ser considerados como estados emocionales complementarios; no como estados opuestos” (Ellis, citado en Weinberg, 2008, p. 43). Decía que ni siquiera Sade puede ser considerado como un sádico en estado puro porque le complacían igualmente los placeres masoquistas, al igual que Sacher-Masoch disfrutaba de placeres sádicos.

No obstante, en contraste con Krafft-Ebing (y Freud), Ellis consideraba nuclear el dolor y no tanto la humillación, proponiendo como término más apropiado “algolagnia”, que hace referencia específicamente a la relación entre la excitación sexual y el dolor, no necesariamente mórbida. Es más, el componente de la crueldad no ocuparía en su pensamiento ni siquiera un segundo lugar, pues en realidad el comportamiento sadomasoquista está motivado por el amor.

(...) cuando entendemos que es solo el dolor, y no la crueldad, aquello que resulta esencial en ese grupo de manifestaciones empezamos a aproximarnos a la explicación de las mismas. El masoquista desea sentir dolor, pero por lo general desea que le sea infligido con amor; el sádico desea infligir dolor, pero en algunos casos, si no en la mayor parte de ellos, desea que el dolor sea recibido como una forma de amor. (Ellis, citado en Weinberg, 2008, p. 44)

El dolor se utiliza como estímulo sexual porque es el elemento más poderoso para excitar la emoción; se emplea para buscar y potenciar el placer, no como acto despiadado.

En esta obra Ellis se adelantó a otros autores posteriores que abordaron el sadomasoquismo desde el punto de vista de la interacción social; señaló que los sádicos tienen en cuenta y se interesan por la respuesta de sus esclavos masoquistas, “el sádico no desea en modo alguno excluir el placer de la víctima, y puede incluso valorar ese placer como algo esencial para su propia satisfacción” (Ibíd., p. 44). Observó, en esta línea, que los juegos sadomasoquistas eran a menudo pactados por ambas partes y que

incluso obedecían más a la satisfacción de las fantasías del masoquista y no tanto del sádico.

Ofreció como explicación del fenómeno una anomalía en el impulso sexual, ya sea de índole orgánica o psíquica, que impide el uso idóneo de la energía nerviosa y facilita la propensión a estímulos no habituales.

El instinto sexual reseco absorbe hasta saciarse de la fuerza obtenida al aplicar estímulos anormales a su aparato emocional. Éste se convierte en dependiente en gran medida, si no exclusivamente, de la energía así conseguida. En este sentido el organismo anormal puede acabar dependiendo de la ira o el miedo igual, y por idéntica razón, que puede depender del alcohol. (Ibíd., p. 46)

Entre estos estímulos no comunes encuentra Ellis en sus casos clínicos el instinto de flagelación que asocia el masoquismo con el infantilismo.

No dudo de que a menudo falta este instinto, pero lo he encontrado tantas veces, aun en hombres a los que jamás se pegó, que veo en él una manifestación del impulso autoerótico de la infancia. Lo encontré más a menudo en niñas que en varones y mucho más en hombres invertidos que en hombres normales. Es tan frecuente que no vacilaría en equiparlo a la tendencia homosexual de la infancia. No es necesario hablar sobre el origen de este interés y su fundamento natural. El látigo es un símbolo natural del pene. La primera concepción infantil del coito va unida a la de una agresión brutal. La flagelación es un proceso que puede inculcar esa concepción en una mente infantil. El pene es el único órgano del cuerpo que se parece en todo sentido a un látigo. En los varones, esta concepción puede ser reforzada por sensaciones experimentadas en el pene durante el castigo. (Ellis, citado en Stekel, 1954, p. 272)

Esta idea de complementariedad fue investigada y contrastada también por diversos autores actuales (Breslow et al., 1985; Moser y Levitt, 1987, citados en Weinberg, 2008, p. 25), y se encuentra recogida en los diferentes manuales DSM de la APA.

Se ha observado que en el mundo sadomasoquista muchos individuos se definen como “flexibles” o “ambivalentes” en la elección de rol, adoptando a veces el papel sádico y otras veces el masoquista.

El amo más excitante ha hecho también de esclavo, y el mejor esclavo puede adoptar un rol de amo. Es algo habitual para un amo haber sido una vez casi exclusivamente un esclavo, y la mayor parte de hombres de cuero empiezan sus vidas sexuales como esclavos. (Kamel, citado en Weinberg, 2008, p. 26)

Volviendo al enfoque psicodinámico, los dos, juntos, forman una unión simbiótica. El masoquista necesita del sádico tanto como el sádico del masoquista.

La persona sádica es tan dependiente de la sumisa como ésta de aquélla; ninguna de las dos puede vivir sin la otra. La diferencia solo radica en que la persona sádica domina, explota, lastima y humilla, y la masoquista es dominada, explotada, lastimada y humillada. En un sentido realista, la diferencia es considerable; en un sentido emocional profundo, la diferencia no es mayor que lo que ambas tienen en común: la fusión sin integridad. (Fromm, 1956, p. 54)

Se cree que sadismo y masoquismo representan la imagen especular el uno del otro, que comparten la psicogénesis y que rasgos de uno se expresan en el otro.

Pero nosotros hemos comprobado que lo decisivo en los fenómenos de sado-masoquismo es el afecto; ese afecto proviene de dos fuentes: en el sadista, de su propio sentimiento de poder, al vencer la resistencia y penetrar con su sensibilidad en el compañero humillado; en el masoquista, de la superación de las propias resistencias (poder sobre sí mismo) y de la penetración sensible en el compañero que lo humilla. Podríamos demostrar que no se trata de fenómenos separados, sino de expresiones polares de un único complejo. (Stekel, 1954, p. 81)

Una evidencia que apoya esta idea es el hecho de que en la fantasía perversa están bien perfilados ambos roles, el del sádico y el del masoquista, pudiendo deducir que existe en todo perverso parte de ambos.

Aquel que halla placer en producir dolor a otros en la relación sexual está también capacitado por gozar del dolor que puede serle ocasionado en dicha relación como de un placer. Un sádico es siempre, al mismo tiempo, un masoquista, y al contrario. Lo que sucede es que una de las dos formas de la perversión, la activa o la pasiva, puede hallarse más desarrollada en el individuo y constituir el carácter dominante de su actividad sexual. (Freud, 1905, p. 1186)

Que el sujeto se identifique con uno o con otro solo hace constar cuál de los dos existe en un modo más superficial, más consciente y aceptable por él. No importa que el protagonista de su historia sea la víctima cuando el cruel verdugo es también una creación suya. Por otro lado, que la perversión se exprese en forma de sadismo o masoquismo depende también de la identificación preponderante con la figura paterna, rol activo, rol dominador; o con la figura materna, rol pasivo, rol de castrado.

El masoquismo correspondería entonces a un sadismo originario vuelto contra el propio sujeto, un autosadismo, o sea, por regresión de la proyección de las pulsiones agresivas desde el objeto al yo, normalmente por sentimientos de culpa. Ante la angustia de perder el amor de los padres el niño renuncia a la expresión de la agresividad y la libido hacia el exterior. “El imperativo categórico de Kant es, por tanto, el heredero directo del complejo de Edipo” (Freud, 1924, p. 2757).

El retorno del sadismo contra la propia persona se presenta regularmente con ocasión del *sojuzgamiento cultural de los instintos*, que impide utilizar al sujeto en la vida una gran parte de sus componentes instintivos destructores. Podemos representarnos que esta parte rechazada del instinto de destrucción surge en el yo como una intensificación del masoquismo. Pero los fenómenos de la conciencia moral dejan adivinar que la destrucción que retorna al yo desde el mundo exterior es también acogida por el super-yo, aunque no haya tenido efecto la transformación indicada, quedando así intensificado su

sadismo contra el *yo*. El sadismo del *super-yo* y el masoquismo del *yo* se complementan mutuamente y se unen para provocar las mismas consecuencias. (Ibíd., p. 2758)

La meta pulsional sufre una transformación en la que el sujeto vuelve a ser objeto. “Habría, de este modo, en el masoquismo, un retorno al narcisismo, en cuanto podemos anticipar que el primer objeto del sadismo es el propio cuerpo del niño, el cual desea dominarlo” (Chazaud, 1976, p. 100).

El carácter sexual de este autosadismo se debería también a la ligazón con la pulsión libidinal. La pulsión destructiva tiende a expresarse hacia afuera, mientras que la pulsión de vida tiende a permanecer dentro del sujeto. Así pues, cuando la primera vuelve a su fuente original en el interior, queda desde entonces unida a la segunda. Desde esta conceptualización psicoanalítica, el masoquista perverso se identifica con la madre para ofrecerse como objeto sexual al padre y poder gozar de él, pero en esta inversión cae en un segundo miedo a la castración por la actitud pasiva; sustituye entonces el deseo de ser amado por el padre por el deseo de ser pegado por él.

Este “ser pegado” constituye una confluencia de la conciencia de culpabilidad con el erotismo; no es solo el castigo de la relación genital prohibida, sino también su sustitución regresiva, y de esta última fuente extrae la excitación libidinosa, que desde este punto queda unida a ella y buscará una descarga en actos onanistas. (Freud, 1919, p. 2471)

No obstante, es la madre la que pega y no el padre debido a, primero, la necesidad de escapar de una elección homosexual demasiado manifiesto, segundo, por la necesidad de conservar aquel primer momento donde la madre era el objeto deseado, pero asociándole el gesto castigador del padre y, tercero, la necesidad de reunirlos todo en una demostración dirigida solamente al padre (“no soy yo el que desea ocupar tu lugar, sino que es ella la que me pega”). En consecuencia, tras la figura femenina se oculta siempre la figura del padre.

En el caso de que las pulsiones tanáticas volvieran al exterior, la perversión se expresaría en forma de sadismo, aunque para que el sujeto sádico disfrute de los dolores que provoca ha de haber padecido primero dolores en su propia carne y disfrutado de ellos, haber erotizado anteriormente las excitaciones que superan ciertos límites cuantitativos, es decir, tiene que haber sentido “masoquísticamente” la relación entre el dolor y el placer propios. Entendido de este modo, el sadismo sería un masoquismo proyectado, “un masoquismo imaginario aliado al triunfo viril del egoísmo” (Bonaparte, citado en Chazaud, 1976, p. 104).

Según el marqués de Sade, el masoquismo viene primero y precede al sadismo. Solo por el conocimiento masoquista del desdoblamiento sexual que goza en el dolor, resulta posible al masoquista infligir dolor al objeto y gozar de ello, por identificación, más allá de su finalidad de dominio, de poderío sobre el objeto... (Chazaud, 1976, p. 102)

Reik (1963) sostiene que la práctica masoquista no alude únicamente al sadismo vuelto contra sí mismo, sino que también reproduce las fantasías que el niño tuvo en su momento acerca de la vida sexual de los adultos.

Las prácticas y fantasías masoquistas no son solo inversiones de ideas sádicas, sino reanimaciones y reproducciones de lo que los niños imaginaron que sería la vida sexual de los adultos. Inconscientemente, la gente regresa a esas ideas infantiles de sexualidad que una vez tuvieron cuando niños con respecto al curso de la relación sexual. La grotesca mezcla de verdad y error que surge de esas teorías sexuales infantiles reaparece aquí en la teoría y práctica. El carácter infantil, al cual se aferra el adulto, frecuentemente se traiciona en detalles de tales fantasías y acciones. La parte importante jugada allí por los excrementos, la orina y la materia fecal, al igual que la falta de reserva o disgusto que ha sido construida como barrera educacional solo en un tiempo posterior, apuntan en la misma dirección. Así el elemento de parodia se origina en ya olvidadas ideas infantiles, como, por ejemplo, ésta de la mujer que es tratada cruelmente por el hombre, el que la orina o la defeca, y cosas así. (p. 180)

De Masi (2004) añade que a mayor asimetría entre el sádico y el masoquista, mayor son la excitación y la satisfacción sexuales. Remarca así la complementariedad rígida entre ambos roles.

En el sadomasoquismo, en cambio, solo uno debe experimentar todo el placer; cuanto menos goce el *partner* o experimente displacer, mayor satisfacción tendrá el otro. La asimetría de la relación pone de relieve el valor del poder jerárquico: el sádico se excita por el dominio; el masoquista, por el placer activo de someterse. (p. 118)

Infringir o padecer dolor no sería entonces el objetivo principal. Aguantar el sufrimiento es un acto de consagración y una prueba de sumisión que el masoquista le brinda al sádico que lo reclama. Por ello la sumisión debe ser activa y pactada, no obtenida por la fuerza.

En la mónada sadomasoquista, se pierde la percepción de la diferencia entre víctima y agresor; el consenso y la fusión de los cuerpos excluyen la crueldad de la acción. La excitación que lleva al placer nace del triunfo derivado de la percepción del sometimiento alcanzado por el objeto; el dolor, en cambio, aparece como un acontecimiento inevitable para anular la vitalidad y la independencia del objeto, para someterlo o para anularse y someterse recíprocamente. (Ibíd., p. 130)

5.3. SADE VERSUS MASOCH

5.3.1. PROCEDENCIA TERMINOLÓGICA.

Normalmente son los médicos quienes otorgan sus nombres a las enfermedades que investigan. Ejemplos de ello son la enfermedad de Crohn, el Parkinson y el Alzheimer. Pero las figuras de Leopold von Sacher-Masoch y sobre todo el marqués de Sade se hicieron escuchar hasta el punto de convertirse sus apellidos en las denominaciones de las patologías que designan. Incluso hay quienes consideran *Las 120 jornadas de Sodoma* como el primer compendio de desórdenes sexuales, anticipándose un siglo a los psiquiatras Freud, Krafft-Ebing y Havelock Ellis. Si bien nadie niega la exactitud y

amplitud de dicho catálogo sexual difiere por completo de los manuales clínicos. En primer lugar, no conserva la distancia científica.

La *Psychopathia Sexualis* de Krafft-Ebing es una larga enumeración descriptiva de casos de transgresiones sexuales. ¿Cuál es la diferencia con una obra de Sade? La diferencia es enorme: el narrador de Sade es uno de los personajes, un libertino (Juliette) o una víctima (Justine); en Krafft-Ebing, no hay narrador sino la mirada del médico que conlleva una interpretación implícita de las prácticas eróticas en tanto que extranjeras a sí mismo, enfermas, condenables, “otras”, como alienadas. (Bedouelle, 2006, p. 4)

Y en segundo lugar, porque nos perturba profundamente con su maldad.

Si bien los especialistas reconocen la exactitud casi clínica de su cuadro de las pasiones, Sade no se atiene en él, ni se acerca, a la estricta objetividad científica: sin discusión, unos personajes llenos de maldad, un decorado que pervierte el espacio como máquina de placer, unos comentarios voluntariamente escandalosos hacen que el proyecto se deslice hacia la ficción. (Le Brun, 2008, p. 39)

De Sacher-Masoch derivó el término de “masoquismo” acuñado por Krafft-Ebing para referirse a “una curiosa perversión de la vida sexual que consiste en desear verse completamente dominado por una persona del sexo opuesto, soportando de ésta un trato autoritario y humillante, y que puede alcanzar incluso al castigo efectivo” (Krafft-Ebing, citado en Castilla del Pino, 1973, p. 10). A partir de esta definición la primacía en el masoquismo no es sentir placer en el dolor como piensan algunos, sino la sumisión y la humillación. Por otro lado, también a manos de Krafft-Ebing, el término “sadismo” fue tomado del marqués de Sade para designar la perversión sexual mediante la cual la propia excitación es provocada cometiendo actos de crueldad en otra persona.

Por tanto, fue un psiquiatra, Krafft-Ebing, quien situó la perversión en el marco cultural, el que señaló la importancia para la medicina y la salud mental el estudio de la literatura y la filosofía.

5.3.2. OBSCENIDAD VERSUS DECENCIA.

Aunque pensar en sadismo nos lleva a pensar en un amo cruel, el lenguaje de Sade es paradójico porque es el lenguaje de una víctima. Los verdugos emplean el lenguaje hipócrita del orden y el poder establecidos en busca de motivos que excusen la realización de sus atrocidades; Sade no busca que lo eximan de culpa alguna. Es más, solo las víctimas pueden describir las torturas con la minuciosidad con la que lo hace él. Esta contrariedad bien podría explicarse, como veremos más adelante, por el masoquismo (no auténtico) existente en todo sadismo.

Es el lenguaje de Sade también un lenguaje que desmiente la relación del que habla con aquellos a quienes se dirige, pues no tiene intención de persuadir o convencer al otro, sino de demostrar, y no solo en la teoría, sino también en la práctica a través de los imperativos pronunciados por los libertinos de sus novelas, libertinos que profesan el más íntegro ateísmo y la más radical anarquía. Sade obliga a escuchar todo lo que tiene que decir.

Porque el imperativo del fantasma sadiano, antes que su escenificación en lo imaginario de las escenas sexuales, es de entrada un *hay que oír*, y en eso está relacionado con lo más estructural de la perversión. Antes de que el miembro monstruoso fuerce el orificio, anal o vaginal, de la víctima, el enunciado del fantasma fuerza la oreja del lector. La fuerza por su monstruosidad, por su violencia, pero también y sobre todo lo fuerza por la voluntad totalitaria que implica. (...) Para él, el imperativo de gozar mediante el crimen se convierte, dentro de su prisión, en el imperativo de decirlo todo a través de la escritura. (André, 1995, p. 25)

En este punto se diferencia el libertino sadiano del perverso freudiano, pues bajo la concepción de Sade “el verdadero ateo, en la medida en que realmente exista, no se ata a ningún objeto: obedece a sus impulsos, al movimiento perpetuo de la naturaleza cuyas criaturas solo son espuma para él” (Klossowski, 2005, p. 82), mientras que para Freud sí existe cierta relación de dependencia del perverso con su víctima:

En este estado, la conciencia queda fijada a la realidad del prójimo que ella aspira a negar, pero que solo intensifica por el amor-odio que le confiesa: el depravado permanece atado a la víctima de su lujuria, a la individualidad de esa víctima cuyos sufrimientos quisiera prolongar “*más allá de los límites de la eternidad, si pudiera tenerlos*” (Ibíd., p. 82).

Si del lado del sádico nos encontramos con una intención demostrativa, del lado del masoquista acontece justamente lo contrario:

El héroe masoquista parece educado y formado por la mujer autoritaria, pero en lo más profundo es él quien la forma y la disfraza, y le sopla las duras palabras que ella le dirige. La víctima habla a través de su verdugo, sin reservas. (Deleuze, 2008, p. 27)

Y es que el lenguaje de Masoch no tiene nada que ver con la obscenidad y la provocación de Sade. “Pero, negras o rosas, las descripciones llevan siempre el sello de la decencia” (Ibíd., p. 29). Cumple, no una función demostrativa, sino dialéctica. El lenguaje de Masoch apela a la persuasión y a la educación. El personaje masoquista es una víctima en busca de su verdugo, de crear una alianza con él y educarlo. Por ello los anuncios clasificados forman parte del mundo masoquista al igual que los contratos.

Por supuesto, esta relación de educación posee los mismos riesgos que cualquier otra empresa similar: la del fracaso inherente a todo proyecto pedagógico. En todas las novelas de Sacher-Masoch la mujer persuadida conserva una última duda: si podrá o no sostener el rol acordado, pecando en exceso o en defecto. Dice Wanda en *La Venus de las pieles*: “Tengo miedo de no poderlo hacer; pero lo ensayaré por ti, bien mío, a quien amo como nunca amé a ninguno” (Sacher-Masoch, 1973, p. 122), pero también: “cuidado, que puedo aficionarme”.

Así, bajo la aparente opresión ejercida sobre el masoquista hay en realidad consentimiento e incluso persuasión de la víctima sobre su amo.

Se suscribe, pues, un contrato con la mujer-verdugo, renovando aquella idea de los antiguos juristas según la cual hasta la esclavitud descansa sobre un pacto. En apariencia, lo que obliga al masoquista son los hierros y las correas, pero, en rigor, solo lo obliga su palabra. (Deleuze, 2008, p. 79)

Severino, desde su posición de esclavo, va moldeando de poco en poco a Wanda para que encaje con su ideal de mujer tirana. Ahora bien, nadie intenta establecer un determinado tipo de relación si de forma inconsciente no percibe la posibilidad de la misma en el objeto. De lo que se trata es de hacer que la sádica Wanda se descubra como tal y actúe como tal.

El psicoanálisis defiende una idea similar: es en realidad el masoquista quien domina el juego erótico mediante el moldeamiento del amo, quien busca activamente saciar su “apetito” por sufrir (Nacht, 1968). Sádico y masoquista se necesitan y se agreden mutuamente.

Pero también en el objeto poseído queda ostensible, aunque más disimuladamente, el componente agresivo, bien mediante la tolerancia de la agresión del otro y la subsiguiente fijación de la dependencia; bien a través de una agresión secundaria, una vez que el objeto poseído se sabe de alguna manera dueño indirecto del poseedor. (Castilla del Pino, 1973, p.64)

Con fines tan distintos encontramos también formas distintas de expresión entre un autor y otro. El discurso de Sade sugiere spinozismo, naturalismo y mecanicismo penetrados de espíritu matemático. Es un lenguaje delirante cuyas descripciones se empapan de compulsión y repetición de actos criminales, crueles y repugnantes, que se suman y se amontonan hasta el caos y la más pura negación. Así pues, los héroes sádicos sueñan con un crimen universal e impersonal que solo pueden alcanzar mediante la omnipotencia del pensamiento bajo la ideal del Mal, y bajo este ideal demasiado perfecto se frustran ante la pobreza de sus crímenes reales, por más que multipliquen las víctimas y los dolores. “Para el libertino se trata, pues, de cegar la distancia entre los dos elementos, aquel del que dispone y aquel que él piensa, lo derivado y lo original, lo personal y lo impersonal” (Deleuze, 2008, pp. 31-32). Sin

embargo, frente este desenfreno y aceleración sin igual no hay atisbo de entusiasmo como en el caso del pornógrafo, apasionado tras el objetivo de la cámara. Únicamente hay cabida para la apatía y la sangre fría, la monotonía y la condensación de las aberraciones, donde la minuciosidad cuantitativa y cualitativa de las descripciones es imprescindible. Hay que evitar a toda costa que la violencia se disipe entre una inspiración y otra, desligarla incluso de los placeres a los cuales quedaría uno sometido si cae en el error de detenerse en su carrera criminal. Solo así el libertino consigue negar la naturaleza que hay dentro y fuera de él, a negar su propio yo. Es el placer de la demostración. No nos equivoquemos pues, no se trata de deleite carnal, sino de goce.

Así pues, diremos que el acto sexual perverso, en su formulación más altamente civilizada y más oscuramente rebelde (la de un Sade aún no definido como sádico por el discurso psiquiátrico), constituye ante todo un relato, una oración fúnebre, una educación macabra, en resumen, un arte de la enunciación tan ordenador como una gramática y tan desprovisto de afecto como un discurso de retórica.

El acto sexual sadiano solo existe como una combinatoria cuya significación excita el imaginario humano: un “lo real”, en estado puro, imposible de simbolizar. (Roudinesco, 2009, pp. 52-53)

Por el contrario, el discurso de Masoch está impregnado de imaginación dialéctica y platonismo en el sentido de una búsqueda de la ascensión hacia lo inteligible, la ascensión de la obra de arte a las Ideas a través de los latigazos. El proceso sustentador de toda su obra y pensamiento es el suspenso.

No es exagerado decir que fue Masoch quien introdujo el arte del suspenso en la novela como mecanismo novelesco en estado puro: no solo porque los ritos masoquistas de suplicio y sufrimiento entrañan auténticas suspensiones físicas (el héroe será enganchado, crucificado, colgado), sino también porque la mujer-verdugo adopta poses fijas que la equiparan a una estatua, un retrato o una fotografía. Porque ella suspende el ademán de descargar el látigo o de entreabrir sus pieles. Porque ella se refleja en un espejo que congela su pose. (Deleuze, 2008, pp. 37-38)

En resumen, nada tiene que ver el lenguaje de Sade con el de Masoch. El lenguaje sádico es encarnado por el personaje del libertino apático y cruel quien, a través de su ateísmo y anarquismo, posee cuanto quiere y cuando quiere. Por el contrario, el lenguaje de Masoch es el de una secta mística donde el esclavo educa a su mujer déspota dentro de su frío pacto erótico. Aunque algo tienen en común, ambos lenguajes convergen en el mismo punto: tanto el uno como el otro reflejan un mundo de excesos, el mundo pulsional del goce.

5.3.3. LUCES Y SOMBRAS VERSUS CLAROSCUROS.

Masoch funda la doctrina del suprasensualismo a través del cual busca una sensualidad transmutada. “Todo el animal sufre cuando sus órganos dejan de ser animales: Masoch pretende vivir el sufrimiento de una transmutación semejante” (Deleuze, 2008, p. 73). Por eso en sus novelas el amor encuentra su objeto en la mujer dentro de la obra de arte: una fría estatua de piedra o un cuadro en la sombra, siempre imágenes congeladas. “Las escenas masoquistas necesitan petrificarse como esculturas o cuadros, duplicar ellas mismas las esculturas y los cuadros, desdoblarse en un espejo o en un reflejo (Severino sorprendiendo su imagen...)” (Ibíd., p. 73). Para Masoch solo las obras de arte hacen justicia a la sensualidad porque la eternizan congelando un gesto: esa fusta que apenas roza la piel, las ropas que no se abren del todo, el cuerpo suspendido en el aire para siempre,...“(...) como si el pintor hubiese renunciado al movimiento tan solo para expresar una espera más profunda, más próxima a las fuentes de la vida y de la muerte” (Ibíd., p. 74). Masoch pretende elevar el erotismo a la categoría de arte, y para ello predomina el suspenso y la espera.

En oposición, el libertino de Sade no muestra gusto alguno por el arte, pues la sensualidad para él es movimiento y no quietud.

¡Ah, se hubiese necesitado un grabador que transmitiera a la posteridad este cuadro divino y voluptuoso! Pero la lujuria, que corona demasiado rápidamente a nuestros actores, tal vez no hubiese dado al artista el tiempo de captarlos. No le es fácil al arte, carente de movimiento, realizar una acción cuya alma es toda movimiento. (Ibíd., p. 73)

La lujuria solo puede ser plasmada mediante la reiteración de las escenas, la precipitación, la multiplicación de cada una y su condensación hasta el infinito, hasta la pérdida total de la cordura. El placer real se encuentra en el vértigo de la velocidad y la cantidad, en la suma de los cuerpos aniquilados y en el número de humillaciones infringidas. Sangre, repugnancia y voluptuosidad mezclados con un fin muy claro: la destrucción y negación de todo cuanto existe.

En suma, la repetición sádica se tiñe de luces y sombras evocando la aceleración y la condensación propias de su naturaleza cruel, mientras que la repetición masoquista prefiere la atmósfera sugestiva y decente del claroscuro, tras la cual toda obscenidad es denegada y queda el juego en suspenso.

5.3.4. INSTITUCIÓN VERSUS CONTRATO.

Masoch, fiel al pensamiento platónico, busca pasar de la naturaleza grosera y terrenal a la gran Naturaleza, sentimental y reflexiva, a través de la obra de arte y de la relación contractual. Sade también ambiciona pasar de una naturaleza segunda a una primera, pero entiende la gran Naturaleza originaria como aquella inmersa en el movimiento eterno, solo alcanzable a través de instituciones de movimiento perpetuo. Es bien conocida la diferenciación jurídica entre el contrato y la institución:

(...) el contrato supone por principio la voluntad de los contratantes, define entre ellos un sistema de derechos y deberes, no puede oponerse a terceros y su validez es de duración limitada; la institución define en general un estatuto de larga duración, involuntario e intransferible, estatuto constitutivo de un poder, de una potencia y cuyo efecto puede oponerse a terceros. (Deleuze, 2008, p. 81)

Aunque es más importante todavía su distinción en cuanto a la ley:

(...) el contrato es verdaderamente generador de una ley, aun si esta última desborda y desmiente las condiciones que le dieron nacimiento; por el contrario, la institución se presenta en un orden muy diferente del de la ley, haciendo inútiles las leyes y reemplazando el sistema de derechos y deberes por un modelo dinámico de acción, poder y potencia. (Ibíd., p. 81)

5.3.5. MADRE VERSUS PADRE.

Como se expuso anteriormente, la clínica psicoanalítica revela una estructura familiar común en los sujetos perversos. Se trata de un cuadro familiar compuesto por una madre seductora y un padre silencioso, ambos propiciadores de una situación ambigua para el niño (futuro perverso). La madre que todo lo permite menos la entrada de la palabra paterna, el padre presente pero ausente simbólicamente, y el niño que apenas conoce reglas ni angustias.

Así pues, las normas y los límites no son impuestos adecuadamente, pareciera como si todo impulso tuviera cabida y el goce fuera posible, pero finalmente, en el momento de la verdad, cae la prohibición destrozando las falsas ilusiones del pequeño. La metáfora del padre no entra para consolidar la simbolización de la falta, pero tampoco la madre preparó un escenario para favorecer tal situación. No obstante la castración llega igualmente, sumiendo al sujeto perverso en tal angustia que se ve obligado, para sobrevivir, a retirarse a su mundo imaginario y percibir la realidad solo de forma parcial y transformada. El perverso es entonces, a fin de cuentas, un niño frustrado tardíamente, y como tal se quedará fijado para siempre en su infancia, o bien como el niño malo con sus travesuras (sádico) o bien como el niño malo al que hay que castigar (masoquista).

La perversión, por lo tanto, es aquel dispositivo que suprime injustísimamente la libertad de los demás. Quizá preserve de la decepción amorosa y tenga como principal finalidad evitar el duelo pero, de ser así, es un procedimiento cobarde y ventajista. La perversión nace bajo el estímulo del desencuentro. (Colina, 2006, p. 118)

Ante esta dinámica familiar el perverso percibe a su madre como figura gratificante y frustrante a la par, y al padre como figura odiada y amenazante, como un intruso en la relación madre-hijo. Wilhelm Reich (citado en Castilla del Pino y Sacher-Masoch, 1973) concibe el masoquismo como la adopción de la sumisión frente el objeto castrante (el padre), como forma de impedir, a través de la obediencia, la destrucción total que le amenaza; y el sadismo correspondería al intento de destrucción de esa figura castrante.

Sea como fuere, el objeto ansiado, que es el acceso total a la madre, queda vedado, pudiendo alcanzarlo solamente de modo parcial. El objeto femenino se constituye como objeto de deseo y, por ello, también como objeto de temor. Queda formado así el superyó del perverso por internalización de una presencia paterna inconsistente, un superyó anómalo que obliga a la repetición de la escena traumática en una búsqueda ilusoria de un final menos desconcertante.

La relación perversa es por tanto el único modo que ha encontrado el sujeto perverso para relacionarse con la mujer sin que la angustia de castración lo aniquile.

Precisamente Sacher-Masoch concibe a la mujer como casta e inasible, divina, la que se encuentra más allá de toda posible contaminación de lo terrenal. Pero también es cruel y despiadada.

Ante nuestra mente aparece una procesión de crueles madres-diosas de las culturas antiguas: la Kali hindú con sus muchos miembros; la babilónica Istar, diosa de la guerra, la caza y la prostitución; la destructora Astarté de los sirios; la señora de las serpientes de Minos, y muchas otras, todas personificaciones de lo Hermoso y lo Terrible. El verdugo femenino tiene para el masoquista el mismo irresistible encanto de estos ídolos. Ella es la Astarté de los tiempos modernos. (Reik, 1963)

Ante la madre-diosa y la mujer-verdugo ciertamente el amor es vivenciado desde el más profundo horror.

Me preguntas por qué le tengo miedo al amor. Le tengo miedo porque temo a la mujer. Veo en la mujer algo hostil, se me presenta a mis ojos como un ser completamente sensual y extraño, de igual modo que la naturaleza inanimada. Ambas me atraen y me repelen al mismo tiempo del modo más ominoso. (Sacher-Masoch, 2004, p. 30)

Adorada y temida a la vez, Wanda es acariciada y besada, pero jamás penetrada, pues Severino no puede acceder al objeto de deseo por completo, sino solo de forma parcial, por medio de la esclavitud y la humillación, hasta el punto de que teme la libertad,

porque la libertad para el masoquista no es otra cosa que la angustiosa pérdida del objeto.

Si es que no puedo gozar plena y enteramente la dicha del amor, necesito apurar al copa de los sufrimientos y de las torturas, ser maltratado y engañado por la mujer amada, cuanto más cruelmente, mejor. ¡Es un verdadero goce! (Ibíd., 1973, p. 112)

En el caso contrario, los héroes sadianos solo acceden al objeto de deseo, la mujer, a través de su cosificación, de despojar su condición de sujeto para convertirla por completo en un objeto cuya única función es satisfacer. Recordemos que el marqués fue educado bajo los preceptos de la asimetría y la superioridad.

Educado en la convicción de pertenecer a una especie superior, no tardó en realizar el aprendizaje de la altanería. Muy pronto se creyó por encima de los demás y autorizado a servirse de ellos según le pluguiese, a hablar y a actuar como dueño y señor, sin ninguna censura de conciencia o de humanidad. A los cuatro años su naturaleza despótica estaba ya formada. Los años solo contribuyeron a endurecerla (...). Desde la infancia, sus actos solo traducen una trágica imposibilidad de expresarse” (Lever, 1991, citado en Roudinesco, 2009, p. 51).

Y como buen amo y señor vuelca Sade toda la agresividad contra la madre y se alía con el padre desplazado.

A los ojos del hijo, la hipocresía de la madre debe forzosamente legitimar todos los crímenes del padre abandonado, y a partir de entonces el delito (el Mal) será para el hijo arrepentido el único medio de pagar su deuda hacia el padre asesino, incestuoso y sodomita. (Klossowski, 2005, p. 134)

En este castigo de la figura materna el marqués arremete en sus obras contra todo valor matriarcal: fidelidad, entrega, sacrificio, piedad, benevolencia,... destinando a la mujer, o bien a su condición de objeto de placer del hombre, o bien a su posición como ídolo tiránico, derribando el altar donde la coloca la veneración social y religiosa. Es más, en su lucha contra la razón impuesta dice Sade que es a los hombres a quienes hay que llamar; son ellos los representantes del sexo razonable, y como tal son los únicos que pueden dar cuenta de la sinrazón. Las mujeres por naturaleza no tienen reflexión ni medida, así que cuanto más locas y monstruosas, más plenamente mujeres son.

Este odio hacia la madre se manifiesta también en el intento de liberar a la hija de los deberes maternos heredados. Sade ofrece a través de sus personajes una educación antimaterna, cuyo fin no es otro que el de humillar a la madre, muchas veces hasta el extremo: la muerte llevada a cabo por las manos de sus propios hijos.

Del otro lado se encuentra la adoración del padre abandonado por la madre, un padre que en vez de cumplir con el papel de hombre respetable y virtuoso encarna el héroe negro, el tirano destructor de la familia, el que está por encima de las leyes, el padre de la horda primitiva de Freud. Los atributos de éste son la sodomía y el incesto, y debe deshacerse de su esposa para poder gozar físicamente de su progenie, pues para Sade y su lectura contraria del complejo de Edipo, es la madre la figura castrante que se opone a la unión entre el padre y los hijos. El personaje sadista se identifica entonces con la figura del padre ausente o desplazado por la madre para vengarlo a través del acto de la crueldad. Para combatir la desesperante pureza de la virgen Sade opone la transgresión del padre.

Es como si, en el sadismo, la imagen edípica de mujer sufriera una suerte de estallido: la madre asume el papel de víctima por excelencia, mientras que se promueve a la hija a la condición de cómplice incestuosa. Puesto que la familia e inclusive la ley llevan como impronta el carácter materno de la naturaleza segunda, el padre no puede ser padre sino colocándose por encima de las leyes, disolviendo a la familia y prostituyendo a los suyos. (Deleuze, 2008, p. 63)

De hecho, hay en la obra de Sade tantos matricidios como parricidios, pero no son ni de lejos comparables. La madre es asesinada por su lealtad a su naturaleza segunda mientras que el padre es asesinado por traicionar a su naturaleza primera.

La madre es identificada con la naturaleza segunda, está compuesta de moléculas “blandas” y sometida a las leyes de la creación, la conservación y la reproducción. El padre, por el contrario, solo por conservadurismo social pertenece a esta naturaleza. Es de por sí testimonio de la naturaleza primera, situada por encima de los reinos y las leyes, y formada por moléculas furiosas o despedazadoras portadoras del desorden y la anarquía: *pater sive Natura prima*. Así pues, se asesina al padre por lo mismo que este falta a su naturaleza y a su función, mientras que se asesina a la madre precisamente por ser fiel a las propias. (Ibíd., pp. 62-63)

Inclusive las heroínas sadianas son numerosas, pero todas sus acciones y placeres son ofrecidas a la atenta mirada del hombre. El sadismo se alza como negación activa de la madre e inflación de la figura del padre.

5.3.6. DOS FANTASÍAS PERVERSAS.

El neurótico toma su fantasía como mundo privado no compartido en lo social, como una actividad solitaria; el perverso se sirve de su fantasía para relacionarse con los demás, necesita del otro para confirmar su subjetividad, en definitiva, para ser sujeto. Por tanto, el fantasma solo tiene sentido si se lleva al acto, incluyendo al otro. Por eso Masoch necesita de su mujer verdugo. Por eso Sade necesita de sus víctimas.

Además, todo lo anulado en lo simbólico retorna en lo real de forma alucinatoria, y si esto ocurre el fantasma perverso cae. En el final de *La Venus de las pieles*, cuando el Griego toma el látigo y azota a Severino, todo el encanto masoquista se desvanece junto a la amenaza del retorno del padre. Según Theodor Reik (citado en Deleuze, 2008, p. 69), el masoquista se desilusiona y ha de abandonar su fantasía al vislumbrar, por un instante, la triste verdad de la presencia paterna tras la mujer déspota. Esta decepción precipita al masoquista a convertirse en sádico para escapar de nuevo de la presencia aterradora de la verdad.

Así, cuando Freud escribe: “Si lo que (los sujetos) anhelan más intensamente en sus fantasías se les presenta en la realidad, lo evitan a pesar de todo”, no se limita a argumentar simplemente que tal hecho se debe a la censura, sino, antes bien, a que el núcleo de nuestro fantasma nos es insoportable. (Žižek, 2006, p. 119)

Es precisamente para salvaguardar la verdad por lo que el masoquista insiste en el establecimiento de un contrato, para que todo acto esté regulado y nada escape del guión destapando al padre oculto tras la mujer.

Así pues, el juego del masoquista, que es el del escondite con la imagen paterna, toma el dolor como condición indispensable para disolver la angustia por el placer prohibido. Ello implica que a mayor angustia, mayor placer. Es la eterna espera en la que la fusta desciende ralentizada contra la piel.

El masoquista es el que vive la espera en estado puro. Es propio de la pura espera el desdoblarse en dos flujos simultáneos, el que representa lo que uno espera, y que por esencia tarda, hallándose siempre retrasado y siempre postergado, y el que representa lo que uno prevé, única cosa que podría precipitar la llegada de lo esperado. Que una forma semejante, que ese ritmo de tiempo con sus dos flujos sea provisto justamente por cierta combinación placer-dolor, es una consecuencia necesaria. El dolor viene a efectuar lo que uno prevé, al mismo tiempo que el placer efectúa lo que uno espera. (...) La angustia masoquista adquiere aquí la doble determinación de esperar infinitamente el placer, pero previendo intensamente el dolor. (Deleuze, 2008, pp. 75-76)

En cuanto el sadismo, el héroe sadiano es un eterno insatisfecho que busca reiteradamente cumplir su fantasía, pero una y otra vez cae en el fracaso porque no existe crimen terrenal que pueda siquiera compararse con su fantasma. Repite incansablemente los actos criminales sin que ninguno se perfile de forma tan perfecta como en su mente.

Si Sade, que en su sistema reduce tanto como es posible la parte de las voluptuosidades intelectuales, que ha suprimido casi completamente el erotismo de la imaginación (porque

su propio sueño erótico consiste en proyectar sobre unos personajes que no sueñan sino que actúan realmente, el movimiento ideal de sus placeres: el erotismo de Sade es un erotismo de sueño, puesto que no se realiza la mayor parte del tiempo sino en la ficción; pero en la medida en que ese erotismo es soñado, en la misma medida exige una ficción en la cual el sueño sea desterrado o la orgía sea realizada o vivida), si Sade, sin embargo, por excepción ha exaltado lo imaginario, es porque sabe muy bien que el fundamento de tantos crímenes imperfectos es un crimen imposible. (Blanchot, 1990, p. 16)

Se colocan en posiciones opuestas: el masoquista necesita creer que sueña, incluso cuando no sueña, mientras que el sádico necesita creer que no sueña, incluso cuando sueña.

Porque su propio sueño erótico consiste en proyectar, sobre personajes que no sueñan sino que actúan realmente, el movimiento irreal de sus goces (...) cuanto más soñado es ese erotismo, más exige una ficción de la que el sueño esté desterrado, donde el desenfreno sea realizado y vivido. (Blanchot, citado por Deleuze, 2001, pp. 76-77)

Pero finalmente ambos viven en su fantasía perversa y todo intento de salir de ella los precipita todavía más hacia el fondo.

Sacher-Masoch vive por y para su mundo fantasmático, y cada vez que intenta una aproximación a la vida real solo obtiene un fantasma más. (...) Como el protagonista de la novela, Severino, Sacher-Masoch puede autodefinirse como un ultrasensualista (übersinnlich), en el sentido goethiano del término: “yo soy ultrasensualista..., en mí toda concepción procede, ante todo, de la imaginación y se nutre de quimeras”. (Castilla del Pino, 1973, p. 76)

5.3.7. CONTRA LA LEY.

Sade detesta la ley y al tirano por hablar su lenguaje. Por ello en sus novelas los héroes hablan en un lenguaje en el que jamás lo haría el tirano, superando la ley y destituyéndola mediante la idea del Mal.

Sacher-Masoch también embiste contra la ley, pero lo hace de una forma más sutil: demostrando lo absurda que es la ley. El héroe masoquista se burla de ella. El latigazo ya no castiga la erección, sino que la provoca. Se trata de experimentar el placer que la ley prohíbe, convertir el castigo en condición del placer.

Este ataque contra la norma social no se expresa únicamente mediante el lenguaje, sino que se percibe en toda la esfera perversa. En el sadismo el padre está por encima de la ley y la madre es relegada a la condición de víctima. En el masoquismo, del revés: la madre es la ley y el padre es expulsado del mundo simbólico.

El sentido del contrato masoquista es ciertamente otorgar el poder simbólico de la ley a la imagen de la madre. La ley del padre es prohibir el incesto; si la ley es confiada a la madre, la castración ya no es una amenaza, sino la condición del éxito del incesto. Devenir en hombre no es actuar como el padre ni ocupar su lugar, sino suprimir su espacio y su semejanza para hacer que el hombre nuevo nazca, un hombre renacido únicamente de la mujer a partir de la partenogénesis, sin sexualidad genital del padre, sin superyó. No se trata entonces, como postulaba Freud, de “un niño es pegado”, sino de “un padre es pegado”. El masoquista busca humillar y castigar a la imagen paterna que cohabita en su interior. Por tanto, el masoquista vive profundamente la culpa, pero no en su relación con el padre, sino en su semejanza con él. El padre es culpable en el hijo, y no el hijo respecto del padre. El masoquista busca renacer a través del sacrificio.

Pero la muerte solo puede ser imaginada como segundo nacimiento, partenogénesis de la que el yo resurge, desembarazado de superyó tanto como de sexualidad. La reflexión del yo en la muerte produce el yo ideal en las condiciones de independencia o de autonomía del masoquismo. El yo narcisista contempla al yo ideal en el espejo materno de la muerte. (Deleuze, 2008, p. 132)

5.3.8. ANDROGINIA VERSUS HERMAFRODITISMO.

El perverso supera el complejo de Edipo de forma ortopédica a través de la denegación y acepta la ley solamente bajo la condición de transgredirla constantemente. No entra en el mundo simbólico del deseo; queda peligrosamente del lado del goce de la pulsión. Defiende Freud que esta pulsión es parcial, energía anclada en alguna de las

fases pregenitales de la evolución psicosexual, y en esta parcialidad tienen lugar los opuestos, lo femenino y lo masculino, lo pasivo y lo activo que buscan complementarse. Hay otra interpretación posible. Quizá sadismo y masoquismo no estén compuestos de pulsiones parciales sino de figuras completas.

El masoquista vive “en él” la alianza de la madre oral con el hijo, como el sádico vive la del padre con la hija. (...) En el caso del masoquismo, la pulsión viril se encarna en el papel del hijo, mientras que la pulsión femenina se proyecta en el papel de la madre; pero, precisamente, ambas pulsiones constituyen una figura, por cuanto la feminidad es postulada como no carente de nada y la virilidad como suspendida en la denegación (...) La figura del masoquista es hermafrodita, como la del sádico es andrógina. Cada cual dispone en su mundo de todos los elementos que tornan imposible e inútil el paso al otro. (Deleuze, 2008, p. 72)

El andrógino de Sade es la unión incestuosa de la hija con el padre, y el hermafrodita de Masoch es la unión incestuosa del hijo con la madre. Forman cada pareja una totalidad perfecta.

5.3.9. DENEGACIÓN Y FETICHE.

A falta de un pacto acordado entre sus instancias psíquicas para un mayor equilibrio mental y una mayor adaptación social, el perverso da rienda suelta a su tendencia, pues tiene la capacidad para desobedecer a su superyó en determinados momentos y satisfacer sus impulsos. La perversión es la última defensa contra la psicosis, y como eje central de la estructura perversa se encuentra la denegación, mecanismo de defensa no por ello menos grave.

Podría parecer que una denegación en general es mucho más superficial que una negación o hasta una destrucción parcial. Pero no es así; se trata de operaciones completamente distintas. Tal vez deba entenderse la denegación como el punto de partida de una operación que no consiste en negar y ni siquiera en destruir, sino, más que esto, en

impugnar la legitimidad de lo que es, en someter lo que es a una suerte de suspensión, de neutralización, aptas para abrir ante nosotros, más allá de lo dado, un nuevo horizonte no dado. (Deleuze, 2008, pp. 34-35)

Como ya se ha expuesto anteriormente, el elemento de la denegación por excelencia es el fetiche. No debe entenderse éste como un símbolo, sino como un velo que oculta tras de sí el horrible secreto del cual el perverso no quiere saber nada: la ausencia del falo materno.

Así pues, el fetiche no sería de ninguna manera un símbolo, sino una suerte de plano fijo y coagulado, una imagen congelada, una fotografía a la que volveríamos una y otra vez para conjurar las incómodas consecuencias del movimiento, los incómodos descubrimientos de una exploración: el fetiche representaría el último momento en el que todavía fuera posible creer... (Ibíd., p. 35)

El fetichismo así definido por los procesos de denegación y suspenso pertenece esencialmente al mundo del masoquismo, constituyéndose incluso en una condición sin el cual no existe masoquismo propiamente dicho. A través de la denegación y el fetiche el masoquista suspende lo real y encarna el ideal en este suspenso, que no es otro que el nacimiento de un segundo yo libre del padre.

De hecho, los fetiches principales de Sacher-Masoch y sus protagonistas son las pieles y el calzado, los cuales cumplen con la doble dimensión de, por un lado, suspender el conocimiento acerca de la realidad y, por el otro, suspenderse del ideal.

Deseo de observación científica y luego contemplación mística. Mucho más que eso, el proceso de denegación masoquista llega tan lejos que recae sobre el placer sexual mismo: aplazado al máximo, el placer es objeto de una denegación que permite al masoquista, en el momento de experimentarlo, denegar su realidad para identificarse con “el hombre nuevo sin sexualidad”. (Ibíd., p. 37)

En el sadismo puede darse el fetichismo, pero solo de manera secundaria, superando el contexto de la denegación y el suspenso para pasar al de lo negativo y la negación y servir a la condensación sádica.

5.3.10. SUPERYÓ SÁDICO VERSUS YO MASOQUISTA.

Según Freud, el sádico está desprovisto de superyó mientras que el masoquista tiene un superyó devorador que vuelve el sadismo contra él. Desde este punto de vista se explica la crueldad del sádico por la ausencia de una instancia punitiva. Sin una figura capaz de amedrentarlo y castigarlo el sádico siente plena libertad para esquivar a placer cualquier coacción moral. De forma inversa, la necesidad de castigo del masoquista se explica por una instancia moral exageradamente estricta y perfeccionista. El constante sentimiento de culpa lo empuja una y otra vez a buscar la expiación de sus pecados.

Deleuze propone que podemos invertir la fórmula freudiana: el aplastamiento del yo masoquista y la ausencia de un superyó en el sádico son meras apariencias.

En la proyección masoquista sobre la mujer golpeadora se revela que el superyó no adapta una forma exterior sino para hacerse aún más grotesco y servir a los propósitos de un yo triunfante. Del sádico se diría casi lo contrario: que tiene un superyó fuerte y aplastador, y que solo tiene eso. (Deleuze, 2008, p. 125)

Lo que moraliza al superyó es la coexistencia y complementariedad con un yo interno y el componente materno que custodia esta unión. Pero el sádico tiene un superyó tan fuerte que se ha identificado con él, se ha convertido en su propio superyó y ha expulsado fuera de sí al yo junto al componente materno. Queda en él solo la cruel inmoralidad que ataca precisamente a ese yo y a esa madre que ha negado.

El sadismo no tiene otras víctimas que la madre y el yo. *No tiene más yo que en el exterior*: tal es el sentido fundamental de la apatía sádica. *No tiene más yo que el de sus víctimas*: monstruo reducido a un superyó, superyó que realiza su crueldad total y que recobra de un salto su plena sexualidad en cuanto deriva su potencia hacia afuera. (Ibíd., p. 125)

Esto explica el pseudomasoquismo del sadismo. Expulsado el yo al exterior, el sádico se identifica con el dolor infringido a sus víctimas. Nada tiene que ver con el masoquismo del auténtico masoquista.

Respecto el masoquismo, el yo triunfa y expulsa el superyó afuera bajo la figura de la mujer déspota. A diferencia del sadismo, aquí la instancia expulsada no es negada, sino denegada, o sea, conserva su función. El superyó continúa siendo castigador, aunque denegado a modo de caricatura, pues las prohibiciones del superyó son para el masoquista las condiciones para alcanzar el placer. Igual que pasaba en el sadismo, encontramos en el masoquismo un pseudosadismo que nada tiene que ver con el sadismo del verdadero sádico.

El sadismo va de lo negativo a la negación: de lo negativo como proceso parcial de destrucción que se repite indefinidamente, a la negación como idea total de la razón. Para entender este movimiento es menester entender el funcionamiento del superyó en la perversión sádica. Como el superyó exilia al yo y lo proyecta en sus víctimas el sádico se encuentra siempre ante un proceso de destrucción que debe iniciar una y otra vez. Y como el superyó funda un extraño ideal del yo (identificarse con sus víctimas) totaliza los procesos parciales, los supera hacia una idea de la negación pura que constituye el frío pensamiento del superyó.

Por otro lado, el masoquismo va de la denegación al suspenso: de la denegación como proceso que se libera de la presión del superyó, al suspenso como encarnación del ideal. La denegación es un proceso cualitativo que le cede a la madre la ley y la posesión del falo. El suspenso representa la nueva cualificación del yo, el ideal de renacimiento a partir de ese falo materno sin intervención alguna del padre. Entre ambos, denegación y suspenso, se desarrolla una relación cualificada de la imaginación en el yo, muy distinta de la relación cuantitativa del pensamiento en el superyó, puesto que la denegación es una reacción de la imaginación, tanto como la negación es un acto del pensamiento.

“Al frío pensamiento del sádico se opone la imaginación helada del masoquista” (Ibíd., p. 129). El sádico se entrega a la tentativa de identificación. Para ello toma la imagen paterna para producir un superyó capaz de establecer un ideal del yo como ideal de autoridad que da cabida a un origen exterior al narcisismo. En cambio, el masoquista

se entrega a la tentativa de idealización. Para ello utiliza la figura de madre como reflejo especular capaz de producir el yo ideal en tanto ideal narcisista de omnipotencia.

5.3.11. EROS Y TÁNATOS.

Freud postuló ya en la etapa final de su vida y obra que había algo más allá del principio de placer. Hablar de más allá no implica hablar de una excepción, pues todo termina por conciliarse con el principio de placer, ya sean las situaciones aparentemente displacenteras, las repeticiones perniciosas o el peor de los síntomas. “En síntesis, no hay excepción al principio de placer, aunque existan singulares complicaciones del placer en sí” (Deleuze, 2008, p. 114). Empero que nada desentone con el principio de placer no significa que todo proceda de él.

(...) el principio de placer reina por encima de todo pero no lo gobierna todo. No hay excepción al principio, pero hay un residuo irreductible al principio. No hay nada contrario al principio, pero hay algo exterior, y heterogéneo al principio: un más allá... (Ibíd., p. 115)

Ese algo no explicable a partir del principio de placer se debe a la existencia de su contrapartida: la pulsión de muerte. “Más allá de Eros, Tánatos. Más allá del fondo, lo sin-fondo. Más allá de la repetición-lazo, la repetición-goma, que borra y mata” (Ibíd., p. 117). Es la energía que lleva a la destrucción del prójimo y de uno mismo, pero también es la energía que equilibra la pulsión de vida. Eros y Tánatos conviven como las dos caras de la misma moneda, por lo que toda destrucción conlleva una construcción y toda separación una unión. La negación no es posible en el inconsciente, puesto que los opuestos van de la mano.

Ni Eros ni Tánatos pueden ser dados o vividos. Solo son dadas en la experiencia combinaciones de ambos, siendo el papel de Eros ligar la energía de Tánatos y someter estas combinaciones al principio de placer en el Ello. Por eso, aunque Eros no sea más dado que Tánatos, por lo menos se hace oír y actúa. Pero Tánatos, lo sin-fondo portado

por Eros, devuelto a la superficie, es fundamentalmente silencioso: y tanto más terrible.
(Ibíd., p. 118)

Tan terrible que se expresa como la envoltura exterior común a ambas perversiones. Eros es desexualizado y Tánatos resexualizado, y en medio de este proceso el placer y la repetición se han intercambiado los roles. En el sadismo y en el masoquismo no se repite lo que en su momento ocasionó placer, sino que la repetición baila sola y el placer sigue sus pasos, haciendo que el principio de placer deje de ser la brújula de nuestra psique. “El hecho de que el dolor y el displacer puedan dejar de ser una mera señal de alarma y constituir un fin, supone una paralización del principio del placer: el guardián de nuestra vida anímica habría sido narcotizado” (Freud, 1924, p. 2752).

5.3.12. NO COMPLEMENTARIEDAD.

A Deleuze (2008) no le satisfacían las teorías psicoanalíticas defensoras del binomio sadismo y masoquismo. Propuso que la vuelta de la energía hacia el propio sujeto implica una desexualización, un abandono de las metas sexuales. Entonces cabe imaginar un sadismo vuelto contra el yo de un superyó ejerciéndose de forma sádica contra el yo, sin que por ello exista masoquismo del yo. Para que haya masoquismo debe haber una resexualización de esa energía, caracterizada por el deseo de ser castigado: la punición resuelve la culpa y la angustia, posibilitando el placer sexual. Por otro lado, como la vuelta contra el yo remite a un estadio en el cual el superyó es sádico pero desexualizado, implica que es además un estadio activo (“yo me castigo”, propio del neurótico obsesivo). Pero el masoquismo, en su proceso de resexualización, se convierte en un estadio pasivo (“me castigan”), el cual implica una proyección mediante la cual una persona del exterior asume el papel de sujeto (la mujer verdugo).

Por otro lado, parece que volviendo a la lectura de Sade y Masoch se deduce que la pseudounidad sadomasoquista no puede existir, aunque sí cierta complementariedad debido a que en ambos casos la resolución corresponde con una inversión de roles.

El sadismo de Severino es una terminación: se diría que, a fuerza de expiar y de satisfacer la necesidad de expiar, el héroe masoquista se permite por fin lo que las puniciones supuestamente le prohibían. Puestos en primer plano, los sufrimientos y castigos hacen posible el ejercicio del mal que ellos debían vedar. El “masoquismo” del héroe sádico, a su vez, surge a la salida de los ejercicios sádicos, como su límite extremo y como la sanción de gloriosa infamia que los corona. (Deleuze, 2008, p. 42)

No existe, por tanto, una complementariedad real entre sadismo y masoquismo. “Se evitará en todo caso tratar el sadismo y el masoquismo como perfectos contrarios, salvo para decir que los contrarios se rehúyen, que cada cual huye o perece...” (Deleuze, 2008, p. 72). Asimismo, la pareja sadomasoquista no es posible. El verdadero sádico busca una víctima que sufra, no un masoquista que goce; e igualmente el masoquista busca instruir un verdugo bajo el modelo específico de su fantasía, no quiere un sádico que impone sus propias normas. El supuesto masoquista de la escena sádica no es masoquista realmente, sino un componente del sadismo, de igual forma que la figura sádica de la escena masoquista es en realidad un componente del masoquismo.

(...) si la mujer-verdugo no puede ser sádica en el masoquismo, es precisamente porque está *en* el masoquismo, porque forma parte de la situación masoquista, en su carácter de elemento realizado del fantasma masoquista: ella pertenece al masoquismo. No en el sentido de que tendría los mismos gustos que su víctima, sino porque tiene ese “sadismo” que no encontramos jamás en el sádico y que es como el doble o como la reflexión del masoquismo. Otro tanto se dirá del sadismo: la víctima no puede ser masoquista, pero no simplemente porque el libertino se desconcertaría si ella sintiera placer, sino porque la víctima del sádico pertenece enteramente al sadismo, es parte integrante de la situación y se muestra, aunque parezca increíble, como el doble del verdugo sádico (...). (Ibíd., pp. 44-45)

Y ni siquiera esta unión entre el sádico y el masoquista con su partenaire es una relación verdadera, pues el perverso está encerrado en su propio mundo ciego y sordo de toda comunicación.

Tal vez cada uno de ellos, el sádico y el masoquista, escenifican un drama suficiente y completo con personajes diferentes, sin nada que los ponga en comunicación ni por dentro ni por fuera. Mal que bien, solo hay comunicación en el normal. (Ibíd., p. 49)

El lenguaje del masoquista no es compatible de modo alguno con el del sádico porque desaparecería ante él.

El amo es el que habla, el que dispone del lenguaje en su totalidad; el objeto es el que calla, permanece marginado, por una mutilación más absoluta que todos los suplicios eróticos, de cualquier acceso al discurso, pues ni siquiera tiene derecho a recibir la palabra del amo (...). (Barthes, 1997, p. 42)

Finalmente, si bien ambos, sádico y masoquista, poseen el complejo placer-dolor, “cabe preguntarse si su ‘ojo’, órgano común a ambos, no es un ojo bizco” (Deleuze, 2008, p. 50). Aunque los dos comparten la vivencia de esta dualidad no tienen por qué hacerlo de la misma forma. El complejo placer-dolor puede tomar múltiples formas y expresiones.

Resumiendo, el sadismo y el masoquismo son dos estructuras diferentes y no funciones transformables.

En la Tabla 53 se presentan a modo resumen las características que comparten sadismo y masoquismo desde el punto de vista de Deleuze, de igual forma que en la Tabla 54 se enumeran las diferencias entre las dos instancias.

Tabla 53:

Semejanzas entre sadismo y masoquismo según Deleuze (1967)

Mundo pulsional del goce
Límites no impuestos adecuadamente
Desafío y transgresión de la ley
Viven en su fantasía
Asimetría en la relación con el otro
Eros desexualizado y Tánatos resexualizado

Tabla 54:

Diferencias entre sadismo y masoquismo según Deleuze (1967)

Sadismo	Masoquismo
Lenguaje obsceno, provocador y demostrativo	Lenguaje persuasivo, educativo y dialéctico
Anarquía y ateísmo	Pacto y misticismo
Compulsión y repetición	Suspenso y espera
El fetiche como elemento secundario	El fetiche como condición necesaria
Cosificación y degradación de la madre/mujer.	La madre/mujer como objeto de amor, casta e inasible, cruel y despiadada, adorada y temida a la vez
Alianza con el padre	Expulsión y humillación del padre
Destitución de la ley mediante la ideal del Mal	Burla contra la ley
Eliminación de la madre para posibilitar el padre de la horda primitiva	Renacimiento a través de la madre sin padre
Androginia: unión incestuosa de la hija con el padre	Hermafroditismo: unión incestuosa del hijo con la madre
Identificación con el superyó y proyección del yo sobre la madre/mujer	Triunfo del yo y proyección del superyó sobre la madre/mujer
La instancia expulsada es negada	La instancia expulsada es denegada
La negación es un acto del pensamiento	La denegación es una reacción de la imaginación
Identificación y búsqueda del ideal del yo	Idealización y búsqueda del yo ideal

CAPÍTULO VI: LA PERVERSIÓN EN LA MUJER.

6.1. LA CONTROVERSIA DE LA PERVERSIÓN EN LA MUJER.

Existe cierto consenso a la hora de afirmar que las perversiones en general son un fenómeno casi exclusivo del sexo masculino.

Ya Freud rechazaba en la mujer la disposición a la sobrestimación sexual característica de la perversión, es decir, la degradación del objeto sexual con la sobrestimación de algunos de sus rasgos como condición erótica (Lafuente, 2010). No encontramos entre sus publicaciones, ni entre las de Lacan, ningún caso de fetichismo femenino, y rara vez aparece dentro del gremio psicoanalítico (Psicoanálisis y el hospital, 2006). En el campo de la psiquiatría Clérambault (1908) sí recogió observaciones sobre formas fetichistas en la mujer en *Passion érotique des étoffes chez la femme* (citado en Álvarez et al., 2004).

Wilhelm Stekel afirma que el fetichismo es un fenómeno exclusivo del hombre, y lo explica en base a tres hallazgos en su experiencia clínica: 1) para crear un fetichismo auténtico uno ha de poseer la fuerza creadora de la fantasía, pues “el fetichista vive en un mundo de ensueños propio, en el que los límites entre la realidad y la apariencia se borran por completo” (1952b, p. 672). Dicha fuerza creadora, según especula Stekel, podría ser menor en las mujeres. 2) La identificación con Cristo (casi todos sus pacientes eran cristianos), difícil en una mujer, puesto que Cristo era varón. Y 3) identificación con su pene. La mayoría de sus pacientes padecían de fimosis y de enuresis. Decía Stekel al respecto: “El estrangulamiento del pene por el prepucio fimótico y la coacción ejercida por el sujeto enurético sobre su vejiga pueden muy bien haber sido el modelo de la coacción fetichista” (Ibíd., p. 674).

En consonancia con Stekel, Fenichel (1984) expresa que “el fetichismo parece ser aplicable solamente a los casos masculinos. El hacer hincapié en un símbolo del pene no bastaría para poner a la niña en condiciones de mantener la creencia de que posee un pene” (pp. 388-389). En esta línea Álvarez y colaboradores (2004) sostienen que la perversión es mucho más frecuente en el hombre que en la mujer por la solución de compromiso que mantienen en el Yo las dos posiciones contrarias (reconocimiento y desmentida de la castración).

Sidney Stewart (1972) sostiene también que el fetichismo es una perversión masculina al recaer el temor de castración sobre un pene real. El fetichista busca en el mundo externo símbolos que recuerden al falo todopoderoso que le falta en su mundo interno, pero que finalmente solo se le parecen; no lo son.

¿Qué es el fetiche? No basta considerarlo simplemente como si representara para el inconsciente un sustituto del pene que permite aproximar los órganos genitales de la mujer sin dejar de negar, al mismo tiempo, la pérdida de ese precioso pene. Algunos autores han comprobado que determinados fetichistas eran homosexuales. En rigor, esta paradoja existe porque la visión efectiva del pene del compañero no es suficiente para satisfacer el deseo narcisista de un falo mágico todopoderoso. (...) El espíritu consciente procura expresar los deseos inconscientes narcisistas mediante la elección de símbolos que recuerdan un objeto narcisista igualmente válido: el pene. Cuando se ve al pene separado del cuerpo, se lo dota narcisísticamente de virtudes mágicas; no obstante, el paciente masculino siente la castración como un temor real respecto de un pene real. (pp. 113-114)

Nacht (1968) sostiene que la falta de un órgano real da lugar en la mujer un superyó más benevolente que en el varón.

El superyó femenino es generalmente menos rígido y menos severo que el masculino, ya que no está supeditado, en su origen, al temor preciso de castración. Por este hecho el complejo de culpa será menos marcado en la mujer, en la mayoría de los casos. En consecuencia, a pesar de las teorías que le atribuyen a la mujer una naturaleza esencialmente masoquista, ella es menos masoquista que el hombre. (pp. 96-97)

También Robert Stoller (1974) habla de la existencia de una mayor tendencia hacia la perversión en los hombres debido a que su primera relación no fue con un hombre, sino con una mujer (la madre). Es más fácil para él, por tanto, sufrir traumas o presiones ambientales que comprometan su desarrollo psicosexual y faciliten su ingreso a la perversión.

Stoller (1974) ha propuesto que, debido a la fusión inicial con la madre, el sentido de la feminidad está más finamente establecido en las mujeres que el sentido de la masculinidad en los hombres. Éstos, como consecuencia de esa fusión con la madre (una mujer) podrían ser más vulnerables en cuanto a su bisexualidad, y más proclives al desarrollo de perversiones. (Citado en Kernberg, 2009, pp. 103-104)

Pines (1969) rompe un poco con toda esta línea de pensamiento. Pese a asumir la importancia del órgano viril, reconoce todo el cuerpo femenino como un órgano sexual.

Comparando los cuerpos del niño y la niña pequeños, Deutsch hace hincapié en la manera en que se descubre el pene desde el principio, se estimula constantemente, y se convierte en una zona erotogénica antes de estar preparado para cumplir sus funciones biológicas (...). Como el clítoris no es un órgano sexual satisfactorio, no se le puede atribuir la misma libido que al pene. Debido a esta *tiranía menor* del clítoris, la mujer puede seguir siendo infantil a lo largo de su vida, y para ella *todo su cuerpo puede considerarse como un órgano sexual*. (Citado en Welldon, 2013, p. 26)

Por otra parte, existen también autores que disienten con la primacía de la envidia del pene en la niña pequeña, apelando a la visión machista acerca de la mujer. Dice Loyden (s.f.) al respecto:

La femineidad, no parece ser en última instancia, sino cosa de hombres, son y han sido ellos los que han creado toda una mitología a su alrededor, a fin de llenar ese hueco, esa hiancia abierta a nivel significativo. En esa hiancia, los hombres han puesto sus propios miedos y temores, o bien sus deseos y necesidades. Ahí donde las palabras se detienen, se crea el mito.

El discurso es masculino y no hay un significativo que signifique la sexualidad femenina.

Franco (s.f.), en la misma línea, llama la atención sobre la posible influencia cultural en las teorías sexuales, la cual relega a la mujer a buscar en el hombre aquello que supuestamente le falta.

A esta altura del camino del Psicoanálisis es necesario revisar si esa teoría sexual infantil (*que significa a la diferencia sexual anatómica como una falta*) responde a una especie de teoría sexual cultural, derivada en este caso del orden patriarcal de sexuación que dice que los hombres tienen algo que las mujeres no tienen. Pero el pensamiento más pedestre, sin embargo, podría sostener que las mujeres *también* tienen algo que los hombres no tienen: y en su anatomía. Pero, ciertamente, en muchas culturas el carácter externo de los genitales masculinos genera la idea de que *ellos* tienen algo que *ellas* no. Ahora bien, aun siendo así, falta dar un paso. Y es el que conduce a la díada fálico/castrado que (si bien, si la tomamos seriamente, abarca tanto la sexualidad femenina como la masculina) en nuestra cultura señala a la mujer como la que está en falta (ese continente negro de Freud) y al hombre como aquel que tiene lo que a ella le falta. ¿El hombre es un continente blanco, traslúcido, sin dobleces?

De todos modos, pese a la carencia de que el hombre sí lo tiene, existe algo en ella que no se explica a partir del falo. “(...) siguiendo a Lacan, la mujer no está toda ella determinada por lo que ella es para un hombre, ya que la ley fálica no la sujeta completamente” (Lafuente, 2010). Cada cual se sitúa respecto al falo, pero en el caso de la mujer hay algo más allá de él. Ella se encuentra del lado del goce más allá del falo y de la castración.

Lo que sucede del lado de la mujer es que al no poseer pene y al no estar atada al falo como lo está el hombre, tiene otro encuentro con lo real del goce distinto al goce fálico del hombre. El Nombre-del-Padre como imperativo fálico sujeta el goce al falo, al cual el hombre está inscripto; la mujer está ubicada del lado del goce más allá del falo y estaría más allá de la castración (¿está cerca o es el superyó?). (Fundación del Campo Freudiano, 1990, p. 327)

Dickes ofrece un argumento a favor de la perversión femenina recurriendo al objeto transicional de Winnicott. El niño, o la niña, a razón de los primeros actos masturbatorios en la infancia, toma a menudo el objeto transicional como accesorio y representante del permiso materno. Si existen dificultades importantes durante el desarrollo del niño, el apego al objeto transicional puede persistir hasta la edad adulta. (Dickes, citado por Stewart, 1972, p. 114). Sin embargo, Sidney Stewart (1972) rápido rechaza este argumento alegando que el objeto transicional representa el pecho materno y no el falo.

Por muy perverso que este apego pueda parecer, es el equivalente del pecho de la madre y nunca llega a ser el verdadero fetiche que es un falo mágico surgido del narcisismo secundario y que pertenece a la vez al padre y al fetichista. (p. 115)

En esta línea, Estela Welldon (2013) defiende que la madre perversa toma a su hijo como objeto transicional, o lo que es lo mismo en este caso, como elemento de venganza contra las figuras del pasado, totalmente deshumanizado.

En términos de Winnicott (1953), el perverso utiliza el objeto transicional para inventarlo, manipularlo, utilizar y abusar de él, destruirlo y desecharlo, cuidarlo e idealizarlo, identificándolo simbióticamente y despojándolo de toda vida a la vez. Considero que es precisamente por lo que atraviesa la mente de una madre perversa y las diversas manipulaciones de su hijo. En otras palabras, como sugirió Stoller (1968), el bebé se convierte en el objeto transicional de una madre de estas características. (p. 74)

Joyce McDougall (1995) también cree en la existencia de la perversión en la mujer. Critica que desde Freud las perversiones siempre han girado en torno a la angustia de castración y al complejo de Edipo en el varón, entendiendo que el conflicto edípico de la mujer no se resuelve mediante la perversión, sino teniendo hijos. McDougall alega que la mujer puede también optar por una sexualidad perversa, ya que quizá la angustia de castración en la mujer sea más intensa todavía que en el hombre.

En contraste con la formulación de Freud, se podría hipotetizar que la angustia de castración en la mujer es más intensa y más penetrante que los miedos masculinos, pues los temores de la mujer abarcan la totalidad del cuerpo, focalizados intensamente en el “espacio interno” donde son experimentadas las sensaciones genitales. (p. 42)

En la mujer, al igual que en el hombre, esta ansiedad deriva en una profunda inseguridad, la cual invariablemente va acompañada de mucha rabia e ira. Así, algunas de las pacientes perversas de McDougall se han sentido ignoradas o asfixiadas por sus madres, incluso como prolongaciones de ellas, sin apenas identidad propia. “De ser víctimas estas mujeres pueden a veces llegar a ser las que victimizan, casos en los cuales el ‘otro’ (niño o amante) es tratado como un objeto parcial”⁸ (Ibíd., p. 43).

Compartiendo un pensamiento similar Welldon (2013) cree en la existencia de la perversión femenina como una estructura con características propias, diferente a la perversión masculina. Postula que en el caso de los varones el acto se dirige hacia un objeto parcial externo, mientras que en las mujeres se dirige normalmente contra sí mismas, bien contra su propio cuerpo o contra objetos de su propia creación: sus hijos. En ambos casos, cuerpos e hijos son tratados como como análogos a las relaciones de objeto parcial de los perversos fetichistas. Para Welldon, siguiendo a Melanie Klein, la envidia de la niña no es hacia el pene del padre, sino hacia la función reproductiva de la madre, lo cual la lleva a fantasear con entrar en el cuerpo de su madre y robarle su contenido. Paralelamente, los mecanismos proyectivos llevan a la niña a temer que su madre le robará su propia capacidad de procreación.

Joël Dor (2009), en una posición intermedia, opina que, exceptuando la homosexualidad femenina, es azaroso e inconsecuente hablar de perversiones sexuales en la mujer pues, si tomamos la negación de la castración como eje central de la estructura perversa, debemos admitir que no opera de igual manera en la mujer que en el hombre. “Si la castración concierne a la mujer tanto como al hombre, no le concierne en lo esencial, sino en tanto que amenaza y marca al otro que desea” (p. 175).

⁸ La traducción es nuestra.

Así, a falta de ser fetichista, la mujer puede manifestar su perversión, o bien en la relación con sus hijos o bien constituirse en mujer fetichizada convirtiéndose en el objeto sexual del hombre.

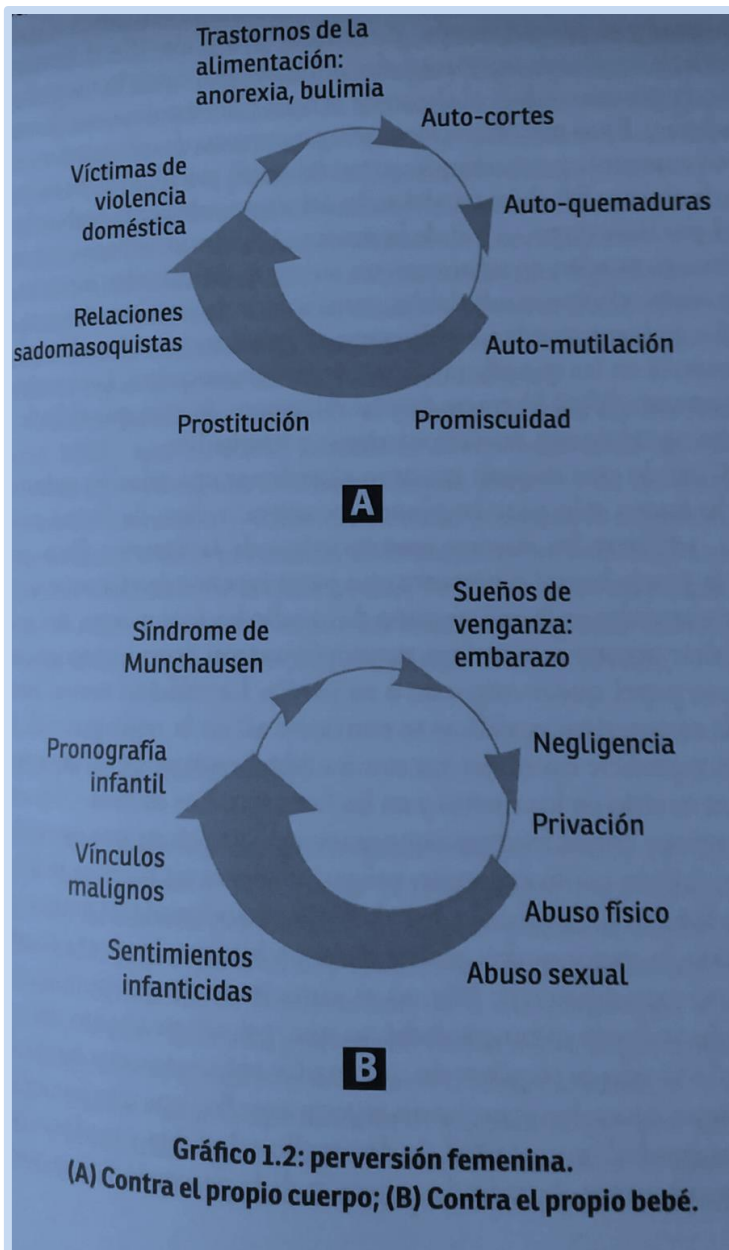
La mujer se convierte en su propio fetiche al *ofrecer* su cuerpo al goce sexual de un hombre. Sin embargo, la erotización del cuerpo fetiche no es satisfactoria sino con la sola condición de que ese cuerpo sea entregado a un hombre, destituido de su atribución fálica y de la referencia a la ley que supone; es decir rebajado, para la ocasión, a una pura y simple función instrumental. (Ibíd., p. 176)

Así pues, en la Tabla 55 se muestran las características diferenciales entre estas dos perversiones de la mujer.

Tabla 55:
La perversión femenina

La madre perversa	La mujer fetichizada
El hijo como fetiche	El cuerpo propio como fetiche
Identificación proyectiva – Identificación con el agresor	Identificación con el objeto de deseo del hombre

Y en la Figura 32 quedan representados los movimientos circulares internos de la perversión sobre el hijo y sobre el propio cuerpo.

**Figura 32:**

Perversión femenina contra el propio cuerpo y contra el propio bebé según Welldon (2014)

Nota fuente: Welldon, 2014, p. 89

Es importante aclarar que, por más que entre psicoanalistas se hable de masoquismo femenino, en realidad existe cierto acuerdo, como con el resto de perversiones, en que se expresa predominantemente en el varón. Esta idea la comparten autores como Freud, Reik, Nacht y Lacan. “Pero el masoquismo propiamente perverso, el auténtico que hace una tipología no es en la mujer donde aparece, es un privilegio del hombre” (Fundación del Campo Freudiano, 1990, p. 293). No obstante, se dedica un apartado para dilucidar esta cuestión.

Por último, mencionar el descubrimiento de otra posible perversión femenina: la enclitofilia o hibrístofilia, término acuñado por Edmond Locard (1877-1966) para denominar la atracción que sienten algunas mujeres por asesinos y criminales. Se cree que esta inclinación amorosa obedece a la fantasía de poder y al convencimiento de ellas por poder rescatar al hombre del mal, o tal vez se deba simplemente al deseo narcisista de salir del anonimato a través del nombre de él. Los psicólogos Richard Wrangham y Dale Peterson proponen otra hipótesis, esta vez desde la perspectiva biológica. Sus argumentos, respaldados por la investigación con primates, afirman que las mujeres buscan de manera natural y se sienten atraídas por hombres dominantes y fuertes, capaces de protegerlas a ellas y a su familia aunque para ello tengan que matar.

Probablemente se trate de mujeres con una pobre imagen sobre sí mismas provocada por una historia personal de abuso y maltrato, quienes vivencian en su actual relación amorosa con el preso una reparación de su pasado como víctimas, pues ahora son ellas las que poseen el control, son ellas las que deciden cuándo ir a visitar a su pareja, cuándo responder a sus llamadas, cuándo calmar y provocar angustia en el otro de la misma forma que antes lo sufrieron en su propia piel. Se trata de la relación de objeto parcial típica de la perversión, en la cual solo a través de la cosificación del partenaire puede el perverso formar un vínculo con el otro.

Normalmente son relaciones románticas sin ningún tipo de contacto sexual. Ellas suelen tener una edad comprendida entre los 30 y los 40 años y poseen un instinto maternal mal comprendido o desarrollado.

Estas mujeres ven en el asesino a ese hombre rechazado por la sociedad, sin más responsabilidad sobre sus crímenes que el haber sido víctima de las circunstancias, y necesitado del amor, la comprensión y la dedicación que ellas pueden ofrecerle, estableciéndose así para siempre un lazo de dependencia y amor incondicional hacia ellas. Pueden de este modo disfrutar del idilio perfecto sin las complicaciones comunes de cualquier vínculo, pues conocen el paradero de su compañero sentimental, recluido las 24 horas entre rejas, supuestamente pensando en ellas todo el día y deseosos de verlas (De Santiago y Sánchez Gil, en prensa).

6.2. LA MADRE PERVERSA.

Toda relación con el otro se entremezcla con el poder, ya sea en forma de dominancia, dependencia, rivalidad, victoria, sumisión o cualquier otra expresión. Este juego intermitente entre el amor y el poder es aprendido en el vínculo más arcaico.

Desde su origen, el amor está subordinado a ese imperio que ejercen los padres sobre la impotente criatura. Amor sin duda generoso y protector pero, a la vez, ejemplo sombrío de gobierno y autoridad. En este sentido, todos hemos sido rehenes del amor de los padres, como niños secuestrados en *Estocolmo*, sujetos rendidos bajo un sentimiento incondicional de sometimiento y entrega a quien nos protege y de quien depende nuestra vida. Nuestro primer objeto amoroso, en cualquier caso, es alguien que tiene en sus manos decisiones definitivas. Esta acción de poder ambivalente enmaraña la relación con los padres y, más adelante, lo hace con la experiencia educativa, y tras ella con todas las relaciones sociales, amorosas y de amistad que nos acompañan y nos guían, que siempre quedarán medidas por un juicio contradictorio de dependencia o de libertad. (Colina, 2006, p. 152)

Así, a través de la actitud amorosa de la madre el niño deviene en ser social, siempre y cuando ella no confunda al pequeño con una prolongación de sí misma o, en otras palabras, siempre que no abuse de su deseo de restituir su omnipotencia narcisista.

La ternura es el primer elemento que hace del sujeto, sujeto social, porque es un dispositivo social. Esta coartación crea, en cierta forma, una precaria condición de sublimación en la madre, no en el niño, y esta sublimación se traduce en dos cosas: en la empatía, donde la madre sabe por qué llora el niño y garantiza el suministro, y en el miramiento, palabra que yo he tomado del castellano antiguo. Miramiento es mirar, con interés amoroso, a aquel que habiendo salido de las entrañas es sujeto ajeno. (Fernando Ulloa, citado en Franco, s.f.)

La percepción del hijo como objeto fálico aniquila la posibilidad de aceptarlo como sujeto a advenir.

La Madre: Delante de ti me veo en el espejo que no acepta cambios, ni corbata nueva ni peinarse de otra forma. Lo que veo es eso que tú ves que soy, el pedazo desprendido de tu sueño, la esperanza boca abajo y cubierta de vómitos.

Oh madre, tu hijo es éste, baja tus ojos para que se calle el espejo (...). No puedo allegarme, mamá, no puedo ser lo que todavía ves en esta cara. Y no puedo ser otra cosa en libertad, porque en tu espejo de sonrisa blanda está la imagen que me aplasta (...). (Cortázar, 2004, citado en Psicoanálisis y el hospital, 2006, p. 144)

La cuestión radica en si la madre se vuelve toda madre para el hijo, o conserva y recupera su faceta de mujer más allá del niño.

El niño “satura de este modo, sustituyéndose a ese objeto, el modo de falta en el que se especifica el deseo de la madre”, ser madre actúa como clausura de la feminidad y el circuito se cierra sobre el niño, no procurando en un hombre la razón de su deseo. (...) Si es toda madre, su sexualidad reprimida de mujer aparecerá depositada en los objetos sustitutivos en que se constituirán los niños. La maternidad puede ser una forma de rehuir la feminidad. (Psicoanálisis y el hospital, 2006, p. 160)

Aunque ya Freud apuntaba a la equivalencia del hijo con el falo, como si la maternidad femenina fuera una renegación que pasa al acto (citado en Lafuente, 2010), a la sociedad le sigue costando imaginar una madre que no cumpla de forma óptima con sus funciones, como si el instinto maternal suprimiese de forma automática todo conflicto anterior de la madre y la dotase de las capacidades y cualidades necesarias para criar a los hijos con precisión y destreza. “Nuestro cuadro ideal de una mujer verdaderamente maternal es la de la madre onnipotente, que todo lo sabe y que cuida correctamente a su hijo por puro instinto” (Kestenberg, 1956, citado en Welldon, 2013, p. 31). Lo cierto es que a algunas mujeres les cuesta desprenderse de las experiencias dañinas de su pasado.

(...) la oportunidad que brinda la maternidad de tener el completo control de una situación, crea un caldo de cultivo idóneo para que algunas mujeres que han sufrido

experiencias perjudiciales o traumáticas se manifiesten abusando de sus hijos. Así se constituyen las madres de los niños maltratados o vapuleados, de los transexuales, y (sobre todo) de los hombres perversos. (Welldon, 2013, p. 76)

Aun con la mejor intención de evitar en los hijos lo sufrido con los propios padres, a menudo resulta complicado solucionar esta intrusión interna y llegar a ser dueñas del verdadero yo (Ibíd.).

Menos concebible es todavía una madre que asesina a su propio hijo, hecho constatable en la nula existencia de escritos psicoanalíticos como “un aspecto más de la resistencia universal a reconocer *los impulsos filicidas de la madre, que sin duda alguna es la realidad más temida y extraña a la que nos enfrentamos*” (Rascovsky y Rascovsky, 1968, citado en Welldon, 2013, p. 69). La escasa investigación de la perversión en la madre se traduce a su vez en dificultades en el diagnóstico clínico. “El fracaso a la hora de diagnosticar a estas mujeres correctamente es en parte resultado de la glorificación social de la maternidad y el rechazo incluso a considerar que ésta pueda tener un lado oscuro” (Welldon, 2013, p. 79).

Sin llegar a extremos tan violentos, existen también formas de perversión materna menos explícitos: la perversión común.

Escandalizan los episodios en que los niños son objeto de atentados sexuales. Pero, sin llegar al dramatismo y el impacto que esos episodios nos producen, es cierto que hay ocasiones mucho más cotidianas en las que una ubicación en una escena perversa no le es ahorrada al niño. Son situaciones menos escandalosas porque no asumen la forma del atentado, pero más insidiosas al librarse muchas veces de reproche, por escudarse bajo la mascarada del amor y la devoción materna.

Es que hay una perversión común, común tanto por la frecuencia con que la hallamos en la clínica, como con la naturalidad que es tomada, que lleva a la fetichización del niño. (Psicoanálisis y el hospital, 2006, pp. 158-159)

De igual modo que se puede hablar de la perversión del sentido moral (la delincuencia), del instinto social (la prostitución) o del instinto de nutrición (la bulimia, la dipsomanía) (Laplanche y Pontalis, 2004), se puede hablar también de la perversión del instinto maternal.

El concepto de perversión del instinto maternal encaja en todos los hechos que he observado sobre la etiología de la esquizofrenia. Encaja en el comportamiento de las madres de esquizofrénicos, encaja en el material obtenido de los pacientes psicóticos, y encaja en el hecho biológico de que cualquier instinto, al expresarse, puede quedar sujeto a la perversión. Considerando la gama de instintos, no se me ocurre ninguno que no esté sujeto a esta norma. No se me ocurre ninguno que no pueda ajustarse a la relación errónea objetivo-objeto que denominamos perversión (...). El envenenamiento proviene de la madre perversa que no está dotada de esa armonización divina que hace que comprenda el porqué del llanto de su hijo y que le permite devolverlo a un mundo de felicidad omnipotente (...). El niño debe crecer. Si uno de los progenitores sufre de un instinto maternal perverso, el niño se ve obligado a crecer desde el principio sobre una base psicosexual debilitada. (Rosen, 1953, citado en Welldon, 2013, pp. 67-68)

Tal perversión del instinto maternal podría denominarse *merversión*.

Entonces, para concluir, si el padre perversamente, *père-versement*, es el que está orientado a una mujer como causa de su deseo, quien en tanto madre sostiene, orienta desde allí el Nombre del Padre como articulación de la prohibición, propongo ficcionalmente el término *merversión*, o *mère-versión* cuando esa operatoria no termina de ser vehiculizada en tanto tal, se suspende o se interrumpe y se produce entonces una dirección *hacia* “lo materno”, configurando diversas formas de renuncia, aplastamiento o sacrificio del deseo. (Psicoanálisis y el hospital, 2006, p. 151)

Así pues, una mujer puede tener motivaciones perversas inconscientes al estar embarazada y manipular de forma perversa su propio cuerpo. La concepción de un hijo confirma su función reproductora y la eficacia de su cuerpo, además de representar su

única vía de comunicación y expresión de algunas necesidades emocionales que hasta entonces no fueron siquiera reconocidas por sí misma.

La complejidad de la relación entre la mente y el cuerpo se percibe con claridad al observar que el *cuerpo* femenino responde adecuadamente a las exigencias físicas del embarazo, aunque exista una incapacidad *emocional* para responder adecuadamente a las necesidades del niño nada más nacer o a medida que va creciendo. (Welldon, 2014, p. 127)

Pero el período de gestación no dura eternamente, y con el nacimiento del niño nace también la frustración, la desesperación y la ira contra el pequeño por “robarle sus privilegios”.

La madre experimenta una sensación de agravio, incluso un sentimiento de venganza, una vez que el bebé está vivo y es independiente en algunos aspectos. Ahora la madre no solo siente que tiene un cuerpo empobrecido, sino que también se siente profundamente humillada por la crucial separación. Este fenómeno se experimenta como un duro golpe. El nuevo ser lucha por conquistar un espacio propio. La conmoción es extrema. Al fin y al cabo, a la mujer embarazada se la reconoce inmediatamente como tal, y la sociedad le concede todos los privilegios, cuidados y beneficios relevantes, que desaparecen desde el momento en que tiene el hijo. Y, lo que es peor, ahora es la única receptora de todas sus recientes demandas emocionales, fisiológicas y biológicas. Todo ello podría explicar en parte la depresión posparto. (Welldon, 2013, p. 81)

Igualmente una mujer puede optar por la maternidad por razones perversas inconscientes, en busca del pleno dominio físico y psíquico sobre un ser que dependa totalmente de ella.

(...) algunas mujeres que no están contentas consigo mismas y que se sienten inseguras, consideran que un hijo es la única fuente a su alcance para nutrirse emocionalmente y,

como consecuencia de ello, ese anhelo de afecto físico acaba descargándose sobre el hijo. (Ibíd., p. 82)

Desde luego existe cierta equivalencia entre el embarazo y la interacción perversa.

La capacidad de procreación de las mujeres (es decir, embarazarse y alojar en su cuerpo al bebé) les proporciona algunas de las características emocionales presentes en sus relaciones objetales, iguales a las que se pueden encontrar en las formas exageradas y distorsionadas de relaciones perversas. Éstas incluyen los deseos de absorber a la otra persona, deshumanizar al objeto, e invadir, controlar completamente y fundirse con el otro. (Ibíd., pp. 82-83)

La perversión puede aparecer también en la madre como resultado de una fantasía de venganza contra la pareja.

El problema es que cuando las mujeres fracasan a la hora de obtener esas maravillosas cualidades *femeninas* en sus relaciones, pueden caer en un comportamiento perverso. Las fantasías de venganza contra sus parejas pueden entonces materializarse en una maternidad que utiliza a los hijos como objetos fetiche deshumanizados sobre los cuales ellas tienen un control absoluto. (Ibíd., 2014, p. 118)

Paralizada emocionalmente ante las enormes demandas de su bebé y la creencia de que nada ni nadie la va a ayudar, experimenta su comportamiento perverso como único poder a su alcance. “Así, la maternidad perversa debe entenderse como producto de una inestabilidad emocional y una individuación inadecuada, provocada por un proceso que abarca por lo menos tres generaciones” (Ibíd., 2013, p. 83), pues a través de la identificación proyectiva, es decir, la identificación con el agresor, los perpetradores de la seducción de los hijos a menudo han sido primero víctimas de ésta.

Hacer el amor con la madre es entrar específicamente en la vía de la psicosis, a través del autoengendramiento. Ya no hay otro, ya no hay objeto, ya no hay devolución de una imagen de sí. Esto es lo que evitan nuestros pacientes al organizar una escisión rigurosa cuya situación típica debe hallarse exactamente, después de lo que he dicho, entre percepción y alucinación. Con todo, si se evita la catástrofe psicótica, en última instancia a través de la alucinación negativa, el precio es la agresión y hasta el asesinato cuando el último recurso ha dejado de ser suficiente. (Balier, 2000, p. 167)

Queda patente la dificultad del hombre por admitir que una madre pueda poseer sentimientos agresivos e incluso homicidas contra su propia prole, y de igual forma resulta complicado pensar en el incesto de una madre con su hijo. “Siempre hemos culpado a Edipo en lugar de culpar a su madre” (Wellson, 2013, p. 84). Pareciera como si la segunda opción no pudiera ser siquiera pronunciada, cuando en realidad es más que plausible en ocasiones.

¿Por qué cuando Yocasta y Edipo descubren su relación incestuosa, es ella la que se suicida inmediatamente? Aparentemente, Edipo no comprende en un primer momento lo que ha sucedido; lo que indica, por lo tanto, que Yocasta era mucho más consciente de la verdad. (Ibíd., p. 85)

Lo cierto es que resulta más fácil asumir el incesto perpetrado por el padre que el de la madre, tal vez porque la sociedad atribuye una vinculación más íntima de ésta con su bebé, tanto a nivel biológico como a nivel afectivo (Ibíd.), cuando es la mujer quien cuenta con un privilegio posible únicamente para su condición sexual. “En realidad, lo que la mujer puede (volver) a tener es un regreso a ese estado originario fusional: algo que el hombre no puede” (Franco, s.f.).

Por último, es probable que la política del poder juegue también su papel.

Creo que la etiología de la perversión está entrelazada con la política del poder; un aspecto es psicobiológico y el otro social. Es posible que esta diferencia de reacción esté

provocada por la incapacidad de la sociedad para considerar a las mujeres como seres humanos completos. Las dificultades a la hora de reconocer que las madres son capaces de abusar de su poder podrían ser resultado de un rechazo total, como mecanismo para enfrentar esta desagradable verdad. La mujer es considerada como un objeto parcial, un mero receptáculo de los propósitos perversos del hombre. La aparente idealización a través de la cual la sociedad oculta las actitudes perversas femeninas (*las mujeres no hacen esas cosas horribles*) incluye, poco en realidad, una contrapartida denigrante. (Welldon, 2013, p. 100)

6.3. LA MUJER FETICHIZADA.

Es importante entender “(...) cómo es que una mujer se asume en tanto objeto; cómo es que ella misma se coloca en el lugar de objeto causa del deseo y al hacerlo pasa a ser soporte del fantasma erótico del varón” (Loyden, s.f.), puesto que no solamente el hombre la coloca en ese lugar, sino que la mujer lo permite e incluso lo busca, pues en ocasiones es ella la que se ofrece como fetiche intentando parecerse al falo a través del fenómeno que Lacan denomina la mascarada femenina (Psicoanálisis y el hospital, 2006).

La prostitución sería en este sentido una perversión femenina, y como en cualquier relación interpersonal, para comprender este fenómeno hay que prestar atención a ambos partícipes, prostituta y cliente, y no solamente a la primera como ocurre en gran parte de los estudios (Welldon, 2013).

Según Coria (1986, citado en Welldon, 2013, p. 103), la prostitución representa un símbolo de poder. “En nuestra cultura, el dinero aparece claramente sexuado y se asocia a potencia y virilidad. (...) Se considera la prostitución como sinónimo de una mujer que vende su sexualidad, omitiendo curiosamente al hombre que la compra”.

Grunberger (1985, citado en Welldon, 2013, p. 102) señala que la prostitución es mucho más común en mujeres que en hombres, tal vez por la tendencia de las primeras a buscar amor a través del sexo.

Debemos intentar comprender por qué las mujeres buscan la gratificación narcisista por encima de todo, incluso en detrimento de sus fuertes necesidades sexuales, y por qué se

ofrecen sexualmente para ser amadas; mientras que los hombres tienden a buscar fundamentalmente la gratificación sexual (los hombres aman para satisfacerse).

Loyden (s.f.) propone que el narcisismo de la mujer está sujeto a la pulsión escópica en la medida en que se coloca en el lugar del deseo del otro siendo su falo imaginario. Ella se reconoce a sí misma a partir del reconocimiento que el hombre le otorga.

Dado que este lugar de falo, *ser el falo*, ser la completud para alguien, es un lugar sostenido por la mirada de un Otro, puede suceder que se produzca una estrepitosa caída, cuando esta mirada se desvía, hacia otro lugar, hacia otra mujer. Esto resulta catastrófico para ella en cuyo caso es posible que vaya permanentemente al encuentro de otras miradas (y a veces de otras camas) que la confirmen en ese supuesto ser mujer.

Una mujer colocada en ese lugar de objeto a, será fetichizada. Es como fetiche que la mujer se ve deseada por el hombre, pero en ello su ser en tanto sexuado, queda excluido, pues en el fantasma masculino se precisa únicamente como objeto parcial, parte o pieza desprendida del cuerpo, no es una mujer como un Otro, como un sujeto igual a él, en su completa alteridad.

Pero la mujer no es la única castrada, sino que ambos se encuentran en falta, los dos y no solo ella buscan constantemente en el otro aquello que perdieron para siempre.

Volviendo a la cuestión de la falta: esto hace a las diferentes máscaras que las mujeres deben adoptar para intentar encubrir dicha supuesta falta; a su modo de seducir, de exhibir su cuerpo, de establecer un lazo con el hombre. Pero visto esto desde la perspectiva de que ambos están castrados, podemos hallar también las máscaras que los hombres utilizan para encubrir su falta. *Lo que se intenta encubrir es que ambos están en falta por no poder poseer ambos sexos; falta la completud de origen, en ese estado de fusión con la madre, perdida para siempre.* (Franco, s.f.)

Desde luego, más allá de los motivos conscientes como pueden ser las implicaciones económicas o el rechazo en establecer una relación afectiva, existen ciertas motivaciones inconscientes tanto en el hombre que busca a la prostituta como en la mujer que se prostituye. En el caso del varón, defiende Tabin (1985) que se trata de un modo de acceder al encuentro con el otro sin temor a ser devorado.

Sin embargo, podemos observar que, adicionalmente, la responsabilidad para con el sexo puede equipararse con una serie de ataduras con el objeto amoroso y que para un hombre que no ha consolidado su yo básico, tal grado de intimidad puede plantear la amenaza del engullimiento. (Citado en Welldon, 2013, p. 103)

En esta relación del hombre con la prostituta existe cierta semejanza con la relación de objeto parcial del sujeto perverso. En palabras de Beauvoir (1972, citado en Welldon, 2013, p. 103): “En las relaciones que se establecen a través de la prostitución, el deseo del hombre puede satisfacerse con cualquier cuerpo, siendo dicho deseo específico, y no individualizado en cuanto al objeto”. Rolph (1955, citado en Welldon, 2013) sostiene que el cliente degrada a la figura materna a través de la prostituta.

Del otro lado, Gibbens (1957, citado en Welldon, 2013) afirma que la mujer que se prostituye lo hace por el complejo de Circe a partir del cual desea convertir a los hombres en basura en venganza por una infancia traumática.

Pareciera entonces que en la prostitución ambos miembros satisfacen su necesidad de agresión. Glover (1943, citado en Welldon, 2013) afirma que entre la vida sexual de la prostituta y el cliente existe un marcado componente de sadismo, manifiesto o latente, el cual se traduce en un mutuo desprecio inconsciente. Se trata, a fin de cuentas, de una forma degradada de amor.

El hombre que siente un interés compulsivo por las prostitutas está aún sujeto a su antiguo amor profano, y pretende, sin saberlo, satisfacer los deseos tabú de la infancia ahora que es adulto. Por su parte, la prostituta tiene unos objetivos inconscientes similares, aunque su alcance sea más ambicioso. El cliente, *el hombre extraño, que paga por sus favores*, constituye la imagen deteriorada del padre; al mismo tiempo, ella

experimenta una fuerte desaprobación, a causa de los celos, del matrimonio de su madre degradando, digamos, su propia feminidad. (Ibíd., p. 108)

De este modo, durante la relación establecida en la prostitución se desvanecen las diferencias de sexos y de generaciones, estableciéndose un proceso diádico perverso pre-edípico. En ocasiones la mujer se convierte en madre y el hombre en hijo. Otras veces, el cliente se convierte en “viejo verde” con connotaciones de suciedad relacionadas con el dinero y las heces de la fase anal, y en otras en el “dulce papá”, asociado a la oralidad, a la leche, funcionando como la madre que alimenta a la mujer/bebé para satisfacer cualquier capricho que ella pudiera tener.

(...) la prostituta y el cliente reconstituyen una situación *ideal*, ilusoria y connivente en la que la unidad simbólica madre-hijo intenta apartarse sin la presencia del marido-padre, aunque simultáneamente ambos están desafiando la ley/marido/padre con un posible procesamiento. Pero el padre está en connivencia con su propio género en la aplicación de la ley: se acusa a la madre, pero se absuelve al hombre y sus problemas emocionales. (Welldon, 2013, p. 109)

En apariencia pareciera que las mujeres practican la prostitución por su hostilidad contra los hombres, cuando en realidad es contra la imagen que tienen de la feminidad, pues se degradan a sí mismas vendiendo sus cuerpos porque creen que son el único bien valioso que poseen (Ibíd.).

Resulta frecuente que la prostitución en la vida adulta sea el resultado de abusos sexuales durante la etapa infantil. “La práctica de la prostitución es consecuente con la forma en que estas mujeres se consideran a sí mismas, corrompidas, malas, y que únicamente sirven para entregarse al sexo” (Justice y Justice, 1979, citado en Welldon, 2013, p. 121). Estas mujeres fueron privadas en su infancia de un afecto sin condiciones.

(...) El padre, de hecho, fuerza a la hija a pagar con su cuerpo el afecto y el cuidado que debieran serle concedidos gratuitamente. Al hacerlo, destruye el vínculo protector entre el padre y la hija e inicia a su hija en la prostitución. (Herman, 1981, citado en Welldon, 2013, p. 124)

Esta situación de abuso se oculta tras el secreto familiar que lapida a la pequeña forzándola a crecer precozmente.

Han tenido que funcionar como amantes, madres y adultas, cuando, a menudo, eran aún prepúberes. Aun siendo incapaces de crecer emocionalmente, se las ha obligado a crecer sexualmente. Es muy significativo que todo ello tenga lugar en el seno de la familia y que no se respeten las fronteras básicas entre las responsabilidades normalmente definidas por las generaciones. La relación normal entre padres e hijos ha dejado de suponer que los padres cuiden de la hija y que le permitan evolucionar a su propio ritmo. De pequeña, la niña víctima del incesto se convierte en la señora de la casa, al tanto de los secretos más íntimos de la familia. (Welldon, 2013, p. 137)

Para finalizar, si bien en general se circunscribe el fetichismo al campo sexual, existen otras patologías estrechamente relacionadas en las cuales también se cosifica y se degrada el propio cuerpo.

La anorexia y la bulimia pueden ser entendidas como formas de fetichismo moral. La anoréxica considera su cuerpo como un objeto totalmente desvitalizado; una idea permanente es el miedo a engordar; es por lo que la paciente piensa constantemente que está aumentando de peso aunque tenga 30 Kg. Todo el cuerpo es tomado como fetiche. Esta problemática se halla igualmente en el alcoholismo, las toxicomanías y ciertas patologías como la pasión de las telas. (Eiguer, s.f.)

6.4. EL MASOQUISMO FEMENINO.

Ya Krafft-Ebing relacionaba el masoquismo con la mujer.

La mujer une, por naturaleza, el amor a la idea de sumisión. (...) Estamos cerca, pues, de considerar al masoquismo como una hipertrofia patológica de elementos específicos femeninos, como un acrecentamiento enfermizo de rasgos individuales del carácter sexual psíquico femenino; de este modo, buscaremos su origen en el sexo femenino. (Krafft-Ebing, citado en Stekel, 1954, p. 152)

Pero aclaran los psicoanalistas que la perversión masoquista propiamente dicha alude a la posición pasiva del fantasma, la cual no tiene por qué coincidir con el sexo femenino.

La esencia, por tanto, del fantasma masoquista será ser tratado como un objeto, sin posibilidad de autonomía, ya sea como objeto del capricho paterno o materno, o como pasión del significante del masoquismo primordial de la pulsión de muerte. El sujeto se convierte en objeto gozante para otro y en esa posición extrae su propio goce. (Fundación del Campo Freudiano, 1990, p. 294)

Reik (1963) aclara incluso que aunque se denomine masoquismo femenino, los rasgos que lo caracterizan no son propios en la mujer, siendo más apropiado hablar de masoquismo en el hombre. “Dicho de otra manera: el masoquismo, mirado desde cierto ángulo, puede ser la expresión de una inclinación femenina en un hombre, pero la conducta femenina en sí misma no es por cierto la expresión de sentimientos masoquistas” (p. 177). Es más, corresponde a una escena del espejo del varón hacia la mujer.

Para decirlo directamente: el masoquista indica a la mujer, con su propio comportamiento femenino, en qué posición quiere verla. Cada cosa que hace es una representación, una

especie de actuación teatral. (...) Si la situación posee algún significado oculto con relación a la mujer, entonces solo puede estar en la intención de hacer una representación, es decir, en la inversión: lo que me haces, quiero hacértelo yo, o: quiero verte en este rol pasivo o sufriente. (Ibíd., p. 179)

Por tanto, en realidad el masoquismo no suele presentarse en el sexo femenino a pesar de las apariencias que pueda suscitar su posicionamiento pasivo respecto al hombre.

Ella saca un goce de ahí a cambio de dar lo que no tiene, es decir, anda. Como se dice en el refrán: “Encima de no dar nada, se queda con las vueltas”. Pues en tanto el falo ella no lo tiene, da algo de ese no tenerlo aparentando serlo, para que en el hombre no aparezca la angustia y ella se quede con las ganas. Si es una masoquista que saca de donde no hay, es que no es nada masoquista. (Ibíd., p. 296)

Y es que el masoquismo auténtico no es, por tanto, propio de la mujer, pues ella no se entrega al goce de lo real sino que le pone límite.

Si del masoquismo se puede decir que es el mayor goce que da lo real, no es éste el caso del masoquismo femenino, más bien trabaja en contra puesto que ella crea el falo que pone límite a lo real. Reclama activamente un saber de goce que le puede advenir como plus del que es usufructuaria. (Ibíd., p. 296)

Por tanto, el masoquismo femenino hace alusión al fantasma masculino.

La experiencia clínica suele indicar que las formas de masoquismo halladas en mujeres en actos de crueldad perversa no parecen motivarse tanto en una auténtica voluntad de goce, como en su determinación de acomodarse en el fantasma a la demanda del Otro. (Ibíd., p. 328)

CAPÍTULO VII: LA PERVERSIÓN MÁS ALLÁ DE LO SEXUAL.

7.1. PERVERSIÓN, DESEO Y PODER.

La lujuria castigada por la Biblia, la obligada iniciación sexual del imberbe griego, la desviación perseguida por la Inquisición, la perversión del cuerpo de los místicos, la entrega al goce de los libertinos, la represión sexual de la época victoriana, la imposición de placer en la actualidad,... En todas las épocas y lugares la perversión, así como la sexualidad en general, ha portado de manera más o menos explícita la voz del poder. “Poder y placer no se anulan; no se vuelven el uno contra el otro; se persiguen, se encabalgan y reactivan. Se encadenan según mecanismos complejos y positivos de excitación y de incitación” (Foucault, 1998, p. 31). El deseo solo puede existir allá donde se instaure la ley, enlazándose para siempre con el poder y la sexualidad.

(...) poder y sexualidad, como representantes universales del deseo en todos los territorios imaginables, no se excluyen entre sí sino que comparten idénticos escenarios y se superponen en grados muy distintos. Sus testimonios son hasta cierto punto diferenciables pero no separables. Dar relieve e incluso primacía al deseo de valer, de influir o de coger no consiste en una desexualización del deseo sino en una sexualización distinta y acompañante. (Colina, 2006, p. 126)

La sexualidad, lejos de circunscribirse a historias de dormitorio, alcanza cualquier dominio humano.

El instinto sexual es causa de la guerra y objetivo de la paz, es el fundamento de toda acción seria, el objeto de toda galantería, la fuente inagotable de los chistes, la llave de todas las alusiones, la explicación de todo signo mudo, de toda proposición no formulada, de toda mirada furtiva, el pensamiento y aspiración cotidianas del joven y a menudo del viejo, la idea fija que ocupa todas las horas del impúdico y la visión que se impone sin cesar al espíritu del hombre casto. (Schopenhauer, citado en Colina, 2006, p. 126)

Y del mismo modo “el poder está en todas partes, no es que lo englobe todo sino que proviene de todas partes” (Foucault, 1998, p. 55). Sexualidad y poder encuentran terreno común en el deseo y se expanden así hacia toda experiencia y vivencia subjetiva.

Una vez clara la relación entre deseo, sexualidad y poder, resulta fácil entender que los actos perversos han sido regulados, promovidos o condenados según la moral predominante, y se han practicado como manifestación de rebeldía o muestra de sumisión. La sola necesidad de dedicar un apartado a esta temática es muestra de ello.

Pero tal vez hay otra razón que torna tan gratificante para nosotros el formular en términos de represión las relaciones del sexo y el poder: lo que podría llamarse el beneficio del locutor. Si el sexo está reprimido, es decir, destinado a la prohibición, a la inexistencia y al mutismo, el solo hecho de hablar de él, y de hablar de su represión, posee como un aire de transgresión deliberada. Quien usa ese lenguaje hasta cierto punto se coloca fuera del poder; hace tambalearse la ley; anticipa, aunque sea poco, la libertad futura. De ahí esa solemnidad con la que hoy se habla del sexo. (Ibíd., p. 7)

Antes de la Ilustración se gobernaba bajo la distinción entre el vicio y la virtud; después, según la diferencia entre lo normal y lo patológico. Los discursos de la libertad y de la prohibición de la sexualidad se han sucedido alternamente (y mezclándose entre ellos) a lo largo de los tiempos.

Todavía a comienzos del siglo XVII era moneda corriente, se dice, cierta franqueza. Las prácticas no buscaban el secreto; las palabras se decían sin excesiva reticencia, y las cosas sin demasiado disfraz; se tenía una tolerante familiaridad con lo ilícito. Los códigos de lo grosero, de lo obsceno y de lo indecente, si se los compara con los del siglo XIX, eran muy laxos.

A ese día luminoso habría seguido un rápido crepúsculo hasta llegar a las noches monótonas de la burguesía victoriana. (...) Tanto en el espacio social como en el corazón de cada hogar existe un único lugar de sexualidad reconocida, utilitaria y fecunda: la alcoba de los padres. El resto no tiene más que esfumarse; la conveniencia de las

actitudes esquivas los cuerpos, la decencia de las palabras blanquea los discursos. Y el estéril, si insiste y se muestra demasiado, vira a lo anormal: recibirá la condición de tal y deberá pagar las correspondientes sanciones. (Ibíd., p. 6)

De las suaves limitaciones del siglo XVII se pasó al veto del deseo del siglo XIX, momento histórico donde los niños carecían de sexo, donde no se permitía más relación carnal que la que conducía a la reproducción y donde hablar de sexo era como poco de mala educación. En este contexto la perversión, o más bien las perversiones (divididas y clasificadas por los médicos), existentes desde todos los tiempos, fueron puestas en el punto de mira.

Es posible que Occidente no haya sido capaz de inventar placeres nuevos, y sin duda no descubrió vicios inéditos. Pero definió nuevas reglas para el juego de los poderes y los placeres: allí se dibujó el rostro fijo de las perversiones. (Ibíd., p. 30)

Mas, había una excepción que encerraba en sí cierta paradoja: la sexualidad era bienvenida allá donde circulaba el dinero, o lo que es lo mismo, allá donde entraba en juego el poder.

Si verdaderamente hay que hacer lugar a las sexualidades ilegítimas, que se vayan con su escándalo a otra parte: allí donde se puede reinscribirlas, si no en los circuitos de la producción, al menos en los de la ganancia. El burdel y el manicomio serán esos lugares de tolerancia: la prostituta, el cliente y el rufián, el psiquiatra y su histérico (esos “otros Victorianos”, diría Stephen Marcus) parecen haber hecho pasar subrepticamente el placer que no se menciona al orden de las cosas que se contabilizan; las palabras y los gestos, autorizados entonces en sordina, se intercambian al precio fuerte. Únicamente allí el sexo salvaje tendría derecho a formas de lo real, pero fuertemente insularizadas, y a tipos de discursos clandestinos, circunscritos, cifrados. En todos los demás lugares el puritanismo moderno habría impuesto su triple decreto de prohibición, inexistencia y mutismo. (Ibíd., p. 6)

A la par que la práctica sexual era cuidadosamente domesticada fue surgiendo en los últimos siglos una creciente preocupación por los lenguajes del sexo, su invención, su multiplicación.

Más que la uniforme preocupación de ocultar el sexo, más que una pudibundez general del lenguaje, lo que marca a nuestros tres últimos siglos es la variedad, la amplia dispersión de los aparatos inventados para hablar, para hacer hablar del sexo, para obtener que él hable por sí mismo, para escuchar, registrar, transcribir y redistribuir lo que se dice. Alrededor del sexo, toda una trama de discursos variados, específicos y coercitivos: ¿una censura masiva, después de las decencias verbales impuestas por la edad clásica? Se trata más bien de una incitación a los discursos, regulada y polimorfa. (Ibíd., p. 23)

Desde luego que esta proliferación de los discursos no obedece a un simple fenómeno cuantitativo, sino que encarna nuevas formas de la coerción. Se trata de diagnosticar y de clasificar, de juzgar, de condenar.

Pues, ¿acaso la puesta en discurso del sexo no está dirigida a la tarea de expulsar de la realidad las formas de sexualidad no sometidas a la economía estricta de la reproducción: decir no a las actividades infecundas, proscribir los placeres vecinos, reducir o excluir las prácticas que no tienen la generación como fin? A través de tantos discursos se multiplicaron las condenas judiciales por pequeñas perversiones; se anexó la irregularidad sexual a la enfermedad mental; se definió una norma de desarrollo de la sexualidad desde la infancia hasta la vejez y se caracterizó con cuidado todos los posibles desvíos; se organizaron controles pedagógicos y curas médicas; los moralistas pero también (y sobre todo) los médicos reunieron alrededor de las menores fantasías todo el enfático vocabulario de la abominación: ¿no constituyen otros tantos medios puestos en acción para reabsorber, en provecho de una sexualidad genitalmente centrada, tantos placeres sin fruto? Toda esa atención charlatana con la que hacemos ruido en torno de la sexualidad desde hace dos o tres siglos, ¿no está dirigida a una preocupación elemental: asegurar la población, reproducir la fuerza de trabajo, mantener la forma de las relaciones sociales, en síntesis: montar una sexualidad económicamente útil y políticamente conservadora? (Ibíd., p. 24)

Y es que tras la caída del poder divino se alzó con igual o mayor fuerza la voz de la ciencia médica.

Es muy posible que la intervención de la Iglesia en la sexualidad conyugal y su rechazo de los “fraudes” a la procreación hayan perdido mucho de su insistencia desde hace 200 años. Pero la medicina ha entrado con fuerza en los placeres de la pareja: ha inventado toda una patología orgánica, funcional o mental, que nacería de las prácticas sexuales “incompletas”, ha clasificado con cuidado todas las formas anexas de placer; las ha integrado al “desarrollo” y a las “perturbaciones” del instinto; y ha emprendido su gestión. (Ibíd., pp. 26-27)

Porque el poder no sería tal sin un lenguaje que lo coronara. Si una voz cae es necesario sustituirla inmediatamente. Son las palabras las que significan la realidad y sin ellas el mundo perdería todo sentido.

Imaginemos (si es posible) una sociedad sin lenguaje. Un hombre copula con una mujer, mezclando además en su acción un poco de pasta de trigo. A este nivel no existe ninguna perversión. Solo por incorporación progresiva de algunos nombres el crimen irá *subiendo* poco a poco, aumentando de volumen, de consistencia y alcanzando la transgresión más fuerte. El hombre se llama el *padre* de la mujer que posee, de la que se dice que está *casada*; la práctica amorosa está ignominiosamente clasificada, se trata de la *sodomía*; el poco de pan curiosamente asociado a esta acción se convierte, con el nombre de *hostia*, en un símbolo religioso, que es sacrílego ultrajar. (Barthes, 1997, p. 180)

En medio de este furor científico Freud denunció el estudio de la perversión desde la perversión misma y situó dicha investigación en el seno de la sexualidad normal.

Y del mismo modo que desistió de domesticar la perversión atribuyendo sus pretendidos estigmas a individuos excluidos de la procreación, abandonó las clasificaciones surgidas

de la sexología y, por consiguiente, rompió con el principio de una descripción voyeurista (es decir, perversa) de las perversiones sexuales. (Roudinesco, 2009, p. 112)

Con el padre del psicoanálisis se abrió un espacio para reflexionar acerca de la sexualidad sin deshumanizarla ni cosificarla.

Por otro lado, aunque el siglo XX fue el siglo de la apertura a la perversión individual, fue también la época de la perversión colectiva, mucho más temible y destructiva.

Sin embargo, en comparación con las singularidades sexuales, se disparan las interpretaciones biológicas y colectivas de la sexualidad, fomentando así el tipo de perversión sexual todavía más perverso, si se me permite la expresión. El evolucionismo darwinista admite la diversidad aleatoria, pero promueve la selección natural; su primo Francis Galton se decide por la eugenesia, una crianza selectiva para mejorar la especie; en Norteamérica se estudian las líneas puras de sangre, Alemania sueña con una raza pura, la Unión Soviética con el control de la población. Y todas estas fantasías de sexualidad colectiva están acompañadas de un fuerte desarrollo científico y tecnológico que parece hacerlas posible: evolución, selección y manipulación genética, técnicas de exterminio, armas de destrucción masiva. En la primera mitad del siglo XX, los ciudadanos pueden elegir cómo alcanzar el orgasmo en su vida íntima, pero son aplastados y exterminados en su vida colectiva. (Seoane, 2010, p. 7)

El resultado fue el nazismo, el gran sistema perverso de toda la historia de la humanidad.

Debemos a la vieja Europa, y solo a ella, la primera formulación de un programa crepuscular, altamente perverso, que consistió en invertir radicalmente los ideales progresistas de la medicina positivista para transformarla, subrepticamente, en una ciencia criminal que recibirá el nombre de “higiene racial”. (Roudinesco, 2009, p. 131)

Y es que el genocidio nazi bien podía representar el mayor catálogo de perversiones jamás concebido.

En efecto, en los campos todos los componentes del goce del mal perfectamente *estatalizado* o *normalizado* se hallaban presentes en formas diversas: esclavismo, torturas psíquicas y corporales, tonsura del cabello, ahogamiento, degollamiento, asesinato, electrocución, humillación, degradación, violaciones, sevicias, deshonor, vivisección, tatuajes, desnutrición, violencias sexuales, proxenetismo, experimentaciones médicas, devoración por perros, etc. En resumen, el conjunto del sistema genocida perseguía no solo el exterminio de todas las categorías del género humano denominadas “impuras”, sino también la fabricación del “placer extraordinario” (...). (Ibíd., p. 150)

Los adeptos del nazismo pretendían, en último lugar, erradicar de la faz de la Tierra a aquellos que consideraban perversos cuando eran ellos mismos los más perversos de todos.

Si los místicos fantasearon con aniquilar el cuerpo para ofrecer a Dios el espectáculo de una esclavitud liberadora, si los libertinos y Sade, en contra de Dios, promovieron el cuerpo como único lugar de goce y, en fin, si los sexólogos tendieron a domesticar sus placeres y sus furores inventando un “catálogo de las perversiones”, los nazis consiguieron llevar casi hasta su término una especie de metamorfosis estatalizada de las múltiples figuras de la perversión. En pocas palabras, hicieron de la ciencia el instrumento de un goce del mal que, escapando a toda representación de lo sublime y lo abyecto, de lo lícito y lo ilícito, les permitió designar la colectividad de los hombres (es decir, la especie humana) como un mundo de perversos que debían reducir a restos contables y cosificados: carne, ligamentos, músculos, osamentas, manos, piel, dientes, ojos, órganos, pelos, cabellos. (Ibíd., p. 179)

Cuando aparece la perversión en la sociedad pareciera como si resonara la doctrina de la apatía de Sade: todas las individualidades deben someterse al gran Otro.

En la perversión, nada habría de compasión debilitante. No se trata de que surja ni el amor, ni la sensibilidad, mucho menos los afectos y las pasiones. Lo singular está abolido preservando el universal. A quien no cabe o no se somete a éste, se tratará de eliminarlo, lo que denota tanto el horror como el terror, pues da el indicio de que se puede prescindir de la existencia de cualquiera. La dictadura militar argentina, es ejemplo de esto, a través de sus miles de desaparecidos. (Rietti, 2008, p. 6)

Las guerras ya acabaron, pero la perversión siempre consigue filtrarse por algún resquicio. Satisfechas las necesidades básicas el deseo busca nuevos divertimentos para no languidecer y se ha precipitado impaciente en su tumba que es la actual cultura del goce, cultura de la avidez y la eterna insatisfacción donde no existen ni la tristeza ni el aburrimiento que tanto detesta pero necesita el deseo.

Ahora, en cambio, y eso es lo novedoso, el deseo está bien considerado, y hemos organizado una forma de vida montada sobre su excitación continuada y un hedonismo asumible. No vivimos en la orgía, sino en el catálogo publicitario de la orgía, es decir, en la apetencia programada. La publicidad ya no da a conocer los atractivos de un producto. Su función es producir sujetos deseantes. (Marina, 2007, p. 13)

Y es que ahora ya no se produce bajo demanda, se crean necesidades; se sobreestimula la curva del deseo provocando que se encuentre siempre al borde de la locura. Los agujeros son ignorados, la angustia se disfraza rápidamente con distracciones materiales.

En pleno siglo XXI, creedores de poseer la mayor libertad en toda la historia de la humanidad, somos más esclavos que nunca. “Todos estamos, en mayor o menor medida, influidos por las modas, que ejercen una tiranía democrática, en el sentido de que somos las víctimas las que damos poder al tirano” (Ibíd., p. 14). Porque cuanto mayor es la comodidad del hombre, más urgente es su necesidad de transgredir.

Víctima de la normalidad, el hombre moderno lamenta de cuando en cuando que se haya vuelto imposible el escándalo, quejándose de no poder salir del círculo convencional del deseo. En esa esfera cerrada, que poco a poco se colapsa sobre él, se siente como un preso melancólico o como un alma bella que redondea la virtud con el cinismo de la inocencia y la bondad. (Colina, 2006, p. 115)

Y es precisamente en este momento de búsqueda insaciable de satisfacciones inmediatas cuando el aborrecimiento y el sentimiento de inexistencia se apoderan rápidamente del ser humano, volviéndolo vulnerable a la perversión.

En el mundo actual, después del ocaso de las ideologías, cuando la fragilidad del yo se hace sentir como vulnerabilidad al abandono y aburrimiento, el engranaje de la perversión muestra la tierra prometida del dominio, poco importan entonces las consecuencias, es inmenso el vacío por llenar. (Eiguer, 2002, p. 720)

Ciertamente ahora la sociedad promueve y mantiene formas de perversión apenas sin darse cuenta, como ocurre con ciertos movimientos feministas.

Se asiste así a una banalización ética de la exhibición de la intimidad, como si se tratara de un nuevo derecho en el contexto de la liberación femenina. Una mujer debiera permitirse todo aquello que le fue tradicionalmente prohibido. Ciertas mujeres sueñan con hacer sentir a los hombres la miseria de la opresión; pero devenir sádico no es sino invertir la situación y en nada superarla por el hallazgo de un nuevo equilibrio entre los sexos. (Eiguer, 2002, p. 712)

La reciente apertura sexual da lugar a otras formas de transgresión.

Hoy en día, lo obsceno ya no se encuentra vinculado con la presentación sin afeites del cuerpo, sino más bien con la muerte. Esto no significa que su dimensión haya menguado:

sencillamente se ha desplazado del sexo al cadáver. Bastante lógicamente, lo obsceno ha venido a habitar el lugar con el que nada queríamos tener que ver; pues, si la desnudez se exhibe en las paredes de nuestras ciudades, la muerte se ve rechazada fuera del campo de la visibilidad pública, refugiada en el secreto del espacio privado de la casa o en el anonimato del hospital. (Maier, 2005, p. 25)

Quizá se explica así el imperativo actual del alcohol, las drogas, la promiscuidad sexual y otras máscaras del goce.

7.2. EL SADOMASOQUISMO COMO FENÓMENO SOCIAL.

El antropólogo Paul Gebhard afirmó en su clásico artículo *Fetishism and Sadomasochism* (1969) que el sadomasoquismo se produce dentro de un marco cultural:

El sadomasoquismo está arraigado en nuestra cultura, ya que las relaciones de dominación-sumisión están en la base de la misma y la agresión es socialmente valorada. También nuestras relaciones de género se expresan en un marco propicio para el sadomasoquismo: al hombre se le considera sexualmente dominante y agresivo, y a la mujer reacia o sumisa. Violencia y sexo se fusionan conformando un paquete lucrativo a la venta en los medios de comunicación. No es ciertamente algo nuevo: durante siglos la doncella masoquista en peligro ha sido víctima del malvado sádico hasta la derrota de éste a manos del héroe mediante el empleo de métodos violentos. (Citado en Weinberg, 2008, pp. 47-48)

En la misma línea, el psiquiatra Marcel Eck observó que los practicantes de fenómenos parafilicos suelen buscarse entre ellos y agruparse.

Los parafilicos se agrupan, se reclutan y se entrenan. No hay parafilicos que no conozcan a otros. A veces es dual, otras social, en orgías. Los parafilicos saben localizar perfectamente a sus homólogos en el medio en que actúan habitualmente. Naturalmente, los hay solitarios, aislados. (Flores, 1999, p. 10)

El antropólogo propone de esta forma, contradiciendo las teorías freudianas, que el sadomasoquismo es un comportamiento social, y para ello se apoyó en varios rasgos. En primer lugar, señaló la mayor prevalencia del sadomasoquismo en las sociedades alfabetizadas; en segundo lugar, llamó la atención sobre la naturaleza simbólica del sadomasoquismo; en tercer lugar, formuló el sadomasoquismo en términos asociados con la interacción (entre sádico y masoquista) y el contexto (la importancia del entorno social); y por último, subrayó que el acto sadomasoquista está preparado con antelación y de mutuo acuerdo.

Por lo general una sesión habitual de sadomasoquismo estará preparada de antemano: el masoquista habrá hecho supuestamente algo merecedor de castigo, habrá amenazas y suspense como preludio del castigo, etcétera. A menudo la actuación se asemeja a un ritual planeado o a una producción teatral. (Weinberg, 2008, p. 48)

En consonancia con la mayoría de los autores, Gebhard también pensaba que en general existe en todo individuo sadomasoquista una mezcla de sadismo y masoquismo y que ante la dificultad de encontrar pareja sexual se ven a menudo en la necesidad de turnarse en los roles. Afirmaba además que abundan mucho más los masoquistas que los sádicos como resultado de una moral que condena la violencia, especialmente entre personas de distinto sexo. “Pegar es pecado; ser golpeado es inocente, o incluso más importante desde un punto de vista psicodinámico, como expiación para el pecado del sexo” (Ibíd., p. 48). Resulta fácil asociar placer sexual y castigo por el tabú que recae sobre el comportamiento sexual durante la infancia y la adolescencia.

Del otro lado se encuentra el sádico, normalmente sujeto a la complicada demanda del masoquista.

El sádico debe desarrollar una agudeza extraordinaria para saber cuándo debe proseguir, a pesar de los gritos y las protestas, y en qué momento debe dejarlo. Un sádico que lleve las cosas demasiado lejos o se detenga demasiado pronto puede encontrarse con que debido a su ineptitud se queda sin pareja. (Ibíd., p. 49)

Por supuesto, la tendencia sadomasoquista no mórbida se encuentra presente en gran parte de la población. Prueba de ello es el enorme consumo de material con contenido sadomasoquista: libros, películas, espectáculos.

El antropólogo aceptaba las teorías que el psicoanálisis y la psiquiatría ofrecen acerca de casos particulares, pero consideraba necesario un planteamiento que explicara el fenómeno en su globalidad. Propuso, basándose en el estudio de los mamíferos y de la historia de la humanidad, que las personas poseemos tendencias agresivas inherentes a nuestra naturaleza, en especial los varones, y que nos organizamos socialmente en una relación de dominación y sumisión jerárquica de la cual derivan necesariamente combinaciones patológicas de sexo y violencia.

En pocas palabras, Gebhard entendió el sadomasoquismo como un estilo de vida en el cual las nociones de dominación y sumisión son esenciales, y cuyas fantasías son socialmente producidas y compartidas.

7.3. EL FETICHISMO COMO FENÓMENO SOCIAL.

Hasta ahora hemos tratado únicamente la óptica clínica, pero un estudio sobre el fetichismo, para poder presumir de ser mínimamente exhaustivo, debe necesariamente atender a los fenómenos sociales. Lo haremos a partir del ensayo *En brazos de la mujer fétiche*, escrito por Etxebarria y Puente (2002).

En este ensayo las autoras abordan el fetichismo desde distintos puntos de vista, entre ellos, la definición y el origen etimológico, la teoría de Marx, y el arte y la literatura.

7.3.1. DEFINICIÓN Y ORIGEN ETIMOLÓGICO.

En cuanto a la definición y el origen etimológico, el diccionario de la R.A.E. (Real Academia Española) nos aporta la siguiente definición de fetichismo: “Culto de los fetiches. Idolatría, veneración excesiva. Desviación sexual que consiste en fijar alguna parte del cuerpo humano o alguna prenda relacionada con él como objeto de la excitación y el deseo”. Y, según la misma fuente, el fetichista es la “persona que profesa

este culto”. Atendiendo a la primera mitad de la definición, la no asociada a lo sexual, el fetichismo es entendido como un culto, o lo que es lo mismo, como un fenómeno religioso.

Fetichismo y religiosidad están íntimamente relacionados. La relación del ser humano con lo invisible, con lo que no se entiende o con lo abstracto, pasa casi siempre por un proceso de simbolización y fetichismo. El hombre necesita representar lo abstracto para hacerlo visible, accesible, y de esta manera el concepto de la divinidad se expresa en cada cultura por medio de imágenes. Vírgenes y cristos, figuritas de buda, pentáculos, tótems, ídolos varios. (Etxebarria y Puente, 2002, p. 53-54)

Recordemos que Wilhelm Stekel (1952b) también defiende la estrecha relación existente entre fetichismo y religión.

7.3.2. EN LA TEORÍA DE KARL MARX.

Para Marx (1867), el fetichismo forma parte esencial de la mercancía y el dinero. “No es trivial, a nuestro parecer, observar que el joven Marx denunciaba la *castración* del obrero por el explotador, promotor del ‘fetichismo’ de la mercancía” (Chazaud, 1976, p. 77).

En su obra *El Capital*, podemos encontrar su teoría del fetichismo de la mercancía. Marx explica cómo en una sociedad productora de mercancías, el intercambio de las mismas es la única forma en que los distintos productores se relacionan entre ellos. De este modo, el valor de las mercancías se determina de forma independiente de los productores individuales, y cada productor debe producir su mercancía en términos de la satisfacción de necesidades ajenas. Parece que la mercancía determina la voluntad del productor y no al revés, como si el proceso de producción fuera autónomo respecto a la voluntad de las personas.

Marx atribuye a la mercancía el carácter de fetiche, puesto que la mercancía suma la característica de *arbitrariedad* que requería De Brosses para considerar a algo como fetiche, es decir, que el objeto adquiriera un “alma”, un valor que no es suyo sino que le ha sido conferido por quien lo mira; y la de *exterioridad autónoma* que Kant consideraba característica del fetiche, esto es, desde el momento en el que se valora la imagen por encima del concepto, la imagen deja de ser imagen y se convierte en fetiche: un objeto dotado de una triunfante autonomía, valioso en sí mismo. Un billete es autónomo porque ha dejado de ser simple trozo de papel para ser dinero. (Etxebarria y Puente, 2002, p. 67)

La mercancía es un fetiche porque tiene un valor arbitrario, es decir, asignado por quien lo observa, y porque es un elemento autónomo, valiosa en sí misma. Por la misma razón el capital financiero es también un fetiche.

Además de a la mercancía Marx asigna también carácter fetiche al capital financiero, que obviamente también adquiere valor arbitrario y se constituye en elemento autónomo. Basta pensar en un paquete de acciones: su valor es arbitrario, pues valen en tanto así lo decidan los caprichos del mercado de valores (...) y están dotadas de carácter autónomo puesto que, pese a que no son más que papel impreso, suponen la participación en los beneficios de una empresa, es decir, son valiosas en sí mismas, autónomamente del valor del papel en el que la representación ha quedado impresa. El capital financiero se constituye así como supermercancía. Y el mercado de valores como superfetichista. La bolsa es el paraíso del fetichismo. (Ibíd., p. 68)

7.3.3. EN EL ARTE Y LA LITERATURA.

Ya por último, examinemos lo que el arte y la literatura nos viene diciendo acerca del fetichismo.

Desde el siglo XIX comenzó un movimiento de cosificación de lo femenino, el cual ha llegado a su apogeo en el presente siglo XXI, lo que resulta paradójico, pues en esta época la mujer ha conseguido, simultáneamente, alcanzar la mayor libertad de la que ha podido disfrutar en toda la historia de la humanidad, y haberse convertido más que nunca en un objeto. Desarrollemos más esta idea.

Hasta el siglo XVIII no existían en general protagonistas femeninas en literatura, mientras que en el siglo XIX muchas novelas llevaban nombre de mujer: *Anna Karenina*, *La Regenta*, *Madame Bovary*, *Nana*,... Estas historias fueron escritas desde la visión masculina, y no es de extrañar entonces que la mayoría de estas protagonistas tengan un final trágico. Al hombre le fascinaba la mujer, pero también la temía.

Este miedo se traduce –en arte, en literatura, en moda- en un desplazamiento del lugar que le corresponde a la mujer: de sujeto real, de cuerpo completo, la mujer pasará a ser solo un fragmento, un juguete que ocupará un lugar fuera de los límites de lo establecido: el lugar del fetiche. El lugar que no tiene lugar, sito en una topografía fantasma, en una geografía de lo inalcanzable donde se encuentra lo que no tiene nombre. (Etxebarria y Puente, 2002, p. 76)

Ejemplos de este desplazamiento los observamos en la pintura prerrafaelista, donde las mujeres eran retratadas con el pelo suelto (símbolo de sumisión) y siempre sin sonrisa.

Volviendo a las novelas, las mujeres son definidas casi exclusivamente mediante la belleza, sin capacidad de decisión ni de raciocinio, y cuyo destino, casi siempre trágico, no está en sus manos sino en la de los hombres que las admiran.

La moda femenina favorecía también esta pasividad y control sobre la mujer: miriñaques y tacones que dificultaban su caminar, y grandes sombreros y velos que ocultaban sus rostros y disminuía su visión. “Todo un mecanismo social y estético de inmovilidad simbólica de la mujer” (Ibíd., p. 78). Y no nos olvidemos del corsé, una prenda que ha llegado a nuestros días como uno de los grandes emblemas del vestuario fetichista.

Esta prenda aparece a finales del siglo XVIII como artilugio para crear una ilusión: la figura del “reloj de arena” (...) que supone una idealización de lo femenino, exagerando hasta la caricatura las formas de la mujer. Además, el corsé ponía “las tetas en bandeja”, como quien dice, al subir y recoger los pechos de forma antinatural.

No solo por eso resulta erótica la prenda. También porque la comprensión del diafragma que la estrechez del corsé provocaba obligaba a las mujeres a respirar de otra manera, esa respiración entrecortada que normalmente se asocia al acto sexual. Por otra parte, las mujeres constreñidas por tal prenda se acaloraban con facilidad, lucían un “seno palpitante” y se desmayaban a la mínima; es decir: ofrecían una imagen orgásmica incluso en las situaciones más decentes.

La prenda tiene mucho que ver también con la entronización de la mujer pasiva, la mujer burguesa que en el siglo XIX tiene criadas a su cargo y no sirve para otra cosa que para lucimiento de su marido o protector, proclamando así la riqueza del hombre que podía pagar una mujer (esposa o amante) como ornamento. La restricción de movimientos que el corsé imponía no permitía ningún esfuerzo físico, ni siquiera algo tan simple como agacharse para recoger pesos; y condenaba a quien lo llevara a una pasividad casi absoluta.

El corsé servía también como sustituto moderno del cinturón de castidad. Una mujer no podía anudarse un corsé sola: necesitaba para ello la ayuda de otra persona. Por eso, un lugar común en el teatro se refería al marido que descubría la infidelidad de su mujer al reparar en que los nudos de los cordones no se parecían a los que él había atado por la mañana. (Etxebarria, y Puente, 2002, pp. 78-80)

Se observa así cómo durante el siglo XIX la mujer era ensalzada y a la vez dominada por el hombre; amada y temida.

El siglo XIX fue la época de la mujer objeto, y es en el siglo XXI cuando este movimiento culmina. Jamás la mujer ha sido tan objeto como lo es hoy en día. Pero es que además este fenómeno de cosificación ya no se restringe únicamente al sexo femenino, sino que se ha extendido por toda la sociedad e incluso por todos los aspectos de la vida. Es la era de la cirugía estética, de las cremas anti-edad y las pastillas adelgazantes, la era en la que los cuerpos se amoldan a los cánones sociales y toda imperfección física se aborrece. Es también la época del coleccionismo, de comprar, exponer, lucir y acumular un millar de cosas que no sirven para nada, de llenar los vacíos emocionales con cosas materiales, y definirse a uno como persona en función de las posesiones.

En este discurso se pone de manifiesto una circularidad entre sus términos que genera un goce sin límites y donde el saber (s_2), pensado en términos de saber de la ciencia-técnica, produce objetos a que obturan la división subjetiva (\$); estos son los llamados “gadgets”, objetos de consumo con los que el sujeto moderno intenta no saber sobre la falta de satisfacción estructural. Con lo cual, el sujeto a nivel de la subjetividad, no es un sujeto deseante sino un sujeto de la “apetencia”, un sujeto voraz que consume objetos obturantes hasta atragantarse. (Psicoanálisis y el hospital, 2006, p. 202)

Hoy la belleza se valora casi exclusivamente en lo superficial, en lo nuevo y en lo novedoso. En definitiva, es ahora el momento de la veneración del objeto.

El objeto se *revela* porque adquiere consistencia ante los ojos del sujeto. Y se *rebela* desde el momento en que acaba dominando al sujeto que lo admira: el fetichista sexual esclavo de su pasión, el cientificista racionalista esclavo de su microscopio, las sociedades modernas esclavas del fetiche máximo, el dinero. (...)

Se trata de un intento simbólico de encerrar la realidad, de aprisionarla dentro de lo racional, de intentar creer que todo es explicable y solucionable, para defenderse del hecho vital humano por excelencia: el miedo a esa gran desconocida que es la Vida. (Etxebarria, y Puente, 2002, p. 82)

7.4. LA PERVERSIÓN MORAL.

7.4.1. EL PERVERSO NARCISISTA.

Paul-Claude Racamier (1986, citado en Hirigoyen, 1999) fue uno de los primeros que intentó desarrollar el concepto de perverso narcisista, y lo hizo en términos de disfunción en la interacción social. El perverso narcisista es “el Niño-irresistible-desde-siempre-y-para-siempre”, y el otro es un “objeto-no-objeto” (citado en Balier, 2000). Más tarde otros autores, como Alberto Eiguer, intentaron también definirlo:

Los individuos perversos narcisistas son aquellos que, bajo la influencia de su graniloso yo, intentan crear un vínculo con un segundo individuo, atacando muy especialmente su

integridad narcisista con el fin de desarmarlo. Atacan asimismo al amor hacia sí mismo, a la confianza en sí mismo, a la autoestima y a la creencia en sí mismo del otro. Al mismo tiempo, intentan, de alguna manera, hacer creer que el vínculo de dependencia del otro en relación con ellos es irremplazable y que es el otro quien lo solicita. (Eiguer, citado en Hirigoyen, 1999, pp. 99-100)

Marie-France Hirigoyen, la autora que quizá más ha escrito sobre el tema, define el perverso narcisista como una personalidad narcisista con funcionamiento perverso. Afirma que todo neurótico presenta comportamientos perversos, pero los combina junto a otros registros de conducta y termina siempre por cuestionarse a sí mismo, apareciendo culpa y vergüenza si entiende que sus actos han sido movilizados por su egoísmo. En cambio, el perverso moral (concepto que emplea como sinónimo) no sabe relacionarse de otro modo que mediante la perversión. Solo se construye a sí mismo al saciar sus pulsiones destructoras. Desde esta perspectiva, el perverso se desvía de su vacío mientras que el neurótico afronta ese vacío. “No hacen daño *ex profeso*; hacen daño porque no saben existir de otro modo” (Hirigoyen, 1999, p. 100).

A pesar de arrastrar su propia condena interna el perverso moral suele despertar la envidia allá adonde va porque aparenta poseer una fuerza superior; los que le rodean quisieran parecerse a él, tan seductor y brillante. “La perversión fascina, seduce y da miedo” (Ibíd., p. 9).

7.4.2. NARCISISMO Y PERVERSIÓN.

Hirigoyen (1999), siguiendo el DSM-IV, define la personalidad narcisista en base a cumplir al menos cinco de las siguientes manifestaciones: el sujeto tiene una idea grandiosa de su propia importancia, lo absorben fantasías de éxito ilimitado y de poder, se considera “especial” y único, tiene una necesidad excesiva de ser admirado, piensa que se le debe todo, explota al otro en sus relaciones interpersonales, carece de empatía, envidia a menudo a los demás, y tiene actitudes y comportamientos arrogantes.

Un narcisista es entonces alguien que busca su reflejo en la mirada de los demás, convirtiendo al otro en un espejo y despojándolo de su subjetividad.

Un Narciso es una cáscara vacía que no tiene una existencia propia; es alguien falso que intenta crear una ilusión que enmascare su vaciedad. Su destino es un intento de evitar la muerte. Se trata de alguien a quien no se ha reconocido nunca como un ser humano y que se ha visto obligado a construirse un juego de espejos para tener la sensación de que existe. Como en el caso del caleidoscopio, por mucho que este juego de espejos se repita y se multiplique, el Narciso no deja de estar formado por el vacío. (Hirigoyen, 1999, p. 101)

Al no estar nunca satisfecho, adopta siempre la posición de víctima considerando que el otro tiene la culpa de su situación. Agrede a los demás para salir de la condición de víctima que conoció en su infancia, sabiendo que del otro lado siempre hay a quien esta actitud le resulta muy atractiva.

En las relaciones que establecen, esta actitud de víctima les sirve para seducir a aquellas personas que pretenden consolar o reparar, antes de arrinconarlas en una posición de culpabilidad. Cuando tienen que separarse, los perversos se presentan como víctimas que han sido abandonadas. Esto les asegura el mejor papel y les permite seducir a un nuevo compañero consolador. (Ibíd., p. 106)

Pendiente siempre de su propio vacío y de llenarlo a toda costa, el narcisista es incapaz de una interacción verdadera. No entiende de simetrías ni de encuentros. Se dedica a crear relaciones en un registro perverso, conectándose al otro para sorber su vitalidad, o sea, para apropiarse del narcisismo del otro.

Todo empieza y se explica a través del Narciso vacío, de esa construcción mediante reflejos que ocupa su lugar y que nada contiene en su interior, del mismo modo que un robot está construido para imitar a la vida y cuenta con todas las apariencias, o con todas las prestaciones, pero no posee la vida. El desorden sexual o la maldad no son más que consecuencias inevitables de esa estructura vacía. Igual que los vampiros, el Narciso vacío necesita alimentarse de la sustancia del otro. Cuando uno carece de vida, tiene que

intentar apropiarse de ella o, si esto no es posible, tiene que destruirla para que no haya vida en ninguna parte. (Ibíd., pp. 101-102)

En esta relación de parasitismo el narcisista envidia cómo otros sí disponen de lo necesario para realizarse y él no. Pero en vez de cuestionarse e intentar cambiar, se decanta por destruir la felicidad de los demás porque no puede soportar que otros posean lo que él no tendrá jamás.

La envidia es un sentimiento de codicia, de irritación rencorosa, que se desencadena a raíz de la visión de la felicidad y las ventajas del otro. Es una mentalidad inicialmente agresiva que se funda en la percepción de lo que el otro posee y uno no. Esta percepción es subjetiva, y puede llegar a ser delirante. La envidia comporta dos polos: por un lado, el egocentrismo y, por otro, la mala intención, que se basa en las ganas de perjudicar a la persona envidiada. Esto presupone un sentimiento de inferioridad en relación con esa persona que posee lo que uno codicia. El envidioso lamenta ver cómo el otro posee ciertos bienes materiales o morales, y desea destruirlos antes que adquirirlos. Si los adquiriera, no sabría qué hacer con ellos. No tiene los recursos necesarios para ello. Para vencer la distancia que lo separa del objeto codiciado, el envidioso se conforma con humillar al otro y envilecerlo. El otro adopta de este modo los rasgos de un demonio o de una bruja. (Ibíd., pp. 104-105)

Aunque en el fondo sufre mucho, no lo hace conscientemente porque no tiene una existencia real. “Sufrir supone una carne, una existencia. No tienen historia porque están ausentes. Solo los seres que están presentes en el mundo pueden tener una historia” (Ibíd., p. 102). Y si lo hiciera, si fuera consciente de su condición, sería necesariamente el final de su funcionamiento anterior porque le devoraría la culpa y la vergüenza. En cierto modo Narciso moriría.

7.4.3. LA PERSONALIDAD DEL PERVERSO MORAL.

Como veníamos diciendo, el perverso moral es sumamente envidioso. “Los perversos narcisistas son individuos incompletos que sienten constantemente la necesidad de aumentar su narcisismo. Por eso, como vampiros, invaden el territorio psíquico de otro en quien han detectado la vitalidad o las cualidades que les gustaría poseer” (Hirigoyen, 2012, pp. 152-153). Incapaz de asumir su propia castración, no tolera que los demás tengan lo que él no tiene. Busca y fomenta relaciones de depredación y parasitismo, no soltando jamás a su presa porque la necesita para sobrevivir, aunque nunca admitirá dicha dependencia. “Una vez que se ha pescado al pez, basta con mantenerlo enganchado mientras se le necesite” (Ibíd., 1999, p. 102).

Es también un megalómano que impone su propio patrón de referencia del bien y el mal y de la verdad. A donde va lleva consigo su visión negativa y su insatisfacción crónica. Critica a todos pero no admite una sola acusación contra él, pues señalar los errores de los demás es una manera de no ver los propios, provocando que la víctima se sienta como si viviera en un mundo y un cuerpo lleno de fallos. El perverso se defiende de este modo de una angustia de orden psicótico.

Como hemos visto, la perversión narcisista es un arreglo que permite evitar la angustia al proyectar todo lo que es malo sobre el exterior. Es una defensa contra la desintegración psíquica. Cuando atacan al otro, los perversos pretenden, sobre todo, protegerse. (Ibíd., p. 107)

Por supuesto, no deja que nadie lo cuestione pero él tampoco lo hace. Tan centrado en sí mismo, desconfía de todos por su temor exagerado a ser una víctima de la maldad del otro. “En un registro casi delirante, desconfían de los demás y les atribuyen una malevolencia que no es más que una proyección de su propia maldad” (Ibíd., p. 108).

Es incapaz de sentir culpa. No sufre; en su lugar hace sufrir a los otros. En la misma línea, tampoco siente el dolor, el sufrimiento y la duda. Las decepciones se manifiestan a través de la ira y el deseo de venganza; agredir para no sentir. En este círculo de agresividad e impulsividad, el conflicto es siempre de los demás.

Se defiende a través de la proyección, atribuyendo a los demás su maldad y todas sus dificultades y fracasos para alcanzar una sensación de cierta estabilidad, y por otro, la escisión del mundo en lo bueno y lo malo. A fin de protegerse en la infancia tuvo que separar sus partes sanas de sus partes heridas, fragmentándose en el proceso. Es por ello afectivamente distante y no se compromete nunca de forma auténtica con nada ni con nadie. “La proyección del odio sobre el otro les permite descargar de lo que podría constituir un sufrimiento para ellos, consolidando al mismo tiempo los límites entre fuera y dentro, que para ellos son problemáticos” (Ibíd., 2012, p. 153).

El perverso moral es un cínico. Conoce las reglas y juega con ellas. Se divierte desestructurando la moral del otro, probando las supuestas incoherencias o falsedades de aquellas ideas en que la víctima cree. “Los perversos narcisistas no tienen ningún escrúpulo en manipular a los demás, pero no dudan en darles lecciones de moral y en denunciar sus deslices” (Ibíd., p. 153). Le muestra que su sistema de valores morales no funciona para luego conducirla a su propia moral, a una ética perversa en la que los sentimientos no son importantes; han de interesarle exclusivamente las fuertes sensaciones voluptuosas que solo el perverso sabe cómo obtener.

En la Tabla 56 se resumen las características de la personalidad del perverso moral.

Tabla 56:

Personalidad del perverso moral según Hirigoyen (1998)

Envidia
Megalomanía
No cuestionamiento de sí mismo
Desconfianza
Incapacidad para sentir culpa
Negación del dolor, el sufrimiento y la duda: las decepciones se manifiestan a través de la ira y el deseo de venganza
Agresividad e impulsividad
Mecanismos histéricos: simpatía, seducción y persuasión
Mecanismos narcisistas:
Identificación introyectiva: capta la falta del otro
Identificación proyectiva: el perverso enfatizará las demandas del otro para que el otro se adhiera a su proyecto
Mecanismos paranoicos:
Escisión del mundo en lo bueno y lo malo
Proyección: atribuyen a los demás su maldad y todas sus dificultades y fracasos
Distancia afectiva
Cinismo:
Forma de pensar y dialogar que facilita el pasaje al acto
Conoce las reglas y juega con ellas
Le muestra al otro que su sistema de valores morales no funciona, para luego conducirlo a una ética perversa

7.4.4. EL ACTUAR PERVERSO.

El demonio es una persona corriente. No se nota nada en su apariencia física. Puede ser tu colaborador, tu jefe de servicio, o simplemente el vecino de tu mismo rellano. Hace falta tiempo, experiencia y haber sido una de sus víctimas para detectar en el fondo de sus ojos ese líquido amarillento revelador de la bilis que segrega su alma. La bilis que alimenta los manejos para apoderarse por la fuerza de lo que no le pertenece, para usurpar el trabajo y el mérito de los otros y echarse a reír cuando ha vencido a todo el mundo, sobre todo a la justicia y al derecho. (Jelloun, 2011, citado en Hirigoyen, 2012, p. 151)

El comportamiento del perverso moral tiene sus particularidades. No tiene empatía real, sino utilitaria. Se preocupa e interesa por el otro en la medida en que el otro le sirve para algo. Satisface sus deseos y necesidades a expensas de los demás, reducidos a meros objetos. Por eso le preocupa enormemente proyectar una imagen de grandeza sobre los demás, para cautivarlos y atraerlos hacia sí.

Sin empatía real tampoco hay conversación real; suprime el diálogo. No se comunica de forma directa. Su voz es fría y desprovista de afecto; sus mensajes, vagos. No

contesta preguntas, sino que se esconde tras mentiras indirectas a través de insinuaciones, gestos y silencios. No nombra nada, pero lo insinúa todo, provocando un sinfín de confusión y malentendidos. Todo ello motivado porque el otro no importa (con los objetos no se habla).

Constante y minucioso, termina por conseguir que la víctima firme un contrato implícito que la une a él para siempre estrechada y lentamente estrangulada en sus lazos de dependencia. “La dependencia que generan los perversos es realmente intensa; la víctima piensa que no puede vivir sin el perverso” (Eiguer, s.f.).

Esta relación de acoso se da en dos fases, una primera de seducción perversa y una segunda de violencia manifiesta.

7.4.4.1.LA SEDUCCIÓN PERVERSA.

El objetivo de esta fase es la desestabilización de la víctima y puede durar varios años. Es el momento de la seducción narcisista: el perverso busca ser el único objeto de fascinación de la víctima en una relación de total asimetría e imposible encuentro, pues el otro es vivido como amenaza y no como complementariedad. Se trata de seducir para influir y luego dominar, conduciendo al otro a comportarse de modo diferente a como lo haría de forma natural. “Se muestra socializado, seductor, socialmente adaptado y pretende ser supernormal: la normalidad es su mejor disfraz” (Racamier, citado en Hirigoyen, 2012, p. 152). Para ello emplea varios mecanismos:

En primer lugar, la falta de respeto invisible. El desprecio es el arma del débil.

Intente lograr la victoria sin hacer batallas. Antes de combatir, intentaban debilitar la confianza del enemigo con humillaciones y mortificaciones y sometiendo sus fuerzas a duras pruebas... Corrompa lo mejor del enemigo mediante ofrendas, regalos y promesas, altere su confianza haciendo que sus mejores oficiales cometan acciones vergonzosas y viles, y no deje de divulgarlas. (Sun Tzu, citado en Hirigoyen, 1999, p. 85)

Así pues, su voz fría y monocorde transmite desprecio y burla. No suele alzar la voz, dejando que el otro se irrite solo. Con frecuencia ni se molesta en articular para reprocharle después a la víctima que no le estaba escuchando. A través de su discurso vago e impreciso transmite mensajes sin comprometerse, decir sin decir, mentir sin mentir. Da igual verdad que mentira: lo único verdadero es lo que dice en el instante presente, hasta el punto de que sus falsificaciones de la verdad se asemejan a construcciones delirantes. “El arte de la guerra es el arte del engaño; si adoptamos siempre una apariencia contraria a lo que somos, aumentamos nuestras oportunidades de victoria” (Ibíd., p. 81). Su discurso resulta entonces paradójico porque en el nivel verbal se dice una cosa, un mensaje explícito, y en el nivel no verbal se expresa lo contrario, un mensaje sobreentendido. Por supuesto, el agresor niega la existencia del segundo, para exasperación de la víctima

Posee una forma de hablar muy docta, aunque esté diciendo cualquier nimiedad. El perverso “sabe” y hace de su discurso una premisa universal. Hace como si adivinara los pensamientos ocultos y nombra las intenciones del pensamiento, dando a entender que conoce mejor que la víctima lo que ella misma piensa.

Enredada en esta situación de comunicación inexistente y sin conflicto abierto para discutir y encontrar solución, a menudo la víctima recurre a cartas que el agresor emplea después en su contra como supuesta prueba de su desequilibrio mental.

Por si fuera poco, el perverso enfrenta a las personas entre sí, provocando rivalidades y celos.

Perturben el gobierno contrario, siembren la discordia entre los jefes avivando los celos o la desconfianza, provoquen la indisciplina, generen causas de descontento... La división mortal es aquella por la que intentamos hacer llegar el descrédito o la sospecha hasta la corte del soberano enemigo, arrojando rumores tendenciosos sobre los generales que éste emplea. (Ibíd., p. 88)

7.4.4.2. LA VIOLENCIA PERVERSA.

La segunda fase es la de la violencia perversa, la violencia manifiesta. “Una palabra a tiempo puede matar o humillar sin que uno se manche las manos” (Desproges, citado en Hirigoyen, 1999, p. 7).

En general surge cuando siente que el otro puede abandonarlo. Es el temor a la pérdida del objeto narcisista. “Cuando la víctima es capaz de expresar lo que siente, hay que hacerla callar” (Hirigoyen, 1999, p. 92). También se desata ante la imposibilidad de enfrentarse a una decisión difícil. Provoca que sea el otro quien la tome por él, lo que le libra de toda responsabilidad.

Un perverso recurre a su manejo cuando la situación le falla; es alguien “económico”, es decir, tanto cuanto el otro es cómplice y funciona con él en el sentido que espera, el perverso no necesita desarrollar su defensa. La desarrolla cuando siente que el otro puede alejarse, escaparse. (Eiguer, s.f.)

Este acoso moral tiene lugar normalmente sin daños físicos; prefiere que la víctima se mate ella sola. Si la víctima reacciona, aparece como la generadora del conflicto; si no reacciona, permite que la destrucción continúe. Se siente desarmada e intenta justificarse como si fuera realmente culpable. El dominio aumenta en función del grado de intensidad de la lucha que mantiene contra su propio miedo al poder del otro. En este sentido, más que atacar se coloca en una posición de legítima defensa contra la persecución del otro.

La negación del agresor da lugar a la desacreditación de la víctima. De este modo, no se trata solo de un abuso de poder al atacar a alguien débil, sino de crear la propia fragilidad para que la víctima no pueda defenderse, para que no tenga siquiera espacio para pensar. Para ello rechaza la comunicación directa, lo que provoca que la víctima llegue a preguntarse si no son imaginaciones suyas y asuma la culpa. La descalifica mediante agresión soterrada, en el registro de la comunicación no verbal: suspiros exagerados, encogerse de hombros, miradas de desprecio, silencios, insinuaciones, alusiones malintencionadas, observaciones irrespetuosas,... provocando que la víctima dude de sus propias competencias. La induce a error para poder criticarla y rebajarla, lo

cual alimenta en la víctima una imagen negativa de sí misma. También la desacredita poniendo en circulación un malentendido con el objetivo de aislarla, de romper posibles alianzas y volver a todos contra la víctima.

A continuación, en la Tabla 57, se muestra a modo resumen el modo de actuar del perverso moral.

Tabla 57:
El actuar del perverso moral según Hirigoyen (1998)

Actuar del perverso moral	
Seducción perversa	Violencia perversa
Desestabilización de la víctima Puede durar años Seducción narcisista: busca ser el único objeto de fascinación de la víctima Seduca para influir y luego dominar	Cuando siente que el otro puede abandonarlo o ante la imposibilidad de enfrentarse a una decisión difícil Normalmente sin daños físicos Si la víctima reacciona, aparece como la generadora del conflicto; si no reacciona, permite que la destrucción continúe El dominio aumenta en función del grado de intensidad de la lucha que mantiene contra su propio miedo al poder del otro Desacreditación de la víctima Fomenta la fragilidad para que la víctima no pueda defenderse

7.4.5. LA PERVERSIÓN MORAL EN LA FAMILIA: EL MALTRATO INFANTIL.

Una de las formas de expresión más comunes de la perversión moral es dentro de las familias, especialmente contra los hijos.

Cuando la tiranía es doméstica y la desesperación es individual, la muerte alcanza su objetivo: el sentimiento de no ser. Puesto que, socialmente, no se puede matar al niño corporalmente, y puesto que es necesaria una cobertura legal (con la finalidad de mantener una buena imagen de uno mismo, que es el colmo de la hipocresía), se organiza un asesinato psíquico: procurar que el niño no sea nadie. Encontramos aquí una

constante: no hay rastro, no hay sangre y no hay cadáver. El muerto está vivo y todo es normal. (Lempert, citado en Hirigoyen, 1999, p. 40)

Esto es especialmente peligroso porque que los padres los eduquen a los hijos bajo supuestos perversos incita de forma directa a la transmisión de generación en generación. Víctimas que producen más víctimas.

En las familias en que la perversión es la regla, no es difícil encontrar un antepasado transgresor, conocido por todos aunque oculto, y considerado como un héroe por su tunantería. Si alguien se avergüenza de él, no lo hace porque haya transgredido la ley, sino porque no ha sido suficientemente pillo como para evitar que lo detengan. (Hirigoyen, 1999, p. 41)

Normalmente la violencia se ejerce sobre uno de los cónyuges. Claro está, también afecta a los niños. Éstos son víctimas porque están ahí y porque se niegan a distanciarse del progenitor agredido. Como testigos del conflicto entre sus padres ellos reciben toda la maldad derivada. Por otro lado, el progenitor agredido, como no consigue expresarse y rebelarse contra su agresor, vuelca sobre sus hijos toda la agresividad.

El padre tiene en sus manos un objeto vivo, disponible y manipulable al que puede someter a las humillaciones que él mismo padeció en otro tiempo o que sigue padeciendo. Cualquier alegría de su hijo le resulta insoportable. Haga lo que haga y diga lo que diga, le inflige una vejación. Tiene una especie de necesidad de hacerle pagar el sufrimiento que él mismo vivió. (Ibíd., p. 35)

Son casos en que los padres suprimen lo mejor de sus hijos para no ver en ellos sus propias carencias. A falta de otros recursos, recurren constantemente al chantaje emocional en busca de reconocimiento y muestras de afecto. Y es que los hijos, sobre todo si son pequeños, son fáciles de manipular, pues siempre excusan a quienes aman, siempre perdonan y asumen toda la culpa en beneficio de preservar la imagen de unas

figuras parentales buenas y protectoras. Los hijos, colocados en esta posición de máxima falta y eterno error, se hunden en la vergüenza por no ser suficientemente buenos para sus padres.

En este sentido, no se desprecia al niño porque sea torpe o difícil, sino que el niño se vuelve torpe o difícil porque es despreciado, en ocasiones de modos muy sutiles, como poniéndole mote ridículos a modo de chiste pero que dejan su herida en el fuero interno del pequeño. Al niño siempre le falta o le sobra algo que resulta muy molesto a ojos del adulto. “Al niño maltratado se lo considera inoportuno. Se dice que resulta decepcionante, o que es el responsable de las dificultades de sus padres” (Ibíd., p. 37).

A veces la perversión se vuelve más retorcida todavía y contamina la sexualidad del menor. Hablamos de un incesto latente, donde no hay nada que se pueda atacar jurídicamente. El adulto fomenta un ambiente de complicidad insana en donde se integra al niño en la vida sexual adulta. “Lo incestual es un clima: un clima en donde sopla el viento del incesto sin que haya incesto” (Racamier, citado en Hirigoyen, 1999 pp. 41-42).

7.4.6. LA PERVERSIÓN MORAL EN EL TRABAJO: EL ACOSO LABORAL.

El acoso en el trabajo comienza de forma suave hasta ir propagándose como el fuego. “Uno no se muere directamente de recibir todas estas agresiones, pero sí pierde una parte de sí mismo. Cada tarde, uno vuelve a casa desgastado, humillado y hundido. Resulta difícil recuperarse” (Hirigoyen, 1999, p. 44).

Estrés, riñas, vigilancia constante... acorralamiento. El miedo conduce a la víctima a comportarse patológicamente, lo cual otorga la justificación para la agresión del perverso y para la desconfianza de los compañeros. Atrás queda aquella persona normal, trabajadora y eficiente.

Cuando el proceso de acoso se instaura, la víctima es estigmatizada: se dice que el trato con ella es difícil, que tiene mal carácter, o que está loca. Se considera que su personalidad es la responsable de las consecuencias del conflicto, y la gente se olvida de cómo era antes o de cómo es en otro contexto. Una vez que a la víctima se la saca de sus

casillas, no es extraño que se convierta en lo que pretenden convertirla. Una persona acosada no puede rendir al máximo de sus posibilidades. Presta menos atención, se muestra ineficaz y da pie a que se critique la calidad de su trabajo. Llegados a este punto, a sus compañeros les resulta fácil separarse de ella, dada su incompetencia o su falta de profesionalidad. (Ibíd., p. 46)

La perversión moral puede darse de compañero a compañero en forma de discriminación, pues los grupos tienden a igualar a los componentes y soportan mal la diferencia. Es, por ejemplo, el caso de una mujer en terreno de hombres. Puede presentarse también cuando surge la envidia porque el otro tiene mejores aptitudes, o cuando existen enemistades personales y uno intenta destacar a expensas del otro. De forma más inocente, al menos en apariencia, están también las novatadas en el trabajo, las cuales pueden alcanzar niveles bastante crueles.

Aunque menos frecuente, también puede manifestarse la perversión moral de un subordinado contra su superior. Esto ocurre sobre todo si el superior proviene del exterior o cuando se asciende a un antiguo compañero, hasta entonces vivido como igual.

Por supuesto, lo más normal es la perversión moral de un superior hacia un subordinado porque muchas veces el trabajador acepta cualquier cosa con tal de conservar su empleo. Un caso especialmente alarmante es el del acoso sexual, que no suele darse precisamente por obtener favores sexuales, sino por ejercer el poder sobre la víctima. Aquí el jefe perverso vivencia a la mujer como un objeto sexual a su disposición, halagada por ser la elegida y provocadora de la agresión.

7.4.7. LA PERVERSIÓN MORAL EN LA PAREJA: EL MALTRATO CONYUGAL.

“En los perversos, el amor tiene que estar separado del odio y, a la vez, rodeado de él” (Hirigoyen, 1999, p. 27). El perverso no ama, desea lo que envidia y termina odiando por no poder obtener lo que el otro posee.

El maltrato conyugal empieza con eliminar toda espontaneidad de la pareja. Hay un antes y un después en el que casi sin darse cuenta la víctima habrá cortado todas sus relaciones íntimas y habrá dejado sus aficiones; todo lo que le queda en este mundo es su pareja. Mientras, el perverso mantiene a la víctima a distancia, dentro de unos límites que no le parecen peligrosos. Necesita controlarla por completo, hasta el punto de que, en ocasiones, antes de ser abandonados prefieren matar a la pareja.

Si la víctima consigue separarse del perverso, la violencia se agrava todavía más, y cuando hay hijos, pasa a través de ellos.

Algunas de las conductas vengativas tras una separación o un divorcio se pueden comprender en este marco, como si un individuo, para no odiarse a sí mismo, necesitara volcar todo su odio sobre otro individuo que, en otro tiempo, formó parte de sí mismo. (Lemaire, citado en Hirigoyen, 1999, p. 27)

7.4.8. LA VÍCTIMA EN LA PERVERSIÓN MORAL.

La víctima es el chivo expiatorio del perverso. “La víctima, en tanto que víctima, es inocente del crimen por el que va a pagar. Sin embargo, resulta sospechosa incluso para los testigos de la agresión. Todo ocurre como si una víctima no pudiera ser inocente” (Hirigoyen, 1999, p. 109). Pareciera que no hay salida; haga lo que haga, tiene toda la culpa, y lo único que hizo fue aparecer en el momento menos apropiado en el lugar menos indicado.

¿Por qué una víctima es la elegida?

Porque estaba ahí y porque, de un modo u otro, se ha vuelto molesta. Para el agresor, ella no tiene nada especial. Es un objeto intercambiable que estaba ahí en el mal o el buen momento, y que ha cometido la torpeza de dejarse seducir —y, a veces, de ser demasiado lúcida—. Para el perverso, ella solo tiene interés cuando se muestra utilizable y cuando acepta la seducción. En cuanto se sustrae a su dominio o no tiene nada que ofrecer, se convierte en un objeto de odio. (Ibíd., p. 110)

Pero la víctima del perverso no es cualquiera. No debe ser demasiado dócil porque no resulta excitante, pero tampoco demasiado resistente porque supondría una amenaza. El perverso tiene que poder controlar el juego; la víctima es un objeto, no un sujeto interactivo. Por tanto, en esta selección el perverso evita a las personas que pueden ponerlo en peligro, como pueden ser otros perversos narcisistas o paranoicos. No obstante, en ocasiones se juntan entre ellos, y cuando se asocian el efecto destructor se multiplica porque es más divertido despreciar a alguien delante de un espectador alentador.

La víctima posee normalmente componentes melancólicos. Es alguien que busca amor mediante la generosidad y que tolera excesivamente la agresión por su masoquismo moral y la repetición de dinámicas familiares donde ella se coloca en el rol reparador; la violencia perversa la obliga a afrontar su falta y los conflictos de su pasado, excitando su pulsión de muerte. Es además una persona escrupulosa con tendencia natural a culpabilizarse. Así, ante el ataque perverso, intenta comprender y perdonar en un afán de protección maternal. Guarda una inagotable esperanza en que el agresor cambiará; cree que mediante el diálogo el agresor tarde o temprano se dará cuenta del sufrimiento que provoca y lo lamentará. En este sentido, el encuentro ideal ocurre entre un melancólico y un perverso: uno todo lo da, el otro todo lo toma; uno carga con toda la culpa, el otro rechaza toda culpa.

La violencia perversa obliga a la víctima a afrontar su falla y los traumas olvidados de su infancia, y excita la pulsión de muerte que se halla en germen en cada individuo. Los perversos buscan en el otro ese germen de autodestrucción, y luego les basta con activarlo mediante una comunicación desestabilizadora. La relación con los perversos narcisistas funciona como un espejo negativo. La buena imagen de uno mismo se transforma en desamor. (Ibíd., p. 110)

En la Tabla 58 quedan resumidas las características de la víctima del perverso moral.

Tabla 58:

La víctima del perverso moral según Hirigoyen (1998)

La víctima como chivo expiatorio del perverso
No demasiado dócil porque no resulta excitante, pero tampoco demasiado resistente porque supondría una amenaza
El perverso evita a las personas que pueden ponerlo en peligro
Normalmente con componentes melancólicos: Buscar amor mediante la generosidad Excesivamente tolerante ante la agresión Persona escrupulosa con tendencia natural a culpabilizarse Ante el ataque perverso, intenta comprender y perdonar
La violencia perversa obliga a la víctima a afrontar su falta y los conflictos de su pasado

DISCUSIÓN

Un diagnóstico de la perversión resulta harto difícil, aunque parece haber ciertos rasgos comunes en las diversas teorías. En la Tabla 59 quedan resumidas las características de la perversión según Freud y Lacan. Se puede observar cómo el segundo asumió las propuestas del primero y continuó la investigación aportando nuevos rasgos. En general, todas estas características son compartidas por los distintos autores psicoanalíticos.

Tabla 59:

Características de la perversión según Freud y Lacan

Lacan	Freud	Dentro de la sexualidad normal
		Exclusividad y fijación
		Infantilismo psicosexual
		Relación con un objeto parcial
		Seducción y corrupción
		Negativo de la neurosis
		Fantasía de flagelación
		Escisión del yo
		Renegación
		Desafío y transgresión de la ley
		Fetiche como sustituto del falo
		Fetiche como defensa contra la homosexualidad
		Impulsos agresivos
		Repetición de la escena traumática
		Identificación con el falo materno
		Fracaso de la ley paterna
		El sujeto como instrumento de goce
		Relación cómplice con la madre
		Doble fantasmaticización de la madre: castrada y fálica
		Ritual y contrato
		Intercambio de roles
		Secreto y tercero cómplice

Por otro lado, la cuestión de la complementariedad entre sadismo y masoquismo resulta también complicada, pues aunque clásicamente se conceptualizan como binomio, las observaciones de Deleuze deben ser revisadas. Vistas ambas perspectivas, la psicoanalítica que defiende el par sadomasoquista y la de Deleuze, que propone la total independencia entre sadismo y masoquismo, quedan recogidas en la Tabla 60 las similitudes que comparten ambas posturas y en la Tabla 61 los puntos donde disienten.

Tabla 60:

Semejanzas en el planteamiento sobre el sadismo y el masoquismo entre el psicoanálisis y Deleuze

Mundo pulsional del goce
Límites no impuestos adecuadamente
Desafío y transgresión de la ley
Viven en su fantasía
Renegación: el fetiche como elemento por excelencia
El masoquista es quien domina la escena
El sádico se identifica con su víctima
Asimetría en la relación con el otro
Eros desexualizado y Tánatos resexualizado

Tabla 61:

Diferencias en el planteamiento sobre el sadismo y el masoquismo entre el psicoanálisis y Deleuze

Psicoanálisis	Deleuze
Bipolaridad psíquica: los contrarios se complementan	Los contrarios se rehúyen
Complejo dolor-placer	Complejo dolor-placer, aunque con diferentes manifestaciones
Misma psicogénesis	Diferente psicogénesis
Inversión de roles en la práctica	El verdadero sádico busca una víctima que sufra, no un masoquista que goce; y el verdadero masoquista busca un verdugo bajo el modelo específico de su fantasía, no un sádico que impone sus normas
Contrato entre ambos	Contrato solo en el masoquismo
En la fantasía perversa aparecen ambos roles	Sádico y masoquista poseen fantasías muy distintas
El masoquismo como sadismo vuelto contra sí mismo y el sadismo como masoquismo proyectado	El sadismo no tiene nada que ver con el masoquismo auténtico ni viceversa
El masoquismo como identificación con la madre y el sadismo como identificación con el padre	El masoquismo como renacimiento a través de la madre sin padre y el sadismo como Eliminación de la madre para posibilitar el padre de la horda primitiva
Relación cómplice con la madre y vivencia del padre como intruso	El sádico cosifica y degrada a la madre, y el masoquista adora y teme a la madre
Dependencia del objeto en el sadismo	Independencia del objeto en el sadismo
Pulsiones parciales	Figuras completas
El sadismo en ausencia de superyó y el masoquismo con un superyó devorador	El masoquismo como triunfo del yo y proyección del superyó sobre la madre/mujer, y el sadismo como identificación con el superyó y proyección del yo sobre la madre/mujer

Otra de las cuestiones más polémicas se refiere a la perversión en la mujer. Muchos autores desechan directamente su existencia o al menos apuntan a su baja frecuencia. Lo cierto es que si la perversión acontece en el sexo femenino lo hace a través de

expresiones distintas que en el varón. En la Tabla 62 se resumen los principales rasgos fenomenológicos y psicopatológicos de las perversiones en hombres y mujeres según la propuesta de Estela Welldon (2014).

Tabla 62:

Diferencias entre perversión masculina y perversión femenina según Welldon (2014)

Perversiones en hombres	Perversiones en mujeres
Se dirigen hacia un “objeto” o persona de fuera	Se dirigen hacia sí mismas o hacia objetos de su propia creación
Se manifiestan, por lo general, a una edad temprana	Se manifiestan en diferentes etapas, con una psicopatología temprana, como el auto-abuso, la promiscuidad y las relaciones sadomasoquistas
Inflexibilidad y cronicidad en la acción	Más flexibilidad que sus equivalentes en varones
Falta de libertad en la elección de objeto	Cierto grado de variabilidad de la elección de objeto
No hay vínculo ni emocional ni físico con el objeto u “objeto-parte”	Cierto grado de vínculo emocional o físico
La acción no suele implicar coito heterosexual	La acción suele implicar una relación sexual heterosexual como objetivos de la fantasía y como un medio de producir el escenario perverso
Se produce siempre interferencia con todas las demás áreas, incluida la voluntad, los procesos de pensamiento y afectos	A veces se produce una interferencia de la crisis emocional con otras áreas, incluida la voluntad, los procesos de pensamiento y afectos
Deseo de herir a otros, a veces no es obvio que deseen herirse a sí mismos	Deseo de herirse a sí mismas o/y a sus bebés.
Persisten a lo largo de la vida	Aparecen y se desvanecen en diferentes etapas vitales
No se relacionan, o al menos no de una manera significativa, con situaciones de estrés	Se relacionan de una manera significativa con otras situaciones de angustia
Falta de preocupación por las consecuencias producidas en sus víctimas	Hay conciencia de las consecuencias producidas a sus víctimas
Mal pronóstico	Pronóstico variable

Nota Fuente: Welldon, 2014, pp. 97-98.

CONCLUSIONES.

Partiendo de una posición de apertura a través de las formulaciones y las reflexiones realizadas a lo largo de todo este trabajo de investigación se pueden extraer ciertas conclusiones, de forma siempre provisional.

El erotismo abre una ventana a la reflexión, un interrogante acerca de nuestro ser, y no podemos cuestionar nuestro ser sin cuestionar nuestro lado oscuro. El ser humano nace con impulsos que ha de domeñar si quiere jugar en el tablero de sus semejantes, y por ello es menester prestar atención a aquello a lo que ha renunciado por tales privilegios, porque no por haberlo reprimido ha desaparecido de su interior; deja huella, y la huella marca nuestro ser. Hay por tanto en el alma humana tanta generosidad y bondad como destrucción y crueldad. “Todos somos como Jekyll pues en cada hombre bien formado por la educación, convive esa flor y nata de los pícaros que es el hombre de los instintos primarios” (Kolosimo, citado en Flores, 1999, p. 20).

El morbo que nos producen las escenas violentas del cine da cuenta de nuestro goce perverso, bien por identificación con el verdugo, bien por identificación con la víctima, o con ambos personajes a la vez. La psicopatía hace su aparición cuando frente las noticias de violaciones y guerras seguimos comiendo con total serenidad. Igual ocurre con la lectura de Sade y Masoch porque, por supuesto, la literatura no se encuentra desligada de la vida, sino que nuestra existencia es posible solo en la medida en que nos hallamos inmersos en un mundo de símbolos que le otorga color y sentido.

¿Qué haríamos sin Sade, Mishima, Jean Genet, Pasolini, Hichcock y tantos otros, que nos legaron las obras más refinadas que quepa imaginar? ¿Qué haríamos si ya no nos fuese posible designar como chivos expiatorios (es decir, perversos) a aquellos que aceptan traducir mediante sus extraños actos las tendencias inconfesables que nos habitan y que reprimimos? (Roudinesco, 2009, p. 15)

Si bien es cierto también que las palabras impresas arrojan cierta ilusión de distancia mediante el cual es más fácil afrontar la verdad, hasta el punto de confundirla con la fantasía.

Pues si nuestra manera de decir sigue siendo metafórica de nuestra manera de vivir, no hay un mundo separado, un mundo relativo de la literatura. Existe el mundo, con la posibilidad infinita de sus representaciones que contribuyen, todas, a modificarlo, mentirosas o no, dándonos la vida, mentirosa o no, que a fin de cuentas elegimos menos ciegamente de lo que se supone, en la oscuridad simbólica en la que avanzamos, en el tenebroso bosque de signos donde no hay obra literaria que no vaya a perderse para alimentarlo o envenenarlo.

Aquí es donde siempre estamos, descubriéndose nuestra realidad en las lindes de lo imaginario, desenvolviendo nuestra vida al borde de la irrealidad. Difícil de aceptar cuando todo esto se despliega contra un fondo de asesinato, quiero decir: por encima del abismo del corazón humano donde la sangre es siempre el color de rigor. También es difícil de admitir que la literatura no es la fortaleza de imágenes y de palabras que nos permitiría mantenernos a distancia de ese horror, aunque considerándolo, sino por el contrario la escena bien a la vista, en la intemperie donde todo vuelve a representarse bajo el impudor de las máscaras. Es mucho más cómodo creer en el juego literario donde las máscaras solo serían máscaras y donde las palabras no serían más que palabras. (Le Brun, 2008, pp. 29-30)

Es más, los seres humanos, como neuróticos comunes que somos la mayoría, envidiamos en secreto a los perversos porque hacen lo que nosotros jamás nos atreveríamos a hacer por nuestras limitaciones morales. Nosotros buscamos sustitutos aceptados culturalmente para saciar nuestras apetencias sexuales; ellos toman cuanto necesitan para calmar su sed de desmesura. Nosotros hacemos trampas e intentamos acceder al goce acercándonos lo menos posible al horror; ellos se alían con el horror y conquistan la cumbre del éxtasis.

Quizá la relevancia de este estudio se halla precisamente en la no siempre admitida verdad de que en todo ser humano se encuentran, en mayor o menor medida, componentes perversos. El funcionamiento que puede ser denominado como normal por la sociedad de un momento histórico dado coexiste siempre con lo irracional y la locura; el imperio de la virtud es pura utopía. Como seres deseantes estamos bajo el yugo de los límites y el tormento por transgredirlos. Por eso mismo las obras de Sade y Masoch no dejan indiferente a nadie. Pueden provocar admiración, repulsión, o una mezcla de ambas, pero siempre remueven emocionalmente, tal vez porque “donde el escándalo es

extraordinario, el respeto es extremo” (Blanchot, 1990, p. 2). Todos llevamos un Sade y un Masoch dentro de nosotros; todos albergamos, aunque sea de forma reprimida, un monstruo en nuestro interior, así que estudiar sus obras y sus pensamientos nos acerca un poco más a la comprensión del hombre.

Volviendo a la clínica, por todo lo expuesto hasta ahora consideramos que la perversión posee entidad nosológica propia, si bien es difícil de delimitar por su naturaleza limítrofe con otras estructuras clínicas. La perversión es, a grandes rasgos, una dimensión fronteriza, la dimensión del exceso, y se encuentra presente en todos nosotros en mayor o menor medida.

Ya Freud nos hablaba del niño perverso-polimorfo, el niño cuyas pulsiones, antes de reunirse en torno a la genitalidad, fluyen de forma parcial por diferentes zonas erógenas. El niño disfruta cuando lo asean, cuando lo acarician, cuando le hablan; cuando mira, cuando mama, cuando orina. Esta infancia perversa pervive en toda sexualidad adulta en forma de besos, de sexo oral, sexo anal, juegos de toda clase,... (Lin-Ku y De Santiago, 2013). La sexualidad no se reduce únicamente a la genitalidad, ni siquiera a cuestiones de alcoba, pues se encuentra detrás de toda vivencia humana. Se expresa en nuestra manera de pensar y de sentir, de relacionarnos, en nuestra posición frente el mundo, frente a nosotros mismos y frente los demás. La sexualidad todo lo abarca.

Lo que separa al individuo normal del perverso es, en resumidas cuentas, la fijación, la exclusividad, la condena a la repetición de una ley que trasciende a la propia subjetividad. Por ende, un sujeto normal posee un gran abanico de posibilidades sexuales. Hoy puede jugar al rol de sádico, mañana al de masoquista y pasado practicar el coito de la manera tradicional. Tiene la opción de elegir; el sujeto perverso no. El perverso está atado a su fantasía y a su repetición, lo cual resulta irónico ante su aparente libertad. Frente a la imagen de libertino que toma cuanto quiere y cuando quiere se esconde en realidad un ser condenado a repetir la misma escena una y otra vez, sin horizonte, sin tiempo final. Se trata de un niño atrapado en su propia imaginación limitada.

Ficción, sueño, poesía, teatro, juego,... Lo han denominado de múltiples formas, pero finalmente están hablando todos de lo mismo: de la creación de un fantasma. El perverso se inventa y vive en otro mundo para no tener que hacer frente a una realidad de la que no quiere saber nada, una realidad que le aterroriza y que atenta contra su

integridad psíquica. Mas esta vía de escape tiene un alto precio. El perverso sufre una escisión yoica por querer mantener dos ideas contradictorias en su psique, las cuales corresponden, por un lado, a la percepción de la falta de pene en la madre y, por el otro, al rechazo de las implicaciones derivadas. No a la diferencia entre los sexos, no a la sexualidad normal, no a la castración, no a la simbolización, no a la falta, no al deseo (Lin-Ku, 2014).

Preso de su propia creación, el perverso vive con un secreto del que se enorgullece y quiere compartir con un tercero cómplice, que bien puede ser la pareja sexual, un amigo-confidente, el analista, o su propio reflejo en el espejo. Necesita de un testigo que le sostenga y le proteja de la angustia de castración, ser él esta vez el que ejerce el rol activo y no el de mero espectador. La castración, en cuyo momento le provocó horror, es ahora condición necesaria para su goce. Modifica la realidad, la invierte, para hacerla un sitio habitable. Así, el dolor se convierte en placer y las marcas de la castración siempre se borran, como las heridas sobre la piel también se curan. Él es ahora quien controla la angustia, el poseedor del saber del goce.

Esta lucha contra el mundo se inició hace mucho tiempo, ya en la tierna infancia cuando, seducido por una madre fálica y no rescatado por un padre silencioso, el niño se frustró tardíamente cuando su falsa ilusión de cumplir el incesto terminó por desaparecer. Encolerizado y angustiado, sin recursos para aceptar y afrontar la verdad, decidió renunciar a una parte de la realidad, y con ello, a una parte de sí mismo.

En consecuencia, el perverso, niño frustrado, creador de una fantasía, está condenado para siempre a repetir esa escena primaria que lo traumatizó, a desafiar la ley, y a imponer la suya propia. Buscará eternamente en el exterior aquello ausente en su interior, atrapado en un bucle infinito.

De este modo, el fetichista, como perverso por excelencia según Freud y Lacan, no quiere saber nada del sexo abierto de la madre y se protege de dicha percepción mediante un objeto, un fetiche, mediante el cual sí puede acercarse a las mujeres e incluso mantener relaciones con ellas.

Para terminar, las teorías psicoanalíticas sobre la perversión, aparte de ser deducidas y corroboradas en la observación y práctica clínicas, encuentran ciertas similitudes con la realidad social de los últimos siglos si de su contenido exclusivamente sexual las

despojamos. Así pues, varios son los paralelismos que podemos trazar entre la sexual y los fenómenos sociales.

En primer lugar, socialmente la mujer es convertida en objeto con el fin de ser controlada y dominada por el hombre, quien, a la par, la venera y la teme. Podría bien decirse que la mujer es transformada en fetiche para que la interacción con ella sea más fácil. Un mecanismo casi idéntico acontece en el fetichismo sexual: el perverso pone distancia con el sexo femenino mediante un objeto. Solo a través del fetiche es capaz de relacionarse con la mujer sin caer en la angustia de castración.

Además, el exagerado consumismo de la sociedad actual la está arrastrando cada vez más hacia el infantilismo. Las personas ya no toleran la frustración ni la espera; todo lo quieren, y lo quieren ya. Hay una fuerte tendencia a adquirir todo lo novedoso, e incluso a cubrir las faltas emocionales con cosas materiales. Comprar, gastar, coleccionar, y así sucesivamente. Como en la niñez, impera la inmediatez, la satisfacción urgente de cualquier necesidad, el deseo de poseer todos los juguetes. Algo similar le ocurre al perverso. Es un adulto atrapado en la sexualidad infantil, pues no es capaz de aceptar la realidad tal cual es. Rechaza las consecuencias de la diferencia sexual anatómica, no quiere saber nada sobre la falta de pene en la madre, se ríe de la figura paterna y de la ley. Dice no a la frustración, a la pérdida, a la ausencia, a la espera,... y se refugia en su compulsión de búsqueda de objetos en un intento de llenar su vacío.

En la misma línea, la sociedad es cada día más superficial. La gente tiende a encubrir las emociones, a menudo mediante la adquisición, el coleccionismo y la sobrevaloración de las cosas. Claro ejemplo es el de los padres que proveen de regalos materiales a sus hijos y descuidan los lazos afectivos. No es extraña la creciente dificultad para elaborar duelos, y en general la complejidad de afrontar cualquier sentimiento negativo. Lo mismo ocurre en la perversión. El sujeto perverso se ve en la necesidad de crear una realidad alternativa para escapar de una verdad demasiado dolorosa.

Por último, siempre ha estado presente en el alma humana el parasitismo y la maldad en diferentes grados. Desde los grandes crímenes como la esclavitud, la trata de blancas, la guerra, o el abuso infantil, pasando por otras injusticias humanas, como la explotación laboral o el acoso escolar, hasta maneras más sutiles de control y dominio, como el engaño para fines egoístas o el desprecio hacia los demás. Con la mira puesta en esta cara de la sociedad, debemos admitir su parte perversa.

Perverso, en suma, es todo aquello que, con ocasión del trato humano, genera una conducta que somete al otro, lo oprime, fetichiza, cosifica o disciplina, dejando de orientar el deseo hacia la simetría, la correspondencia o la reciprocidad. Y, entendido de este modo, cabe admitir que la sociedad es fundamentalmente perversa. (Colina, 2006, p. 118)

Hasta aquí el intento de arrojar luz en el oscuro campo del erotismo y de la perversión, a sabiendas de que son temas que no pueden reducirse, sin ser mutilados, a un estudio específico como éste. Se añade también la dificultad de hablar de algo inherente a nuestra existencia, algo concerniente a nuestra vivencia interior. Cabe preguntarse si ponerle palabras no le quita realidad. Dentro de lo posible hay que cuidar de no desligar el erotismo y la perversión de la totalidad de la vida y de la experiencia humana.

En conclusión, se propone abordar la clínica de la perversión desde la visión psicoanalítica y a partir de una adecuada evaluación para su diagnóstico desde una doble perspectiva, descriptiva y estructural, que permita establecer cualitativa y cuantitativamente cuándo un caso es o no patológico. Es importante basar los estudios acerca de la perversión sobre una base teórica sólida que den respuestas a la etiología, los mecanismos de desarrollo y la subjetividad del sujeto, escapando a la mera descripción y clasificación. La Tabla 63 pretende ser un resumen de criterios descriptivos de referencia para la construcción de un futuro cuadro clínico de criterios diagnósticos de la perversión sexual, construido a partir de las investigaciones de todos los autores tratados en esta tesis doctoral, con modificaciones, adaptaciones y complementaciones propias.

Tabla 63:

Criterios descriptivos de la perversión sexual

- | |
|---|
| <p>A. Criterios característicos.</p> <ul style="list-style-type: none"> a. Historia personal. <ul style="list-style-type: none"> 1. Historia personal de seducciones, abusos o maltrato. b. Cognitivos. <ul style="list-style-type: none"> 1. No siempre existe conciencia ni intención de destrucción. 2. Proyección de planes hacia el futuro. 3. Puede existir conciencia de enfermedad. 4. Existe conciencia de realidad. c. Afectivos. <ul style="list-style-type: none"> 1. Placer en el síntoma (síntoma egosintónico). 2. Profunda envidia hacia el otro. 3. Pobreza de reacciones afectivas. 4. Placer por la transgresión. d. Conductuales. <ul style="list-style-type: none"> 1. Compulsión. Fijación y exclusividad. 2. Repetición de escenas y fantasías. 3. Desafío de la ley. 4. Pasaje al acto. 5. El fin conductual es sentirse completo. 6. El acto perverso es acompañado de descarga masturbatoria. e. Relacionales. <ul style="list-style-type: none"> 1. Dependencia. Siempre implica al otro. 2. Elección de objetos deseables. 3. Parasitismo. El otro como objeto. 4. Empatía utilitaria. 5. Manipulación, seducción y/o corrupción. 6. Sexualidad trivial y poco integrada. 7. Sobreestimación erótica de un rasgo que posibilita la relación con el objeto sexual degradado. 8. Inversión de roles. Coloca al otro en la experiencia de la angustia. 9. Rol de preceptor. Conduce al otro a transgredir y le enseña su propia ley. f. Psicodinámicos. <ul style="list-style-type: none"> 1. Infantilismo psicosexual. 2. Relación de objeto parcial. 3. Fracaso de la ley paterna. 4. Yo escindido. 5. La renegación como principal mecanismo de defensa. 6. Identificación con el falo materno. 7. El síntoma como metonimia. 8. Alteración del ello. 9. Mundo imaginario limitado. 10. Graves problemas de narcisismo. 11. Dimensión del goce. <p>B. Ninguno de los síntomas es por sí solo patognomónico.</p> <p>C. Los síntomas se muestran de manera duradera, persistente e inflexible.</p> |
|---|

PERSPECTIVAS FUTURAS DE INVESTIGACIÓN.

A pesar de los grandes avances y aportaciones de diferentes autores a lo largo del tiempo, muchas son las preguntas que quedan todavía por responderse en cuanto a la perversión sexual. La incertidumbre y la confusión deberán de hallar sus respuestas en la continuación de la práctica clínica y la investigación de caso único que en el tratamiento psicoanalítico acontece. Entre los posibles futuros estudios sobre el tema podrían enumerarse los siguientes:

Primero, la ampliación del estudio bibliométrico iniciado en esta tesis doctoral, como pudiera ser con el análisis del impacto por autores o indagar acerca de los subtemas más investigados respecto a la perversión sexual, tanto en bases de datos internacionales como en bases de datos españolas y su comparativa.

Segundo, la profundización en los diferentes subtipos dentro de la perversión y en sus características propias. La mayoría de las publicaciones existentes se centran en el sadismo, el masoquismo, el fetichismo y la homosexualidad. Sería de interés ahondar en otras expresiones perversas, como son el exhibicionismo y el voyeurismo.

Tercero, estudiar la posible relación entre la perversión y los crímenes sexuales como la violación y la pedofilia.

Cuarto, la consideración del diagnóstico de la perversión en la infancia y la adolescencia con sus propios criterios, diferentes a los del adulto, para así poder establecer signos de detección temprana y pautas de prevención y educación.

Quinto, desarrollar técnicas específicas para la evaluación y el tratamiento de pacientes perversos, tanto en población adulta como en población infanto-juvenil. Para ello se considera necesario revisar los criterios diagnósticos empleados hoy en día, fundamentalmente de los manuales DSM y CIE, para modificarlos y complementarlos de tal modo que presenten una perspectiva no solo categórica sino también dimensional de la perversión e incluir aspectos psicodinámicos, además de cognitivos, comportamentales y afectivos para una visión más global y completa del fenómeno clínico en cuestión.

Sexto, investigar acerca del diagnóstico diferencial de la perversión respecto al trastorno límite de la personalidad, en vista de que ambas entidades aluden en cierta medida a una posición intermedia entre la neurosis y la psicosis.

Por último, indagar acerca de posibles diferencias en la manifestación de la perversión según la cultura del sujeto, puesto que su transgresión característica depende directamente de la norma social.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- Abraham, K. (1924). Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales. En *Psicoanálisis Clínico* (pp. 319-382). Buenos Aires: Horme.
- Álvarez, J. M., Esteban, R. y Sauvagnat, F. (2004). *Fundamentos de psicopatología psicoanalítica*. Madrid: Editorial Síntesis.
- American Psychiatric Association. (1968). *DSM-II: Diagnostic and statistical manual of mental disorders*. Washington, D. C.: American Psychiatric Association. Recuperado de <http://www.behaviorismandmentalhealth.com/wp-content/uploads/2015/08/DSM-II.pdf>.
- American Psychiatric Association. (1987). *DSM-III-R: Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*. Washington, D. C.: American Psychiatric Association. Recuperado de <https://es.scribd.com/doc/247913953/dsm-iii-r>.
- American Psychiatric Association. (1995). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales: DSM-IV*. Barcelona: Masson.
- American Psychiatric Association. (2001). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales: DSM-IV-TR*. Barcelona: Masson.
- American Psychiatric Association. (2014). *Guía de consulta de los criterios diagnósticos del DSM-5*. Madrid: Editorial Panamericana.
- André, S. (1995). *La impostura perversa* (E. Berenguer, Trad.). Buenos Aires: Paidós. (Versión original publicada en 1993).
- Aulagnier, P., Daumezon, G., Clavreul, J., et al. (2000). *La perversión* (I. M. Agoff, Trad.). Barcelona: Azul.
- Baca, E. (2014). *Transgresión y perversión*. Madrid: Editorial Triacastela.
- Baigorria, O. (2003). *Georges Bataille y el erotismo*. Madrid: Campo de ideas.
- Balier, C. (2000). *Psicoanálisis de los comportamientos sexuales violentos: Una patología del inacabamiento* (I. Agoff, Trad.). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original publicada en 1996).

- Barthes, R. (1997). *Sade, Fourier, Loyola*. Madrid: Ediciones Cátedra. (Versión original publicada en 1971)
- Bataille, G. (1970). *Breve historia del erotismo* (A. Drazul, Trad.). Montevideo: Ediciones Calden. (Versión original publicada en 1951)
- Bataille, G. (2000). *La literatura y el mal*. Recuperado de <http://www.elaleph.com>.
- Bataille, G. (2013). *El erotismo* (A. Vicens y M-P. Sarazin, Trad.). Barcelona: Tusquets Editores. (Versión original publicada en 1957).
- Bauman, Z. (2015, 24 de marzo). *Zygmunt Bauman: "Querer ser feliz todos los días es una enfermedad"*. Recuperado de <http://www.laprovincia.es/sociedad/2015/03/24/enfermedad-coleccionar-felicidad-feliz-dias/688739.html>.
- Bedouelle, A. (2006). *Un punto de vista sobre la perversión*. Recuperado de: <http://www.centropsicoanaliticomadrid.com/index.php/revista/75-numero-9/183-un-punto-de-vista-sobre-la-perversion?format=pdf>.
- Belloch, A., Sandín, B. y Ramos, F. (2008). *Manual de psicopatología: Volumen I*. Madrid: McGraw Hill.
- Binswanger, L. (1920). *Psychoanalyse und klinische psychiatrie*. En *Ausgewdlte Vortrdge und Aufsdnze II*. Berna: Franck Verlag.
- Blanchot, M. (1990). La razón de Sade. En *Lautréamont y Sade* (pp. 11-63) (E. Lombera Pallares, Trad.). México: FCE. Recuperado de <http://losdependientes.com.ar/uploads/33zyn1gep.pdf>
- Bleger, J. (1963). *La psicología de la conducta*. Recuperado de <http://files.psicologiaisef.webnode.com.uy/2000000006-6ccee6ebdb/Psicologia%20de%20la%20conducta.%20Bleger.pdf>.
- Caballo, V. C. (2007). *Manual para el tratamiento cognitivo-conductual de los trastornos psicológicos: Vol. 1. Trastornos por ansiedad, sexuales, afectivos y psicóticos*. Madrid: Siglo XXI editores. (Versión original publicada en 1997)

- Carvalho, F. (2014). Perversión, hostilidad y abuso. *Topia, un sitio de psicoanálisis, sociedad y cultura*. Recuperado de <https://www.topia.com.ar/articulos/perversi%C3%B3n-hostilidad-y-abuso>.
- Castilla del Pino, C. y Sacher-Masoch, L. (1973). *Introducción al masoquismo. La Venus de las pieles* (C. B. de Quirós, Trad.). Madrid: Alianza Editorial.
- Chazaud, J. (1976). *Las perversiones sexuales* (F. Herrero Martín, Trad.). Barcelona: Editorial Herder. (Versión original publicada en 1973).
- Chiclana, C. y Rodríguez J. T. (2008). Revisión histórica del concepto de trastorno de la personalidad. *Anales de Psiquiatría*, 24(6). Recuperado en https://www.researchgate.net/publication/256547072_Revision_historica_del_concepto_de_trastorno_de_la.
- Colina, F. (2006). *Deseo sobre deseo*. Valladolid: Cuatro Ediciones.
- Colina, F. (2011). *Melancolía y paranoia*. Madrid: Editorial Síntesis.
- De Dios, E. (2007). *Las parafilias: de Krafft Ebing a Kafka*. Recuperado de http://www.ignaciodarnaude.com/textos_diversos/Kafka%20y%20Krafft-Ebing,E.D.Blanco.pdf.
- De la Hoz, A. G., (2000). *Teoría psicoanalítica*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Deleuze, G. y Parnet, C. (1980). Psicoanálisis muerte analiza. En *Diálogos* (pp. 87-138) (J. Vázquez, Trad.). Valencia: Pre-Textos. (Versión original publicada en 1977).
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2002). ¿Cómo hacerse un cuerpo sin órganos? En *Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia* (pp. 155-171) (J. Vázquez Pérez, Trad.). Valencia: Pre-Textos. (Versión original publicada en 1980).
- Deleuze, G. (2008). *Presentación de Sacher-Masoch: Lo frío y lo cruel* (I. Agoff, Trad.). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original publicada en 1967).
- De Masi, F. (2004). *La perversión sadomasoquista: el objeto y las teorías* (P. Bussetti, Trad.). Buenos Aires: Lumen. (Versión original publicada en 1999).
- De Santiago y Sánchez Gil (en prensa). *Diccionario de perfiles criminales*.

- Dor, J. (2009). *Estructura y perversiones* (M. Mizraji, Trad.). Barcelona: Gedisa. (Versión original publicada en 1987)
- Eiguer, A. (s.f.). *Desarrollos recientes en el estudio de las perversiones morales*. Conferencia dictada en Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales. Recuperado de http://www.uces.edu.ar/institutos/iaepcis/perversiones_morales.php.
- Eiguer, A. (2002). La progresión vertiginosa de las perversiones. *Revista de psicoanálisis*, LIX(3), pp. 711-724. Recuperado de <http://bibliotecadigital.apa.org.ar/greenstone/collect/revapa/index/assoc/20025903p0711.dir/REVAPA20025903p0711Eiguer.pdf>.
- Ettxebarria, L., Puente, S. N. (2002). *En brazos de la mujer fetiche*. Barcelona: Destino.
- Etchegoyen, R. H. (2009). Perversión de transferencia. En *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica* (3a Ed., pp. 220-235). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original publicada en 1986).
- Evans, D. (2007). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano* (J. Piatigorsky, Trad.). Buenos Aires: Paidós. (Versión original publicada en 1996).
- Ey, H., Bernard, P. y Brisset, C. (1989). *Tratado de psiquiatría*. Barcelona: Masson.
- Federn, P. (1952). *La psicología del yo y las psicosis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Fenichel, O. (1984). Perversiones y neurosis impulsivas. En *Teoría psicoanalítica de las neurosis* (M. Carlisky, Trad., pp. 367-435). Buenos Aires: Paidós. (Versión original publicada en 1945).
- Flores, A. (1999). Puesta al día: parafilias. *Revista Argentina de Sexualidad Humana*, 13(1), 7-35. Recuperado de <http://www.psicologiaysexologia.org/wp-content/uploads/2012/10/Puesta-al-dia-Parafilias.pdf>.
- Foucault, M. (1998). *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber* (U. Guñazú, Trad.). Madrid: Siglo XXI editores. (Versión original publicada en 1976).
- Franco, Y. (s.f.). Deseo de esa mujer. *El psicoanalítico*. Buenos Aires. Recuperado de <http://www.elpsicoanalitico.com.ar/num7/clinica-franco-deseo-de-esa-mujer.php#top>.

- Freud, S. (1905). Tres ensayos para una teoría sexual. En *Obras Completas* (L. López Ballesteros, Ed. 2007, Trad., vol. 2, pp. 1169-1237). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1912). Tótem y tabú. En *Obras Completas* (L. López Ballesteros, Ed. 2007, Trad., vol. 2, pp. 1745-1850). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1915). Los instintos y sus destinos. En *Obras Completas* (L. López Ballesteros, Ed. 2007, vol. 2, pp. 2039-2051). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1919). Pegan a un niño. En *Obras Completas* (L. López Ballesteros, Trad., Ed. 2007, vol. 3, pp. 2465-2480). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. En *Obras Completas* (L. López Ballesteros, Trad., Ed. 2007, vol. 3, pp. 2507-2541). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1922). La cabeza de Medusa. En *Obras Completas* (L. López Ballesteros, Ed. 2007, vol. 3, p. 2697). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1923). La organización genital infantil (Adición a la teoría sexual). En *Obras Completas* (L. López Ballesteros, Ed. 2007, vol. 3, pp. 2698-2700). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1924). El problema económico del masoquismo. En *Obras Completas* (L. López Ballesteros, Trad., Ed. 2007, vol. 3, pp. 2752-2759). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1927). Fetichismo. En *Obras Completas* (L. López Ballesteros, Trad., Ed. 2007, vol. 3, pp. 2993-2996). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1929). El malestar en la cultura. En *Obras Completas* (L. López Ballesteros, Trad., Ed. 2007, vol. 3, pp. 3017-3067). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1932). Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis. En *Obras Completas* (L. López Ballesteros, Trad., Ed. 2007, vol. 3, pp. 3101-3206). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1938a). Escisión del “yo” en el proceso de defensa. En *Obras Completas* (L. López Ballesteros, Trad., Ed. 2007, vol. 3, pp. 3375-3377). Madrid: Biblioteca Nueva.

- Freud, S. (1938b). Compendio del psicoanálisis. En *Obras Completas* (L. López Ballesteros, Trad., Ed. 2007, vol. 3, pp. 3379-3418). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Fromm, E. (1956). *El arte de amar*. Recuperado en <http://www.angelred.com/biblioteca/erich-fromm-el-arte-de-amar.pdf>.
- Fromm, E. (1975). *Anatomía de la destructividad humana* (F. Blanco, Trad.). Madrid: Siglo XXI editores. (Versión original publicada en 1973)
- Fundación del Campo Freudiano (1990). *Rasgos de perversión en las estructuras clínicas*. Buenos Aires: Manantial.
- Heine, M. (1980). *Prólogo al Diálogo entre un sacerdote y un moribundo* (M. Pellegrini, Trad.). Barcelona: Argonauta.
- Hirigoyen, M.-F. (1999). *El acoso moral: El maltrato psicológico en la vida cotidiana* (E. Folch González, Trad.). Barcelona: Paidós. (Versión original publicada en 1998).
- Hirigoyen, M.F. (2012). Los perversos narcisistas. En *El abuso de debilidad y otras manipulaciones* (pp. 151-156, N. Petit Fontserè, Trad.). Barcelona: Paidós.
- Jarque, C. (comp.) (2014). La otra versión del padre: Perversiones. *Lapsus de Toledo*, 6. Toledo: Editorial Ledoria.
- Julien, P. (2012). Perversión. En *Psicosis, perversión, neurosis: La lectura de Jacques Lacan* (H. Pons, Trad., pp. 97-128). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original publicada en 2000).
- Jung, C. G. (2010). *Sobre el amor*. Madrid: Trotta Editorial.
- Kernberg, O. (1993). *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico* (S. Abreu, Trad.). Buenos Aires: Paidós. (Versión original publicada en 1977).
- Kernberg, O. (1994). *La agresión en las perversiones y en los desórdenes de la personalidad* (J. Piatigorsky, Trad.). Buenos Aires: Paidós. (Versión original publicada en 1992)
- Kernberg, O. (2009). *Relaciones amorosas: Normalidad y patología* (J. Piatigorsky, Trad.). Buenos Aires: Paidós. (Versión original publicada en 1995).

- Klein, M. (1927). Tendencias criminales en niños normales. En *Obras Completas* (1978, Vol. 1, pp. 178-192). Buenos Aires: Paidós.
- Klein, M. (1946). Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. En *Obras Completas* (1978, Vol. 3, pp. 10-35). Buenos Aires: Paidós.
- Klein, M. (1948). Naturaleza y función de la fantasía. En *Obras Completas* (1978, Vol. 3, pp. 73-115). Buenos Aires: Paidós.
- Klossowski, P. (2005). *Sade mi prójimo* (A. Barreda, Trad.). Madrid: Arena Libros. (Versión original publicada en 1947).
- Lacan, J. (1954). *Seminario 1: Los escritos técnicos de Freud*. Recuperado de http://www.valas.fr/IMG/pdf/lacan_les_e_crits_techniques.1.pdf.
- Lacan, J. (1957). *Seminario 4: La relación de objeto*. Recuperado de https://docs.google.com/document/d/1DrRKqu0--Nb0yNgbdH5SYC7A_gZhf60ElQjl2dmD6Y/edit?authkey=COi0p-AO&hl=ca.
- Lacan, J. (1962). *Seminario 10: La angustia*. Recuperado de http://www.valas.fr/IMG/pdf/lacan_l_angoisse10_-_copie.pdf.
- Lacan, J. (1963). Kant con Sade. En *Escritos 2* (T. Segovia y A. Suárez, Trad., Ed. 2013, pp. 727-751).
- Lafuente, C. (2010). El problema de la perversión en la mujer. *Escritos de Psicoanálisis*. Barcelona. Recuperado de <http://cartelpsicoanalitic.blogspot.com.es/2010/01/el-problema-de-la-perversion-en-la.html>.
- Laplanche, J. y Pontalis (2004). *Diccionario de psicoanálisis* (F. Gimeno Cervantes, Trad.). Buenos Aires: Paidós. (Versión original publicada en 1967)
- Le Brun, A. (2008). *Sade: De pronto un bloque de abismo* (S. Mattoni, Trad.). Buenos Aires: Ediciones literales. (Versión original publicada en 1986).
- Lin-Ku, A. y De Santiago, F. J. (2013). Introducción metapsicológica a las perversiones. Parte I. Freud, *Intersubjetivo*, 13 (1 y 2), pp. 219-232, Madrid.

- Lin-Ku, A. (2014). Introducción metapsicológica a las perversiones. Parte II: Perspectiva lacaniana, *Intersubjetivo*, 14 (2), pp. 392-401, Madrid.
- Lin-Ku, A. (en prensa). Introducción metapsicológica a las perversiones. Parte III. Joyce McDougall, *Intersubjetivo*, Madrid.
- Loyden, H. (s.f.). *La mujer objeto: La femineidad en el juego de los imaginarios*. Recuperado en http://148.206.107.15/biblioteca_digital/articulos/6-124-1716ssm.pdf.
- Maier, C. (2005). *Lo obsceno: La muerte en acción* (H. Cardoso, Trad.). Buenos Aires: Nueva Visión. (Versión original publicada en 2004).
- Marina, J. A. (2005). *La inteligencia fracasada: Teoría y práctica de la estupidez*. Barcelona: Editorial Anagrama. (Versión original publicada en 2004)
- Marina, J. A. (2007). *La arquitectura del deseo: Una investigación sobre los placeres del espíritu*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Masters, W. H. y Johnson, V. E. (1966). *Human Sexual Response*. Toronto: Bantam Books.
- Masters, W. H. y Johnson, V. E. (1979). *Homosexuality in perspective*. Toronto. Bantam Books.
- Mazzuca, R. (2001). La categoría clínica de la perversión en el psicoanálisis. *Alcmeón: Revista Argentina de Clínica Neuropsiquiátrica*, 10(3). Recuperado de <http://www.alcmeon.com.ar/10/39/Mazzuca.htm>.
- Mazzuca, R. (2007). La categoría clínica de la psicopatía. *Alcmeón: Revista Argentina de Clínica Neuropsiquiátrica*, 13(4), pp. 69-73. Recuperado de http://www.alcmeon.com.ar/13/52/8_mazzuca.htm.
- Mcdougall, J., de M'uzan, M., Stewart, S., et al. (1972). *La sexualidad perversa: Estudios psicoanalíticos* (H. Acevedo, Trad.). Buenos Aires: Granica. (Versión original publicada en 1972)
- Mcdougall, J. (1995). *The many faces of Eros: A psychoanalytic exploration of human sexuality*. Nueva York: Norton.

- McDougall, J. (1998). *Las mil y una caras de Eros: La sexualidad humana en busca de soluciones* (J. Piatigorsky, Trad.). Buenos Aires: Paidós. (Versión original publicada en 1995).
- Mcdougall, J. (2012). *Alegato por una cierta anormalidad* (T. Manzi, Trad.). Buenos Aires: Paidós. (Versión original publicada en 1978)
- Nacht, S. (1968). *El masoquismo* (I. Cascallar, Trad.). Buenos Aires: Editorial Sudamericana. (Versión original publicada en 1938).
- Nietzsche, F. W. (1996). *El Anticristo*. Madrid: Alianza Editorial. (Versión original publicada en 1985).
- Organización Mundial de la Salud (OMS). (1992). *Clasificación Internacional de las Enfermedades: Décima revisión (CIE-10)*. Madrid: Forma.
- Psicoanálisis y el hospital (2006). *Empuje a la perversión*, 15(29). Buenos Aires: Ediciones del Seminario.
- Reik, T. (1963). *Masoquismo en el hombre moderno*. Buenos Aires: Editorial Sur. (Versión original publicada en 1941).
- Rietti, M. (2008). *Sobre la posición canalla*. Escuela Freudiana de Buenos Aires. Recuperado de: http://www.efbaires.com.ar/files/texts/TextoOnline_556.pdf.
- Roudinesco, É. (2009). *Nuestro lado oscuro: una historia de los perversos* (R. Alapont, Trad.). Barcelona: Anagrama. (Versión original publicada en 2007).
- Sacher-Masoch, L. (2004). *El amor de Platón* (J. Amícola, Trad.). Buenos Aires: El Cuenco de Plata. (Versión original publicada en 1870).
- Sade (1785). *Las 120 jornadas de Sodoma*. Recuperado de <http://jbarret.5gbfree.com/juanbarret/LB/NC/006%20-%20120.pdf>.
- Sade (1997). Diálogo entre un sacerdote y un moribundo. En *Elogio de la insurrección*. (A. Nuño, Trad., pp. 23-40). Barcelona: El viejo topo. (Versión original publicada en 1926).
- Sade (2008). *La filosofía en el tocador* (M. Armiño, Trad.). Madrid: Valdemar. (Versión original publicada en 1795).

- Sade (2009). *La marquesa de Gange* (Cesión editorial Editors, Trad.). Madrid: Edimat Libros. (Versión original publicada en 1813).
- Sade (2011). *Los infortunios de la virtud*. Madrid: Edimat Libros. (Versión original publicada en 1930).
- Salcedo, Y. A. (2015). Perversión y feminidad: Maternidad y masoquismo. *Revista Affectio Societatis*, 12(23), pp. 180-188, Medellín (Colombia).
- Sánchez, R. O. (2003). *Theodore Millon, una teoría de la personalidad y su patología*. *Psico-USF*, 8(2), pp. 163-173. Recuperado de <http://www.scielo.br/pdf/pusf/v8n2/v8n2a08.pdf>.
- Seoane, J. (2010). *Las culturas de la perversión: evolución y cambio social*. Recuperado de: http://www.uv.es/seoane/publicaciones/Las_culturas_de_la_perversion._Evolucion_y_Cambio_social.pdf.
- Stekel, W. (1952a). *Estados nerviosos de angustia y su tratamiento* (J. Thomas, Trad.). Buenos Aires: Ediciones Imán. (Versión original publicada en 1908).
- Stekel, W. (1952b). *El fetichismo: Desórdenes con relación al sexo*. Buenos Aires: Ediciones Imán. (Versión original publicada en 1914).
- Stekel, W. (1954). *Sadismo masoquismo: Psicología del odio y la crueldad* (C. F. Grieben, Trad.). Buenos Aires: Ediciones Imán. (Versión original publicada en 1929).
- Stoller, R. J. (1998). *Dolor y pasión: Un psicoanalista explora el mundo sadomasoquista* (H. Pons, Trad.). Buenos Aires: Ediciones Manantial. (Versión original publicada en 1991).
- Suppe, F. (1987). The diagnostic and statistical manual of the American classifying sexual disorders. En *Sexuality and Medicine* (E. E. Shelp, Ed., vol. 2, p. 132). Dordrecht: D. Reidel.
- Vallejo Ruiloba, J. (2011). *Introducción a la psicopatología y la psiquiatría* (7a Ed.). Barcelona: Elsevier Masson.

- Villamarzo, P.-F. (1994). *Origen infantil de la sexualidad adulta*. Salamanca: Amarú.
- Villamarzo, P.-F. (1998). *Melanie Klein: La definitiva importancia del mundo fantasmático*. Madrid: Instituto Superior de Estudios Freudianos "Oskar Pfister".
- Weinberg, T. S. (2008). *BDSM: Estudios sobre la dominación y la sumisión*. Barcelona: Edicions Bellaterra. (Versión original publicada en 1995).
- Welldon, E. V. (2013). *Madre, virgen, puta: Un estudio de la perversión femenina*. Madrid: Editorial Psimática. (Versión original publicada en 1988).
- Welldon, E. V. (2014). *Jugar con dinamita: Una comprensión psicoanalítica de las perversiones, la violencia y la criminalidad* (L. Díez Jiménez, Trad.). Madrid: Editorial Psimática. (Versión original publicada en 2011).
- Yesuron, M. y Rotagnosto A. (2014). *¿El psicópata es un perverso?* Recuperado de http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/43392/Documento_completo.pdf?sequence=1.
- Žižek, S. (2006). Deleuze. En *Órganos sin cuerpo: Sobre Deleuze y consecuencias* (pp. 19-129) (A. Gimeno Cuspinera, Trad.). Valencia: Pre-Textos. (Versión original publicada en 2004).